El Camino Desde Langholm Avenue

MICHAEL GRAEME



Colección Indie Gratis II

Créditos

El Camino desde Langholm Avenue (versión en español, revisión 2)

Obra Original: **The Road From Langholm Avenue**
 michaelgraeme.wordpress.com

Publicada gratuitamente en octubre de 2013 por Smashwords Editions.
ISBN-13: 978 1 30 185572 8.

Traducción y Edición: Artifacs, septiembre 2020.
artifacs.webcindario.com
Diseño de Portada: Artifacs. Imágenes tomadas de Max Pixel bajo licencia CC0.

Licencia Creative Commons

Licencia CC-BY-NC-SA

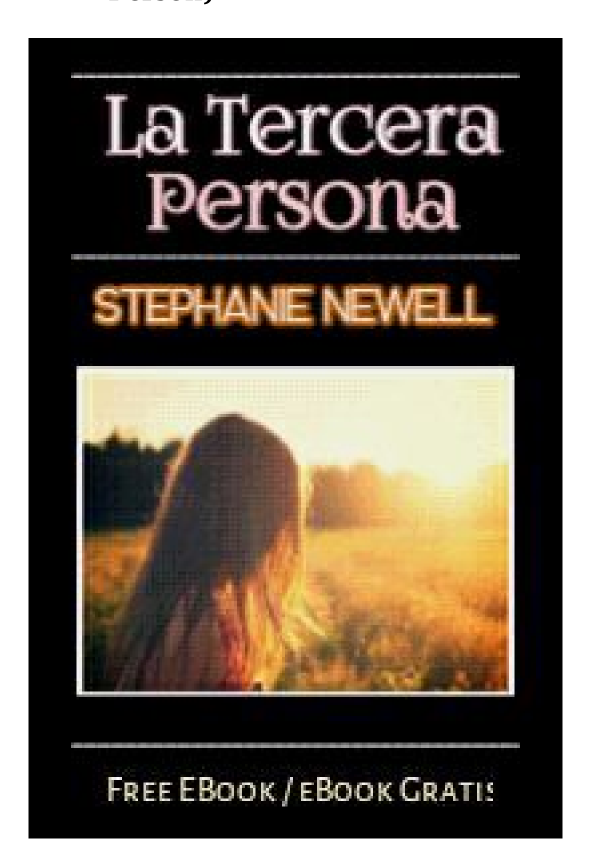
Dedicatoria

Para **Rachel**.

Colección Indie Gratis

Número anterior

- **I. La Tercera Persona de Stephanie Newell (The Third Person)**



Novela brutal, trágica y de humor oscuro sobre el crecimiento, la rivalidad entre hermanas y la familia disfuncional definitiva. En una serie de anotaciones de diario, Lizzie, de catorce años, comparte sus secretos sobre cómo aceptar la ruptura de sus padres, luchar con su hermana menor y su obsesión con el hombre con el que está destinada a casarse...

El Camino desde Langholm Avenue

por

Michael Graeme

Capítulo 1

No sé qué me lanzó de vuelta a aquella casa, e incluso ahora me sorprende que esta hubiera poseído suficiente gravedad después de todos esos años para tentarme fuera de mi curso. Recuerdo poco del viaje que me llevó allí, solo un lento ascenso a la superficie hasta notar que había parado el coche, apagado el motor y estado mirando la casa durante lo que ya parecía una eternidad.

Había cambiado. Yo había estado esperando los mismos marcos de ventana pintados y la misma puerta de caoba con el pequeño rosetón en lo alto, pero todo había sido reemplazado por uniforme PVC blanco. Había habido un sauce en una esquina del jardín delantero, pero eso también había desaparecido, junto con el seto de ligustro cuidadosamente recortado para dar paso a un camino de entrada con pavimento de bloques bastante vulgar.

El paso de veinte años había dejado su marca. ¿O había sido más tiempo? ¿Cuándo había sido la última vez que había cambiado mi curso por Langholm Avenue? Pensé haber terminado con todo ese sinsentido, pero si eso era cierto, ¿por qué estaba yo sentado allí, con cuarenta y dos años y volviendo a los diecisiete una vez más?

Estuve allí una hora, tal vez más, no puedo decirlo con certeza, pero fue suficiente para alertar a la Vigilancia Vecinal, la cual alertó a la policía, la cual envió su desaliñado cochecito patrulla para investigar mi misteriosa estancia. Este paró silenciosamente detrás de mí y por un momento no pasó nada, aunque supongo que mi número de registro estaba siendo revisado por un ordenador en alguna parte.

Endorses, ninguno, me lo imaginaba diciendo; condenas, ninguna; multa de estacionamiento en el verano de 1982 o alrededores; en conjunto una bastante aburrida biografía de mis años motorizados. Eventualmente, emergió una solitaria mujer policía. No parecía tener más de veinte años, y podría haber sido bonita, salvo porque parecía esforzarse por ocultar ese don bajo una máscara de terca severidad. Bajé la ventanilla a petición suya, y con su tono más seco

dijo: "¿Echando la siesta, señor?"

Sin esperar una respuesta, comenzó a circular el coche, inspeccionándolo con paciencia y ojo experto para detectar lo fácil: impuesto de circulación, llantas gastadas, cualquier cosa rota o colgando. Pero aunque el viejo Midget [1] había visto días mejores, yo estaba seguro de que había puntuado bien.

"Vive por aquí, ¿no?" preguntó ella.

"Parbold," respondí. Pero su ordenador ya se lo había dicho. ¿Estaba tratando de pillarme? ¿Y qué más le habría dicho? ¿Sabía también el ordenador que yo había estado casado durante quince años? Nombre de la esposa: Annie. Información complementaria: Separado a las cinco y media de la tarde de ayer. Razón: Annie prefería a un paisano de culo ancho llamado Alistair.

"Voy a visitar a mi padre," le dije. "Vive en la calle Arkwright."

"Bueno, esto es Langholm Avenue," respondió ella. "¿Hemos olvidado el camino, tal vez?"

Su tono era irritante, como si tentara a salir mi ira, a hacerme maldecir y agitar el puño y así tener motivos para dejarme sin sentido de un golpe de su porra. Ella estaba perdiendo el tiempo. No había ira, no quedaba nada dentro de mí ahora.

"¿Ha habido alguna queja?" Pregunté yo.

Ella ignoró la pregunta y exigió ver mis documentos: certificado de seguro, ITV [2], permiso de conducir, lo usual. Yo eché mano detrás del asiento del pasajero y saqué un sobre, el cual le entregué. Tal vez quedó decepcionada de que yo llevase los papeles encima, pero en aquel entonces la mayor parte de mi vida parecía estar dentro del coche, o al menos tanta de ella como yo había pensado rescatar de la casa esa mañana.

Todo estaba en orden. Ella revisó los papeles lentamente y los devolvió sin un murmullo. Luego examinó el coche de nuevo, su mirada pasaba perezosamente de un extremo al otro como si no pudiera creer que no hubiese nada por lo que poder multarme.

"Está un poco desordenado, ¿no, señor?"

"No lo tengo desde hace mucho. He cambiado los neumáticos, la electricidad y los frenos y todo eso. Es perfectamente apto para la carretera."

Ella me observó con atención, entornando los ojos listos para matar. "¿Espera a alguien, tal vez?"

"No, solo estaba pensando," le dije.

"¿Pensando?"

"Más o menos."

Ella suspiró. "¿Le importa abrir el maletero, señor?"

Abrí el maletero y me quedé detrás mientras ella pasaba las manos por la superficie de mis posesiones. El maletero estaba lleno hasta el borde y ella no sabía por dónde empezar. Eventualmente, registró los elementos principales: mi antiguo ordenador portátil, un viejo cuaderno de bocetos, mi equipo de cámara y un juego de ajedrez en caja que mi padre me había regalado por mi decimoctavo cumpleaños. Luego estaba la maleta de ropa, el kit de afeitado,...

"No puede meter mucho más aquí dentro, ¿eh?" me dijo. "¿Supongo que puede demostrar que todo esto es suyo?"

"No creo que pueda. La mayoría es muy antiguo. No tengo recibos ni nada, si se refiere a eso."

"Entonces, ¿cómo lo explica?"

Me quedé perplejo. ¿Qué había que explicar? ¿Creía ella que yo lo había robado?"No puedo," le dije. "Solo es mi equipo personal."

Ella sacó el cuaderno de bocetos. Era uno que yo había guardado desde mi último año en la escuela, un cuarto de siglo atrás. Los dibujos eran cuidadosos estudios de flores y figuras, mejores que nada que yo había hecho en tiempos más recientes. Ella hojeó los dibujos con indeferencia, o eso pensé, aunque era una chica de ojos penetrantes y no tardó en notar la dirección escrita con descolorido

lápiz en la parte superior de la primera página: Langholm Avenue.

"¿Qué hay de esto, pues?"

De todas las cosas en las que podría haberse concentrado, ¡tenía que ser esa! ¿Por qué no el peón perdido de mi juego de ajedrez, el que yo había reemplazado tras hacer una copia casi perfecta en el trabajo? ¿Le importaría explicar la diferencia, señor? ¿O qué tal el hecho de que la mayoría de mis camisas tenían botones que no combinaban? Un poco desordenado, ¿no cree, señor? No, tenía que ser el cuaderno de bocetos, y de pronto me encontré sudando ante la perspectiva de explicar lo inexplicable a una mujer a la que ni parecía importarle ni se le podía hacer entender.

"Era alguien que conocí," comencé. "Esta era su casa."

"¿Este alguien tiene nombre?"

¿Un nombre? Por supuesto que Ella tenía un nombre, pero para mi asombro noté que, incluso después de todos estos años de haberlo pronunciado, bajo aquellas circunstancias habría sido un sacrilegio hacerlo, y yo preferiría condenarme a mí mismo con la más transparente de las mentiras e ir a prisión por ello que pronunciarlo ahora.

"Ella ya no vive ahí. Todo fue hace mucho tiempo."

La mujer policía me evaluó mientras las cortinas de Langholm Avenue se movían inquietas a nuestro alrededor en esa tarde gris de sábado. Yo estaba limpio, como se suele decir; sin armas, sin explosivos, sin maletines atiborrados de dinero falso, sin andrajoso alijo de drogas, solo un tipo de mediana edad sentado en un viejo coche, aparentemente pensando.

"Este es un barrio tranquilo, señor," dijo. "Le sugiero que siga su camino. Volveré en breve y si aún sigue aquí, nuestra siguiente conversación será en la comisaría. ¿Está esto entendido?"

Cuando ella se fue, me hundí dentro del Midget y giré la llave. El motor tartamudeó incierto, luego arrancó y ronroneó. Los diales se movieron; diales viejos, plata sobre negro agrietado, contándome

una anticuada historia de voltios y presión de aceite. Finalmente, alejándome de Langholm Avenue, saliendo del pasado, sentí el nombre brotar de mi interior.

"Rachel," dije. "Su nombre era Rachel."

Capítulo 2

Cuando era más joven, tenía una forma de lidiar con el dolor emocional. Tomaba cada evidencia física que cayese en mis manos, cualquier cosa que me recordara a la fuente, y la desechaba. No es una mala técnica si lo único que intentas es superar que tu novia te haya dejado plantado, porque la evidencia puede sumar solo un suéter, algunos CDs y una tarjeta de cumpleaños que juraste quedarte para siempre. Pero cuando se trata de tu esposa, las cosas no son tan simples. Con una esposa, la evidencia suele ser más sustancial. Para empezar, está la casa, una maraña de hipotecas, dotaciones y domiciliaciones. Y a veces hay niños, dos hijos, de hecho: Stephen y Gemima.

Ya no los había visto en tres días, así de hábilmente había preparado Annie el escenario para ese asombroso acto final de quince años de matrimonio. Después, mientras caminaba por la casa, escogí los pocos artículos que podía pensar que me pertenecían únicamente a mí: el viejo ordenador portátil, la cámara, el cuaderno de bocetos. El resto lo había dejado en un cubo de basura imaginario hasta que mi mente pudiese procesar lo que había sucedido.

El cuaderno de bocetos era un misterio. No lo había mirado durante años, pero al abrir el cajón esa mañana fijé los ojos en él como quien recuerda algo crucial. Entonces vi la dirección escrita a lápiz en la portada. Yo la había escrito con cuidado, como el verso de un poema de amor, pero ya no reconocía la mano. De hecho, podría haber sido escrita por un extraño, no solo por el estilo, sino también por el sentimiento.

El arte había sido lo mío en la escuela, e incluso sin mirar sabía que todos los cuadernos de bocetos que tenía en esa época tenían el mismo mantra: 11 de Langholm Avenue, su casa, la casa de Rachel, una casa en la que yo nunca había estado. La casa de una chica que yo había amado con todo mi corazón, pero que nunca había conocido realmente.

A diferencia de la casa de Rachel, la de mi padre en la calle Arkwright no había cambiado en absoluto desde que yo había crecido, al menos por fuera. Estaba al norte de Middleton, una entre una larga hilera de terrazas eduardianas, a solo un par de millas pero a un mundo de distancia del suburbio adosado de clase media baja de Langholm Avenue.

La calle Arkwright tenía un aspecto mucho más oscuro. Este había sido el distrito de los molinos y todavía era fácil imaginar el roce de los zuecos sobre los adoquines, el traqueteo de los telares, el suspiro del vapor. Langholm Avenue había tenido la más ligera visión y optimismo de los años sesenta, las nuevas industrias dinámicas: Leyland Motors, Britannia Electric, pero al igual que los molinos, también ahora estas habían desaparecido en su mayoría, dejando ambas calles con un aspecto cansado y abatido en su decepción.

En esa casa adosada, mi padre había empezado a hundirse en su vejez, raído y desgastado desde su colapso, desde el cierre de la última mina y desde que su único hijo se había ido de Parbold con una vaca elegante. Pero luego, para asombro de todos nosotros, solo unos años atrás las cosas habían cambiado.

Cuando me detuve afuera, él abrió la puerta principal llevando pantalones chinos cuidadosamente planchados y una camisa de la tienda GAP. Su pelo blanco estaba peinado hacia atrás, delgado pero resbaladizo sobre su cabeza rosada, y él llevaba unas gafas de diseño sin montura. El dinero nunca había sido un problema, no desde el generoso pago de la Junta del Carbón, pero con mi padre, como conmigo, su sentido de bienestar siempre había sido vulnerable a una motivación voluble. Esta entraba y salía con las estaciones, a veces de pie ante el cielo de invierno y otras veces hinchándose como flores extasiadas ante la promesa del verano… o la de una mujer.

"Entra, maldito mastuerzo," dijo antes de ver con consternación mi bolsa de viaje. "¿Eso es todo lo que traes contigo?"

"Hay algunas otras cosas en el coche."

Contempló asombrado el oxidado contorno del MG. "¿Eso es tuyo? ¿Qué le ha pasado al maldito Rover?"

"Lo vendí."

Él hizo una mueca, fingiendo no poder entenderlo. "¿Por qué?"

"Prefería el aspecto de este, eso es todo."

"Pero este es un maldito cacharro."

Eleanor apareció detrás de él entonces. Como siempre, una visión un poco inquietante con su largo vestido negro y con su largo y suelto cabello moreno hasta la cintura. Tenía lápiz de labios negro, esmalte de uñas negro y sombra de ojos negra. Siempre iba igual desde la primera vez que yo la había conocido y, según mi padre, desde mucho antes. A los treinta y cinco, era siete años más joven que yo, pero parecía atemporal y podría haber pasado por cualquier edad entre los veinticinco y los cuarenta.

"¿Cómo está mi hijastro favorito?" Me preguntó ella.

Mi padre negó con la cabeza y tomó mi bolsa. "Es un maldito cabeza de chorlito, eso es lo que es. Debería haberla echado a patadas. Es tanto su casa como de ella. ¡Menuda vaca cara dura!"

Eleanor sonrió ante el tono de mi padre mientras parecía flotar hacia mí. Luego me envolvió el cuello con los brazos y me dio un abrazo, devolviendo un poco de calor a un alma casi congelada por un súbito y terrible rechazo. Respiré profundamente, inhalé y me entregué a su aroma y a su suavidad.

"Lo solucionaremos más tarde, Jack," le dijo ella y luego a mí: "Le pediré a nuestro Phil que te acompañe mañana y vaya a buscar el resto de tus cosas en su camioneta. ¿Tiene ella ya un abogado?"

¿Lo tenía? Yo no tenía idea. Parecía demasiado pronto para pensar en esas cosas. Ayer mismo yo era un hombre casado. ¡El fin de semana pasado habíamos salido a comprar un sofá nuevo, por amor de Dios! Luego, anoche, llegué a casa y la encontré sentada en él mano con mano con un caballero bien arreglado de trasero ancho. Yo me quedé mirándolos, imaginando que tal vez el tipo venía a vendernos un seguro, pero ¿por qué la tomaba de la mano?

Annie me había mirado con bastante calma y con un atisbo de

sonrisa. "Tom, este es Alistair," había dicho. "Hay algo que debes saber."

¿Saber? ¿Qué sabia yo? Tenía cuarenta y dos años y estaba notando, tal vez no por primera vez en mi vida, que no sabía nada de nada.

Eleanor me miró a los ojos sin pestañear, buscando inconscientemente. Era un manierismo perturbador, uno que pocas personas podían soportar sin angustia, a menos que la conocieran, que supieran que ella no pretendía hacer daño, que su corazón no era negro como la ropa que llevaba.

"¿Estás bien, Tom?"

"Estoy bien."

"¿Los niños?"

En casa de su madre.

"Sigues siendo su padre."

"¿Lo soy?"

Yo no podía pensar en los niños. Tenía que acallarlos o me volvería loco. Ellos estarían bien, por supuesto. Tenían la casa, su madre, un gran contingente de suegros cariñosos. ¿Qué era un padre distanciado en el gran esquema de las cosas?

"Papá tiene buen aspecto," le dije cambiando de tema.

"Está bien," respondió ella. "Ambos estamos bien."

"No me quedaré mucho tiempo. No me interpondré en el camino."

"¡Tom, por amor de Dios! Te estábamos esperando hace horas."

"Lo sé. Hice algo... algo un poco loco... algo que no entiendo."

Sentí su mano en mi hombro, guiándome hacia la puerta. "Hablaremos de eso más tarde," dijo ella. "Trae tus cosas." Luego

miró a su alrededor para comprobar que mi padre estaba fuera de alcance auditivo. "¿Está muy mal la cosa?"

Fue su franqueza; la mirada abierta, los ojos grandes pero de blanda simpatía; lo que finalmente me hizo llorar, tan lento en llegar que pensé que no me importaba.

"Se ha acabado," fue todo lo que pude decir.

Una vez más, ella me abrazó en silencio y me mantuvo allí, suspendido en su quietud hasta que pasó el momento. Yo estaba aturdido y conmocionado por todo ello, porque soy un tipo estable y no había imaginado otra cosa que Annie y los niños hasta el final de mis días.

Capítulo 3

No había televisión en casa de mi padre. Él la había tirado el día que enterramos a mi madre, y eso fue hace veinte años. Dijo que le recordaba a ella, una rotunda figurita siempre acampada frente a esta. Luego me dijo, años después, que era porque no podía soportar la maldita cosa y le molestaba pagar una tasa de licencia por la basura superficial que servían en nombre del entretenimiento. Pero creo que la verdad es que él había perdido interés en todo… hasta el día en que conoció a Eleanor.

Desaparecieron también esos días el papel de flores del salón y la pintura amarillenta. En su lugar había tonos pastel y cojines dispersos para coordinar el viejo sofá. Esta era influencia de Eleanor, pero ella había llegado hasta mi padre de otras formas más profundas: él tenía setenta y cinco años, pero juro que a veces parecía décadas más joven que yo.

Después de meter lo último de mi equipo, le encontré en la habitación de invitados. Yo le había ayudado a convertirlo en un estudio, un lugar donde él pudiese sentarse y escribir por fin el libro del que llevaba hablando desde los años ochenta —el declive de los sindicatos— una especie de terapia, me había dicho él sacándolo del pecho, forzando a todos sus fantasmas a salir a la luz. Yo le había instalado un ordenador y todo, pero eso había sido tres años atrás. Él no había comenzado apenas cuando decidió que a nadie le importaba, así que ¿por qué iba importarle a él? En su lugar había descubierto Internet. Y a Eleanor.

"Bueno, continúa entonces," dijo él sin alzar la vista del teclado. "¿Por qué pasaste del Rover? No hacía ni seis meses que lo tenías."

"Lo sé."

"Era un buen coche."

"Lo sé. Tal vez fue por eso. Últimamente me he sentido remoto todo el día, acolchado de todo. Quería sentir el mundo de cerca, como cuando era pequeño: trastear con viejas motos y coches averiados."

"Bueno, sentirás igual de bien el mundo dentro de ese trasto," dijo. "Poner un Midget a ciento veinte es como ser arrastrado por el suelo sobre una maldita pala. Ya tuviste uno antes, ¿no? También era un cacharro, por lo que recuerdo."

"Hace mucho tiempo, papá."

"Casi te matas con ese."

"No me lo recuerdes... pero este no llega a ciento veinte, necesita un apaño. Bueno, ¿cómo está Eleanor estos días?"

Él pareció sorprendido por la pregunta. "Ella está bien. Se ve bien, ¿no?"

"Claro."

"Entonces, ¿por qué lo mencionas?"

Yo solo quería distraerlo, desviar sus aguijones sobre el coche, los cuales habían comenzado a irritarme. "Es que..."

Hizo una pausa y alzó la vista del ordenador, acto que leí como una mala señal. "¿Es que qué?" Me dijo.

"Es que me preguntaba sobre su ropa. Siempre viste el mismo tipo de ropa. Ya sabes... todo de negro. Es más que una simple cuestión de moda, ¿verdad?"

Me lanzó una mirada de advertencia: "Eso es asunto suyo," dijo.

"Sólo me lo preguntaba."

"Pues no lo hagas."

"Perdón, no estoy insinuando nada. Ya sabes lo que siento por Eleanor."

Se relajó. "Lo sé, muchacho."

Busqué desesperadamente otro cambio de tema. "Dijo que nos haría un *stroganoff* más tarde."

"Oh, cierto."

El momento había pasado y creo que ambos nos sentimos aliviados. Nunca habíamos tenido el hábito de charlar y tendíamos a dejar en paz lo profundo y significativo. Nada de acogedoras charlas hombre a hombre: *Verás, Tom, así están las cosas, muchacho*.

Volvió su atención al ordenador y sacudió la cabeza con fingida desesperación. "Maldito mastuerzo... apuesto a que tampoco entendiste si valió la pena."

"¿A qué te refieres?"

"¡Al maldito Rover!"

Después de la cena, lavé las ollas y limpié las superficies de trabajo mientras Eleanor se tomaba un tiempo en el salón. Al menos el matrimonio me había convertido en un hombre relativamente moderno, pero no así a mi padre, quien regresó a su estudio en cuanto hubimos comido. Yo me uní a ella, atraído por el sonido del concierto para violín de Bruch. Ella no reconoció mi presencia, sino que permaneció largo tiempo como una imagen de serenidad oscura, un congelado loto negro, con las piernas cruzadas en el suelo y los pétalos negros de su largo vestido extendidos uniformemente a su alrededor.

Naturalmente, me había alarmado su repentina aparición en la vida de mi padre... esta extraña mujer que parecía Morticia. Por lo poco que él me había contado, pude deducir que se habían conocido en la sala de espera de la unidad de psicología clínica del Hospital General Middleton.

"Ella ha no ha estado muy bien," fue todo lo que él me dijo, aunque él no sabía qué demonios particulares eran los torturadores. Ni yo podía imaginar cuáles eran los motivos para que ella se aferrara a un hombre tantos años mayor que ella. Él había ido bien de dinero desde el pago de la Junta del Carbón, pero estaba muy lejos de ser rico, y era obvio que él no era un ningún *papito*. Lo más desconcertante para mí era el hecho de que mi padre había admitido a regañadientes que había debajo un pequeño y precioso fuego estos días, como él había dicho, el resultado de una vida

impulsada por pastillas desde mil novecientos ochenta y cinco. Y Eleanor aún era joven.

El matrimonio había sido objeto de muchas burlas entre mis tías y tíos. Una imagen sensacionalista en el incrementalmente cutre diario local. Annie había amado cada bocado del escándalo, aunque no lo suficiente como para acompañarme a la oficina de registro el día que ellos cortaron la tarta.

"Los actores de Hollywood hacen esto a todas horas," había dicho mi padre. "No veo por qué tanto alboroto."

Él lo sabía, por supuesto. Como siempre, solo se había defendido de las cosas actuando como entumecido, asumiendo el papel fácil de viejo cascarrabias y malhumorado. Pero había más en él, más en ambos, de lo que se veía a simple vista.

Sólo estuvimos yo y el hermano de Eleanor, Phil, ese día. Eleanor vestida completamente de negro, como de costumbre, y luciendo muy hermosa. A mi padre, que se le caían los años, mostró una nueva determinación en la forma de su mandíbula.

Eso fue hace tres veranos.

"Continúa," dijo ella devolviéndome al presente mientras Bruch se desvanecía.

"¿Hmnn?"

"Eso que hiciste... no puedes decir algo así creyendo que vas a escapar sin contármelo todo, ¿sabes?"

"Oh, no fue nada. Fue estúpido. Una estupidez. Yo estaba en un trance, con lo de Annie y todo eso. No sé por qué lo hice."

"Bueno, pues cuéntaselo todo a tu madrastra."

Ella me estaba mirando, sonriendo, su cabello casi rozaba la alfombra mientras se quedaba allí sentada. Al principio, había habido cierta incomodidad entre nosotros, ya que cada uno había luchado por nuestra apariencia y palabras para definir el nivel de nuestra relación: ella era mi madrastra, pero muchos años más

joven. Al final, hicimos una broma y yo aprendí a confiar en su franqueza.

Me tumbé en el sofá y volví la cara hacia el techo para evitar su mirada. Yo tenía miedo por lo que había hecho. ¿Estaba perdiendo el control? ¿Estaba comenzando el camino que había perseguido mi padre la mayor parte de su vida? ¿Era esto algún tipo de trastorno genético que resultaba en depresión y una eventual crisis nerviosa? ¿Me había empujado este asunto con Annie demasiado cerca del precipicio?

"¿Alguna vez has amado a alguien?" Le pregunté. "Me refiero a alguien que no supiese que lo amabas."

Eleanor se quedó callada durante un buen rato, de modo que al final pensé que había considerado la pregunta demasiado personal, pero al final dijo: "Sí."

Esperé a que continuara, pero no lo hizo y me encontré saltando para llenar el silencio. "Normalmente no dura mucho, ¿verdad? Quiero decir, un verano... una estación. Si parpadeas, desaparece."

"Supongo que puede suceder así."

"Fue diferente para mí. Comenzó el día que la vi por primera vez, en la escuela. Recuerdo la fecha tan claramente como los cumpleaños de mis hijos. Era septiembre de 1974, miércoles por la mañana, un sol acuoso entraba por las ventanas. El director la había traído a mitad de la lección: una nueva alumna, su primer día. «Esta es Rachel Standish», había dicho él."

"Yo la miré. Nuestros ojos se encontraron por un momento mientras ella asimilaba a todo el mundo, pero no creo que ella fuese en verdad consciente de mí. De todos modos, sentí que algo en mi corazón se abría de par en par, y eso fue todo hasta el día en que salí de mi último examen en el verano del 77, tres años y medio después."

"Eso es muy romántico, Tom, y muy triste."

"No, lo realmente triste es que seguí pensando en ella años después,

hasta que comencé a tener citas de verdad, supongo. Luego, los recuerdos quedaron enterrados bajo un montón de otras cosas. Pero estoy empezando a cuestionarme si ella no ha estado siempre ahí, si nunca se ha ido en realidad."

"¿No hablaste con ella? ¿Nunca le dijiste cómo te sentías?"

"Me congelaba cada vez que ella estaba cerca."

"¿De eso trata entonces lo que hiciste? ¿La viste?"

"No. Cuando estábamos en la escuela, su foto saliò en el diario Clarion. Ella había ganado un trofeo de balonred y habían puesto su dirección: 11 de Langholm Avenue, así que en cuanto yo tenía la oportunidad, me pasaba en bicicleta por su casa después de la escuela, a pesar de estar a kilómetros de mi camino."

"Lo he seguido haciendo años después, en mi motocicleta, luego en mi coche. Simplemente pasando por delante. No podía olvidarla, ni siquiera después de todo ese tiempo pensaría uno que me habría dado cuenta de lo desesperado que era aquello. Yo imaginaba que si la veía, podía parar y saludarla, y que eso habría sido todo lo que ambos habríamos necesitado para hacer avanzar las cosas, excepto, por supuesto, que no la veía. El caso es que desde el momento en que supe su dirección, esta se convirtió en algo precioso y yo la escribía en la primera página de todos mis cuadernos de bocetos y diarios, en cualquier cosa personal. Era como un amuleto de la suerte tener la marca de Ella en todo lo que yo hacía."

"Luego, esta misma mañana, cuando estaba reuniendo algunas cosas que llevarme conmigo, encontré un viejo cuaderno de bocetos. No sé, Eleanor. Todo era un desastre con Annie y aún así yo no sentía nada, solo un poco entumecido por dentro. Pero ver esa dirección me llevó a una época en la que solía sentir las cosas de verdad, sentirlas tan profundamente como para escribir la dirección de una chica porque, en ausencia de algo más tangible, aquello me llevaba más cerca de ella."

Escuché a Eleanor agitarse, moverse más cerca de mí. Entonces sentí su mano en el brazo y me giré para descubrirme arrojado al inquietante aljibe de su mirada. "¿Y por eso estuviste rondándola?"

me preguntó.

"Tampoco esperaba que ella estuviese allí o algo así. Solo quería ver si aún podía recordar la sensación."

"¿Y la recordaste?"

"Si."

"¿Cómo fue?"

"Fue... intensa... bastante increíble después de todo este tiempo, después de toda esta tristeza, melancolía. Y sin embargo, en cierto modo fue bueno porque últimamente casi no siento nada de nada. De hecho, no creo haber sentido algo en años hasta esta tarde."

"Es solo el impacto, Tom. Justo ayer supiste lo de Annie. ¿Recuerdas la frase de esa canción de Joni Mitchel? «Existe consuelo en la melancolía.»"

La música quejumbrosa de Joni Mitchel era una de las cosas que ambos compartíamos. De hecho, había sido yo quien le había pasado a Eleanor todos mis viejos vinilos cuando Annie se negó a darles espacio en la casa.

"No," le dije. "Es otra cosa, algo fundamental dentro de mí que ha salido mal."

"¿Cuál era su nombre, Tom?"

"¿Su nombre?"

"El de la chica de la escuela."

Dudé, incluso con Eleanor.

"Era Rachel," le dije.

"¿Y alguna vez has sentido algo tan intenso por alguien como lo que sentías por Rachel?"

Parecía extraño estar de pronto hablando sobre Rachel, sobre la

forma en que yo me había sentido, porque nunca antes había hablado de ella con nadie. En lo que respectaba al resto del mundo, mi amor por ella no era relevante. Mi miseria a lo largo de todos esos años era enteramente autoinfligida y no tenía consecuencias en el gran esquema de las cosas. Pensé en ello durante largo tiempo, volviendo a mirar los patrones arremolinados del techo. ¿Cuántas mujeres había habido después de Rachel? ¿Cinco? ¿Seis? Y de estas, solo dos las había conocido íntimamente, antes de Annie.

Había habido emoción y calidez, y cierta sensación de imprudencia, de peligro, pero ¿había sido capaz alguna de ellas de llegarme tan adentro y hacerme pedazos? ¿Me habían enviado a casa demasiado enfermo para comer y temiendo el mañana por su vacío? ¿Habían llenado mi vida de melancolía, fuese esta reconfortante o no?

"No," le dije. "Es como si lo hubiese estado buscando desde Rachel y nunca lo hubiese encontrado."

"¿Ni siquiera con Annie?"

"Aparentemente no."

Me senté erguido entonces y enterré la cabeza entre las manos. Podía escuchar mis palabras y sonaban estúpidas. "Pero sólo fue un flechazo... una época difícil. Se magullaba uno tan fácilmente en aquellos tiempos."

"Tom, estabas enamorado."

"Aún así ha sido una locura volver."

"Tú no sabes lo que es la locura."

"Eso no significa nada."

"No estoy tan segura. Es una lástima que nunca la hayas invitado a salir."

"Me habría dicho que no."

"¿Cómo puedes estar seguro? Podría haberse sentido halagada. O quizá tengas razón y ella habría dicho que no, pero al menos, si

hubieses preguntado, habrías tenido una respuesta y dejado de pensar en ella, mucho antes."

"No tuve las agallas. Mis sentimientos eran demasiado fuertes y una parte de mí quería desesperadamente creer que ella sentía lo mismo por mí, que secretamente me anhelaba del mismo modo y que ambos éramos demasiado tímidos para hacer algo al respecto."

"Ah, ahora estamos llegando a algo."

"Así que, ya ves, era mejor seguir sin saberlo, seguir viviendo la fantasía de que ella me amaba que arriesgarme a su rechazo y tener que afrontar la realidad: que ni siquiera pensaba en mí, que apenas sabía que yo existía."

"Y es el no saber lo que lo mantiene vivo."

"Pero no he pensado en ella en años."

"¿Estás seguro?"

"Vale, he pensado en ella a veces. Me he preguntado dónde estaba, qué estaba haciendo. Veces en las que me he preguntado «¿y si?». Pero la vida continúa. Conoces a otra persona, te casas, tienes hijos y esas cosas desaparecen, ¿no?"

Ella se hundió de nuevo en el loto y apoyó la cabeza contra la pared. "No siempre," me dijo. "El subconsciente es un lugar extraño, Tom. El psiquiatra que yo solía ver en el hospital decía que era como el lago con las aguas más negras que puedas imaginar. Ahí es donde enterramos todos nuestros demonios, pero no tenemos forma de saber a qué profundidad. Pueden estar a cientos de brazas, tan profundos que parecen estar muertos, pero algunos demonios los podemos llevar toda nuestra vida a escasos centímetros de la superficie sin saberlo. A veces, esos demonios pueden atravesarnos y perseguirnos cuando menos te lo esperas."

Pasé la noche en mi antigua habitación. Era uno de los pocos lugares de la casa que no había cambiado. La cama estaba en el mismo lugar, los gastados muebles de los sesenta, la pantalla de la lámpara, todo estaba como antes, hasta los anillitos en la alfombra

donde de niño yo había derramado mis botecitos de pintura Airfix, y los pinchazos en el techo donde había colgado mis maquetas de aviones.

Había sido un largo camino desde esta habitación hasta una ejecutiva caja de ladrillos separada en Lindley Crescent de Parbold, y solo ahora, al dejar mi Rolex en esa antigua mesita de noche, en el cajón donde una vez había dejado mi primer reloj Timex, me di cuenta de lo lejos que yo había viajado. No digo que mi vida fuese gran cosa. Yo seguía siendo un chico de pueblo, trabajaba en la misma empresa de ingeniería en Middleton desde que salí de la escuela. Nunca había perseguido un ascenso, no había viajado mucho, nunca había hecho el amor en una playa bañada por el sol con las olas rompiendo a mi alrededor, pero había encontrado satisfacción con Annie y mis hijos. Eso parecía un objetivo digno y yo nunca había querido estar en otro lugar que no fuese donde estaba. Había estado tan seguro, tan dispuesto. ¿Dónde diablos había salido todo mal?

Capítulo 4

Era lunes antes de que pudiera afrontar el regreso. Phil me recogió a las nueve en su vieja furgoneta Sherpa, tocando la bocina en la calle para hacerme correr. Le lanzó a Eleanor un medio saludo y un asentimiento mientras ella salía para despedirnos, pero poco más pasó entre ellos a modo de saludo.

Subí a bordo. "Gracias, Phil."

Él se encogió de hombros, como diciendo que no había problema.

Phil tenía el pelo oscuro como su hermana, pero su piel tenía más color. De hecho, él era casi atezado y, por el tamaño de su estómago, supuse que le gustaba la cerveza. La última vez que yo lo había visto había sido en la boda de mi padre y tampoco había dicho mucho en aquel momento. Recordé que me había dicho que había trabajado para la empresa Standard Machine en Leyland, pero que le habían notificado su despido. Le pregunté sobre sus planes y él se encogió de hombros, como si no lo supiera ni le importara mucho lo que haría.

Ya había telefoneado a Annie esa mañana para decirle que íbamos. Ella había sido brusca. Era mal momento y ¿no sabía yo que ella tenía a los niños preparados para ir a la escuela? Fue como si haberme escapado y haberla dejado en la estacada hubiese sido culpa mía. Creo que incluso le dije que lo sentía, pero luego decidí ser firme y decirle que estaría allí en una hora, que no quería problemas, que estaba seguro de que podríamos solucionar esto de manera amigable. Esa era la palabra que se usaba en momentos como aquellos, ¿no? El santo grial de todas las impías rupturas: el acuerdo amistoso.

Ella no estaba en casa. Su padre estaba allí en su lugar. Su Mercedes plateado bloqueaba el camino de entrada y sobresalía como un tanque de batalla. Él abrió la puerta cuando nos acercábamos y se quedó obstruyendo la entrada con los brazos cruzados, haciéndome sentir como si yo estuviese invadiendo mi propia propiedad.

"Hola, Tom."

"Hola, Alan. Solo he venido a buscar algunas cosas, cosas personales, ya sabes. Ropa y eso."

Él estaba buscando a tientas un papel, que finalmente me entregó. "Lo siento, Tom. Annie es una chica bastante testaruda, como ya sabes."

Ella había anotado todas las cosas que estaba bien que yo tocara, no era mucho: ropa, zapatos, artículos de tocador. Estaba escrito con su mejor y más metódica letra, prestando el debido cuidado y consideración a cada artículo. Le di la vuelta al papel, pensando en otras cosas, cosas triviales como los libros de Biggles [3] que mi madre me había comprado y que yo había guardado todos estos años. No estaban en la lista. ¿Estaba ella diciendo que no podía llevármelos? ¿Que mi botella de Kuros de diez años estaba bien, pero «mantente alejado de los libros de Biggles o te demandaré», como dirían en Estados Unidos? Phil se acercó y tomó la lista.

"Los cojones," dijo, luego se abrió camino hacia adentro.

Phil era un chico corpulento con mucho músculo y el hecho de que no dijera mucho le daba un aire de amenaza que, según Eleanor, era completamente inofensiva, pero la gente tendía a no meterse con él por si acaso. Alan adoptó la misma circunspecta mirada y se hizo a un lado.

"Seremos tan rápidos como podamos," le dije.

Lo primero que me llamó la atención cuando entré fueron los zapatos de mis hijos al pie de las escaleras, unos zapatos tan pequeños, pensé. Y allí, ayer, en la sala de estar, estaban Annie y el bien vestido Alistair de amplio trasero, retorciendo los dedos en el sofá mientras ambos me encaraban.

"Sólo es una de esas cosas," había dicho ella. "Quiero decir, no hemos estado bien durante años, ¿verdad?" Y: "Seamos adultos, Tom. Es lo mejor," y: "Podemos ser amigables al respecto." Y otras frases recogidas de innumerables peleas de telenovela que se traducían aproximadamente como: ¡Por qué me lo pones difícil,

Tom! ¡Así es simplemente como va a ser!

Ella siempre había sido así. Cuando nos conocimos por primera vez, había sido eso lo que me atrajo de ella. Yo siempre había sido de los que se dejaban llevar fácilmente y encontré sus francos modales bastante impresionantes. La conocí en el club de Squash. Odié cada minuto del juego desde el principio, pero perseveré durante seis meses porque verla brincando con su ropa blanca me volvía loco.

"¿Puedo invitarte a comer?" Le había preguntado yo eventualmente.

"No," había respondido ella, casi cortándome la garganta con un movimiento de su hermoso cabello rubio. "Pero te invitaré yo, ¿vale?"

Desde el principio, pensé en ella como magnífica y hermosa. Luego, quince años más tarde, llegué a casa y encontré a Alistair sentado a su lado, encogiéndose silenciosamente mientras yo miraba con la boca abierta y sentía... nada de nada. No creo que fuese porque no me importara, más bien porque no podía creer que nada de aquello estuviese sucediendo de verdad.

Sin embargo, los zapatos me evocaron la enormidad de aquello. Independientemente de lo que hubiera pasado entre Annie y yo, el amor que yo sentía por los niños era el mismo: era instintivo e incondicional. Eleanor tenía razón, yo siempre sería su padre, y me aterrorizaba no estar cerca de ellos. Me olvidarían. Quise llevarme los zapatos como una especie de ancla. Quiero decir, ellos tenían que ser parte de mí, ¿no? ¿Y si me llevaba sus zapatos? Pero Alan, que había estado examinando con calma todo el tiempo, se puso nervioso de pronto.

"Solo es un par de zapatos," le dije, pero él se enfrentó a mí y su voz reverberó con todo su mandón tono de sala de juntas. De ninguna manera iba a llevarme esos malditos zapatos y luego, al salir de mi locura momentánea, lo vi todo: no eran simplemente mis hijos, había un cuadro más amplio que considerar. Eran sus nietos, una parte integral de la vida de la familia de Annie. Yo podía discutir todo lo que quisiera por los libros de Biggles y mis CDs de Joni Mitchel, pero los niños eran un asunto diferente. Ellos debían quedar al margen de esto, fuera del peligro, fuera de mi camino si

era necesario; protegidos en aras de mejores intereses y todo eso. Podíamos ser amistosos todo lo que quisiéramos, pero como mencionara a los niños, las cosas se pondrían muy desagradables y muy rápidamente.

Miré los zapatos como si estuviera mirando sus caras. ¿Por qué no tenía yo una fotografía más reciente de mis hijos?

"Joder, por Dios," dijo Phil. "Déjalos."

Me fui con mis libros de Biggles y mis CDs de Joni Mitchel y mi bicicleta y mi impresora y mis CD-ROM y mi media docena de bolsas de basura que contenían mi ropa, libros y otras cosas, la mayoría de las cuales podría haber tirado probablemente. Al despedirse, Alan me ofreció la mano, la cual me llevó un momento estrechar.

"De veras, lo siento," me dijo, y creo al reflexionar que lo sentía.

"Dile a Annie que mañana vendrá un agente inmobiliario para tasar la casa," le dije. "Me quedaré en casa de mi padre por un tiempo hasta que ella se arregle. Supongo que se mudará con este Alistair. Solo que ella no dijo..."

Él se miró los pies. Estaba incómodo de pronto, como si solo ahora recordara que era Annie, su hija, quien había tomado a un amante y no yo. Si hubiese sido yo, podría haber sido más fácil para él lidiar con ello. "¿Hay algo que pueda hacer?" Preguntó. "¿Algo para los niños? ¿Algún mensaje tal vez?"

"No," le dije. "No puedo pensar en nada que tenga sentido para ellos. No voy a discutir sobre la custodia ni nada. Quiero decir, la madre siempre se la queda de todos modos, ¿no es así? Y yo nunca quise a los pequeños bastardos en primer lugar. Fueron idea suya."

Sentí la mano de Phil agarrándome el brazo en señal de advertencia. "No ha querido decir eso, amigo," le dijo a Alan.

Eso era cierto. Yo no lo había dicho en serio. Incluso desde el principio, los niños siempre habían ejercido sobre mí un asombroso poder emocional. ¿Por qué lo había dicho entonces? ¿Para herirle?

¿Para impactarle? ¿Para impactarme a mí y despertar al hecho de que todo era muy, muy real?

"Lo siento, Alan. Los niños no podrían tener mejor abuelo. ¿Te encargarás de que estén bien?"

Siempre me ha gustado Parbold. A pesar de la inevitable expansión de los bloques de viviendas a lo largo de los años sesenta y setenta, había conservado un sentido de carácter con los antiguos edificios de piedra que quedaban, su molino de viento reconvertido y su regata permanente de coloridas barcazas en el canal. Desde el centro se podía caminar en cualquier dirección y, en cinco minutos, se encontraba uno en la campiña más profunda, entre prados, terrenos comunes salvajes y boscosos claros que marcaban el límite interior de la llanura de Lancashire.

Si tu destino te llevaba más hacia el interior, eso implicaba escalar la larga e implacable serpiente del camino hasta la colina de Parbold. No era un problema para un automóvil moderno, pero para un Midget en una mañana fría, o para una tartana como la de Phil, era más que una ordalía. Subimos con esfuerzo, metiendo eventualmente marchas cortas mientras seguíamos una nociva nube de diesel, y conseguimos llegar al pub Wiggin Tree en la cima. Aquí la carretera se nivelaba y Phil se detuvo.

"¿Problemas?" Le pregunté

"Nada que una pinta no pueda arreglar," dijo él.

Se estaba tranquilo dentro del Wiggin Tree. Un calmado y relajante aire impregnaba la decoración moderna, muy diferente a la última vez que yo había entrado allí un sábado por la noche. Cogimos una mesa con vistas a un maizal. Este se agitaba en grandes y perezosas olas. La cosecha parecía madura, sus largas espigas de grano caían adormiladas. Ya era finales de agosto. El verano estaba llegando a su fin. Un mes más, pensé, y habría tarjetas de Navidad en todas las tiendas. El año pasado por estas fechas, acabábamos de regresar de unas vacaciones en Ibiza, dos semanas con los niños, sol y arena y mares cálidos, y Annie con un bikini amarillo, luciendo tan esbelta como cuando la conocí. ¡Un año! De pronto me descubrí pensando que nunca volvería a dar la vida por sentada. Que nada

permanecería igual. Que hasta los cimientos más firmes se derrumbaban y que era una locura apegarnos a algo... o a alguien.

"Debes de pensar que soy estúpido," le dije.

Él se encogió de hombros, se bebió la mitad de su pinta, pero no dijo nada.

"Mi padre dice que debería haberla echado de casa. Supongo que debería. Siempre he sido demasiado fácil de llevar."

Sacudió la cabeza. "Él no lo decía en serio... ya conoce el resultado."

"¿Resultado?"

"Es todo por los niños, ¿no? Por lo que es lo mejor para ellos. Tú no quieres echarlos de casa. Y como dijiste, la madre siempre se queda con los niños, así que aunque sea ella la que ha estado de picos pardos, ella se queda y tú te vas. Simple. Sin ofender."

"No me ofendes," le dije. "Es decir, eso es exactamente lo que yo pensaba."

Phil se recostó y contempló el resto de su pinta.

"Bueno, ¿cuánto tiempo estuviste en Standard?" Le pregunté.

"Veinte años," respondió. "Yo era un tornero."

"¿Un tornero? Podías pedir buen sueldo en aquellos días."

Se encogió de hombros, "Un tornero es una especie rara, pero ya no hay necesidad de ellos."

"¿Ya no?"

"¿Quién iba a contratar a un tornero británico cuando puedes hacerlo por casi nada en China? No, Tom. Hemos dejado de fabricar cosas en este país. Apuesto a que si lo preguntas, ninguno de los palurdos de este lugar podría decirte siquiera lo que era un tornero."

"Probablemente tengas razón," le dije. "Triste, ¿no es así?"

"Solo es un hecho," dijo antes de apuñalar la mesa con el dedo como si quisiera acentuar el mensaje. "Sin embargo, no tiene sentido insistir en eso. Tengo que afrontarlo. Tengo que seguir adelante."

"Cierto."

"¿Sigues tú en Derby entonces? He oído que van a cerrarla también."

"Cerraron el taller de máquinas hace años, pero aún hay mucho trabajo de diseño. Me mantienen ocupado. He oído que tú tenías un taller o algo así."

"Solo una línea secundaria. Rescaté un par de máquinas cuando estaban vaciando la Standard, un torno Hardinge y una vieja fresasora Cincinatti. Sigo viviendo como autónomo, repuestos de motos clásicas, principalmente."

"¿Alguna vez has arreglado un motor?"

Él rió. "¿Ese maldito y viejo Midget?"

Asenti.

Lo pensó durante un rato. "Compra un kit y dame un toque."

"Gracias, te debo una."

"No, Tom. Yo te debo una."

"¿A mí?"

"Nuestra Ellie y tu papá." Se encogió de hombros y bebió de un trago el resto de su pinta. "Ellie estaba hecha un lío," dijo. "Yo hice lo que pude, pero era imposible lidiar con ella. Ahora bien, tu papá y ella…" Se golpeó un lado de la cabeza y bajó la voz. "Han estado en los mismos lugares, aquí dentro, ¿sabes a lo que me refiero? Eso hace la diferencia. Lo único que digo es que tú podrías haberlo hecho difícil... un viejo paisano como ese y tú siendo su único hijo."

Yo había extrañado a mi madre todos los días de los últimos veinte años, pero Eleanor seguía siendo lo mejor que le había pasado a mi padre.

"Venga ya, Phil. Eleanor está perfectamente."

"Está mucho mejor estos días," dijo él. "Pero nunca estará bien." Me miró como si estuviera a punto de decir más, luego lo pensó dos veces y suspiró.

"¿Qué?"

"Nah... ahora eso ya no tiene nada que ver conmigo, perdona, amigo."

"¿Qué es?"

"Bueno, Ellie es mi hermana. Nunca hablaría mal de ella, y limpiaré el suelo con cualquier hombre que lo haga, pero cuando estaba enferma, ella solía... bueno, ella tendía hacia el lado promiscuo."

"¿Eleanor?"

"Me preguntaba si ella había dejado todo eso atrás."

"Bueno, quizá no sea yo la mejor persona a quien preguntar, Phil, pero mi papá definitivamente no es del tipo promiscuo... y, bueno, no es sencillo... las pastillas que está tomando, quiero decir, solo para evitar que se le salgan los brazos de las mangas."

"¿Qué quieres decir?"

"Que no sé mucho sobre su relación, solo que funciona. Supongo que cuando los miro, veo más a un padre y a una hija cariñosa, tal vez la hija que nunca tuvo, no lo sé."

"Entonces reconoces que ella debe de haber, bueno, dejado atrás todas esas otras cosas entonces."

"Estoy seguro de que sí, Phil."

Mientras yo reflexionaba sobre lo que me había dicho, una

camarera se acercó a nuestra mesa. Nos sonrió, recogió nuestros vasos y quiso saber si nos apetecía algo para comer. Era joven y rubia, del mismo tono puro platino que Annie, pero la etiqueta con su nombre rezaba Rachel.

"Rachel," dije.

"¿Si?" Me preguntó ella.

Alcé la vista, sorprendido. "Perdón. Nada. Era solo el nombre. Un nombre muy bonito. Rachel."

Ella me lanzó otra sonrisa, aunque no tan amplia, y siguió su camino.

Phil sonrió. "Bueno, ¿quién es Rachel, entonces?"

Negué con la cabeza. "Era solo una chica que conocí en la escuela."

"Debe de haber sido toda una chica."

"A decir verdad, apenas la conocía."

Bueno, no, apenas la conocía no. No la conocía realmente, pero una vez más estaba sintiendo el rojo vivo de su presencia y sintiendo de nuevo la ominosa agitación de todo lo que ella había significado para mí. Mi vida se estaba desmoronando ante mis ojos y yo estaba pensando en Rachel. ¡Era una locura! Yo no tenía tiempo para aquello.

Capítulo 5

Ella regresó a mí mientras yo yacía en la cama esa noche. Era una cabeza más baja que yo, de complexión delgada y corto cabello negro peinado en amplias ondas. Llevaba una falda azul marino, cortada justo por encima de la rodilla según la moda de entonces. También llevaba una blusa normal de la escuela, azul celeste con solapas de campana estilo años setenta, y una corbata a rayas azules y doradas con nudo grueso. Pero era su expresividad más que nada lo que me cautivaba: la inclinación de su cabeza, el ligeramente exagerado movimiento de sus manos mientras hablaba y la forma nerviosa en que solía mantener el equilibrio sobre el lateral de los pies.

Era un sueño que yo ya había tenido antes. La primera vez cuando tenía quince años. En el sueño yo era consciente de ella, de todos esos gestos, mientras la seguía por un pasillo de la escuela. Estábamos abriéndonos camino entre clases, un ritual semanal. Ese pasillo en particular, esa clase en particular, a la misma hora cada semana. El clamor de voces, el olor húmedo y polvoriento del pasillo, la sensación de ansiedad... todo regresó burbujeando desde el oscuro lago de mi subconsciente.

El sueño era un reflejo de la realidad, pero en esa realidad yo siempre la perdía de vista entre la multitud y, con ello, mi oportunidad de gloria, de reconocimiento. La esperanza, mantenida a flote por la oportunidad de una sonrisa, siempre se evaporaba. Pero en mi sueño, la sudorosa multitud de chaquetas escolares se separaba de repente para revelarla apoyada en la pared. Mientras yo me arrastraba hasta su nivel, notaba que sus ojos me seguían. Ella estaba esperando... a mí. Y cuando llegaba hasta ella, me miraba fijamente, dejándome paralizado.

"Quiero estar contigo," me decía ella.

Eran solo palabras, pero podrían haber sido las palabras más preciosas si las hubiera dicho de verdad. Por supuesto, esto solo era un sueño y recuerdo la primera vez que su cruel autenticidad me

hizo despertar, delirante con una frágil alegría que implosionó en una terrible desesperación. Incluso ahora, al despertar esa mañana, veinticinco años después, el sabor de ella era fresco y me asustó que una fantasía tan remota aún pudiese ejercer tal poder.

Aún era yo consciente de su presencia cuando convencí al Midget de que funcionara esa mañana. ¿Por qué se me aparecía ella ahora? ¿Era solo mi mente alejándose del impacto de Annie? ¿Era algo sobre el coche? ¿Algo sobre el olor del mismo, una mezcla de aceite caliente y alfombras mohosas, removía viejos recuerdos?

Como había dicho mi padre, yo había conducido un Midget antes. A los dieciocho años, había sido el único coche deportivo que había podido pagar. Había visto uno anunciado en el Clarion: con registro del 67, un clásico o algo así, había dicho el hombrecillo manchado de grasa después de haber aceptado mis trescientas libras.

"Necesita un poco de trabajo," agregó él.

Yo ya me había dado cuenta de eso, pero me había sonado como un sueño y su pintura verde de carreras había brillado seductoramente bajo la tenue luz de su garaje. Yo ni siquiera había pensado en verificar las primas del seguro antes de comprar el maldito coche. Descubrí en una investigación posterior que incluso la cobertura a terceros era más de lo que yo había pagado por el automóvil y que estaba más allá de mis posibilidades como aprendiz de técnico en Derby's Diesels.

La única vez que lo conduje fue en un breve crucero sin seguro por Langholm Avenue. El plan había sido bastante simple, aunque criminal en su imprudencia: ver a Rachel. En el plan ella salía de la casa mientras yo pasaba conduciendo con la capota bajada y mostrando mi heroica figura con mi chaqueta de piloto de avión. Yo reducía la velocidad, acelerando el motor de manera provocativa; ella se giraba ante el gutural sonido y me lanzaba su mirada, esa mirada burlona suya. Luego me reconocía y su expresión cambiaba: los ojos danzaban, un poco coquetos: "Quiero estar contigo," decía ella.

Por supuesto, yo no había llegado a verla entonces. Luego, en el rugiente cruce con la A6 a las afueras de la ciudad, el acelerador se

había atascado de par en par y el coche casi me estrella contra el lateral de un camión. Tuve el sentido común de pisar el embrague y apagar el motor, pero había estado cerca y mi padre estuvo hecho un basilisco cuando por fin llegué a casa.

El coche se quedó frente a mi casa durante meses después de aquello, acumulando suciedad y goteando aceite como un constante recordatorio de la desesperanza de todo, y en lugar de ahorrar para pagar la prima del seguro, simplemente lo vendí y seguí con mi vida.

Era impactante recordar todo aquello ahora.

Mi Midget de hoy era una marca posterior y estaba en mejores condiciones. Sus envolventes parachoques negros originales se habían retirado en algún momento del proceso y se habían reemplazado con cromo más tradicional. Tenía la rejilla pulcra de un coche familiar original de los sesenta y me daba la impresión de que el coche había sido querido, pero que había atravesado tiempos difíciles recientemente. Era verde, como el otro, y lo había compré por impulso después de verlo en la entrada de un concesionario de segunda mano en Preston. Quizá había sido el hambre de nostalgia lo que me había atraído, aunque yo no era consciente de haber estado pensando en Rachel.

Al entrar en mi plaza fuera de la oficina, un bromista gritó un insulto sobre que el coche había encogido al lavarlo. "Todo un clásico, este amigo," repliqué mientras alisaba cuidadosamente la ancha banda de cinta adhesiva que sujetaba la capota de lona. Tendría que conseguir una capota nueva antes de que llegara el invierno, pensé.

Una vez dentro de la acondicionada esterilidad de la oficina de planta abierta, inicié sesión en mi ordenador, revisé mis correos electrónicos, luego cargué la última versión del diseño en el que estaba trabajando: una válvula simple para un motor de barco, pero Rachel seguía conmigo y me resultó imposible concentrarme. Hice café y me lo bebí mientras miraba sin ver la pantalla de mi ordenador. Luego traté deliberadamente de recordar lo que pudiera de ella, antes de notar que la mayor parte era irrelevante.

En los años setenta, cuando la había conocido, o más bien no conocido, la tecnología para un reloj de cuarzo había estado más allá de nuestro alcance, y de hecho, la mayor parte de lo que yo daba por sentado ahora era ciencia ficción en aquel entonces: correo electrónico, procesadores Pentium y teléfonos personales tan pequeños que podías perderlos entre la calderilla del bolsillo. A pesar de la viveza de mis recuerdos, estos eran hechos que habían tenido lugar hacía mucho tiempo. Había pasado una generación. Ella tendría unos cuarenta años, tal vez estuviese gorda, arrugada y canosa. Yo estaba siendo perseguido por una fantasía desfasada un cuarto de siglo. Esto no tenía sentido. Y era enloquecedor.

En los setenta, yo era como los otros muchachos: cabello largo hasta los hombros y pantalones de campana. Hoy en día, el cabello está desapareciendo en la coronilla y se me nubla la vista sin las gafas, pero por dentro siento lo mismo que imagino que sentía entonces. Aunque me preguntaba cómo me sentiría si viera a Rachel hoy en día de verdad. Ni por un momento pensé que ella me reconocería, pero ¿la reconocería yo? Y si la veía, o lo que es más importante, si veía el cambio en ella, ¿podría por fin deshacerme de esta extraña sensación?

"¿Tienes ese documento listo, Tom?"

"¿Documento?"

Era Stavros, el jefe de sección.

"Del que hablamos la semana pasada. ¿La reorganización departamental? Necesitamos tus ideas sobre el camino a seguir."

"Claro, solo que estoy un poco ocupado con esta válvula en este momento. Hemos recuperado el prototipo y el flujo no es el correcto. Necesitaré remodelar la entrada."

Mientras hablaba, fui consciente de los vidriosos ojos de Stavros. Él no tenía una mentalidad técnica y, aunque sin la válvula un contrato de dos millones de libras estaba casi muerto, él no parecía interesado. "¿No puede hacer eso Joss?" preguntó un poco cansado.

"Para cuando se lo haya explicado a Joss, podría haberlo hecho yo

mismo."

"Bueno, pues necesito tu opinión para la sesión de esta tarde, Tom."

No podía hacer ambas cosas al mismo tiempo y él no iba a decir que pensaba que el trabajo técnico en la válvula era menos importante. Era una de esas situaciones con las que todos los currantes de oficina, incluso los técnicos, estaban familiarizados. Obedientemente, cerré el modelo de la válvula y abrí el MS Word, cargando un documento que yo había comenzado la semana pasada, hacía ya una vida.

"El Camino a Seguir," leí. Pero ¿qué hay de mi propio camino a seguir? ¿A dónde iba Tom Norton desde aquí? Mientras reflexionaba sobre ello, Charlie Wheeler regresó de la oficina de compras. Era un ingeniero de rostro amargado con unos treinta años de experiencia. "Está decidido," dijo sin dirigirse a nadie en particular. "La oficina de diseño se muda a París. La administración se va a Dartford. Nos están cerrando, nos quedan tres meses a la mayoría de nosotros."

Él era un chismoso, un hombre en busca de un buen rumor y nosotros no le prestábamos mucha atención porque habíamos escuchado antes este tipo de cosas de él.

Mostré una cínica sonrisa. "¿Quien lo dice?"

"Todo gira en torno a Compras. Tienen una sesión esta tarde. ¿No has visto el maldito Jaguar fuera? El mismísimo Viejo *Palizas* ha venido a hacer el anuncio.

El *Palizas* era el director ejecutivo, no era su nombre real, por supuesto, pero era como todos lo llamaban debido a su severa conducta de director. Se pasaba de vez en cuando, pero sobre todo ejercía su misterioso oficio desde una pequeña oficina con una elegante dirección en Londres.

"Eso no puede ser correcto," dije. "Stavros me acaba de pedir que termine esto sobre el camino a seguir. ¿Por qué estaría perdiendo el tiempo con eso si nos estuvieran cerrando?"

Charlie me sonrió y negó con la cabeza ante mi inocencia; con solo veinticinco años de servicio, yo todavía estaba un poco verde. "Eso es local, Tom. Eso es trivial. Lo que yo estoy diciendo viene de la oficina central. Stavros probablemente sepa tanto sobre esto como nosotros."

Stavros regresó una hora después con el rostro algo pálido. Con esfuerzo, subió su bien mullida corpulencia encima de un escritorio a la entrada de la oficina. Era un espectáculo peculiar, sin precedentes, él se quedó allí de pie como un reluctante maestro de escuela, agitando los brazos pidiendo silencio y yo sentí de inmediato que era importante, sentí de inmediato la onda expansiva de la fatalidad incluso antes de que él abriera la boca.

Charlie me guiñó un ojo y luego me dio un codazo. "¿Qué te dije, muchacho? Son entradas para una danza."

"¿Una danza?"

"Una redun-danza."

Capítulo 6

Yo había trabajado en Derby desde que salí de la escuela. Lo había visto a través de muchos cambios y me sentía parte no tanto del lugar, que era sin excepción feo y sucio, sino más bien de la gente que trabajaba allí. Derby me había aceptado de joven con un par de niveles-O [4], me había entrenado como ingeniero y pagado el título. Ahora ya no me querían, el mundo había cambiado, se había vuelto más dinámico. Al viejo *Palizas* le gustaba mantener su Jaguar y su oficina en Londres. Hasta donde habíamos podido descubrir, la fábrica de Dartford sobreviviría por ahora, pero al resto de nosotros nos esperaba la Oficina de Empleo.

Hubo un tiempo en Derby en el que nada cambió durante décadas. La gente hacía los mismos trabajos, solo obtenían un ascenso cuando el tipo que estaba por encima de ellos se jubilaba o caía muerto. La oficina de diseño llevaba treinta años en el mismo lugar, con los picaportes de las puertas de latón desgastados por las palmas de una generación de ingenieros, pero ahora, de pronto, la oficina se mudaba a París.

Dicen que es raro encontrar a alguien con el mismo empleo durante más de cinco años hoy en día, pero eso no es cierto. Yo conocía montones. Yo mismo era uno. Derby había sido la escalera que elegí mientras me abría camino por la vida, junto con cientos de otros muchachos en Middleton y sus alrededores. Derby y Annie eran los dos inmutables marcadores por los que yo había navegado en cada rumbo. Ahora ambos habían desaparecido y, en el espacio de una tarde, me encontraba completamente a la deriva, buscando algo seguro, algo a salvo, pero aún así parecía incapaz de encontrar algo más tangible que los recuerdos de la época en la que yo había emprendido este camino por primera vez a los diecisiete, una época en la que había estado reflexionando sobre las colapsadas esperanzas de Langholm Avenue y de Rachel.

Mi padre expresó sus sensaciones mejor que yo.

"Maldito Infierno," dijo él.

Eleanor cerró los ojos con incredulidad. "¡Tom, eso es terrible!"

"No pasa nada, llevo veinticinco años en la empresa, obtendré una paga decente y encontraré otro trabajo." Pero mi confianza era un farol, una brava fachada. En realidad no tenía idea de lo que iba a hacer. Era como si estuviera andando encima del lateral de un barril, y tenía miedo.

Mi padre quiso enfatizar la gravedad de mi situación. "¿Otro trabajo? Eso con suerte. Tiene más de cuarenta."

Yo no me sentía con más de cuarenta. Y, de todos modos, ¿qué tenía de malo tener más de cuarenta? Tampoco es que me estuviera volviendo senil ni nada de eso.

"Despierta, Tommy, muchacho. Estás en el desguace."

"Pero no discriminan por edad. No pueden."

Él sacudió la cabeza con cansancio. "Tom, escucha. Si alguien le dice a un chico de veinte años que salte, el chico le pregunta a cuánta altura. Un tipo de cuarenta se lo va a pensar dos veces, va a pensar en su familia, en sí mismo. Tal vez se vuelva contra su patrón, quien no tendrá mucho más de veinticinco de todos modos, y le dirá que se vaya a la mierda. ¡Por supuesto que discriminan! Yo tenía cincuenta y tantos cuando salí de la mina, pero bien podría haber tenido noventa por cómo solían mirarme cuando me presentaba para una entrevista."

Yo le miré fijamente. Este era el padre que yo había olvidado, el hombre al que había visto predicar con la barriga llena de ira a un patio de clasificación lleno de mineros amargados, el mismo hombre que había arrojado trozos de carbón como desafío a la policía antidisturbios con porras en los locos días de los ochenta.

"Jack tiene razón," dijo Eleanor. "No será fácil. Tienes que pensar bien esto."

Mi padre se acercó a la ventana y miró hacia donde un grupo de niños harapientos estaban pateando una pelota contra la puerta del garaje de alguien.

"Pequeños bastardos," dijo casi para sí mismo. Era un preludio, pensé, y pude ver por la expresión de sus ojos que estaba pensando en otra cosa. Luego me dijo que Annie había telefoneado, que no estaba contenta con la venta de la casa, que yo debería ir a hablar de ello con ella y con el culogordo de Alistair. Pero yo ya había descartado a Annie de mi mente y no quería tener que volver a pensar en ella.

"Ahora no puedo ser molestado," dije evasivamente.

"Tienes que ir, Tom," dijo Eleanor.

Mi padre asintió. "Y será mejor que Ellie vaya contigo," me dijo. "No quiero que te consideren un pardillo más de lo que ya lo han hecho. Iría yo, pero con mi temperamento solo empeoraría las cosas."

Me reprimí un poco ante eso. Después de todo, yo era mayorcito para cuidar de mí mismo, pero luego vi que no había hecho tan buen trabajo con las cosas, y que también les tenía miedo, a Annie y a Alistair, miedo al dolor que podían infligir. ¿Los niños? Nunca los volverás a ver Tom, ¡y es todo culpa tuya!

Encontré a Eleanor más tarde en mi antigua habitación, sentada en la cama con un plumero en una mano mientras hojeaba mis viejos cuadernos escolares. "Son encantadores," me dijo.

"Oh, todos son bastante viejos. Mira, no tienes que venir conmigo a Parbold. Estaré bien."

"¿Estás diciendo que no necesitas un amigo?"

"Estoy diciendo que estaré bien."

"Déjame ser tu amiga, Tom." Se detuvo en un retrato al carboncillo que yo había hecho de Farrah Fawcett, uno que había copiado de una fotografía del TV Times. "Este es bueno," dijo ella. "Recuerdo esa mirada que ella tenía."

Las líneas y proporciones eran precisas, la definición de luz y sombra bien representada. Yo no lo había visto en un tiempo y, con toda modestia, me sorprendió. No solo la precisión, sino también lo bien que había capturado su personalidad de pantalla.

"Mira la fecha," le dije con asombro. "Mil novecientos setenta y ocho." Saqué otro cuaderno de bocetos del baúl que había traído de Parbold. Luego me hundí en la cama y se lo entregué. "Ahora echa un vistazo a este."

Ella pasó las páginas. Los temas eran los mismos, y la inspiración era cualquier cosa con curvas, romántica y voluptuosa: mujeres, plantas, paisajes. La diferencia estaba en las fechas, una década o así más tarde, y en el estilo.

"Están bien," dijo ella.

Pero estaba siendo educada. Las formas no parecían tan bien, la representación de la sombra y la luz era descuidada y apresurada. Las cosas que había dibujado habían comenzado como serias observaciones, pero todas terminaban deformadas y estériles, como si un sentido vital hubiera muerto.

"Estos no tienen remedio," dije. "No mantuve el nivel."

"Es una pena. Tu papá me dijo que te gustaba mucho en la escuela, que podrías haberlo estudiado en la universidad. ¿Por qué no lo hiciste?"

"Todo eso parecía un poco fantasioso. Calculé que tal vez uno de cada veinte estudiantes de arte se ganaba la vida con ella. Las probabilidades eran un poco mejores con la ingeniería."

"Este último de aquí dice mil novecientos ochenta y siete, es de la princesa Di."

"Pero la he hecho quedar fea. Para entonces ya lo había perdido por completo."

"¿No has hecho nada desde entonces?"

"Solo fragmentos de bocetos, nada en la escala de estos." Cogí el cuaderno de bocetos de mi época escolar. "Estos," dije, "estos son dibujos."

Eleanor pasó a la primera página del último cuaderno de bocetos. "Tal vez sea porque no escribiste la dirección de Rachel en este."

"Llegó un momento en que me pareció un poco idiota seguir haciendo eso. Supongo que fue cuando por fin la olvidé."

"Oh, no creo que la hayas olvidado, Tom."

"Claro que sí."

"¿Después de lo que hiciste el otro día? ¡No lo creo! Pero tienes razón en una cosa, perdiste algo en el camino desde este libro a este otro."

"Crecí."

"No. Parece más que habías perdido el sentido de la poesía." Tomó de nuevo el cuaderno de bocetos. "Esto es poesía. Y quizá la poesía comenzó a morir cuando abandonaste la idea de Rachel."

"Si eso es cierto, no hay mucho que pueda hacer al respecto."

"¿Por qué no lo retomas de nuevo? No me refiero a ganarte la vida con eso ni nada. Quiero decir, solo para ti. Por ti, Tom." Abrió el libro por el dibujo de Farrah Fawcet. "A ver si puedes volver a esto."

Capítulo 7

A Eleanor le gustó el Midget y nos hizo conducir las diez millas hasta Parbold con la capota bajada, a pesar de estar lloviendo. Déjame ser tu amiga, me había dicho y me alegré de hacerlo, porque ella poseía un precioso aire de serenidad, casi como si estuviera sedada, lo cual tal vez lo estuviera, algunas veces. ¡Ojalá se me contagiara algo de esa serenidad!, pensé. Annie tenía a Alistair y el peso de su educada y elocuente familia detrás de ella. ¿Yo? Bueno, de pronto parecía que yo tenía a Eleanor.

Cuando llegamos a Parbold Hill, la inmensidad de la llanura apareció ante nosotros. Su mosaico de ciudades y prados se extendía hasta el mar a unas quince millas de distancia. Siempre había sentado bien volver a casa por ese camino al final de un largo día, coronar la colina y verlo todo así dispuesto... pero ya no. Ahora era como estar al borde de un precipicio.

"Se puede ver Ormskirk desde aquí," dijo ella. "A Phil y a mí nos criaron en Ormskirk."

"¿En serio?"

"Pero eso fue antes," agregó ella.

"¿Antes de qué?"

"Antes de volverme loca."

"Eleanor, eres la persona más cuerda que conozco."

"Entonces tú también debes de estar loco."

Yo sabía poco sobre su vida antes de que ella conociera a mi padre, y ella no había ofrecido nada para llenar los vacíos. Además, yo siempre había sido demasiado autoconsciente para investigar, temiendo desencadenar alguna respuesta emocional y, de manera egoísta, no ser capaz de lidiar con esta, de lidiar con sus lágrimas o con cualquier necesidad profundamente arraigada que ella pudiera

tener.

Había habido algunos problemas en su vida, yo sabía eso. Uno podía verlo en sus ojos, sentirlo en la forma en que ella se movía, en la extraña forma en que se vestía. Eleanor había pasado un tiempo en el hospital, quizá uno largo, un colapso de algún tipo, pero si había sido causado por un trauma o simplemente por una enfermedad a la que ella era propensa, yo no lo sabía... como tantas otras cosas sobre ella.

Esta era la primera vez que yo había oído hablar de un hogar, de un indicio de que ella tuviera un pasado. No había padres, ni tías, ni tíos, ni amigos en sus treinta y cinco años de vida, todos desconectados y desaparecidos. Solo Eleanor y el taciturno Phil, quien había intentado y, por propia admisión, fracasado en ayudarla.

Mientras caíamos por la colina de una milla de largo hacia el pueblo, el motor emitía una resonancia peculiar y el escape comenzó a traquetear.

"Suena a que está en las últimas," dije y mientras hablaba fui consciente de que mis nervios se tensaban, de que nos estábamos acercando a Annie, a la fuente de todo lo que me estaba matando lentamente. "Phil dijo que me ayudaría a reajustar el motor. He estado juntando algunas piezas, estará como nuevo cuando haya terminado."

"Será bueno para ti tener un enfoque, Tom," dijo ella mientras me apretaba el brazo. "Pero ten cuidado de no acercarte demasiado a Phil, ¿eh?"

Hice el familiar giro hacia Lindley Crescent para encontrar el Corsa de Annie y un viejo BMW Serie 3 estacionados frente a las puertas. Yo había vivido allí durante quince años, pintado las canaletas, cuidado el jardín y pasado los dos últimos veranos pavimentando el maldito camino de entrada. De pronto me sentí como un extraño, y no enteramente bienvenido.

Dejé el MG al otro lado de la calle y seguí a Eleanor por el camino. Había voces familiares, voces maníacas y el golpeteo de pies

mientras los niños llegaban rodeando la parte trasera de la casa. Yo no había esperado escuchar hoy esas voces, esos sonidos enérgicos. Seguramente, Annie los habría mantenido alejados. ¿En qué estaba ella pensando al tenerlos correteando por ahí mientras estaba pasando todo esto?

Stephen se paró en seco y me apuntó con su espadita. "¿Donde has estado?"

"Hola, Spud,... he estado ayudando al abuelo."

"No, no lo has hecho. El abuelo está en el trabajo."

"Perdón... me refiero a Jack."

Entonces apareció Gemmie, arremangada hasta los codos y con una Barbie descabezada en la mano.

"Tengo un nuevo amigo," dijo con su mejor voz de madame mandona. "Él también es amigo de mamá porque ella lo deja ir a dormir igual que a ti." Luego, ajena al cuchillo que me acababa de clavar entre las costillas, ella giró con los ojos muy abiertos hacia la alta figura envuelta en negro de Eleanor. "Hola, brujita." le dijo Gemmie.

Eleanor extendió los brazos y giró lentamente. "Hola, niñita. ¿Hay algún hechizo que quieras que te lance?"

"Repárale la cabeza a mi muñeca," dijo ella. "Stevie se la arrancó."

"No es verdad."

"Sí es verdad."

"Muy bien," dijo Eleanor. "Entonces hemos de convertir a Stevie en una rana."

Ambos dieron un chillidito de alegría ante la idea y Stephen se alejó botando y croando. Eleanor siempre parecía tan natural con ellos que me sorprendió que ella nunca hubiera tenido hijos propios.

Para entonces, la puerta principal se había abierto y Annie estaba

esperando. Llevaba vaqueros y un suéter holgado. Se veía bien, como si hubiera salido de la portada de una revista, excepto que también se veía amargada y, como de costumbre, eso me hizo un nudo en el estómago. Me hizo preguntarme qué podía hacer yo para complacerla, para derretir esa acidez, para hacerla sonreír, para que se sintiera bien conmigo.

"¿Qué está haciendo ella aquí?" dijo Annie.

"Hola," dijo Eleanor. "También me alegro de verte, Annie."

En el interior, encontramos a Alistair sentado en el sofá. Sus ojos se movían nerviosamente como si lo único que él quisiera hacer fuese correr. Annie se sentó a su lado y de inmediato sus dedos se entrelazaron. Entonces tuve una visión de sus piernas igualmente enredadas: sus hermosas y suaves piernas envueltas alrededor de sus muslos y su gran trasero peludo subiendo y bajando. Me sentí desesperado y enfermo e hice ademán de retroceder, de huir, pero sentí que una mano oportuna me agarraba el codo. Luego me volví para encontrarme con la secreta y alentadora mirada de Eleanor.

"Ya conoces a Tom," le dijo Annie a Alistair. "Y esta es su… amiga, Eleanor."

La palabra amiga fue pronunciada con un énfasis peculiar, ante lo que Eleanor puso los ojos en blanco y, a pesar de todo, eso me hizo sonreír.

"Soy su madrastra, en realidad," dijo Eleanor procurando aclarar las cosas.

Alistair sonrió con incertidumbre y me preocupó no odiarle. ¿Por qué no podía yo invocar la cegadora rabia que debería haber venido de forma tan natural? Después de todo, ¿no me había engañado? ¿No le había hecho el amor a Annie, hecho gemir con esa deliciosa agonía, cuando a mí no se me había permitido tocarla adecuadamente en años?

Annie estaba sentada con los brazos cruzados ahora. "Escucha," dijo. "Quiero la casa. Quiero las cuentas bancarias. Lo quiero todo. No puedes negarte. No es para mí, es para los niños. No les vas a negar

la seguridad, ¿verdad?"

Hasta ahora yo no había pensado en el lado financiero de las cosas, no me había atrevido a elevar la mirada por encima del nivel de los viejos cuadernos de dibujo y ordenadores, así que aquello fue una especie de golpe, y parecía tan irrazonable que apenas podía creer que ella hablara en serio.

"¿Eh?"

Ella permaneció con cara sombría. "Voy a ver a un abogado el lunes," dijo. "Creo que tú deberías hacer lo mismo."

"Annie, puedes quedarte con la casa," dije, y sentí que Eleanor se ponía rígida a mi lado, alarmada. "Recoge mi parte de la hipoteca a partir de este mes. De acuerdo. Eso puedo arreglarlo."

"¿Qué hay de la cuenta de ahorros?"

"Claro, eso también. Solo hay un par de los grandes de todos modos. Es tuya. Pasaré mi nómina a otro banco. Arreglaremos algo con los niños, por supuesto."

"No," dijo ella. "Tienes que pagar tu parte de la casa. ¿Crees que puedo administrar este lugar por mi cuenta?"

"Pero seguramente... quiero decir... yo asumía que desde que comenzaste todo esto, y dado que él estaba aquí, que él pagaría su parte. O que ambos os mudaríais a otro lugar, juntos."

Esto me parecía lógico y pragmático. Puede que no fuera lo que la ley aconsejaría o con lo que todos terminaríamos al final, pero pensé que era un buen lugar para comenzar, al menos en mi cabeza.

Annie se arrugó entonces. Fue inesperado y me desanimó. Se acurrucó lentamente en el regazo de Alistair y lloró. Ella no tenía ni idea de lo que estaba bien o mal. La vida había sido muy simple para los dos hasta ahora. Quizá era así como ella veía su aventura con Alistair también. Quizá había comenzado simplemente con un coqueteo inocente, pasando luego a besos robados, luego a una cita apresurada en la parte de atrás de su coche… una habitación de hotel, tal vez.

Pero las cosas ya no eran tan sencillas.

La última vez que le hice el amor había sido el resultado de una semana de indignas molestias e incluso entonces, ella se había quedado allí tranquilamente mientras yo seguía con ello. Me sentí avergonzado después, casi como si la hubiera violado, lo que en cierto sentido supongo que hice. Difícilmente era esto señal de un matrimonio saludable. Sí, bueno, había habido una distancia entre nosotros durante mucho tiempo. Algo había muerto, pero solo ahora, mirándola con Alistair, me daba cuenta de algo de todo esto. Habíamos estado juntos porque era parte de un patrón, una rutina. Nos despertábamos, veíamos a los niños, nos íbamos a trabajar, nos acostábamos. Hacía tiempo que habíamos cesado de hacerlo porque queríamos estar el uno con el otro.

Eleanor se puso de pie lentamente. Vi que Alistair la miraba. Ella lo desconcertaba, pensé yo, como desconcertaba a la mayoría de la gente, pero también creo que el cachondo bastardo se estaría preguntando lo fácil que era ella.

Finalmente él cerró los ojos y negó con la cabeza. "Lo siento," dijo. "Esto es un desastre. No queríamos que sucediera nada de eso."

Era la primera vez que yo lo oía hablar. Tenía acento del norte, Manchester o tal vez Oldham, suavizado por la educación. Por fin, le llamé. "¿Quieres decir que pensabas que ibas a seguir tirándotela a mis espaldas?"

Pero la frase salió a medias. Él podría fácilmente haberme enterrado con su réplica, pero Eleanor me lanzó una mirada de advertencia y se interpuso entre nosotros. Luego, los niños entraron como un trueno, embarrando la alfombra con sus botas de agua. Eso me molestó, como siempre, pero luego noté que ya no importaba. Ese no era problema mío. Ya no tendría que ponerme sobre manos y rodillas y fregarlo todo mientras ellos se iban a la cama. Ese era el trabajo de Alistair ahora.

Gemmie notó que Annie estaba llorando, pero no dijo nada. En cambio, miró a Eleanor en busca de consuelo. Eleanor señaló a Gemmie con su largo dedo de punta negra. "Leche y Cereales," exigió. "Muéstrame."

A diferencia de la mayoría de los adultos, Gemmie estaba encantada con la excentricidad de Eleanor. "Está bien," dijo ella.

Aguanté mientras Eleanor entretenía a los niños en la cocina, pero estos se volvieron sensibles eventualmente al ser excluidos y terminaron saltándonos encima. No llegábamos a ninguna parte y me pregunté si Annie era lo suficientemente inteligente como para haberlo planeado de esa manera.

Finalmente, dije que sería mejor que dejáramos el asunto unas semanas mientras las cosas se calmaban. Pero sabía que incluso entonces no habría nada que decir. Toda nuestra charla sobre una solución amistosa no significaba más que el deseo de que todo aquello desapareciera sin que ninguno de los dos tuviera que involucrarse.

"Tienes más cosas tuyas en la mesa del vestíbulo," dijo Annie mientras yo me preparaba para irme.

"Tíralas," dije.

"Eran fotografías y cosas así. Pensé que las querrías."

"¡Que tires las malditas cosas!"

Pero más tarde, cuando arreglé el capó del Midget, vi a Eleanor cargando las cosas en una bolsa de Morrison.

Luego nos quedamos sentados un rato, aplastados hombro con hombro dentro del coche mientras una lluvia repentina barría la calle y sus grandes olas azotaban los rincones. Me estremecí, ella me rodeó con el brazo e, instintivamente, yo me apoyé en ella. Aquella era una sensación peculiar y yo siempre había sido tímido para hacerlo antes, tímido para tocarla. Pero en ese momento, con el mundo en ruinas y la lluvia rebotando en la lona, parecía la cosa más natural del mundo.

"Annie no tiene ni idea," me dijo ella. "Se está tambaleando."

"Pero estará bien," dije. "Su papá se encargará de eso."

"Lo sé. Jack me ha hablado de él. Es dueño de todas esas tiendas de

ropa."

"Así es."

"Entré en una una vez, en ese local en Southport. Hasta donde pude ver, todo era chalecos de hilo y pantalones de payaso. El negro definitivamente estaba pasado de moda por aquel entonces, aunque creo que ahora se considera genial. Aún así, será mejor que te andes con ojo o lo vas a perder todo excepto las bragas... probablemente eso también. ¿Estás bien de dinero, cariño? Quiero decir, ¿hay algo solo a tu nombre?"

"Tengo algunas acciones que puedo canjear."

"¿Tienes los certificados?"

"Creo que sí. Están con todas esas cosas que traje el otro día."

"Bien," dijo. "Cóbralas. No las retengas. Guarda el dinero en un calcetín, en cualquier lugar donde no se pueda rastrear. Luego cambia la nómina como dijiste, lo antes posible. Y retírala en el momento en que se ingrese. Cada centavo. ¿Entiendes?"

"No lo pillo."

"Cualquiera con la autoridad adecuada puede tener en sus manos los dígitos informáticos, Tom. El dinero en efectivo es más difícil. Con efectivo tienen que obligarte a entregarlo físicamente. No te rindas. No se lo pongas fácil."

"Suenas como si hubieras hecho esto antes."

Ella sonrió misteriosamente, luego me dio un último apretón de ánimo. "Salgamos de aquí," dijo. Luego miró las casas a nuestro alrededor con disgusto. "Ya no necesitas este lugar."

Mientras yo conducía, ella comenzó a revisar las cosas que había rescatado, deteniéndose finalmente en una fotografía antigua. "¡Este eres tú! ¡Mira qué pelo de mendigo desaliñado! Apuesto a que tu pobre madre tuvo que morderse la lengua al enviarte con esta pinta."

El motor batía y farfullaba, luchando contra la brutal pendiente de Parbold Hill. En cuanto llegamos a la cima, imaginé poder oír el estertor de la muerte del motor, antes de una junta o una válvula rota. Después de persuadirlo, miré hacia la foto en el regazo de Eleanor, luego me detuve repentinamente para poder mirar más de cerca. Era una cara en particular la que me había llamado la atención. Ella estaba de pie en la cola detrás de mí, con ojos brillantes, orgullosa, sonriendo.

Era Rachel.

Aunque yo no era consciente de haber retenido el recuerdo, lo recordé entonces y volví a vivir la mañana en que se había tomado esa fotografía: los muchachos dando empujones y tonteando, y las niñas de pie, mirando pacientemente, con su interés en nosotros oculto tras máscaras de desdén.

Eleanor pareció notarlo. "¡Así que es ella!"

"Traté de estar de pie justo detrás de ella. Tenía la idea de que cada vez que ella saliera en esa foto, yo estaría allí, o que sus padres la verían y le dirían «¿quién es este joven tan guapo? ¿Por qué no le invitas a tomar el té?»"

Ella rió. "Pobre Tom. Te dio fuerte de verdad."

"El fotógrafo lo arruinó todo," continué. "Él quería que yo me pusiera en la primera fila porque era muy alto."

Eleanor continuó admirando la imagen. "¡Ahí está! Oh, es muy guapa, Tom."

"Lo era. ¿Quién sabe cómo es ahora?"

"Yo también era hermosa," dijo. "A esa edad."

"Todavía lo eres," le dije.

"No. Me refiero al interior."

"Yo tambien."

Ella sacudió su cabeza. "Tú no me conoces, Tom."

"Mi papá se casó contigo. No puedes ser tan mala."

"Tu papá es muy amable."

"No, es un viejo cascarrabias y tú eres una santa por aguantarle."

"Él no lo dice en serio. Esa brusquedad suya es solo una actuación. Él entiende las cosas muy bien. Es muy sensible."

Pero estas eran cosas que yo ya sabía. "Si tú lo dices."

"Cuando nos conocimos, supe que él era mi única esperanza. Yo no podía ofrecerle nada a cambio, excepto mi compañía. Le debo la vida."

"No te subestimes, Eleanor. A mi modo de ver, fuiste tú quien lo salvó a él."

Ella sonrió. "Cuando bajas la guardia, eres como él, ¿sabes? No dejes que este asunto con Annie te endurezca o te cambie de ninguna manera, Tom. Prométemelo. Me gustas exactamente como eres."

Me sonrojé, halagado de pensar que alguien se había fijado en mí, que alguien incluso querría conocerme. "Estaré bien," dije, y escondí mi vergüenza en un escrutinio más detenido de la imagen.

Era una fotografía muy buena, tomada con una cámara de gran formato como no vemos mucho en estos días, y el detalle era excelente. Ya estaba pensando que podría escanearla en el PC de mi padre y obtener una decente ampliación de la cara de Rachel.

"Por cierto," dijo Eleanor. "¿Qué es verde y sale rezumando de debajo de un viejo coche oxidado?"

"No lo sé, anticongelante supongo. ¿Por qué?"

Ella alzó una ceja delicadamente dibujada a lápiz. Yo gruñí. Efectivamente, el radiador había reventado.

Capítulo 8

Recuerdo lo mucho que me preocupé al comprar la casa. Quizá era un lento principiante, pero a los veintiséis años lo más complicado que había hecho antes había sido comprar un coche. No era tanto el dinero ni la idea de lo que le debía a la Sociedad de la Construcción. Era más bien la complejidad: las entrevistas, los abogados, la tasa del notario, los contratos... y la sensación de que, sencillamente, yo no era lo bastante grande para hacer frente a todos aquellos detalles arcanos. Aunque, por supuesto, todo pareció encajar. Había personas cuyo empleo consistía en comprender aquellas cosas por mí.

Supongo que entonces no debería haberme sorprendido descubrir que la ruptura de un matrimonio era igualmente rutinaria. Desde el momento en que Eleanor me presentó al Sr. Hawksworth, de Hawksworth y Barker en la calle Saint Thomas en Middleton, supe que tenía que desempeñar mi papel. Había un procedimiento bien establecido en tales asuntos, o eso me aseguró Hawksworth. Él pondría en orden los papeles y escribiría las cartas necesarias. Ese era su trabajo, por el que yo le pagaría.

"¿Entonces, Annie y yo simplemente nos retiramos del ring y te dejamos a ti seguir con ello?"

Hawksworth era un hombre regordete, de rostro redondo, sesenta años y poseía un aire relajado y confiado. "En cierto modo, sí," me dijo. "Me pondré en contacto con el abogado de su esposa." Bajó la vista hacia la oficial y ominosa, pensé yo, carta que había caído en mi buzón esa mañana. "Sí, es una empresa de Liverpool. He tratado con ellos antes. Un asunto terrible, por supuesto, muy triste. Tiene mi más profunda simpatía. Habrá una cita en el tribunal con respecto al acuerdo de sus finanzas, y sería sabio por su parte asistir, por lo demás puede estar tranquilo. Todo está en buenas manos, señor Norton."

Parecía estar de moda tener un abogado. «Recibirá una carta de mi abogado», decía la gente con tono de propiedad en la voz, como si

se refirieran a algún antiguo criado de la familia pendiente de todos sus caprichos y que tiraba de la correa para abalanzarse sobre cualquiera que osara traicionarlos. La realidad, por supuesto, era algo diferente. El último abogado que yo había visto había sido sobre la compra de la casa y no creo que hubiéramos hablado más de diez minutos, un tipo cutre y de pelo desaliñado que solo había estado interesado en la comisión y en aferrarse a mi depósito para la casa durante el mayor tiempo posible. "Estaba en buenas manos," eran las palabras también, como diciendo: "¿Por qué me estaba preocupando? Ahora vete y déjame seguir con otra cosa."

Hawksworth conocía a Eleanor por un asunto previo, que yo no podía imaginar, y había sido ella quien me había traído aquí después de encontrarme esa mañana sentado pálido y agotado con la carta en el regazo.

"Él es bueno," me había asegurado ella de camino hacia allí. "Es un caballero. Él te lo solucionará."

Después me invitó a un café y tarta en los salones de té de la calle Main. Era desconcertante, pensé yo, la forma en que la gente la miraba. No era solo el modo en que ella vestía, era la forma en que se movía, la forma en que se sostenía. A veces imaginaba que ella parecía flotar, como si una parte de lo que la ataba al suelo se hubiera perdido.

Nos sentamos cara a cara, encorvados sobre la mesa como conspiradores.

"¿Te avergüenzo?" Me preguntó ella.

"¿Qué? No seas boba. Perdona si te estaba mirando. En realidad no te miraba a ti. Miraba más bien a otras personas mirándote a ti."

Ella pensó en ello un tiempo y me preocupó haberla ofendido, por no poder pensar claramente, aún un poco aturdido después de la entrevista con Hawksworth.

"Sé que mi aspecto es un poco raro," dijo ella. "Siento debilidad al sentirme invisible. Me gusta saber que la gente puede verme, pero a veces van demasiado lejos. Solo desearía que no se quedaran

boquiabiertos. Los niños no pueden evitarlo, pero esas queridas ancianitas de ahí... " Se giró y la pandilla de abuelas volvió a mirar rápido a sus mesas.

"No pueden evitarlo," dije. "Y Gemmie piensa que eres maravillosa."

Ella sonrió con cariño. "Gemmie es un amor. Se parece un poco a Jack, ¿no crees?" Luego su rostro se ensombreció. "En cuanto a Annie, cree que soy la puta de un viejo. Todos lo creen."

"Ellie..."

"Bueno, ¿por qué no iban a pensarlo? Y esas queridas ancianitas de allí también lo dirían si lo supieran."

"Ellie... yo no debería estar escuchando esto."

"Y no me llames Ellie. Todo el mundo me llama Ellie, desde que era niña, y siempre lo he odiado, es como si no pudieran molestarse a pronunciar mi propio nombre, como si no pudieran molestarse conmigo."

"Estoy seguro de que eso no es cierto."

"Aunque tú siempre me llamas Eleanor. Siempre me ha gustado eso, Tom. Hay tres sílabas y tú te tomas el tiempo de pronunciar cada una. No cambies, no dejes que la forma en que los demás me llaman o piensan de mí te influya. ¿Lo prometes?

Había cierta sensibilidad en ello, pensé, el primer atisbo de un lado más oscuro de ella. Aparté la mirada, torpemente, queriendo saber, queriendo escuchar su historia, pero sintiéndome inadecuado e indigno en cierta manera.

"Lo prometo," le dije. "Ahora, déjame pagar esto."

Llamé a la camarera y saqué mi billetera. Esta se abrió con la imagen de Rachel en la parte superior, recientemente ampliada y mejorada por ordenador. La camarera, una mujer de mediana edad, agradable y maternal, se acercó de inmediato. "Qué chica más bonita. ¿Es su hija?"

Antes de que pudiera decir lo contrario, Eleanor respondió por mí. "Es la mayor. ¿A que es guapa?"

"Oh... bendición. ¿Cuántos años?"

"Quince."

"La mía tiene esa edad. Pobrecita. Se cree que lo tiene todo resuelto... pero no sabe la mitad de la historia, ¿verdad?"

Era de Rachel de quien estábamos hablando y me sorprendió notar que era cierto: eso es todo lo que ella era, solo una chica. La fotografía, como mi memoria, la había congelado en el tiempo. A pesar de lo bonita que era, no era sexualmente atractiva. Sólo era una flaca colegiala de quince años y pecho plano.

Afuera, esperé en la esquina de la calle durante diez minutos mientras Eleanor visitaba la cafetería para el té. Ella era una ama de casa de lo más inverosímil, pensé, pero ¿éramos alguno de nosotros lo que parecíamos? Cuando regresó, me tomó del brazo y nos dirigimos de vuelta al coche. Yo no estaba acostumbrado al contacto humano, incluso con Annie, que había evitado tomarnos de la mano desde que la conocía. Pero Eleanor era táctil y su cercanía, su calidez, era como un bálsamo curativo para mí ahora.

"Gracias," le dije.

"¿Por qué?"

"Por ser una amiga."

"¿Para qué están las madres?" me respondió. "Pero me preocupa que parezcas estar distanciándote. Ayer con Annie y Alistair. Cualquier otra persona le habría arrancado la cabeza y tú te quedaste allí como si te hubiesen invitado a tomar el té. Me pareció un poco extraño."

"¿Puedes imaginarme arrancándole la cabeza a alguien?"

"No, pero pareces más preocupado por doblegarte para adaptarte a lo que sea que Annie desee."

"No sé lo que Annie desea. Ojalá lo supiera."

"Es simple, Tom. Lo que Annie quiere es un bomboncito como Alistair en tu lugar, y sin perturbar nada más en su vida. ¿Y qué hay de ti? ¿Qué quieres tú?"

"No lo sé. A Annie, supongo. Quiero que me diga que todo ha sido un gran error y que me ama."

"¿Eso quieres? ¿De verdad?"

"¿Por qué no? Quiero decir, de eso trata todo esto, ¿no? De envejecer con alguien y hacer lo mejor posible por los niños."

"¿Crees que es eso todo lo que tu vida tiene para ofrecer?"

"¿Qué más hay?"

"¿Aún estás enamorado de ella?"

"¿De quién? Ah... de Annie. Supongo que debo estarlo..." Pero incluso mientras lo decía, sabía que ya me había demostrado a mí mismo lo contrario.

Miré hacia la acera de enfrente, hacia a una pareja de ancianos con los brazos entrelazados mientras avanzaban, lenta pero mutuamente, contra una marea de peatones que se dirigían en la otra dirección. Probablemente habían hecho su cortejo en los años de la guerra, pensé, habían visto más angustia y agitación de lo que cualquiera de nosotros podría imaginar, y aún así seguían juntos. ¿Qué pasaba hoy en día que nos volvía tan volátiles, tan ansiosos por pasar a nuevos pastos?

"Pensé que lo estábamos haciendo bien," dije. "La gente se las arregla, ¿no? Quiero decir, incluso si el amor muere, todavía consiguen mantener una especie de afectuoso compañerismo o algo así. No se puede tener todo."

"Annie quería más, Tom. Quería emoción, amor, sexo... Lo siento, no trato de decir que seas poco excitante..."

"No, tienes razón. No teníamos ninguna de esas cosas, ni siquiera el

sexo, bueno, al menos no últimamente. Pensé que ella había perdido el interés. Pensé que era algo que les pasaba a las mujeres cuando se acercaban a los cuarenta y que yo tendría que aprender a vivir con ello. El caso es que lo que sea que yo quiera, o creo que quiero, es obvio que no lo voy a conseguir, así que ¿no es más fácil para todos, especialmente para mí, si ella consigue lo que quiere? ¿De verdad piensas que Alistair es un bomboncito?"

Ella puso los ojos en blanco. "Por supuesto que lo es. También tengo la sensación de que me habría quitado las bragas en cinco minutos si le hubiera dejado. Es todo un pieza nuestro Alistair, creo yo, créeme, las mujeres tenemos una intuición para estas cosas. Va a herir los sentimientos de Annie, tal vez incluso antes de que se seque la tinta de vuestros papeles de divorcio."

"¿Eso crees? ¿Crees que quizá valga la pena esperar un poco? ¿Crees que lo suyo podría fracasar?"

"No lo sé con certeza, Tom, pero tendrás que pensarte mucho si crees que puedes volver a confiar en ella."

"Lo sé… ¿Y yo no soy un bomboncito, entonces?"

"¿Me lo estás preguntando como tu madre?"

"Como lo que sea."

"No todas las mujeres quieren un bomboncito cachas, Tom. Tal vez para un polvo rápido sí, perdón por mi francés. Pero tipos menos sexys a veces proporcionan otras cosas, cosas que quizá son más importantes para una mujer... para la mujer adecuada."

"Lo tomaré como un no."

"Por cierto," dijo ella entregándome una gran bolsa de papel. Esta tenía un delicado estampado de flores y olía a popurrí. "Te he comprado un regalo."

Dentro había un caro cuaderno de bocetos. Al principio no supe qué decir, así que hojeé las láminas vírgenes y pasé las yemas de los dedos por su superficie. Era un papel de la mejor calidad, mejor que cualquier otro que yo hubiera tenido. Me conmovió profundamente.

"Eleanor... esto debe de haber costado una fortuna."

"Bueno, no voy escasa."

"Tendría miedo de dejar una huella en esto, es precioso."

"Deja tu huella," dijo ella. "Y cuando esté lleno te compraré otro."

En casa, encontramos a mi padre examinando los anuncios de empleo en el Evening Post.

"Hay mucho tiempo para eso," le dije.

"No estaba buscando para ti," espetó él. "Esto es una investigación. Estoy contando cuántos trabajos de fabricación hay en comparación con el sector de servicios. Cuántos trabajos adecuados a jornada completa, cuántos contratos temporales de esclavo de oficina a tiempo parcial."

"¿Y?"

"No quieres saberlo," me dijo. "No en tu situación."

"Siempre puedo volver a capacitarme y conseguir un trabajo en el bar de hamburguesas del recinto."

"Eres demasiado viejo," espetó. "Un cuarto de siglo más viejo."

"Gracias por esas palabras de consuelo, papá."

Eleanor se inclinó y le besó en la coronilla. "Cómo sois los dos, honestamente. Es como si tuviera dos críos a veces."

En los días que siguieron, me pareció estar retrocediendo a mi niñez, descansando en la cama por las noches en mi antigua habitación, leyendo, pensando, esperando... esperando que cerrara Derby y la siguiente etapa de mi divorcio.

La habitación había estado un poco desordenada cuando llegué por primera vez, un lugar conveniente para esconder trastos, pero se habían ocupado de ello y ahora y cada noche, cuando yo regresaba del trabajo, encontraba una nueva mejora: cortinas lavadas y

planchadas, sábanas limpias en la cama y una funda nórdica nueva.

La alfombra siempre parecía recién aspirada y mi ropa de la noche anterior siempre era recogida por la invisible mano de Eleanor y desaparecía. Ropa limpia aparecía lavada y planchada en los cajones. Una noche llegué a casa y descubrí que ella había sacado un viejo marco de fotos y le había hecho un soporte de cartón. Lo había decorado con lápices de colores, un intrincado patrón de figuras románticas, con atuendo oscuro y haciendo pucheros—muy prerrafaelita— y había pegado una copia de la fotografía de Rachel en el marco antes de colocarla junto a mi cama.

Mi radio de onda corta también apareció de alguna parte. Creo que mi padre debió de haberla pescado del cobertizo y Eleanor la había pulido con Míster Brillo. La radio tenía treinta años, el componente más avanzado de su interior era un transistor, y crujía con nostalgia cuando yo giraba los diales en busca de estaciones de habla inglesa. Dejé la radio en la mesilla de noche junto con la fotografía y el cuaderno de bocetos que Eleanor me había comprado.

Era un cuaderno hermosamente encuadernado, las tapas duras estaban decoradas con un denso patrón de arabescos. Yo lo había abierto un par de veces con intención de comenzar un dibujo, pero después de una eternidad mirando fijamente la página en blanco, mi motivación siempre huía, dejándome con miedo de hacer la primera marca, con miedo de exponer mi total insuficiencia.

De pronto mi consciencia del pasado fue tan grande que casi esperaba levantarme por las mañanas y tener que sacar la bicicleta del cobertizo, lista para el viaje de veinte minutos hasta County High. Y durante las próximas semanas, los recuerdos comenzaron a fluir en mi cerebro como si alguien hubiera hecho agujeros en el tiempo: eventos, sentimientos, el olor a pasillos polvorientos, la sensación de los pantalones calados en las lluviosas mañanas de escuela. Me hizo preguntarme para qué había sido todo. Toda esa esperanza, todo ese tiempo dedicado a trabajar por algo para alejarme de esta habitación, y ahora, a los cuarenta y dos, había vuelto exactamente a donde había comenzado. Aunque, por supuesto, no era exactamente igual, y la diferencia era Eleanor.

Eleanor y mi padre se sentían cómodos juntos, como un matrimonio

de ancianos, o como un hermano y una hermana—siendo ella, de lejos, la mayor y la más sensata de los dos. Ella se sentaba por las noches con su música y su meditación, mientras él tecleaba en su ordenador, y algunas veces estaban juntos en el sofá viendo una película. Eleanor se acurrucaba en él, con el brazo de él alrededor de sus hombros, abrazándola junto a él. Estaban tranquilos, contentos, ya fuese juntos o separados. Pero había dos camas individuales en su dormitorio y mi padre llevaba impotente veinte años. Fue la huelga de los ochenta lo que había acabado con él, dando fin a su vida clandestina de hombre roto y con la mente hecha pedazos, no por afrontar el miedo diario de una caída del techo o una explosión de metano, sino por el pequeño y extraño clic cada vez que levantaba el teléfono para convocar una reunión sindical.

"Maldición, claro que acepté el dinero," decía él.

Y en esta comodidad, yo comencé a relajarme y a descuidar mis modales con Eleanor, como si de verdad fuese mi madre o mi hermana. Eso me pasó factura bruscamente una mañana cuando, con la vista borrosa, entré en el baño llevando nada más que unos pantalones cortos y la vi salir de la ducha. Ella soltó un jadeo ahogado y yo giré en redondo rápidamente, apartando la vista.

Pero es sorprendente lo mucho que puede captar el ojo en un instante. Ella tenía una figura muy potente, larga y sinuosa, de piel pálida. Y había senos generosos cuyas oscuras cumbres casi combinaban con el color de su cabello. Ella no había hecho ademán de cubrirse de inmediato. Solo había sonreído, como diciendo «Ups», y después había notado hacia dónde se habían desviado mis ojos. Fue entonces cuando su mano se había movido hacia abajo, protectoramente, pero ya era demasiado tarde. Yo ya había visto la cicatriz en forma de media luna, una delgada línea, más blanca incluso que el blanco de su piel. Annie tenía una similar, así que yo sabía exactamente lo que era: una cicatriz de cesárea.

Estuve tan avergonzado que no pude mirarla a los ojos durante el desayuno. Pero cuando mi padre volvió a subir a su estudio, y antes de que yo me fuera a Derby, ella dejó caer una mano sobre la mía. "No fue nada," dijo. "Olvídalo."

"Debería haber llamado a la puerta."

"No deberías preocuparte por eso. No tengo nada que no hayas visto antes."

Cierto, pensé. Pero también tenía algo que yo no había esperado ver, algo sobre lo que ella se había mostrado sensible y más consciente de dejar expuesto que su sexo incluso.

Capítulo 9

Eventualmente, decidí seguir hacia donde me estaban guiando mis sentimientos. Me vestí de chaqueta y corbata, que fue lo más cercano a un uniforme escolar que pude conseguir, y después de sacar del cobertizo mi vieja bicicleta, me puse en camino por la vieja ruta hacia County High. Era septiembre ahora, la mañana era brillante, pero con un soplo de otoño en ella, recordándome todas esas primeras semanas después de las largas vacaciones de verano, y recordándome también a una peculiar mezcla de tristeza y nerviosa impaciencia por el comienzo de un nuevo trimestre.

Lo primero que descubrí fue que ya no era una escuela secundaria. Ese título en particular había sido engañoso, incluso en los años setenta. Una burda táctica de marketing para levantar la cabeza por encima de la supuesta mediocridad de un sistema integral advenedizo. Ahora era una Escuela Beacon, según el tablón de anuncios. Yo no tenía idea de lo que eso significaba, pero los chavales me parecían y sonaban igual que veinticinco años atrás. Pasaban a toda velocidad en sus bicicletas, gritándose unos a otros con sus chaquetas ondeando al viento. Sus bromas eran a fuego rápido, como parloteo de ametralladoras, y casi me sentí uno de ellos de nuevo.

De pie fuera de las puertas, vi a estos chicos entrar correteando semisalvajes en los mismos edificios que yo había conocido, y en mi mente los seguí. Oí el rugido de sus pasos en las escaleras de madera, oí el susurro de las mochilas escolares siendo pateadas por los pulidos suelos. Sentí su tirar, su empujar y la pura presión llevándome con ellos.

Luego estaba en una cola, exprimido contra una pared en el bloque de ciencias, los chicos por un lado, las chicas por el otro. Yo tenía quince años y sentía la presencia de Rachel como el calor de un fuego. Era un momento de esperanza, la promesa que me había arrastrado fuera de la cama esa mañana, una ocasión en la que nuestros movimientos coincidían en la regulada semana escolar. Después de días de impaciencia, nuestras órbitas se habían cerrado

y estábamos de nuevo a plena vista.

Yo la estaba mirando, no abiertamente, más bien por el rabillo del ojo. Ella sostenía sus carpetas frente al pecho y se balanceaba sobre el lateral de los pies, las puntas de sus zapatos azul marino estaban todo desgastadas. Había una especie de energía nerviosa que parecía llenarla por dentro, haciéndola brillar. Mientras tanto, mientras yo observaba, deseaba que ella girara la cabeza y me mirara, tal vez incluso para sonreír. Pero por lo que ella sabía, yo bien podría no haber estado allí.

Luego llegó el maestro de física y entramos en clase uno tras otro: chica, chico, chica, chico. Traté de juzgar el ritmo para que estuviéramos cerca mientras atravesábamos la puerta.

"Hola," le decía.

"Ey."

"¿Podemos hablar después?"

"¿Qué tal en el descanso?"

"Sí, hay algo que tengo que decirte."

"Lo sé. Tranquilo, yo siento lo mismo. ¿Más tarde entonces?"

"Más tarde."

Y luego, en el descanso, la encontraba sentada sobre el muro exterior del gimnasio de chicas, puntas de los pies juntas y cabeza gacha mientras yo caminaba hacia ella. Ella alzaba la vista y me clavaba en el sitio con una mirada.

"Quiero estar contigo," me decía.

¡Maravilloso! Salvo, por supuesto, que aquello no sucedió. Estoy seguro de que hubo ocasiones en las que nos rozamos al pasar, pero las palabras siempre morían en mis labios y yo sentía el dolor de estas consumiéndome durante el resto del día. Recordaba ese dolor ahora, lo sentía atravesarme ardiendo y drenarme de energía, de espíritu. Su intensidad me sobresaltó. ¿Cómo podía el dolor ser real

cuando el recuerdo era tan antiguo?

Resurgiendo al presente con un brinco, comencé a sentirme conspicuo por merodear fuera de la escuela. Un paisano de camisa y corbata destaca estos días y hay que tener cuidado, parece haber más hombres del saco ahora que en los setenta, o al menos hablamos más de ellos... osando a ser más definitivos, dándoles nombres como narcotraficante y pedófilo, y como yo ya había descubierto, un hombre a solas con la apariencia equivocada debe tener cuidado o terminará llevando la primera etiqueta que a cualquiera le apetezca ponerle.

De pronto, nervioso, encadené la bici a la barandilla y entré a los terrenos de la escuela, tratando de transmitir la impresión de que sabía lo que estaba haciendo. La secretaría estaba donde siempre había estado, aunque ahora había un sofisticado sistema de seguridad con cámaras que observaban todas las idas y venidas. Apenas había cruzado el umbral cuando la voz de una joven me detuvo.

"¿Puedo ayudarle?"

"Soy Tom," dije, y traté de sonreír como diciendo: «Soy inofensivo», pero me temo que salió más como una sonrisa burlona. "Yo venía aquí cuando era niño. Sé que probablemente no sea un buen momento..."

Ella me miró con escepticismo. Tenía unos veinticinco años y probablemente no podía creer que la escuela hubiese estado construida cuando yo era chico.

"Si se trata de una reunión, probablemente podría ponerle en contacto con la persona adecuada."

"¿Una reunión?"

"La mayoría de los años hacen una reunión secretaria."

"¿La hacen?"

"Por supuesto. ¿Cuándo salió usted?"

"Em... en el 77."

"Ooh, no sé. Eso sí es hace mucho tiempo. Espere, voy a echar un vistazo."

Obedecí sentándome en el vestíbulo mientras chicos entrometidos me miraban boquiabiertos.

"Lo siento," dijo la secretaria. "Solo nos remontamos a 1980."

"Ya veo. Supongo que no hay ninguna posibilidad de echar un vistazo por aquí, ¿verdad?"

"Estoy segura de que al Sr. Shaw le encantará mostrarle los alrededores," dijo la chica. "Pero tendrá que pedir una cita. ¿Puede darme su número de teléfono?"

"Por supuesto." Yo ya podía sentir que la inercia me abandonaba. No le veía sentido, pero le di mi número de todos modos, y luego la miré. "No te refieres a John Shaw, ¿verdad? Él era mi profesor de geografía."

"Sé que lleva aquí mucho tiempo." Ella lo pensó por un momento. "Le diré una cosa, espere ahí. Hablaré con él. Quizá pueda dedicarle unos minutos."

Le reconocí de inmediato, aunque debía de tener sesenta años. Él no me conocía, por supuesto, a pesar de que me había criticado regularmente durante su dudosa tutoría. Me sonrió, me estrechó la mano y luego me hizo sentar mientras la secretaria nos traía el té. Para mi asombro, descubrí que él aún me desagradaba.

"Sé que debe de estar ocupado," le dije. "No querría robarle su tiempo. Es que he estado pensando mucho en este lugar recientemente y me preguntaba cómo sería caminar por los pasillos, tal vez mirar dentro de algunas de las aulas."

"Fantasmas, ¿eh?" me dijo.

Me sorprendió. Yo siempre lo había considerado un bastardo insensible. "Fantasmas... sí, se podría decir que sí." Después del té y de muchas preguntas sobre mi año, afirmó recordarme, pero creo

que solo estaba siendo educado.

"Puedo darte un recorrido de diez minutos, Tom." me dijo.

Nunca me había llamado Tom antes, siempre Thomas. Tom es demasiado informal cuando voceas improperios inteligentes.

"Eso sería genial," respondí.

Desde el exterior, la escuela era muy parecida—no había mucho que se pudiera hacer con la arquitectura, supuse— pero en el interior el paso del tiempo había dejado su huella. Para empezar, parecía más brillante. Yo recordaba paredes monótonas, una especie de cascarón azul uniforme, y había necesitado un buen fregado. Ahora todo estaba en tonos pastel y los pasillos, que en otro tiempo habían sonado con el ruido de pasos y bolsas deslizantes, ahora estaban silenciados por alfombras coordenadas. Las aulas estaban más arregladas, más luminosas... menos formales, con más alfombras y había ordenadores por todas partes.

Todo parecía mucho más pequeño, aunque a los quince yo ya había alcanzado mi estatura adulta de metro noventa y cuatro. Miré a mi alrededor, desconcertado por la escala reducida. ¿Estaban mis otros recuerdos igual de distorsionados? ¿Habían sido aquellos momentos de amor, aquellos sentimientos de desesperación, también exagerados en mi mente, inflados fuera de toda proporción en una engañosa caricatura de la verdad?

Fue el taller de Metalurgia lo que más me sorprendió. Había desaparecido, arrancado junto con la asignatura para ser reemplazado por algo llamado Tecnología. Ahora, con toda modestia, creo saber un par de cosas sobre tecnología. Junto con nuestra maestra de Metalurgia loca por los automóviles, habíamos reconstruido coches en aquella sala: Mini Coopers y Mark One Escorts, y los habíamos conducido por Oulton Park. Pero hasta donde yo podía entender estos días, Tecnología consistía en hacer cosas a partir de cartón y perchas dobladas.

Recogí un curioso artilugio hecho de papel y un endeble taco de madera. Había sido toscamente pintado con colores primarios y parecía una especie de Picasso tridimensional. "¿Qué hace esto,

entonces?" pregunté yo.

"Bueno," dijo el Sr. Shaw. "Más o menos bate las alas." Y luego, reconociendo mi sorpresa, prosiguió a la defensiva: "No es tanto el objeto lo que es importante, Tom, sino el modo en que los chicos se disponen a abordar el problema."

"Ah..." dije yo sin entender una palabra. "Pero solía haber herramientas para máquinas aquí. Y en esa habitación de allí había tableros de dibujo, filas y filas de ellos. Yo obtuve un nivel-O en dibujo de ingeniería, eso es lo que me puso en el camino para ser diseñador, supongo."

El señor Shaw sonrió pacientemente. "Nos libramos de todo aquel lote hace años," dijo. "Ya no parecía relevante. No nos dedicamos al negocio de críar forraje industrial estos días. No hay fábricas a las que enviarlos de todos modos, ¿verdad? Los chavales merecen algo mejor. Nos consideramos más en el negocio de convertirlos en adultos completos ."

¿Es eso lo que yo había sido entonces?, me pregunté. ¿Forraje de fábrica? Pero yo era ingeniero, diseñador profesional, ¡tenía las letras detrás del nombre para demostrarlo! Sé que Derby me había exprimido y ahora se estaban preparando para escupirme, pero me habían pagado por mis problemas, habían pagado la hipoteca de mi linda casa, pagado un coche nuevo cada cuatro o cinco años. ¿No se trata de eso? ¿De ganarse la vida honestamente?

Terminamos nuestro recorrido volviendo al área de recepción, donde me quedé sintiéndome como una especie de antigüedad. A la edad de dieciséis años, yo había aprendido aquí los rudimentos del corte de metal y cómo producir un dibujo de ingeniería según los estrictos requisitos de los estándares británicos. También había desmontado en piezas el motor de un Cosworth, lo había reconstruido y visto correr como loco por una pista de carreras. Pero todo eso era irrelevante ahora. Como yo, parecía irrelevante, borrado por un nuevo y reluciente orden, aplastado bajo legiones de coloridos chismes que baten las alas.

"Bueno, gracias, Sr. Shaw. Me alegro de haberlo visto. Todo se ve muy bonito, muy... ordenado, muy... em, estimulante."

Los chicos estaban pasando en una larga procesión, cientos y cientos de ellos, dirigiéndose desde el salón de actos hacia sus clases. ¿Adónde irían cuando se fueran, me pregunté, estos adultos preparados? Pero Shaw tenía razón. Ya no había fábricas ni lugares como Derby que abrieran sus puertas cada septiembre para engullir el último lote de forraje. Aún así, incluso los adultos bien formados necesitaban un empleo y no podían trabajar todos en el bar de hamburguesas. Quizá se quedaban en la universidad más de ellos de los que lo hacían en mis días, pero ¿y luego qué? No podían seguir siendo estudiantes para siempre.

"Iré saliendo," dije todavía desconcertado por todo, y luego, como un pensamiento posterior, le pregunté: "Supongo que no recuerda a una chica llamada Rachel Standish, ¿verdad? Mismo año que yo. Cabello oscuro..."

Se encogió de hombros y miró su reloj. "Lo siento," dijo.

"No. Fue hace mucho tiempo."

Demasiado había llovido... un torrente, de hecho, borrando todo rastro de Rachel y de mí. El mundo para el que nos habíamos preparado en aquellos días había comenzado a cambiar casi en el momento en que habíamos salido por la puerta. Me pregunté qué estaría ella haciendo ahora. ¿Habría encontrado algo de relevancia más duradera o estaba mirando hacia atrás, como yo, y preguntándose para qué diablos había sido todo?

Monté en la bici y salí pedaleando lentamente. Había una pesadez familiar en mi corazón, como siempre la había sentido después de otro día abandonando aquel lugar sin haberla oído decir esas palabras. No sabía si aquello era bueno o malo, porque mi pasado más reciente se había caracterizado por una total carencia de sentimiento. Incluso mi divorcio y el pendiente alejamiento de mis hijos parecía haberme dejado sintiendo nada más que una especie de enfermizo entumecimiento. Este dolor tenía veinticinco años, pero al menos lo sentía. Me demostraba que aún era capaz de sentir algo. Reuní el dolor a mi alrededor mientras pedaleaba y lo saboreé. Eleanor y Joni Mitchel tenían razón, pensé: ¡Existe consuelo en la melancolía!

Mi padre estaba pintando el poste de la entrada cuando llegué en bici.

"¿Cómo te ha ido pues?" me preguntó.

Yo aún estaba intentando absorber lo que había visto. "Solía tratarse de empleos," dije. "Ahora parece que se trata de preparar adultos bien completos para una cosa u otra. No estoy muy seguro de qué."

"¿Serían esos adultos bien completos los mismos que pintaron «Donna es una idiota» en estos postes, entonces?" preguntó.

Me retiré temprano esa noche y me acosté en la cama con el nuevo cuaderno de bocetos abierto en mi regazo y un lápiz 2B recién afilado en posición. Permanecí así un buen rato, contemplando la página en blanco, antes de atreverme a bajar el lápiz y hacer una marca. Fue solo una línea, un poco ondulada, como la cuerda pinzada de un instrumento. Probé con otra para ver si se me ocurría algo: un rostro, una flor, una ladera voluptuosa, pero no había nada. Intenté más líneas, pero solo parecían empeorar la confusión, como una telaraña que enredaba mi imaginación. Al final las borré, demasiado avergonzado para que nadie las viera. Luego devolví el cuaderno a la mesilla de noche.

Me quedé tumbado girando el dial de mi radio, sintonizando estática a unos 208 metros, esforzándome por escuchar el sonido de Radio Luxemburgo, Bob Stewart y los Cuarenta Principales, incluso las tonadillas comerciales tan familiares por aquel entonces, pero no había nada. Sólo estática impenetrable donde antes había estado mi juventud. Es imposible, pensé. Nunca podrás volver.

Miré la fotografía de Rachel. "Quiero estar contigo," dije.

No era esa mi intención… no en el sentido que probablemente estás pensando. Ella estaría ahora casada y tendría hijos. No se parecería en nada a la persona de la fotografía, a la persona que yo recordaba. Más bien era lo que ella había llegado a significar, el último hito emocional que yo había dejado atrás en este largo camino antes de desviarme hacia la amorfa niebla de mi edad adulta, el camino por el que la poesía dentro de mí había muerto.

Por supuesto, nada de esto era muy productivo. Yo había aterrizado hecho un lío y tarde o temprano tendría que recogerme del suelo y seguir adelante, excepto que ya no confiaba en mí mismo para elegir el camino correcto. Tenía que encontrarle sentido a los últimos veinticinco años de mi vida, y era imposible hacer eso sin pensar en Rachel. Quizá fuese aún más profundo. Quizá yo no fuese capaz de clausurar nada de aquello hasta que la viera. Tenía que mirarla a los ojos. Tenía que invitarla a salir en aquel pintoresco sentido antiguo, independientemente de su situación. Tenía que preguntarle si quería estar conmigo. Solo entonces, cuando ella me mirara con total incredulidad y yo sintiera el aguijón de su rechazo, solo entonces podría despedirla, despejar mi mente de todo lo que sabía y seguir adelante hacia ese país lejano que era todo lo que quedaba del resto de mi vida.

Capítulo 10

Comenzó como una idea ociosa, un ejercicio de pensamiento, pero ganó ímpetu en mi cabeza hasta que me pareció la cosa más obvia que hacer… encontrarla.

No era simplemente para pedirle de salir; pues sentía que, en última instancia, tal vez aún me faltaría valor; sino más bien para colocarme dentro de su órbita y examinar bastante fríamente cualquier sentimiento que ella pudiera despertar en mí. Ella era un fantasma suelto que necesitaba descansar.

Tenía sentido empezar por Langholm Avenue. Le había dicho a la policía que yo creía que Rachel ya no vivía allí, pero no estaba seguro. Lo único que tenía para continuar era que la mayoría de la gente se muda. Aunque mi padre había vivido en la misma casa desde 1958, así que me pregunté si era posible que los padres de Rachel estuvieran allí en Langholm Avenue también. No era muy razonable esperar que Rachel estuviera allí, pero contactar con sus padres sería un primer paso para averiguar adónde había ido. El problema era cómo hacerlo con discreción.

Rachel:

Tú no me recordarás, pero estuvimos juntos en County High y me preguntaba si estarías interesada en asistir a una reunión de nuestro año. Debo agregar que aún no he hecho ningún arreglo definitivo. Solo estoy probando para ver cuánto interés hay y cuántos exalumnos de nuestro año puedo rastrear. Si aún estás en contacto con alguien que pueda estar interesado, te agradecería cualquier pista.

Por favor escribe a la dirección de arriba o llámame.

Saludos.

Thomas Norton.

Eleanor observó cómo la carta salía de la impresora. "Astuto pícaro," me dijo.

"Me pareció la mejor aproximación. La secretaria de la escuela me dio la idea. Está claro que difícilmente puedo decirle a Rachel que solo quiero mirarla a los ojos y oírla decir que no quiere ser mi novia, ¿no?"

"¿Así que has decidido rastrearla?"

"Sí. Creo que tenías razón. Ella fue la primera cosa verdaderamente importante que me ha pasado, y quedó suspendido en mitad de la nada. Necesito terminarlo. Necesito verla, ver lo mucho que ha cambiado. Tal vez ese impacto me devuelva el sentido común."

"¿Y no tienes intención de organizar una reunión?"

"¡Diablos, no! No sabría por dónde empezar. De todos modos no estoy interesado en nadie más. Solo en ella."

"¡Encantador!"

"Si sus padres aún están en Langholm Avenue, supongo que ellos pasarán el mensaje. Luego ella escribirá o llamará para decir que está interesada."

"¿Y después de eso?"

"Sugeriré que nos veamos para almorzar o tomar una copa o algo así. La veré y todo habrá acabado."

"Pero ¿y si no está interesada en una reunión?"

"Sugeriré que nos veamos de todos modos. Ella solo puede decir que no. Tal vez eso sea suficiente para poner fin a todo. Solo necesito establecer algún tipo de contacto con esa parte de mi pasado."

Quizá aquello fuese menopáusico, si es que tal cosa puede pasarle de verdad a un hombre. Desde que cumplí los cuarenta había estado esperando que alguna forma de locura se apoderara de mí, y podría haber sido esto, una especie de pánico por el paso de los años, una sensación de no ir a ninguna parte, una desesperación por hacer retroceder el reloj, por sentirme simplemente como me había sentido una vez. ¿Y cómo me había sentido? De hecho, ¿qué había sentido? Era imposible saberlo, más allá de que todo había sido

mucho más nítido, el borde de mis emociones mucho más inclinado que ahora. En aquellos días parecía que mi cerebro estaba demasiado confuso para sentir algo profundamente, pero ahora el mero pensamiento de estar escribiendo algo que Rachel podría leer pronto me llenaba de una emoción increíble. Y era este despertar lo que me impulsaba, mi mente anhelaba más y más de esa emoción que al parecer solo Rachel podía despertar.

Pasaron dos semanas para que la carta regresara con "no conocida en esta dirección" garabateado en el sobre. Eso me desinfló al instante. Traté de pensar en otras formas de rastrearla, pero las chicas tienen la costumbre de casarse y cambiar de nombre, por lo que no es solo una cuestión de tamizar una lista de posibilidades en la guía telefónica, y esto era antes de cosas como Amigos Reunidos. Al final fue una mezcla de suerte y coincidencia lo que me acercó un paso más.

Yo iba a salir al trabajo una mañana cuando sonó el teléfono,

"Hola, soy Sonya."

"¿Sonya?"

"¿La secretaria de County High?"

"Ah, sí,... Sonya."

"Pensé que te gustaría saberlo. Estaba limpiando algunos armarios aquí y encontré una vieja carta. Era una invitación a una reunión. Recuerdo que dijiste que te habías ido en el 77. Bueno, este era tu año... la organizaron... eh... en 1987, obviamente una cosa de diez años. Había un número de contacto y un nombre, Carol Gent… ¿tienes un lápiz a mano?"

"Em... genial. Gracias."

¡Carol Gent! Sí, me acordaba de Carol. Era una de las chicas más brillantes y bonitas, muy tranquila, con unos modales maravillosamente dignos. Años más tarde la había visto trabajando en el banco de la calle Main. Me había atendido un par de veces, pero o no me había reconocido o había estado demasiado ocupada

para perder el tiempo. Más tarde llamé al número del trabajo solo para que una vieja cascarrabias me dijera que no había tal persona viviendo allí.

"¿Gent has dicho?"

"Así es."

"No ha vivido aquí en años."

"Ah… bueno, lamento haberte molestado."

Pero luego, habiendo recordado el banco, decidí probar allí. Esta vez fue una voz más joven, la voz del banco.

"Buenos días, le habla John, ¿en qué puedo ayudar?"

Casi no pude responder. Me había sorprendido que, aunque la voz era humana, sus palabras sonaran como escritas por una máquina. No supuse ni por un minuto que su lista de categorías cubriera una consulta personal.

"Em... ¿Está Carol ahí, por favor?"

"Este es el Banco First North West. ¿Ha llamado al número correcto, señor?"

"Sí, creo que sí. Estoy tratando de localizar a Carol Gent... ella trabaja allí, creo."

"No hay nadie aquí con ese nombre, señor." Hubo una pausa y luego, posiblemente sospechando que no estaba tratando con un cliente, regresó con un tono menos formal. "¿Te refieres a Carol Conner?"

Pensando que ella podría haberse casado, me arriesgué: "Conner, por supuesto. ¿Podría hablar con ella, por favor?"

"Ella se ha ido."

"¿Para almorzar?"

"No, para siempre. No trabaja aquí desde hace seis meses. Despidos por redundancia."

Yo estaba impresionado. "¿Los bancos también despiden a la gente?"

"Me temo que sí, señor. Me voy yo mismo a fin de año. ¿Alguien más que le pueda ayudar?"

"Bueno, yo iba a la escuela con Carol... estoy tratando de organizar una reunión. No conocerías a nadie que aún esté en contacto con ella, ¿verdad? Quizá si te diera mi número... ¿podría alguien pasárselo a ella?"

Hubo otra pausa y tuve la impresión de que esta vez yo estaba tentando mi suerte.

"Continúe entonces," dijo.

Había hecho todo lo que podía para perseguir mi fantasía y lo único que me quedaba era esperar. Mientras tanto, volví a la realidad y a la extrañamente serena atmósfera que descendía sobre el final de una empresa que había existido durante la mayor parte de un siglo.

Éramos veintidós en la oficina de diseño de Derby y recuerdo haber pensado que cada uno de nosotros debía de haber tenido alguna distracción terapéutica, porque estábamos actuando como si nada hubiera pasado, salvo por que parecía no haber prisa, ninguna urgencia para nada. Yo seguía trabajando en mi válvula, un cambio de diseño de último minuto en un par de enormes motores náuticos que al parecer ahora serían las últimas cosas que Derby construiría jamás. Quería terminar el trabajo, ver mi contribución completa antes de irme. Esa era mi distracción... la válvula y los recuerdos de Rachel.

En esos días de relajación, sentía lástima por Stavros. Se esperaba que nosotros, los *currelas* de oficina, nos volviéramos abatidos y cínicos, pero gente como Stavros tenía que superar tal emoción insignificante para seguir moliendo la rutina de la gestión intermedia sin nada más que la perspectiva del despido al final, como el resto de nosotros. Yo tomé esto en cuenta por su expresión algo cansada esa mañana, cuando me dio una desanimada palmada

en la espalda al pasar.

"Hola, Tom. Siento haberme enterado de tu problema."

"¿Problema?"

"Con Annie y todo eso."

"Ah… claro. No te preocupes. Se veía venir desde hace un tiempo."

"Si hay algo que pueda hacer, ya sabes dónde estoy, colega."

¿Colega? Ambos siempre nos habíamos llevado bien, pero a distancia. De pronto parecía que éramos colegas.

"Gracias, Stav. ¿Por qué vas tan elegante, por cierto?"

Él se iluminó un poco y giró en redondo de broma, alardeando de su nuevo traje de tres piezas ante un repentino coro de silbidos y vitores. "Estoy de servicio de escolta," dijo.

"¿Los suecos?"

"Van a presenciar las pruebas de aceptación del MV30 esta tarde. Será mejor que te unas a mí, en caso de que tengan alguna pregunta sobre los cambios en esa válvula tuya."

"Muy bien. Será mejor que llame a Eleanor y le diga que llegaré tarde."

"Eleanor, ¿eh? ¡Eres todo un picos pardos, Tom Norton!"

"No me mires así. Eleanor es mi madrastra."

Aquella era una época de extrañeza en la que se formaban curiosas alianzas y las personas de las que uno normalmente se mantenía alejado aparecían repentinamente bajo una nueva luz. Stavros era un ejemplo. Fred Arbuckle era otro, un detallista delineante que hablaba sin rodeos, fumaba en pipa y llevaba cuarenta años de servicio. Un hombre que se había vuelto penosamente obsoleto desde que tiraron su tablero de dibujo y lo reemplazaron por un ordenador. Él había estado escuchando a escondidas mi

conversación con Stavros, flotando en el fondo como si tuviera algo que decirme que tendría que esperar hasta que Stavros estuviera fuera de alcance. Lo sorprendí mirando por encima de mi hombro a media mañana.

"¿Qué pasa pues, Tommy?" me dijo.

"No mucho, Fred."

"¿De servicio salvavidas estás para el viejo nariz marrón?"

"¿Stavros? Oh, él es bueno, no hace ningún daño."

"Supongo que no... o habría conseguido llegar a la sala de juntas hace años."

"¿Qué puedo hacer por ti, Fred?"

"Bueno, un par de chicos y yo estamos planeando una redada a la hora de la cena, ¿estás con nosotros?"

"¿Una redada?"

"Colarnos en el cobertizo."

El cobertizo era un vasto complejo de fábricas en la acera de enfrente a la oficina. Había servido como centro de producción de Derby desde 1910, pero llevaba vacío desde principios de los noventa y ahora estaba vallado.

"¿Para qué queréis entrar allí?" Le pregunté.

"Para un último vistazo. Un poco de nostalgia."

"No te lleva a ninguna parte, la nostalgia," le respondí. "La nostalgia es inútil."

Se encogió de hombros como diciendo que no le importaba, pero tuve la sensación de que él había estado contando conmigo y que yo le estaba defraudando. Y de todos modos, ¿quién era yo para hablar, desenterrando el pasado como había estado haciendo?

"De acuerdo. Dame un toque cuando estés listo."

Fred tenía ahora sesenta. Había caminado hasta Derby todos los días desde los dieciséis años, un viaje de un par de millas, lloviera o tronara. Hasta donde cualquiera podía entender, nunca había pedido un día libre por enfermedad y nunca había tenido vacaciones de más de una semana seguida. La rutina de Derby era la columna vertebral de su vida y algunos bromistas en la oficina calculaban que estaría muerto dentro de los seis meses posteriores al cierre del lugar.

Fue al pasar andando por el cobertizo que vio un hueco en la cerca de alambre donde me dijo que probablemente un paisano podría colarse serpenteando sin demasiada indignidad. El hueco también estaba fuera de la carretera principal y de la vista de las cámaras de seguridad. A la hora señalada, lo seguí cruzando ese hueco. No había nadie más. Todos se habían achantado, me dijo, aunque sospecho ahora que no se lo había contado a nadie más. La entrada principal estaba asegurada con tablones, pero ambos recordamos una puerta en la parte trasera que conducía al taller de máquinas vía un mugriento sótano. La puerta estaba cerrada con llave, pero con alarmante pericia, Fred sacó una pata de cabra de debajo del abrigo y abrió la puerta en unos segundos.

Había suficiente luz para ver el interior, aunque las ventanas estaban sucias y llenas de telarañas. Había bancos de trabajo y papeles esparcidos por todas partes, pero en medio del caos del abandono había curiosas islas de orden. Junto a la pared había una tetera enchufada a una toma de corriente y un pequeño anillo de tazas expectantes posado allí, después de haber esperado todos estos años a que alguien preparara una infusión.

Fred no pareció notar la poesía en ello y seguimos adelante tanteando a media luz hasta llegar al taller de máquinas. Estaba vacío, todas las máquinas decentes habían sido enviadas y vendidas. Las destrozadas fueron arrastradas gritando hasta el chatarrero. Lo único que quedaba ahora era una vasta caverna resonante. Fred parecía estar buscando algo, algún lugar específico mientras caminaba intensamente por el suelo manchado de aceite.

"Toma," me dijo entregándome una cámara. "Haznos una foto,

¿quieres?"

"¿Eh?"

"Aquí mismo... trabajé en un torno de torreta justo en este mismo punto durante veinte años. Fue el primer trabajo que tuve cuando salí con mi quinta."

Miré alrededor. Parte del techo se había derrumbado y el lugar parecía vacío y frío. Lo sentía como si estuviésemos parados entre los restos de un dinosaurio, pero Fred estaba viendo algo más, sintiendo algo más: el ruido, la sensación de que algo estaba pasando, una central eléctrica, máquinas calientes, metal caliente. Yo también lo recordaba. Aquel había sido un lugar feo y sucio, y también un lugar aterrador para un adolescente, pero tampoco yo podía negar haber sentido una tremenda impresión de participación en algo grande, algo importante.

Le hice una foto mientras él posaba. Una pose heroica, pensé, con un pie sobre un balde como si acabara de dispararle a un león. Entonces me reí. "Fred en su cobertizo, ¿eh?"

Antes de salir le volví a pedir la cámara y le hice una foto a la tetera con sus tazas. Yo esperé algún varonil abuso verbal, pero él solo esperó.

"Las cosas siguen adelante, ¿eh, Tommy?"

¿Lo hacían?, me pregunté. ¿Era aquello un proceso de seguir adelante, o meramente uno de desmoronamiento, como en la naturaleza, un proceso de floración seguido de una decadencia inevitable? Le miré y noté que él estaba asustado.

Construimos un caparazón a nuestro alrededor a medida que crecemos, cuanto mayores somos, más grueso es el caparazón, pero en el fondo, todos somos iguales, todos somos todavía niños parpadeando con ojos muy abiertos al mundo y deseando que alguien nos tome de la mano. Que alguien nos muestre el camino y nos diga de qué diablos trata todo esto.

"Estarás bien con tu paga, Fred. ¡Cuarenta años! Vas a ser un

maldito millonario. A mí me quedan otros veinticinco de trabajo en otra parte."

Él rió. "Así es," dijo. "Un millonario." Pero su voz sonó extrañamente hueca.

Rara vez somos conscientes de que estamos viviendo un cambio, solo ocurre más tarde, cuando miramos atrás. Pero de repente, vislumbré la enormidad del cambio que arrastraba a gente como Fred y a mí a un gran maremoto. ¿Yo? Tenía una oportunidad, encontraría algo en cuanto descubriera lo que me perseguía como un fantasma, pero ¿Fred? A los sesenta se podía decir que no debería haberle supuesto mucha diferencia, que él estaba atrasando un descanso y un retiro a su huerto de coles de todos modos. Pero no todos los Fred tienen huerto de coles. Tienen rutinas. Tienen paseos hasta el trabajo y la compañía de otros hombres.

No hacía muchos años había habido un escándalo por un viejo que había trabajado en el lúgubre y medio iluminado mundo de las tiendas de herramientas de Derby. Había mentido sobre su edad para poder seguir trabajando. Tenía setenta y cinco años cuando lo descubrieron. ¿Fue solo por el dinero?, me pregunté. ¿Fue por miedo a la pobreza, falta de provisión de retiro? ¿O había tenido más que ver con un imperioso deseo de pertenecer a algún lugar?

Las pruebas del MV30 llevaron más tiempo del planeado, como suele suceder con estas cosas. Era un asunto ruidoso: cada motor, del tamaño de una furgoneta de tránsito a todo gas, rugía a toda velocidad, presionando contra un volante. Eran chismes de chicos: bancos de medidores digitales e interruptores y media docena de ordenadores para dar testimonio, para imprimir sus columnas de Newton/metro y dinas y julios, para presentar su análisis en forma de gráficos con prolijos colores.

Stavros sudaba bajo su bata de laboratorio y sus orejeras, y grandes perlas de sudor le bajaban recorriendo la frente. Los ingenieros suecos analizaban sus datos y fingían no darse cuenta. Yo le di un pañuelo y, tirando de un casco de sus orejeras, acerqué la boca a su oído y le sugerí que se quitara la chaqueta y el chaleco. "¡Está hirviendo aquí, Stav!"

"Cierto, Tom. Cierto." Y luego: "¿Crees que se dieron cuenta?" dijo después. "¿Crees que sospechaban? Quiero decir, parecía que yo era culpable de algo y esperaba que no me descubrieran."

"No te preocupes," le dije. "Esos motores son los mejores que ha fabricado Derby, y ellos lo saben."

"¿Lo son?"

"Claro," le dije y sonreí, porque en realidad él no tenía ni idea ni le importaba, siempre y cuando se firmara la aceptación y se entregaran los motores al astillero a tiempo. A nadie le importaba de verdad, o eso me parecía a mí. Derby había acumulado un siglo de conocimiento, un conocimiento transmitido y mejorado de generación en generación, una continuidad que estaba a punto de ser descartada como irrelevante en una época más ilustrada, una época en la que enseñan a nuestros hijos que ya no es la naturaleza del problema lo que debe preocuparnos, sino más bien la forma en que nos organizamos y la eficiencia con la que interactuamos para resolverlo.

Quedé de un humor pensativo cuando por fin escapé de la fábrica y conduje un par de millas a través de la ciudad, desde Derby hasta la calle Arkwright. El Midget corría dulcemente, aunque parecía quemar una cantidad absurda de aceite. Yo llevaba la capota bajada, tomándome mi tiempo, dejando que el viento me masajeara la cabeza.

Un par de muchachos pasaron a mi lado en la A6. Conducían un viejo Nova destrozado, rugiendo a todo volumen con un bajo *batepechos* desde un sistema estéreo que probablemente valía más que el coche. Parecían tener unos catorce años y ambos llevaban gorras de béisbol al revés. El pasajero me dijo algo ininteligible, pero supuse que estaban tratando de incitarme a una carrera.

Quizá podría haberme mantenido el ritmo con ellos, pero tenía miedo de hacer estallar el motor en el proceso, así que les mostré una sonrisa, reduje la velocidad y los dejé ir. El camino que tenían por delante les pertenecía, aunque me pareció que ya le habían echado un ojo al mismo y dicho: "Que le jodan, por una tontería."

¿Yo? Yo era más como una de esas tazas posada alrededor de la tetera, esperando una infusión todos estos años sin saber que las luces se habían apagado, que la electricidad se había ido y todo el lugar se estaba derrumbando alrededor de mis oídos.

Eleanor estaba esperando cuando entré andando. Ella sintió algo en mi estado de ánimo y me abrazó. Fue un gesto espontáneo y yo me aferré a ella un rato más de lo necesario. Nadie más podría hacer eso por mí. Nadie más parecía dispuesto a acercarse tanto. Gracias a Dios por ella, pensé.

"Ha llamado Carol," me dijo.

"¿Carol?"

"Carol Conner. La de la reunión, ¿recuerdas?"

"Oh, esa Carol. ¿Ha llamado?"

"Sí. Sonaba simpática."

"¿Ah, sí?"

"Le dije que llegarías a las siete."

"¿Qué?"

"¿Hice mal? Pensé que hablabas en serio sobre este asunto de Rachel."

"¿Le hablaste a ella de eso?"

"No, claro que no, estúpido. Ese es nuestro secreto. Le dije que estabas interesado en organizar una reunión, eso es todo. ¿Qué pasa?"

"No lo sé, tal vez sea mejor dejarlo."

"¿Qué daño puede hacer? Y necesitas salir más. Ve a darte una ducha mientras preparo un té."

Yo estaba asustado. Durante semanas había estado investigando el

pasado, tratando de sacar las emociones y las pasiones de mi juventud desde la seguridad del aquí y el ahora. Pero de repente era como si se hubiese abierto una puerta y el pasado me hubiese indicado que entrara.

Capítulo 11

Llegué media hora tarde. El Midget se había ahogado en el camino y había llevado años descubrir que era un enlace roto del acelerador. Lo arreglé a un lado de la carretera con un trozo de hilo fusible y aparecí allí con las manos llenas de mugre aceitosa. Cuando ella abrió la puerta, me dejó sin aliento. Al principio parecía exactamente la misma, al menos dentro de mi cabeza, y me tomó un momento registrar los años que ella cargaba ahora en las arrugas alrededor de los ojos y en los enredados mechoncitos grises en su gran mata de cabello cobrizo.

"¿Eres Tom?"

"Sí. Hola... lo siento, llego tarde. Se averió el coche."

Estaba bien vestida. Un vestido corto a tiras y medias oscuras. También había perfume, algo fresco y limonado que me ponía nervioso. "Lo siento," dije. "¿Vas a salir a alguna parte?"

"No. Pasa." Vio mis manos. "El baño está por ahí."

Era un apartamento decente, uno en un bloque de cuatro en una nueva urbanización a las afueras del este de la ciudad. Había sido el solar de un taller victoriano que había sobrevivido como hospital psiquiátrico hasta unos cinco años atrás. Mi padre había pasado un año en sus antisépticas y opresivas salas antes de ser trasladado a un lugar más brillante y claro en los suburbios de Preston.

Esta era una tierra privilegiada, en una pequeña elevación con vistas a West Pennines. Cuando demolieron el hospital pensé que habría algunas casas elegantes subiendo para aprovechar la vista, pero lo habían llenado con pequeñas cajas de ladrillos, todas con vistas unas a otras, como si a las casas para principiantes no se les permitieran tener una vista por si eso las hacía demasiado caras.

No tardé en darme cuenta de que Carol vivía sola a pesar de llevar anillo. Era el baño, las botellas. Todas eran de colores suaves, combinados femeninos sin artículos de tocador de hombre y un

único cepillo de dientes.

"¿Té?"

"Genial. Oye, puedo volver en otro momento si no es conveniente."

"Está bien. No tengo planes."

Me invitó a sentarme mientras preparaba el té y, mientras yo esperaba, empezó a surgirme la idea de que ella podía haberse arreglado para mí. Quizá era una triste indicación de mi nivel de autoestima que me hubiera sorprendido tanto que alguien se tomara la molestia. Uno parece alcanzar a un punto en la vida en el que la gente te da por sentado y viceversa. Ya no hay sorpresas. Quizá era ese otro elemento que yo podía agregar a la larga lista de razones por las que Annie había elegido alegrar su vida con el culogordo de Alistair.

Sí, yo la había dado por sentada, podía verlo ahora, rara vez pensaba en impresionarla, en mostrarle lo mucho que aún me importaba, ni siquiera en preguntarle cómo se sentía. Y de la misma manera ella parecía haber perdido interés en mí. Desde que llegaron los niños, lo único que habíamos podido hacer era lidiar con ellos y confiar en que el otro estuviera bien.

"Tu madre me dijo que estabas interesado en una reunión."

"¿Mi madre? Ah, sí. Eleanor. Ella es mi madrastra en realidad... bueno, algo así. Claro, fue solo una idea. Fui a la escuela y así es como obtuve tu nombre. Luego recordé haberte visto en el banco. "

"¿En el banco?"

"Me atendiste un par de veces."

"¿Lo hice? No lo recuerdo. ¿Hablamos alguna vez?"

"Bueno, siempre parecías muy ocupada."

Ella se acomodó frente a mí. "Yo organicé una reunión hace años," dijo. "Pero para ser honesta, no había mucho interés. Me la había imaginado en el salón de la escuela, pero al final éramos solo un

puñado y nos sentamos alrededor de un par de mesas en el Cabeza del Rey."

Yo no recordaba haber recibido una invitación, pero nunca había pertenecido al grupo de Carol ni a sus amigos ni a sus camarillas. Tampoco es que hubiera asistido de todos modos. En los ochenta yo siempre había parecido demasiado ocupado para complacerme a mí mismo con los asuntos del pasado, a diferencia de ahora, cuando el pasado era casi lo único que importaba.

Ella se inclinó y recogió una fotografía de la mesa de café. Fue un accidente, pero no me quedó ninguna duda de que ella no llevaba sujetador y, por primera vez en años, sentí el cálido rubor de la excitación sexual. Fue una sensación exquisita, más quizá que simplemente sexo: un toque de lujuria, una sensación de absoluta picardía que un estancado matrimonio me había hecho creer haber superado. Fue muy agradable descubrir que no había sido así.

Por un loco momento, imaginé a Carol tendida en la alfombra. Sentí mi mano subiendo por su muslo bajo el vestido mientras ella hundía su mano en mi bolsillo y me apretaba en lugares que no había sido apretados en décadas.

"No has cambiado," me dijo.

"¿Perdón?"

Ella estaba mirando la foto. Era una copia de la misma fotografía en grupo que yo tenía en casa. Ella estaba mintiendo, siendo amable. Yo había cambiado más allá de todo reconocimiento.

"Tenía un poco más de pelo en aquellos días."

"Oh, pero te recuerdo, Tom Norton. Mi amiga estaba terriblemente colada por ti."

"¿Qué?" Traté de pensar con quién había salido ella en aquellos días. ¿Podría haber sido Rachel? Pero, por lo que yo recordaba, Rachel había pertenecido a una camarilla diferente, un estrato ligeramente menos regio de la sociedad escolar, como yo, de hecho.

"No te voy a decir quién," dijo ella. "Ella me mataría."

Me reí. Me pregunté entonces si esta persona seguía atormentada por recuerdos míos, de Tom Norton, quien no sabía que ella existía.

"Si la ves," le dije, "dile que lo siento. Sé que ese tipo de cosas pueden herir. Un compañero mío también estaba colado por una chica. ¿Recuerdas a Rachel Standish? Le dio muy fuerte con ella... y ella nunca lo supo."

Carol pensó por un momento, su dedo recorrió suavemente los rostros de la fotografía. "Ah, Rachel." Ella hizo una mueca. "Ella no me caía muy bien en realidad."

Yo me sentí dolido, aunque traté de no mostrarlo. "¿Cómo es eso?"

"Pensé que ella era un poco... bueno, un poco pelandrusca para ser honestos."

Sentí calor. "¿Sí? A mí siempre me pareció una chica bastante agradable, por lo que puedo recordar."

"Bueno, se acostó con dos chicos que yo conozco en nuestro último año."

El suelo se balanceó y una gota de sudor brotó de mi frente. "Nunca he… ¿quién?"

"¿No fuiste tü a ese viaje de esquí a Francia?"

"No."

Carol se divirtió con el recuerdo. "Yo tenía veintitrés años en mi primera relación sexual," dijo. "¡Rachel Standish! Ooh, esa era una pieza. Me pregunto qué estará haciendo ahora. La última vez que la vi debió de ser el año después de dejar la escuela. Ella estaba trabajando en un supermercado en Leyland. Se casó con John Ogilvy. ¿Te acuerdas de él? Buen chico ese John, aunque siempre pensé que podría haberle ido mejor. A mí misma me gustaba bastante. Consiguió entrar en Cambridge, ¿sabes? Fue el único de nuestro año que lo hizo. Creo que consiguió un trabajo allí y ambos se mudaron."

Yo lo estaba asimilando todo, almacenando la información para más

tarde: Ogilvy, Cambridge, pero era consciente de que miraba fijamente a Carol con una especie de silencio aturdido. Rachel siempre me había parecido pura y celestial. En todos mis recuerdos ni una sola vez me había preguntado cómo sería pasar mi mano por su muslo o abrirle la blusa. Por extraño que pareciera, eso no había formado parte de la fantasía y la razón era simple: yo no había sabído entonces lo que era el sexo. No había sido más que un chaval. Pero ¿Rachel? Esta revelación me impactó hasta el núcleo y tuve que respirar profundamente antes de poder aliviar el temblor de mi voz.

"¿John Ogilvy?"

"Sí. Me pregunto si seguirán juntos. Da igual, ¿qué hay de ti? ¿Qué estás haciendo estos días? ¿Estás casado?"

"Algo así," dije. "No estamos juntos ahora. Separado recientemente. ¿Y tú?"

"Lo mismo," dijo. "¿Trabajas?"

"Ingeniero. Trabajo en Derby en la calle Bridgeman." Traté de sonar hablador, pero podía sentir que me estaba secando.

"He oído que van a cerrar," dijo ella.

"Así es, reestructuración."

"Ah... reestructuración. A mí también me han reestructurado, ¿sabes?"

"Lo he oído."

"Yo era supervisora de área, recorría media docena de sucursales en el distrito, pero solo quedan unas pocas sucursales estos días. Ya no me necesitaban."

"¿Redundancia?"

"Bueno, lo llaman reducción de tamaño, ¿no es así? Buen nombre. Resume cómo te hace sentir. Reducida en tamaño, reducida en estatura y espíritu. No hay duda de que me redujeron de tamaño."

"¿Qué vas a hacer?"

"Todavía no estoy segura, pero tendré que encontrar algo pronto, aunque solo sea para pagar la hipoteca del piso. Están anunciando puestos en el supermercado, para trabajar en las cajas, de hecho. Se acerca la Navidad y todo eso. No parece haber mucho más para una mujer de cuarenta años."

Me di cuenta entonces de que Carol aún estaba sufriendo, tal vez buscando simpatía, compañía. "Estás destinada a encontrar algo," le dije.

"Lo sé. Me imaginé trabajando en el banco para siempre. De verdad me gustaba, ¿sabes? ¿Y tú? ¿Qué vas a hacer?"

"No lo he pensado mucho. Se habló de que a algunos de nosotros nos ofrecerían trabajos en Francia. Nos fusionamos con una empresa francesa hace algunos años, así que en teoría tenemos fábricas allí que forman parte del mismo grupo. Lo más probable es que se encarguen ellos del trabajo que nos queda, y supongo que les gustaría que algunos ingenieros que conozcan el trabajo lo hagan."

"Eso es genial."

"Bueno, eso no lo sé. Tal vez tenga una mala actitud o algo así. Me divierte lo que hago, pero siempre he querido trabajar para poder vivir, ¿sabes? Quiero ir a casa todas las noches y hacer lo que quiera hacer: navegar por Internet, trastear con el coche, leer libros, visitar amigos…" Había estado a punto de añadir que jugar con los niños era uno de los pasatiempos más importantes, pero no osaba esperar poder hacer eso de nuevo.

"Pero ahora," continué. "Todo el mundo parece esperar que vivas para trabajar, catorce horas al día y fines de semana también. No digo que sea así en Francia, pero aún siento que estoy en el trabajo todo el tiempo, lejos de casa, lejos de donde quiero estar."

"A menos que hayas establecido tu hogar allí."

Ella tenía razón. Mis horizontes no se habían expandido mucho más allá de la pequeña ciudad del norte en la que había nacido. Nunca

antes lo habían necesitado. Para mí, mi hogar siempre había sido una ejecutiva caja de ladrillos en Parbold con Annie y los niños. Conducía las diez millas hasta Middleton todos los días y luego a casa. Había sido simple, familiar. Pero Paris no sonaba a mí en absoluto, no sonaba tan… simple.

Carol parecía una mujer del tipo agradable y alegre, y nos estábamos llevando bien. Tomé una respiración profunda. "Mira. No quiero que te hagas una idea equivocada ni nada, pero ¿puedo llevarte a cenar?"

No estoy seguro de por qué lo pregunté y, después de decirlo, me pareció una imprudencia haberlo dicho, al no llevar separado ni siquiera un mes.

"De acuerdo," dijo ella.

Fuimos en su coche. No me fiaba del mío hasta que pudiera arreglar mejor la conexión del acelerador. Ella conducía un pequeño y brillante Fiat y lo manejaba con tan descuidado abandono que tuve que agarrarme del borde de mi asiento.

"¿Dónde te apetece pues?" Me preguntó.

"No lo sé. El Loro Azul solía estar bien."

Ella rió. "¿Dónde has estado? Lo derrumbaron hace años. Ahora hay una sala de muestra de coches."

"¿La hay? ¿Qué hay del Ganso Suelto, entonces?"

"¿Ganso Suelto? ¡Tom, en serio!"

"¿Qué? ¿También lo han demolido?"

"No, se llama Virgo ahora."

"¿Está bien?"

"Bueno, es donde se juntan las mujeres de cierta persuasión. Tú quedarías un poco tonto allí."

"Tienes razón," le dije aún sin haberme dado cuenta. "Lleno de adolescentes, ¿verdad?"

Ella negó la cabeza. "No sales mucho, ¿verdad?"

Hicimos un recorrido por la ciudad, pasando por los lugares antiguos a los que habíamos ido de jóvenes para mostrar al mundo lo mayores que éramos. Yo no había visto Middleton de noche desde hacía décadas. Al vivir en Parbold, me sentía atraído por otras ciudades para ir de compras y divertirme. Los nombres habían cambiado y algunos de los viejos lugares, clubes y pubs, habían sido reemplazados por oficinas baratas y lúgubres centros comerciales de paso. Además, los rostros que asomaban por las puertas parecían siempre muy jóvenes.

"¡Son solo críos!" Dije.

"Lo estás sintiendo, ¿verdad?"

Sonreí. "Lo siento. Sé que es un cliché, pero por dentro no me siento mayor de dieciséis años."

"Pero todo es más intenso a esa edad, ¿no?," Dijo. "La vida te embota un poco. Está destinado a ser así."

"¿Eso crees?"

"Claro. A los dieciséis, el chico correcto sólo tiene que mirar a una chica y ella no puede comer durante una semana... el chico correcto, te digo. Así que imagina tener que lidiar con el matrimonio, los hijos y el divorcio... ¡a los dieciséis!"

"¿Quieres decir que no podríamos hacerle frente?"

"No creo que pudiéramos gestionar la emoción. Explotaríamos."

Recordé la intensidad de la que ella hablaba, volver a casa por la noche y acostarme en mi cama después de otro día sin oír decir a Rachel que quería estar conmigo, sintiéndome demasiado triste, demasiado apenado por mí mismo para afrontar nada.

De pronto, Carol encendió la radio. "¿Recuerdas esto?" me dijo. Era

ABBA cantando Dancing Queen. "Recuerdo haber ido a la discoteca de la escuela y bailar esto. Nunca habíamos oído algo así antes."

Escuché las palabras, los sonidos, el altísimo estado de ánimo de la música. Pareció abrir una vena y los recuerdos salieron como una inundación. Era la misma cumbre de mi asunto con Rachel. "Mil novecientos setenta y seis," dije. "Hubo otra, más tarde ese año: Fernando. Recuerdo sintonizar Radio Luxemburgo y escucharlo por primera vez a la deriva entre la estática. Espeluznante, ¿no?"

"¿Espeluznante?"

"La nostalgia... esa súbita oleada de sentimiento, el recuerdo, el sentido de una atmósfera tan fresca que casi podías tocarla, si no fuese por que fue hace veinticinco años y desapareció para siempre."

"Lo has entendido todo mal. No creo que esta reunión sea tan buena idea. Necesitas soltarte. Vete a Francia. Déjalo todo atrás, reinvéntate. Búscate una linda chica francesa."

"Tienes razón. Ha sido una mala idea."

Y además yo ya tenía lo que había venido a buscar, otra pista, otra señal en el camino de vuelta a Rachel y a la fuente de toda esta gloriosa emoción.

Ya habíamos dejado la ciudad y encontrado los oscuros carriles rurales que subían hasta West Pennines.

"Solía ir a besuquearme aquí," le dije completamente desguarnecido con ella ahora.

"Asiento trasero de un Cortina, ¿eh?"

"Delantero, mayormente. Nunca tuve el descaro de sugerir el de atrás."

"Tom, eres un viejo romántico."

Encontramos un restaurante. Era tranquilo, pero al menos la clientela tenía una edad similar a la nuestra. Así que nos

acomodamos y comimos comida francesa, bebimos media botella de potente vino tinto y escuchamos a Mozart siendo asesinado por un vejete con cara de tristeza sobre un violonchelo.

"¿De verdad no te apetece ir a Francia?"

"No estoy seguro. He estado allí un par de veces, la oficina está a las afueras de París. Está bien, pero sigue siendo una ciudad y, como probablemente ya te habrás dado cuenta, apenas tengo conocimiento callejero para sobrevivir en Preston, no digamos ya en París."

"Bueno, a mí me encantaría ir," dijo. "Parlez vous, Français?"

"Un Peu," dije. "Très Peu." [5]

Ella soltó una risita. "Pronunciado como un nativo. Estarías como en casa."

Después de comer, volvió a meter el corcho en la botella medio vacía. "Esto es letal. Será mejor que tomemos el resto en el piso."

Así que ahí fue donde terminé la velada, borracho de vino y recuerdos de adolescencia con ABBA sonando fuerte en su estéreo. Ninguno de los dos estábamos particularmente acostumbrados a las grandes cantidades de vino y nos había relajado de una manera peligrosamente deliciosa. Nos sentamos uno al lado del otro en el sofá, cerca, pero sin tocarnos mientras tragábamos los restos de la botella, más otra que ella había estado guardando aparte para «una ocasión especial.»

Ella había estado casada veinte años. No hubo hijos porque su marido no los había querido.

"No le culpo," bromeé, luego lo lamenté porque no provocó muchas risas y comencé a tener una idea de la tensión que había eclipsado su matrimonio. Un matrimonio exitoso, dicen, se basa en el compromiso, pero eso es un sinsentido porque hay ciertos problemas fundamentales en los que simplemente no te puedes comprometer, y los niños son uno de ellos.

"Demasiado tarde para mí ahora," dijo ella. "Y, ¿puedes creerlo? ¡Se

escapó con una joven del mostrador de belleza de una tienda Boots y lo siguiente que sabes es que está embarazada!"

"¡Estás de broma!"

"¡En serio! Ooh,... ¡Tom! No me siento las piernas."

"Yo tampoco."

"No puedes conducir hasta casa."

Ahora mismo sé lo que estás pensando, y estoy de acuerdo, habría sido muy fácil caer en la cama con Carol esa noche. Ella era cálida y acogedora, tal vez se sentía un poco sola y el vino había bajado nuestras defensas, pero yo aún me sentía casado. Saborear el aroma de una mujer guapa era una cosa, tener sexo con ella era, para mí en aquel momento, otra muy distinta.

"Te diré una cosa," le dije después de que me trajera un par de almohadas y su edredón de repuesto.

"¿Qué es pues?"

"Si consigo el trabajo en París, recorreremos la ciudad allí y podrás dormir tú en mi sofá."

"Estás borracho. Buenas noches."

"Nos vemos."

Dormí un poco, pero el sofá era demasiado corto y el edredón pareció envolverme con el aroma de Carol toda la noche. Me levanté a las seis y media y llamé a la puerta de su dormitorio.

"Traigo café. Perdón si te he despertado."

"No lo has hecho. ¡Dios, mi cabeza!"

"Yo también."

"¡Estás vestido! ¿Qué hora es?"

"Temprano. Tengo que estar en el trabajo a las ocho y necesito

llamar a casa primero y cambiarme la camisa."

"Y yo pensando que querías acurrucarte aquí dentro conmigo."

"No me tientes."

¿Fue eso un vamos?, me pregunté. Había pasado mucho tiempo desde que yo jugaba a este juego, mucho tiempo desde que me había acurrucado junto a una mujer. Quiero decir, simplemente me acurrucaba en su calor y me quedaba dormido. Annie no había sido capaz de tolerar que nadie invadiera su espacio corporal durante mucho tiempo, ni siquiera en la cama, excepto por los breves momentos de nuestras relaciones maritales, como ella las había llamado.

Entonces, ¿por qué allí plantado me sentía tan culpable? ¿Por qué con solo mirar el dulce rostro de esta mujer sentía que estaba decepcionando a la gente? Si no a Annie, a mis hijos. ¡Mis hijos! Estarían despertando ahora, llenando la casa de vida, demasiado temprano, siempre demasiado temprano, y cómo echaba eso de menos ahora.

"¿Carol?"

"Oh, no," se lamentó ella.

"¿Qué pasa?"

"Ibas a mentir y decir que ya me llamarás."

"No."

"¿No?"

"Iba a decir que vine aquí anoche sin saber realmente lo que estaba haciendo. Estaba tratando de conectarme con algo en el pasado, algo que en realidad ya no esperaba que estuviera allí, no pensé por un minuto que me divertiría también."

"Fue divertido, ¿no? Eres un buen paisano, Tom."

¿Buen paisano? La historia de mi vida. "Gracias, eso es muy amable

de tu parte."

"¿Significa eso que nos vamos a París, entonces?"

"¿París? Oh, claro. Pero puede que eso no suceda y de todos modos podría tardar un año y yo estaba esperando... bueno, no estoy seguro de lo que estaba esperando."

Ella se rió y negó con la cabeza, luego me golpeó juguetonamente en el brazo y me dijo que me fuera. "Pero llámame," me dijo.

Afuera, el aire estaba frío y el cielo despejado. Encendí el Midget y me quedé allí sentado un rato. A pesar de todos sus años, sus viejas peculiaridades y la burla de mi padre, me gustaba la sensación. En cierto sentido, era la nostalgia, como anoche, la que llenaba mi cabeza con las imágenes, los sonidos y los olores del pasado. Todas estas cosas actuaban como disparadores, liberando los pensamientos y los sentimientos de un yo anterior. Nada de esto era inútil, porque a veces solo cortejando el pasado podemos medir y comprender dónde estamos ahora. Creo que esa era la esencia de lo que yo estaba intentando hacer.

Miré hacia la ventana de su apartamento y me alegré porque ella estaba allí, mirando hacia abajo, con su magnífica mata de salvaje y alborotado cabello. Aunque su rostro parecía triste, un poco ansioso, su propia realidad tal vez volvía a posarse sobre ella, pero luego se iluminó cuando me vio mirándola, y saludó.

Yo había ido buscando un camino de vuelta al pasado y lo había encontrado, una pista tenue, pero suficiente con la que trabajar. También había salido habiendo vislumbrado el futuro. La agradable vista del descuidado pecho desprotegido de Carol había sido suficiente para asegurarme que había pocas posibilidades de que me convirtiera en un ermitaño, por lo que en algún lugar del camino habría otra noche como la de anoche, habría luces tenues, habría vino, una mujer... y un beso.

Pero, ¿cuánto tiempo tendríamos? ¿Cuánto tiempo pasaría antes de que el cálido edredón se enfriara y yo volviera a casa y encontrara a Alistair sentado en su sofá? Esto era irracional, por supuesto, mi mente se aceleraba porque no había nada que sugiriera que nada de

eso fuese a suceder alguna vez, y aún así me preocupaba. Si tenía suerte, podría tener una última oportunidad de ser feliz con alguien, pero yo no conseguía verme enamorado nunca. Durante mi vida entera, y mi única oportunidad de casarme, parecía que solo había amado a una persona.

Y esa era Rachel.

Capítulo 12

Es curioso la basura que uno guarda. Era tradición del periódico local publicar los resultados de los exámenes finales de todas las escuelas del distrito. Yo había guardado mi ejemplar. Lo encontré en mi cajita de los tesoros junto a mis certificados de escuela dominical y mi medalla de competencia ciclista.

Lo leía ahora, una letanía de nombres: cinco años de preparación para el ancho mundo y una marca de logro, de preparación para nuestros lugares dentro de él. Rachel había puntuado bien. Ocho niveles-O y una serie CSE [6]. Matemáticas, Física, Geografía, Biología, Francés, Alemán...

John Ogilvy también estaba allí. Yo lo recordaba ahora, un chico profundamente serio que había flotado por la camarilla superior de chavales de clase media. Había obtenido catorce niveles-O, el mayor logro con diferencia, y recuerdo que fue a la universidad a por los niveles-A.

Él había logrado entrar en Cambridge. No muchos lo hacían en aquellos días, al menos no entre las filas de provincianos integrantes de pelo desgreñado. Pero su destreza académica me impresionaba menos que el hecho de haberse casado con Rachel. ¿Era posible, me pregunté, que él la hubiera amado tanto como yo?

A diferencia de Rachel, no fue difícil rastrear a John Ogilvy. Lo hice la noche siguiente en media hora usando el PC de mi padre y un programa que yo había arrancado de la portada de una revista. Un CD ROM sigue siendo una maravilla para mí, pero eso es porque recuerdo tener que almacenar datos de ordenador en una cinta de casete. Podía haber tardado veinte minutos cargar el juego más simple en mi Spectrum Sinclair. Por contraste, en cuestión de segundos el CD ROM podía darme el nombre y la dirección de cualquier persona registrada como votante en todo el Reino Unido. Podía buscar por condado, por ciudad y por pueblo, y en el tiempo que le llevó a Eleanor hacer café y dejarlo en mi codo, le encontré.

"Está en Lipton. Granja Marsh, Camino de Ely."

"¿Y Rachel?"

"No lo sé. La única otra persona en esa dirección es un tal P. Ogilvy."

Eleanor suspiró. "Quizá ya no estén juntos. Hace mucho tiempo. Podría haberse vuelto a casar. Pauline. Apuesto a que es una Pauline."

Levanté el teléfono y marqué el número que figuraba junto a la dirección. "Hola. ¿Eres John? John. Soy Tom Norton. Creo que íbamos juntos a la escuela... County High... Tom Norton... Bueno, fue hace mucho tiempo... John... Sé que esto es un un poco repentino, pero voy a Cambridge por negocios la semana que viene y me preguntaba si te gustaría quedar para tomar una copa. Estoy tratando de ponerme al día con muchos de los viejos rostros de entonces. Pensando en… eh… escribir un libro… ¿Dónde? ¿En el Perro y la Pistola? ¿Qué tal el próximo miércoles a las siete y media? Bien, nos vemos entonces. Adiós."

Eleanor no estaba del todo impresionada. "¿Dónde aprendiste a mentir así?"

"No hace daño," dije. "¿Quién puede saber que no estoy pensando escribir un libro?"

"Eso es tan probable como organizar una reunión. ¿Se acordaba de ti?"

"Se acordaba de County High. Pero no, no tenía ni idea de quién era yo. Dijo que estaba en un pub, el Perro y la Pistola, la mayoría de las noches, que lo más probable es que lo encontrara allí."

Es un viaje largo hasta Cambridgeshire desde el Noroeste, demasiado lejos para un viejo Midget con un motor que ha dejado atrás sus mejores tiempos, así que llamé a Phil y me dispuse a usar su taller durante el fin de semana. No tenía tiempo de desmontar el motor y volver a montarlo, así que encargué un kit de repuestos por Internet. Llegó en un cajón el sábado siguiente, momentos antes de que yo apareciera.

Era un lugar tranquilo, una vieja granja en los páramos y enclavada en un pliegue de hirsutas colinas marrones. Aún había el oxidado desorden agrícola tirado por ahí, cosas que no se habían usado en años, y todo el lugar tenía el aspecto del fracaso por su decrepitud. Eran las ovejas las que habían mantenido funcionando lugares como este, un negocio precario en el mejor de los casos, pero luego la fiebre aftosa había acabado con ello y habían encontrado al dueño anterior tirado en una zanja con los sesos volados.

Encontré a Phil en la parte trasera del granero, descargando cajas de su camioneta en la parte trasera de otra camioneta cuyo seriamente desaliñado propietario me miraba con suspicacia.

"Todo va bien," le dijo Phil. "Es un colega. Jesús, echa un cable aquí, ¿quieres, Tom?"

Ingenuo hasta el extremo, como diría Eleanor, me arremangué y me uní, solo para darme cuenta de que un tiempo después estaba cambiando de sitio cajas de cigarrillos que la Aduana de Su Majestad no había tenido el placer de ver primero. Cuando terminamos, el hombre sacó el fajo más grueso de billetes de veinte que yo jamás había visto y contó dos mil libras en la mano de Phil. Luego metió uno de veinte en la mía por las molestias. Yo estaba a punto de protestar, pero Phil me lanzó una mirada y supe que probablemente era más seguro aceptarlo.

Entonces recordé la advertencia de Eleanor sobre no acercarme demasiado a Phil. Ahora sabía lo que ella había querido decir. Phil me había ayudado más de una vez y yo tendría que tener cuidado con los favores que él me pidiera a cambio. No hacía mucho él estaba donde yo estaba ahora y había tenido que tomar una decisión sobre el mejor camino a seguir para su vida. Había entrado de lleno en la economía sumergida, que a pesar de todos sus riesgos, tenía la ventaja de ser mucho más tangible que pescar en las cambiantes profundidades de tu propio pasado. Entonces comprendí el significado de la granja para él, porque al principio me había parecido una extraña elección de domicilio, pero claro, era remota y las posibilidades de ser sorprendido por el HMG [7] allí arriba eran mucho menores que en la ciudad.

"Bien," dijo. "¿Qué hay de este motor pues?"

Habría sido fácil para mí juzgar a Phil y, en verdad, no aprobaba su deshonestidad. Yo no veía ninguna distinción entre robar en Aduanas e Impuestos Especiales y robar en un banco, pero aparte de todo eso, Phil y yo habíamos sido programados con el mismo código, y uno no muy fácil de explicar a un extraño. Éramos ingenieros. Él podría haber sido ruso y yo podría haber sido griego, un mundo y un idioma de distancia, pero cuando se trataba de ingeniería, nos entendíamos perfectamente.

Su taller era espacioso y estaba bien ordenado. Había partes de motocicletas colocadas en los bancos: Ducatti, Moto-Guzzi, modernas de carreras y algunas clásicas, todas desarmadas, las partes apiladas cuidadosamente, las tuercas y tornillos como pequeños soldados en un desfile. Motocicletas, motores náuticos diésel o de Boeing 747... diferentes productos pero el mismo código.

Habían pasado veinte años desde la última vez que yo había sacado el motor de un automóvil, pero el MG era bastante simple en concepto, su diseño probablemente no era mucho más avanzado que el que hubiera encontrado en los años cuarenta. Entre los dos nos las arreglamos, quitando metódicamente los cables y los manguitos. Luego, lentamente, sacamos el motor con un cabrestante.

"Pensé que habías sido un genio de los motores," bromeó él. "Al trabajar en Derby."

"Los motores a los que estoy acostumbrado son un poco más grandes que este," le dije.

Nos liamos con ello, examinando detenidamente las páginas de mi manual de Haynes, y tuvimos el nuevo motor listo, dentro y funcionando a media tarde.

"Maldito infierno," dijo Phil. "¿Has oído eso?"

"Hermoso, ¿verdad?"

Poco después de terminar, Eleanor y mi padre llegaron para ver cómo iban las cosas. Phil tenía un estetoscopio en los carburadores y los equilibraba con el tono del silbido mientras estos aspiraban

aire. "Suena incluso mejor ahora," dijo. "Como un reloj suizo."

Mi padre sonrió. "Lástima del resto."

"Estará como nuevo cuando haya terminado."

Esto serviría por ahora, pensé yo. La caja de cambios era un poco ruidosa y supuse que ese sería el siguiente trabajo, pero probablemente el coche me llevaría a Cambridgeshire sin tener que llamar a Asistencia en Carretera.

Ellos se quedaron allí un rato charlando, Phil, Eleanor y mi padre, mientras yo retocaba los tornillos y tuercas restantes y limpiaba las huellas de manos aceitosas del capó. Eleanor sabía lo que yo estaba haciendo y si ella lo sabía, mi padre lo sabía; y puede que incluso Phil también, pero no lo cuestionaban. Nadie me decía que yo era idiota.

Finalmente, papá y Phil se fueron a tomar una cerveza, dejándome con la etérea Eleanor. Ella parecía fuera de lugar entre todos aquellos chismes mecánicos, duros y aceitosos, como una pálida flor que pudiera marchitarse de repente.

"¿Todo listo entonces?" me preguntó ella. "¿Cuándo irás?"

"El miércoles," le dije. "Regresaré tarde el jueves, si todo va bien."

"Asegúrate de llamar, haznos saber que estás bien."

"Oh, a papá no le molestará."

"Pero a mí sí. Llámame, Tom. Prométela."

"Está bien. Mira, tengo que probar esto ahora. ¿Te apetece dar una vuelta?"

Ella se iluminó. "¿Podemos bajar la capota?"

Yo lo tenía todo listo: un nuevo motor y una nueva baldosa en mi camino de regreso al pasado. Pero la víspera de mi partida, después de hacer la maleta y medir la larga línea roja de la A1 en mi mapa, sufrí un ataque de nervios. Había ido por ese camino varias veces

hasta Londres en coches más lujosos, el tipo de coches que pueden navegar a ciento veinte y hacerte sentir que vas flotando. No sería así en el Midget.

Luego hubo una conmoción escaleras abajo, el timbre de la puerta sonando, voces apagadas, y tras un rato mi padre entró con Stephen colgando del cuello.

"Visitantes," dijo.

"¡Papi!"

"¿Eh?... ¡Stevie! ¿Qué coñ... demonios?"

Bajé las escaleras para encontrarme con Annie mirando fríamente a Eleanor. Gemmie estaba sentada tranquilamente junto al fuego sosteniendo su osito de peluche. Había una maleta junto a la puerta. Annie parecía casi complacida de verme. "Necesito que cuides a los niños durante unos días. Ha surgido algo."

"¿Qué hay de tu mamá y tu papá?"

"Están ocupados."

"Pero yo tengo eh... trabajo... ¿Y qué hay de la escuela de Gemmie?"

"Ya sabes dónde está. Puedes llevarla tú... es solo hasta el viernes. Tendrás que pedir un tiempo libre."

Pero yo ya había hecho eso, estaba pensando yo: iba a hacer un viaje de dos días a Cambridgeshire. "Esto es un poco... apresurado," le dije.

Mi papá intervino entonces: "Lo que él quiere decir es que sí."

"No, no es cierto."

Eleanor me pellizcó el brazo y entonces vi la expresión de Gemmie. Parecía perdida y al borde de las lágrimas.

"Lo que quiero decir es que de acuerdo. Está bien," dije. Luego levanté a Gemmie y tuve que tragarme las lágrimas mientras ella se

fundía en mí.

Antaño nos habíamos amado Annie y yo, y Gemmie había crecido escuchándonos intercambiar palabras de lo más suaves, palabras estúpidas como: "¿Te apetece una copa, cariño?" y "¡Dame un abrazo, amor!" Las palabras de un despreocupado y confiado amor. Ahora ella veía que sus padres se encaraban el uno al otro desde la distancia con los brazos cruzados. ¿Podía todo lo que habíamos tenido haber sido tan frágil? ¿No había nada que pudiéramos salvar? Miré a Annie en busca de una señal, pero ella ya era una extraña: era la mujer de Alistair ahora.

"Lo vamos a pasar bien, ¿eh, Gemmie?" Dije.

Eleanor acompañó a Annie hasta el coche y más tarde me dijo que Annie se había marchado llorando.

"No lo pillo," le dije.

Ella se encogió de hombros. "Quizá Alistair ha descubierto que ellos le estorban su estilo." Ella estaba mirando a los niños sin sonreír, sino mordiéndose el labio, con los ojos moviéndose nerviosamente de uno a otro. Ella siempre había parecido contenta de estar con ellos antes, aunque ellos nunca se habían quedado, nunca habían dormido en la casa ni habían tenido tiempo de arruinarla con su ruido y su caos y sus manos perpetuamente pegajosas.

"Lo siento," dije. "Esto no está bien."

Ella forzó una sonrisa. "No te preocupes, está bien."

Pero me preocupaba. Eleanor había sido una fuente de tanta fuerza en las últimas semanas que yo había olvidado lo frágil que había sido ella misma, y mi reciente conversación con Phil me había enervado. Acomodamos a los niños en mi habitación, aunque Gemmie estaba enojada ante la perspectiva de compartir la cama con su hermano pequeño.

"Él huele," me dijo ella.

"¿Hueles, Stevie?" Preguntó Eleanor.

"No. Gemmie huele."

Eleanor llamó al silencio con un brujeril movimiento de brazos. "El último que entre en la cama huele mucho."

Ellos no habían traído casi nada, solo algo de ropa y los juguetes que habían logrado agarrar mientras los sacaban de la casa. Yo no sabía lo que estaba pasando y tampoco creía que los padres de Annie no hubieran podido llevarse a los niños. Lo habrían dejado todo si hubieran sabido que iban a dejar a los niños aquí. Alan nunca se había visto ojo con ojo con mi padre, ya que había un choque político fundamental.

Yo inventé un cuento y los arropé antes de unirme a Eleanor y a mi padre en el salón. Ella estaba sentada en el brazo de la silla de él, acariciándole la frente. Había habido una discusión en mi ausencia. Podía sentirlo.

"Te llevas a Gemmie a la escuela por la mañana," me dijo él. "Luego vete al Sur como planeaste. Yo la recogeré."

"Pero ella no te conoce muy bien."

"Mira," dijo él. "Deja de arrastrarte alrededor de ellos, ¿quieres? Gemmie se acostumbrará. Tendrá que hacerlo. Esta no será la última vez que suceda, estoy seguro."

"¿Pero qué hay de Stevie? Tú no tienes ni idea. Te volverá loco. No puedo dejarle..." Tuve visiones del equipo de alta fidelidad embadurnado de mermelada, los altavoces volcados, los CDs utilizados como Frisbees y esparcidos por toda la casa. "¿Y cuándo fue la última vez que alguno de vosotros cambió un pañal?"

Vi algo entonces, una mirada en los ojos de Eleanor. Recordé la cicatriz y me mordí la lengua.

"Estoy segura de que Jack puede resolver eso," dijo ella. "Después de todo, si tú puedes hacerlo, cualquiera puede." Estaba sonriendo, pero era una sonrisa forzada y ambos me miraban como si hubiera algo que yo tenía que saber, pero que ninguno de los dos se atrevía a decirme.

"¿Qué pasa?"

Papá suspiró. "Tendrás que llevarte a Ellie contigo."

"¿Qué?"

"Es eso o no vas y cuidas a los pequeños bastardos tú mismo."

Eleanor se levantó y se dispuso a subir las escaleras. "Te lo explicaré mañana," me dijo. "Por el camino."

Capítulo 13

El día comenzó con llovizna y el ruido sordo del tráfico que se dirigía hacia el Sur por la M61. Era un perezoso avance, la mañana gris parecía aún más oscura con la luz interrumpida en todos lados por las altísimas cargas de inmundos camiones.

Cortamos hacia el Este por la M62 y recuerdo ese tramo largo e impresionantemente desolador de la autopista más allá de Rochdale mientras nos dirigíamos hacia el techo de los Pennines con el páramo rojizo extendiéndose a ambos lados. Antaño, en la memoria viva, esto había sido un pristino y solitario yermo, ahora horriblemente marcado por esta monstruosa y rugiente cinta de asfalto. ¡Cambio! Todo moría: Derby, mi matrimonio, este paisaje... todo. O bien se transformaba en un nuevo orden o se disipaba perdido en el caos. Y yo no quería que mi vida se perdiera en el caos.

Nos detuvimos en la zona de servicio de Hartshead para tomar un café. Había llevado solo una hora, pero yo ya me sentía como si hubiera estado todo el día en la carretera. Un viejo Midget no era el mejor de los coches para un largo viaje por autopista: un viaje demasiado duro y no lo suficientemente insonorizado. También me sentía vulnerable embutido entre los camiones kilómetro tras kilómetro. Uno de ellos podía habernos cortado el paso y aplastado sin darse cuenta siquiera. No era la primera vez que me consolaba con la presencia de Eleanor, pensando de alguna manera extraña en que nada malo podría pasarme mientras ella estuviera allí.

Elegimos una mesa tranquila y la dejé mientras iba a por el café. Luego, por casualidad, la vi desde la distancia mientras yo hacía cola para pagar, y al verla en un contexto así, me sorprendió lo mucho que destacaba. Era una mujer guapa, hermosa habría dicho yo, maquillada con mucha precisión acorde a su ropa negra, los cuidadosamente pintados detalles negros de sus labios y sus ojos y sus uñas, pero era una apariencia que podía ser malinterpretada fácilmente si no la conocías.

Vi a otras personas levantar la vista de sus mesas: un par de camioneros, un policía que se había detenido a tomar una cerveza y un grupo de ancianas. Probablemente pensaban que era una prostituta, pálida por las drogas, o una bailarina de barra que regresaba de una jornada en algún club de mala muerte de Manchester. Pero si Eleanor era consciente de ellos, no mostraba ninguna señal. Parecía en blanco, con su verdadero yo invisible detrás de una máscara de carnaval.

Cuando volví, dejé la bandeja y comencé a mover nerviosamente tazas, cucharas y bolsitas de azúcar, pero ella me detuvo en un instante cuando, de repente, extendió la mano y tomó la mía. Su agarre era frío y gentil, una suave mano deshuesada, su quietud me inundaba a través del calor de su tacto, grandes ondas largas de este subían bañándome el brazo, infundiendo en cada fibra de mí, desde la cabeza hasta los dedos de los pies, una extraña anticipación. Entonces me miró y dijo: "Tuve un niño."

"Suspuse algo… quiero decir, por la cicatriz."

"Su nombre era Andrew," continuó ella. "Murió."

"Eleanor, lo siento."

Me soltó la mano y, justo cuando me estaba preparando para más, cambió de tema. "El café huele bien," dijo con una sonrisa traviesa. La máscara se había levantado solo brevemente. Había sido un preludio, un aviso de que había más por venir, pero que lo estaba reservando para más tarde, para el momento adecuado.

Condujo ella el siguiente tramo del viaje, tomó la A1 cerca de Leeds y se dirigió al Sur. Conducía bien, con confianza y una presión firme en el acelerador, difícil de conciliar con su frágil apariencia. Esperé a que ella hablara, a que me contara más sobre ella, pero eligió el silencio, inmersa en el camino por delante, con la frente arrugada por la concentración.

Condujimos entre prados bajos y desolados kilómetros y kilómetros. Yorkshire, Nottinghamshire, Lincolnshire, dos horas marcando ciudades invisibles más allá de la estéril arteria de la A1: Doncaster, Newark, Grantham. Dos horas durante las cuales mis pensamientos

pasaron de la revelación de Eleanor a preguntarme qué demonios creía estar haciendo.

"Hora del almuerzo," dijo ella eventualmente.

Encontramos un tranquilo apartadero escondido tras unos árboles, fuera de la vista pero no fuera del sonido de la carretera. Tomamos un rápido descanso y Eleanor preparó un picnic encima del maletero, pero había un viento fresco que atravesaba el asfalto lleno de maleza, así que nos acomodamos dentro para comer. Eleanor vestía un largo abrigo negro y un ceñido sombrero negro de lana. Parecía cálida, fresca y feliz, pero luego vi que sus ojos se oscurecían y ella bajaba la mirada hacia las profundidades de su taza.

"He estado en prisión," me dijo.

Traté de reaccionar casualmente, pero soy mal actor y me temo que fue obvio para ella lo sorprendido que estaba. "Oh, ¿en serio?"

"Maté a mi pequeño."

Sentí que mi corazón se encogía de repente, sentí que se hundía en las profundidades de mis entrañas, y esta vez elegí el silencio, manteniéndome quieto y tenso, esperando a que ella continuara.

"¿Qué dices a eso entonces, Tom?"

Tragué saliva. "Supongo que hay más en la historia de lo que me estás diciendo. ¿Tú...? Quiero decir..."

"¿Si lo maté de verdad, te preguntas? Bueno, los hombres inteligentes del tribunal dijeron que sí... así que debo de haberlo hecho, ¿no?"

"No necesariamente. ¿Lo hiciste?"

Pareció dejarme aguantando durante mucho tiempo. "No," dijo al fin. "Estoy bastante segura de eso ahora. Pero no lo tuve claro durante años, durante tal vez la mitad de mi vida."

Habló con calma. Era la única forma en que podía decirme estas

cosas, bajo la rígida guardia de una calma helada.

"¿Hace cuanto tiempo?" Pregunté aún tratando de controlar el temblor en mi voz.

"Tenía dieciséis años. No mucho mayor que tu Rachel."

"¿Y el padre?"

"Nunca estuve segura de quién era el padre, lo siento, Tom, yo era un poco salvaje de niña. Estuve en prisión durante dieciocho meses. Luego dijeron que no había tenido intención de matarlo, que simplemente estaba loca, así que fui enviada a una especie de hospital seguro. Yo hubiera preferido haberme quedado en la cárcel, estuve internada allí cinco años… y estaba loca de verdad cuando salí."

"Él estaba en su cuna, ¿vale? Ahí es donde lo puse, todo sano y salvo, y por la mañana ya no respiraba. Así que no puedo estar con niños. No es que no me gusten, adoro a Stevie y a Gemmie, pero no puedo confiar en mí misma. Tendría miedo de que se fueran a dormir y no despertaran si yo estaba en la misma casa. Es irracional, lo sé, pero ya no soy una persona racional. ¿Lo ves? Jack entendió eso y temía que fuese demasiado para mí estar en la misma casa que ellos mientras tú estabas fuera. Él me conoce de maneras que tú no. Por eso estoy aquí contigo, porque hay niños en la casa."

"Pero ellos estuvieron allí anoche."

"Eso fue diferente. Tú también estabas allí. Eras responsable de ellos. Yo no tenía que pensar en ellos."

"Pero papá nunca me ha mencionado una palabra de esto."

"Le hice prometer que no se lo diría a nadie, ni siquiera a ti, especialmente a ti. A la gente le cuesta bastante aceptarme tal como soy. Si supieran que estuve en la cárcel, por matar a un niño, a mi propio hijo, solo empeoraría las cosas para Jack."

"Pero fue una muerte súbita. Es terrible y lo siento mucho, Eleanor, pero no fue culpa tuya. Fuiste tan víctima de esa tragedia como tu

pobre hijo."

"Eso no importa en realidad. Hay suficiente espacio para la duda y la gente siempre se hará preguntas, ¿no es así? Aún cuando tengan todos los hechos. Barras de barro y todo eso. ¿Me odias ahora?"

"Eleanor..."

"¿Sí o no?"

"Eleanor, no seas boba. No puedo creerlo... de verdad, lo siento mucho. ¿Qué hay de tus padres? Quiero decir, no sé mucho sobre ti, sobre tu familia."

Ella sonrió levemente, "¿Mis padres? ¿Quieres saber algo de ellos? Vale. Eran tenderos, artículos elegantes, ese tipo de cosas. Y eran pilares de la iglesia, aunque pasaban la mayor parte del tiempo mordiendo y derramando desprecio sobre todo el mundo a sus espaldas. Ya era bastante malo haberlos deshonrado al quedar embarazada en primer lugar, pero luego tuve el descaro de acabar también en la cárcel."

"¿Alguna vez los ves?"

"No. No tengo padres. Todavía viven en el mismo lugar, que yo sepa. Todavía son pilares de la misma iglesia, pero están muertos para mí. ¿Quieres que siga?"

Ella me estaba mirando ahora, casi desafiándome a que aceptara la historia completa de su vida. Yo dudé, porque lo que me había dicho ya era bastante malo.

"¿Quieres decir que hay más?"

"Oh, sí,... apenas he comenzado. Después del hospital de seguridad me enviaron a una especie de asilo, un lugar privado en algún lugar apartado. Mis padres pagaron por ello en lugar de sufrir la vergüenza de tenerme en casa. Vivían en una parte muy bonita de la ciudad, ¿sabes?, y mi padre estaba en el consejo de la iglesia. No sé cuánto tiempo estuve allí, quizá un año. Supongo que las facturas debieron de haber estado aumentando y se dieron cuenta de que no podían permitirse el lujo de seguir así. Pero antes de dejarme salir,

sugirieron que me operara."

Ella se puso nerviosa ahora. "Nunca me creyeron, nunca confiaron en mí desde el principio, pensaban que había matado a mi hijo mientras estaba deprimida. Quiero decir, eso pasa, ¿no? Una niña de dieciséis años y un bebé que grita: simplemente no puede afronarlo. Está destinada a volverse loca. Pero yo no estaba deprimida, ¿vale? Estaba bien, siempre que estuviera sola,lejos de ellos. Pero ellos no querían dejarme en paz. Yo habría aceptado cualquier cosa, Tom. Tenía que salir de aquel lugar."

"¿Qué tipo de operación, Eleanor?"

"Fui esterilizada," dijo. "Verás, incluso lograron convencerme a *mí* de que era culpable. Que era mejor que nunca tuviera más hijos, así que dejé que lo hicieran. Y pensé ¿qué diablos? Era joven y estaba cachonda y me imaginaba que después podría dar la vuelta al mundo echando polvos sin pensar en las consecuencias."

"El caso es que después de que lo hicieron, yo sufrí muchos dolores. Una infección, dijeron." Ella bajó la cabeza hacia el volante y yo vi entonces las lágrimas. "Dicen que casi muero. Al final, lo único que me salvó fue una histerectomía. ¿Sabes qué es eso, Tom?"

"Em... creo que sí."

"No tengo útero."

Yo solo tenía una vaga idea de lo que eso significaba para una mujer, para una mujer joven. No más niños, obviamente, pero había otros efectos, físicos y emocionales, que yo apenas podía imaginar.

"Pasé por la menopausia antes de que la mayoría de las chicas tuvieran sus primeros bebés," continuó. "Pueden tratar los efectos físicos, pero siempre encontré que las drogas me hacían sentir letárgica, o... bueno, como un poco ninfómana... lo cual puede sonarte divertido, pero créeme, no lo es."

"La conclusión es que no soy como otras mujeres. No he tenido un hombre dentro de mí desde hace más de diez años. He probado con chicas, y eso puede ser divertido si quitas toda la política de género,

pero he descubierto que el celibato es la mejor opción para la paz de mente."

Entonces me miró, una esquina de sus labios se convirtió en una especie de sonrisa irónica. No sé si yo me había puesto pálido o si tenía la boca abierta, pero creo que ella sintió la medida de mi desconcierto. "Pobre Tom," dijo. "Eres un hombre tan bueno y corriente. No estás preparado para nada de esto, ¿verdad?"

Supongo que ella tenía razón. Después de su oración inicial, pensé que no había nada más que ella pudiera haber dicho que me sorprendiera, pero lo había conseguido con una confesión implacablemente impactante que me había impulsado a atravesar mayores y profundos estratos traumáticos. "Bueno... no soy un completo ingenuo," le dije, e incluso mientras hablaba todavía me estaba adaptando al hecho de que Eleanor, la esposa de mi padre, no solo tenía la mitad de su edad, sino también, al parecer, era lesbiana.

"No he dicho que fueras ingenuo, Tom. Eres tan... admirablemente, maravillosamente agradable. Como tu padre. Atesoro lo que tengo con él, ¿sabes?"

"Lo sé. Pero ¿ha habido alguna vez alguien más, alguien especial, quiero decir, en el pasado?"

"En realidad no. Tuve muchas subidas y bajadas, ¿vale?, con mis hormonas por todos lados. Hay momentos en los que deseo amor físico y hay momentos en los que pensar en eso me deja fría. No puedes construir una relación sexual sobre ese tipo de base, ¿verdad?"

"No," prosiguió ella. "Y de todos modos, llevo años entrando y saliendo de arcas de chiflados, lo que no aumenta exactamente tus posibilidades de conocer a alguien especial, o eso pensaba yo. Pero al final, ahí es donde conocí a tu padre, y los últimos tres años con él han sido los más largos en los que me he sentido libre de mi pasado. He estado toda mi vida impulsada por los antidepresivos, pero no tomo las pastillas ahora, solo relajándome, meditando, eso parece ser suficiente. Eso tiene que ser bueno, ¿no?"

"Un milagro, diría yo, después de lo que me acabas de contar."

"Debe de resultar difícil para la gente entender lo de tu padre y yo."

Resultaba difícil, pensé, y cada vez más. "Ambos os sentís mejor cuando estáis juntos," le dije. "¿Qué daño hay en eso?"

Ella sonrió. "Ningún daño en absoluto."

Faltaba otra hora y media hasta Cambridge, luego media hora por estrechas callejuelas, en dirección Este a través de los desnudos y planos pantanos en busca de Lipton. Lo encontramos apartado y aparentemente desierto, una hilera de cabañas bajas, una iglesia y un pub: el Perro y la Pistola. "Parece que es aquí," dije parando en el aparcamiento.

"Pero no podemos quedarnos sentados aquí cinco horas," dijo Eleanor. "Y no parece que haya mucho más que hacer."

"Lo sé. Mira, Ely no está lejos. Hay una catedral. Habrá una tetería o algo así. Echaremos un vistazo por allí y volveremos más tarde."

"Suena bien. Por cierto, ¿Tom?"

"¿Hmn?"

"¿Ibas a decir que no? Cuando dijiste antes que saber lo que sabes de mí no ha cambiado nada. Quiero decir, entre nosotros. En la forma en que me ves."

Por supuesto que había cambiado las cosas, y para ser honesto en ese momento, no podía decir cómo, solo que no era de mala manera. "Claro, lo decía en serio. Mira, tú y yo... bueno, es un poco inusual, ¿no? Durante mucho tiempo no supe cómo tratarte. Quiero decir, no puedo pensar en ti como mi madre, ni siquiera como una hermana, y no sé con certeza si alguna vez lo resolveré, excepto para decir..." Dudé, pero ella se inclinó más cerca, animándome a continuar.

"¿Qué?"

"Bueno, pues que mi vida es mejor por tenerte en ella,

especialmente ahora."

Eleanor se echó hacia atrás, sonrojada. "Tom, eso es encantador. Gracias."

Tenía los ojos húmedos. La había tocado y me sorprendió porque no parecía nada. A mí nunca nadie me había tocado así, no tan fácilmente, con palabras. Oh, se me han ofrecido muchas palabras tiernas a lo largo de los años, pero me temo que no significaron ni la mitad de lo que podrían haberlo hecho si las hubiera dicho otra persona... si las hubiera dicho Rachel. Pero Rachel era un sueño, un recuerdo poco fiable de tiempos pasados, y después de lo que me había contado Eleanor me sentí avergonzado por la insignificancia de mis problemas. Mi matrimonio estaba siendo desmantelado y mi tiempo en Derby estaba llegando a su fin. ¿Y qué? Pensé. Al menos mi mente y mi cuerpo siguen casi intactos.

Supéralo, pensé, pero sentado allí en ese estacionamiento, fuera de El Perro y la Pistola, con barrotes y contraventanas, me dolió en el corazón. Contemplé a un lado y a otro de la calle las desoladas casitas y la lúgubre llanura más allá, en los huecos entre los tejados, y sentí que el vacío del lugar me disolvía. En lugar de ofrecer alguna perspectiva, el horror de lo que Eleanor me había contado solo había servido para empeorar las cosas. Me dolía su pérdida, su dolor y me dolía por mí mismo, por mi vida arruinada, por todo lo que parecía estar desvaneciéndose. Pero sobre todo me dolía preguntarme cómo habría sido mi vida si Rachel me hubiera amado.

Capítulo 14

El Perro y la Pistola estaban abarrotados cuando regresamos. Era un lugar antiguo, y obviamente el único espectáculo en la ciudad en kilómetros a la redonda, por lo que era algo interesante. Por dentro era pequeño y estaba tenuemente iluminado. El aire estaba cargado de humo de cigarro, la atmósfera era ruidosa. Tuvimos que esperar un rato antes de ver una mesa y me sentí conspicuo, sosteniendo un vaso de media pinta, pues todos los ojos se sentían atraídos inevitablemente hacia Eleanor.

"¿No son de por aquí pues?" observó el propietario. Era un hombre corpulento, de nariz mal encajada y modales bruscos. "¿Están usted y su dama de paso?"

"A encontrar a un viejo amigo de la escuela, en realidad. No le he visto desde que éramos niños. Esperaba que usted lo conociera. Probablemente yo no le reconocería ahora. ¿John Ogilvy?"

El propietario sonrió y le guiñó el ojo a un anciano al lado y desplomado sobre una pinta en la barra. "Este caballero está buscando a John."

El veterano alzó la vista hacia mí. Estaba arrugado y desdentado, y olía a cerveza y a orina en igual medida. "¿Te debe dinero?"

"No, nada de eso."

"Bien, porque estarías jodido si lo hiciera."

"¿Vendrá esta noche, lo sabe? Él solo me dijo que estaría aquí y he conducido un largo camino."

El propietario me dio una conspiratoria palmadita en el brazo, sin hacerme saber en realidad cuál era el secreto. "Vendrá, no hay duda. La atracción estrella es nuestro John. Te guiñaré un ojo, aunque es probable que no lo pases por alto."

Pedimos una comida y nos acurrucamos en una mesa destartalada,

con los codos, ojos y vasos de cerveza a nuestro alrededor, el ruido y el llamativo ritmo de la danza proveniente de la máquina de discos nos obligaba a acercarnos para escucharnos en caso de que alguno de nosotros hablara, pero ninguno de los dos hablaba. Algunos de los muchachos más jóvenes bebían cerveza a un ritmo alarmante y la forma en que nos miraban me ponía nervioso. Esperamos tres horas, comiendo y bebiendo despacio. Eleanor soportaba la incomodidad en silencio. En cierto punto extendí la mano y me arremangué la camisa para revelar la esfera del reloj. En lugar de gritar por encima de la música y el estruendo, levanté las cejas hacia ella y le indiqué la hora con los ojos, pero de inmediato, ella tapó el dial con la mano y negó con la cabeza. "Dale un poco más de tiempo," vocalizió en silencio.

Luego se escuchó una entusiasta ovación cuando un hombrecillo enjuto entró tropezando por la puerta. Tenía una gran mata de pelo blanco y una brillante nariz roja en un rostro horriblemente lleno de cicatrices y arrugas. El dueño vino a llevarse los platos. Estaba claramente divertido. "Ahí está tu hombre," me dijo.

Eleanor me miró. "Pero si debe de tener noventa."

El patrón se rió. "¿Quién? ¿John? No tiene más de cuarenta y cinco, diría yo."

John parecía disfrutar de la atención y su mano se disparó en alto en agradecimiento. Caminaba pobremente, apenas podía levantar los pies del suelo, lo cual le daba un extraño andar de arrastre de pies. Bajo el brazo llevaba una caja opaca de Tupperware atada con una cuerda. Se dirigió directamente a la barra, la multitud de bebedores se separó de inmediato para dejarle pasar.

"Bueno, vamos allá," dijo Eleanor. "Ve y preséntate."

"Esto es un error," dije. "Debe de serlo."

"Sólo hay una forma de averiguarlo. ¡Adelante, así podemos salir de aquí!"

Yo había trazado un tortuoso plan y viajado todo el día para ponerme en la misma habitación que John Ogilvy, pero ahora me

encontraba dudando. No podía creer que este fuera el hombre con el que yo había hablado por teléfono. Me aproximé con cautela y me ofrecí a invitarle a beber.

"¿Quién diablos eres tú?" Me dijo.

Extendí la mano a modo de saludo. "Soy Tom. Tom Norton. Hablamos por teléfono."

"¿Quién?"

Ignoró mi mano. Me pareció estar tratando con un ignorante y ya muy borracho anciano.

"Tom Norton," repetí. "Te llamé por teléfono."

"¿Quién?"

"¿County High, mil novecientos setenta y siete?"

"Demonios. No puedo recordar tan atrás. El mío es doble... pónmelo hasta arriba."

¿Podría ser él?, me pregunté. ¿El muchacho tranquilo y serio con todos aquellos niveles-O, con los padres ricos y las brillantes perspectivas? ¿El muchacho tranquilo y serio que no había tenido miedo de pedirle una cita a Rachel? ¿Y estaría ella aquí?, me pregunté. ¿En este mismo pueblo? ¿Vendría más tarde? ¿Y estaría ella también tan horriblemente transformada como él? Tuve visiones de salir corriendo de ese lugar gritando. Sí, vale, quería dar descanso al pasado, mirarlo a los ojos con calma y despedirme de él, pero no esperaba que me devolviera la mirada así y se burlara de mí. Quería que fuera cálido y reconfortante. No esperaba que saltara hacia mí con los colmillos al descubierto.

Él dejó caer la caja sobre la barra y tomó el whisky. La caja me intrigó. Había sonidos de arañazos provenientes del interior y algo parecía estar en movimiento. Entonces la esquina se abrió una grieta y me eché hacia atrás al ver asomando unos bigotes plateados y un par de dientes afilados. Era una rata. Rápidamente, John bajó la tapa. "Vuelve ahí dentro, cabroncete," dijo antes de volverse hacia mí.

"¿Tom, dijiste? No te recuerdo. ¿Cómo sé que no me estás tomando el pelo? Vamos, di algunos nombres."

"Bueno,... veamos. Allí estaba Josh Turner... Carol Gent... Graeme Cardman...."

Pero era inútil. Él había ido tan lejos que dudo que fuese capaz de recordar el nombre de su madre, y mucho menos caras de hacía veinte años. ¡Yo estaba perdiendo el tiempo! Era tarde, estaba cansado y cuando miré a Eleanor, pude ver que ella también estaba cansada. Le di la espalda a John, sacándolo de mis pensamientos y esperanzas. Me incliné sobre la barra hacia el propietario.

"¿Tienes habitaciones?"

"Sólo la única. Es doble."

Pude sentir mi decepción por la forma en que la velada había resultado agobiante, y sin detenerme a pensar siquiera, dije: "Me la quedo."

Para entonces, John había recogido su caja y se estaba hundiendo en el centro de la barra. "Espera," grité. "¿Qué hay de Rachel Standish?"

Quizá no lo había oído, o había optado por no oírlo, porque siguió a lo suyo como si yo no hubiera hablado.

El propietario negó con la cabeza. "No sacarás nada de él esta noche. Será mejor que lo encuentres en casa por la mañana. Vive en la granja Marsh. Está en el Camino de Ely. Recuérdamelo en el desayuno y te dibujaré un mapa."

Reuniéndome con Eleanor, miré a este viejo horrible mientras él desaparecía en una habitación lateral con su caja. Los lugareños estaban entrando a presión tras él, dándole palmadas en la espalda, y vi dinero cambiando de manos en anticipación a algún desagradable evento que me estremecía imaginar.

"No es él," dije. "No puede tener la misma edad que yo. Ni siquiera con un mal corte de pelo me veo tan destrozado, ¿verdad?"

Ella sonrió, adormilada. "Solo bebe más que tú. Y yo diría que ha tenido un accidente... uno grave. ¿Viste cómo caminaba? ¿Qué hay en la caja?"

"No quieres saberlo."

"¿No vas a entrar ahí dentro con él?"

"No, está demasiado borracho. De todos modos, sé dónde vive. Bien podríamos llamar por la mañana de camino a casa."

" ¿Podríamos?"

"Depende de cómo me sienta, con suerte, mucho mejor de lo que me siento en este momento. He cogido, em,... conseguí una habitación... te conseguí una habitación."

"¿Una habitación? ¿Quieres decir que solo había una?"

"Lo siento. Lo hice sin pensar. Quédatela tú. Veré si puedo encontrar otro lugar."

Miró a su alrededor con horror. "Olvídalo, no voy a quedarme en este garito yo sola."

"No, claro que no. Ha sido estúpido. Diré que hemos cambiado de opinión. Volveremos a Ely. Buscaremos un hotel."

Ella lo pensó un momento y negó con la cabeza. "Es demasiado tarde para corretear por ahí en busca de alojamiento a esta hora de la noche. Vamos a verla. Luego decidiremos."

"Debí haber reservado con antelación. No sé por qué no lo hice."

"Esto ha sido culpa mía. Tú pensabas que viajabas solo hasta anoche. No te preocupes. Se nos ocurrirá algo."

Yo la seguía desde la barra cuando un anciano bien vestido se interpuso entre nosotros. Presionó un periódico doblado contra mi pecho como si fuera el cañón de una pistola y luego se acercó. "¿Te envió ella?"

Yo estaba demasiado cansado y demasiado decepcionado para parecer sorprendido. "¿Eh?"

Él estaba un poco borracho también, como todos parecían estarlo en El Perro y la Pistola esa noche. Tenía más de setenta años y un bigote bien recortado, como un exmilitar. "¡Su exesposa! Ella te envió, ¿verdad?"

"¿Se refiere a Rachel?"

"Vamos, vamos. No juegues conmigo."

A pesar de todas sus fanfarronadas, podría haber tumbado a este hombre simplemente alejándome unos pasos de él. Por supuesto, eso significaba que teníamos al John Ogilvy correcto y yo no podía decidir si esto era bueno o no.

"¿Conoce a Rachel?" Le pregunté. Y entonces cayó la ficha: ¡había dicho exesposa!

"Claro que la conozco. La maldita pelandrusca se abrió camino por este pueblo echando polvos como una perra en celo."

Tragué saliva, hirviendo por dentro por el insulto. "¿Aún vive ella en el área?"

"Claro que no. ¿Crees que se atrevería a mostrar la cara por aquí de nuevo?"

"No lo sé," dije. "¿Por qué no iba a hacerlo?"

A estas alturas, Eleanor se había percatado de que yo no estaba con ella y había retrocedido, viniendo hacia el caballero por detrás, flotando en silencio, como era su modo. "¿Dónde está ella entonces?" Le preguntó al viejo.

Él se giró, sobresaltado por su repentina voz, tan cercana, y luego se sobresaltó aún más por su apariencia. "Ella... ¿no os envió ella?"

Eleanor sonrió, la delgada y siniestra ranura de una sonrisa que envió un escalofrío bajándome por la espalda. "¿La estaríamos buscando si nos hubiera enviado ella?"

"Yo... supongo que no."

"Entonces, ¿puedes ayudarnos o no?"

"¿La estáis buscando?"

"¿Hemos dicho nosotros eso?"

"¿Sois de la policía?"

Aparté el periódico de mi pecho. "Mira, ¿quién eres tú?"

"Soy el padre de John," dijo. "Así que mantente alejado de él. Ya ha tenido suficientes problemas en su vida desde que se enredó con ella."

¡¡El padre de John!!… y tan hostil ante la sola mención de Rachel. Podía haberle preguntado muchas cosas y podía haber aprendido mucho, pero el propietario intervino. "Vamos, Harry," dijo con un guiño en mi dirección. Luego guió a mi borracho asaltante fuera de peligro. Eleanor me miró a los ojos, arqueando una ceja con curiosidad.

"No te gusta que la gente llame pelandrusca a Rachel, ¿verdad?" Me dijo ella.

La habitación no estaba tan mal como yo temía. Estaba en lo alto de una estrecha escalera, justo en el ático, con una gran viga que casi la partía en dos. Una cama a cada lado de la viga. La decoración era sencilla pero bonita y podías oler pintura reciente.

"Es encantadora," dijo ella.

"¿Crees que podemos arreglárnoslas? En serio, lo siento Eleanor. Te mereces algo mejor que esto. Me refiero a compartirla conmigo."

"Está bien, Tom. Solo es por una noche."

Dejé que se acomodara mientras yo volvía a bajar para comprobar que el coche estaba bien. Cuando regresé, llamé y ella dijo que estaba bien, pero me abrí paso y la encontré quitándose la ropa interior.

"Por amor de Dios, Eleanor."

"¿Qué pasa?" Alargó la mano y se desabrochó ausentemente el sujetador. "Será mejor que te des la vuelta un momento si eres tímido. Pero si recuerdas, ya has visto todo lo que tengo."

Mientras esperé a que terminara, pensé en lo que me había dicho antes por el camino, y luego caí en el significado del color negro. Por ahora sabía que solo vestía negro: abrigo negro, cárdigan negro, largo vestido negro, medias y zapatos negros, sujetador negro, pantalón negro, lápiz de labios y línea de ojos negros, esmalte de uñas negro.

Era más que una declaración de moda, más incluso que, como una vez había intentado decirme, un medio para asegurarse de no ser invisible para la gente. Quizás era algo más profundamente acoplado a su forma de ser… y a la pérdida de algo que nunca podría volver a tener. Yo me desnudé en el baño y me acomodé en la cama frente a ella. Ella me miraba sonriendo. Quizás le divertía que los hombres aún la encontraran atractiva y, al parecer, algunas mujeres también. Pero ¿podría ser realmente cierto que a pesar de toda su calidez y compasión, ya no había el más mínimo indicio de algo sexual en su propia psique? ¿Era posible estirpar eso, tan seguro como le habían estirpado el útero?

"Esto es estúpido," dije.

"Creo que es bastante acogedor. Siempre pensé que debíamos conocernos mejor."

"Me refiero a lo que estamos haciendo aquí."

"No es estúpido. En realidad es bastante emocionante. Tenía mis dudas antes, pero ahora creo que la encontrarás. Entonces podrás decir lo que tienes que decir y seguir adelante."

"No estoy seguro de querer encontrarla ahora."

"¿Tienes miedo de algo? ¿Miedo de cómo es ella realmente?"

"Cuanto más averiguo, menos se parece ella a la chica que recuerdo. Esto no cambia la forma en que me siento. Simplemente duele más."

"No podemos juzgar a la gente por lo que nos dicen los demás, Tom. Aquellos que solo me conocieron por lo que leyeron en los periódicos hace veinte años se habrían formado una imagen muy sombría, ¿no crees? Una mujer que asesinó a su propio hijo." Ella quedó en silencio un rato. "Hay una posibilidad aquí, por supuesto, y no estoy segura de que la hayas considerado."

"¿Cuál es?"

"¿Y si en lugar de darte calabazas, esos grandes y brillantes ojos suyos se iluminan y te dice que sí? Debes admitir que esa es una posibilidad, y sabemos que ella ya no está con John."

"No estoy haciendo esto para conseguirme una mujer. Ya tengo una mujer. Aún estoy casado... bueno, casi. Otra mujer ahora mismo me mataría. ¡No se trata de eso!"

Ella dio la vuelta y apagó la luz. "Lo sé, pero es probable que Rachel no entienda eso, ¿verdad?"

Por primera vez, sentí algo entonces y miré hacia el techo sin poder creer el repentino cambio en mis sentimientos. Hasta ese momento lo único que me había importado, cuando llegó el momento, fue que Rachel demostrara que mi intención era idiota y dijese «no». Pero Eleanor tenía razón: esa era una posibilidad. *¿Y si en lugar de darte calabazas, esos grandes y brillantes ojos suyos se iluminan y te dice que sí?*

Me tumbé, me quedé mirando arriba hacia la oscuridad y se me secó la boca ante la perspectiva.

Capítulo 15

Por la mañana, bajamos al bar y lo encontramos vacío. En medio había una mesa adornada con lino y claveles frescos y la porcelana más delicada. En mi opinión, nada de eso parecía encajar bien en una habitación que olía fuertemente a cerveza rancia y cigarrillos de la noche anterior, pero Eleanor sonrió al verla, medio volviéndose hacia mí, con los labios entreabiertos de deleite.

"¿No es adorable?" Dijo.

"En serio, deberías salir más."

Una mujer con pinta de matrona apareció en el umbral de la cocina. "Sentaos, mis amores," nos dijo. "Tú debes de ser el antiguo compañero de escuela de John. Oí algo sobre ti anoche."

"Él no pareció reconocerme."

"Bueno, yo no leería mucho de eso. Probablemente solo te estaba tomando el pelo... todo un personaje es nuestro John."

"Pude ver eso. ¿Qué le pasó?"

Nuestra anfitriona se quedó callada un rato y luego suspiró. "Un chico listo era John. No le darías ese crédito ahora, ¿verdad?"

"¿Y Rachel?" Pregunté tentando mi suerte.

Ella dio otro suspiro. "La gente decía que ella debería haberse quedado con él. Pero, ¿qué saben ellos? Bueno, solo tienes que verle, ¿no? Dios le bendiga. Creo que hasta yo podría haberme descarrilado. Bueno... basta de charla. ¿Qué va a ser, mis amores?"

La noche húmeda había dado paso a una espesa niebla que se aferraba a todo. Salí de El Perro y la Pistola sintiéndome tranquilo y renovado, una sensación que se desvaneció al girar la llave de contacto y descubrir que la humedad se había comido los sistemas eléctricos del Midget. Este gimió lastimosamente, balanceándose

suavemente a cada vuelta del motor de arranque, pero el motor se negó a ponerse en marcha.

"El pobrecillo aún está cansado," dijo Eleanor.

Levanté el capó y desconecté los cables, luego sequé los conectores con mi pañuelo.

"Bueno, ¿qué crees que le pasó a John entonces?" Dije.

"Oh, muchas cosas pueden hacerle eso a un hombre."

"¿Podría ser solo la bebida?"

"Siempre algo causa la bebida, Tom. Soledad, desesperación. Por cierto, aún no me has dicho lo que había en la caja."

"Em... ¿puedes intentarlo ahora?"

El motor se encendió y me devolvió el ánimo de un plumazo. "Vale, vámonos. Cuanto antes le encontremos, antes podremos volver a casa. Probablemente papá ya habrá estrangulado a Stevie."

"Subestimas a Jack."

"Lo sé. Y a veces él lo pide. Para ser honesto, solo quiero pasar un tiempo con ellos."

Pero, por supuesto, una parte de mí tenía miedo y se preguntaba si debía continuar. Al hacer contacto con John Ogilvy, esto se había convertido en más que un juego que yo jugaba en mi cabeza. Por primera vez en mi búsqueda había comenzado a tocar gente, gente que la había conocido a Ella, y me embargó la sensación de que no había vuelta atrás, que tarde o temprano llegaría el rumor hasta ella.

El rumor de que yo estaba llegando..

Conduje despacio, casi andando a causa de la niebla, y apenas podía ver el bordillo mientras avanzábamos por los pequeños carriles. Eleanor navegaba con el mapa que nos habíamos dibujado y eventualmente nos encontramos en lo que calculamos que debía de

ser el Camino de Ely.

"Ya está," dijo ella. "Gira y entra aquí."

Después de un largo y embarrado viaje por un sendero lleno de baches, nos encontramos con la fantasmal silueta gris de una granja decadente. Parecía antigua, tal vez del siglo XVII, como algo sacado de un plató de cine. Había perros ladrando, no los nervudos perros collie a los que yo estaba acostumbrado en las granjas en casa, sino rottweilers, un par de ellos, grandes y feos brutos tirando ferozmente de sus cadenas, no el tipo de perros famosos por su delicadeza con las ovejas y los extraños.

Eleanor se congeló al verlos y yo no estaba por moverme tampoco. Entonces, una mujerona enojada salió de la casa y acobardó con lengua afilada a los perros para que se callaran antes de saludarnos con un abrupto: "¿Y bien?"

Yo bajé la ventanilla una fracción. "Estamos buscando a John Ogilvy."

La mención de su nombre no ayudó mucho a mejorar su estado de ánimo. "Y yo," frunció el ceño. "No volvió a casa anoche. Probablemente esté tirado en una zanja en alguna parte entre aquí y El Perro y la Pistola."

"Él estuvo allí anoche," confirmé. "Soy Tom. Se suponía que debía reunirme con él para charlar, pero él estaba un poco…."

"¿Borracho?"

"Bueno... distraído."

Ella lo pensó un momento, pasando una mirada sospechosa sobre nosotros dos. "No mencionó nada sobre vosotros."

"Íbamos juntos a la escuela," dije. "Yo estaba por la zona, así que me dije que me pasaría a charlar."

"Por lo general llega a casa a eso de las diez, pero no puedo garantizar que esté en un estado mucho mejor que cuando le viste por última vez."

"¿Le importa que esperemos?"

La mujer apretó los labios, un gesto que comparé con tirar de la cuerda en un bolso. Sentí que no éramos particularmente bienvenidos. Tal vez el padre de John la había telefoneado y advertido de que estuviera en guardia.

"Venís del Norte, ¿no?"

"Así es."

"Bueno, está bien pues. Será mejor que entréis. Los perros no os tocarán. Son blanditos en realidad. Soy Pauline, su esposa."

"Em... gracias."

Y mientras la seguíamos adentro, sentí que Eleanor me pellizcaba el brazo. "Te dije que sería Pauline," me susurró.

En una inspección más cercana, pude ver que había dinero allí. Alguien había trabajado duro para renovar el lugar, pero sin sacrificar esa apariencia del viejo mundo, y había un Porsche clásico asomando del granero: principios de los sesenta, pensé, y valía una fortuna.

En el interior, la cocina era moderna, aún así diseñada para coordinar con las bajas vigas y la sensación rústica general. "Estupenda casa," dije incapaz de reconciliar lo que veía con el abandonado hombre que había visto anoche... a menos que todo aquello fuese de ella, que él se hubiese casado después de que Rachel le abandonara.

Pauline nos sentó a la mesa y preparó café. Parecía haberse suavizado un poco en sus modales, pero sentí que ese duro filo no estaba lejos y lo tomé como una advertencia para andarme con cuidado con ella.

"Sabía que él había ido a la escuela en algún lugar del Norte," dijo Pauline. "Pero no habla mucho de eso. De hecho, no habla mucho de nada estos días... al menos nada que tenga sentido."

Eleanor sacó una copia de la fotografía de su bolso y la dejó sobre

la mesa. "Ha cambiado mucho," dijo ella. "Tom apenas lo reconoció."

Pauline miró la foto durante un momento, pero esta no despertó mucho interés en ella, aún cuando yo lo señalé con el dedo. Rachel también escapó de su mirada, y eso pareció confirmar mi creencia de que había debido de experimentar también una dramática transformación.

"Lo ha pasado mal John, ¿verdad?," dijo ella.

"En realidad he perdido el contacto," respondí. "Pero recuerdo que era un chico inteligente... el mejor de nuestro año."

"Oh, era muy inteligente. Fue a Cambridge, ¿sabes?"

"¿En serio?"

Pauline parecía orgullosa de esta distinción, así que jugué con ello y ella comenzó a responder gradualmente. "Él enseñó matemáticas allí al final. Pero eso fue antes del accidente, por supuesto."

"¿Tuvo un accidente?"

Pauline se sentó frente a nosotros y miró el reloj de larga caja junto a la puerta. "Él viajaba allí todos los días. Tenía una motocicleta. Cosas estúpidas, las motocicletas. Estaba cruzando el pantano a ciento diez cuando chocó con un tractor... mañana brumosa, un poco así."

"¿En serio? ¡Pobre paisano!"

"Casi murió, casi. También podría haberlo hecho, por lo que a su primera esposa respectaba."

"¿Sí?"

"Ella era del Norte también," dijo con una mueca de desprecio, porque seguramente nada bueno podía venir del Norte. "Él la trajo al Sur con él. Una vaca egoísta."

"Creo que la recuerdo," dije. "¿Cuál era su nombre? ¿Era Evelyn?"

"Rachel," me corrigió ella. "Yo no podía soportarlo. Quiero decir, él fue un vegetal durante años. ¿Yo? Vivía en la Granja de Hampson en aquellos días. Solía pasarme y ver si había algo que pudiera hacer. Terminé cuidando de él mientras ella estaba fuera con algún hombre elegante de una noche... bueno, ¿qué esperaba ella?"

"¿Y ambos vivían aquí?"

"Así es, no es que fuera de ellos, no entonces al menos. Pertenecía a la tía de Tom. Ellos vivían con ella. Por supuesto, cuando la anciana murió, John se quedó con todo."

Sentí una emoción repentina y, por un momento, lo único que pude pensar fue que Ella había vivido aquí. Que Ella se había sentado a esta mesa, y que la imagen de esta vieja casa de granja debía de haberse grabado a fuego profundamente en su memoria.

"¿Cuándo fue todo eso?"

"Oh, hace quince años, tal vez más. Todo agua bajo el puente, por lo que a mí respecta."

¡Quince años! ¡Rachel se había ido de este lugar hacía quince años!

"¿Ella se levantó y le dejó sin más?"

"Volvió al Norte. Estaba trabajando para una empresa en Norwich. Bexley. Se estaban expandiendo y abrieron una fábrica en Salport, o en algún lugar así. Ella aceptó un trabajo allí. Lo mejor que pudo pasar, adiós y hasta nunca. Ella sabía que su rostro ya no era bienvenido por aquí."

"¿Qué tipo de trabajo hacía ella?"

"Trabajaba en una máquina, hasta donde yo sé."

Y yo estaba pensando, ¿Salport? ¿Salport? Nunca había oído hablar de ello. ¿Se refería a Salford o a Southport?

"¿Bexley, ha dicho?"

"Hacen botellas." Volvió a mirar el reloj y sentí que su paciencia

estaba menguando: demasiadas preguntas sobre Rachel y no suficientes sobre John, tal vez.

"No sé dónde se ha metido John," dijo ella. "¿Y si le doy tu número?"

"Claro. Gracias por su tiempo. Lamento no haberle encontrado."

Y después estábamos fuera con los perros ladrando y Pauline gritándoles que se callaran. Eché un último vistazo a la granja y le di la mano. "Muchas gracias. Espero que él llegue bien a casa."

Luego tomé a Eleanor por el codo y partimos.

"¿Qué prisa hay?" Dijo ella.

"Es que quería salir de allí. No quería que John apareciera de repente y nos quedáramos atrapados con él."

"¡Encantador! Pero ¿y si llama?"

"¿Llamar?"

"¿No le has dado a Pauline tu número?"

"Bueno, puede que haya confundido algunos de los dígitos cuando lo anoté. Ya sabes cómo soy."

La niebla ya se había levantado y un acuoso sol se filtraba por ella. Cuando salimos al Camino de Ely, le vi deambulando en mangas de camisa. Tom había perdido la caja y, cuando pasamos junto a él, vi nuevas marcas de mordeduras en todo su rostro. No lo reconocí y él no me reconoció a mí. Me pregunté cómo era posible que nuestras historias pudieran haber estado tan ligadas y, aún así, dejarnos veinticinco años después como completos extraños.

Eleanor metió la mano en el bolso, sacó la foto de Rachel y la miró durante un largo rato. "¿Cuánto crees que valía esa casa?" me dijo.

"Medio millón, tal vez más."

"Un *montón* de dinero."

"Seguro."

"Y ella se rindió en lugar de compartir su vida con alguien que ya no conocía, alguien que se parecía a la persona que ella había amado, pero que ya no estaba allí."

"Lo expresas con tanta delicadeza como puedes, y te lo agradezco, pero básicamente ella huyó y le dejó pudrirse."

"A primera vista, sí. Y a primera vista, Pauline es un ángel, asumiendo lo que hizo. ¿No lo es?"

"¿Quieres decir que ella lo hizo por el dinero?"

"¿Por qué si no? Si me preguntas, yo estoy con Rachel. Debe de haber sido terrible para ella."

"Gracias," dije y lo dije en serio, porque la amargura que Rachel había dejado atrás me estaba afectando. La buena gente de Lipton sólo había visto un lado, el lado más oscuro, el lado cuya superficie nunca se raya por los chismes. Pero Eleanor la había imaginado sentada a la mesa de la cocina, una mujer solitaria y asustada, quizá llorando en la noche y sin saber qué diablos le había dado.

Era defensa propia, lo sé, pero eso encajaba más con mi imagen idealista de ella, una imagen que se había empañado cada vez más en las últimas semanas, y yo me aferré a ella.

Eleanor se inclinó y descansó la cabeza en mi hombro. "¿Ahora que?"

"A casa para la hora del té."

"Me refiero sobre ella."

"Nada," dije. "Se acabó."

"No puedes decir eso, seguramente existe Botellas Bexley."

"Pero muchas cosas podrían haber cambiado en quince años. Parece un poco tonto esperar que si encuentro Botellas Bexley, también la encontraré a ella. Podría estar en cualquier parte."

"Has llegado hasta aquí. Deberías llevarlo a cabo."

"No, se está volviendo demasiado peligroso. Como dijiste anoche, ¿y si ella *está* buscando a alguien? ¿Y si ella *dice* que sí? No estoy preparado para otra mujer. Ni siquiera debería estar pensando en ello."

"Pensé que no lo estabas."

"No lo estoy. No lo estaba, es solo que..."

"¿Qué?"

¿Cómo podría explicarlo? Ya estaba claro para mí que cuanto más me acercaba, menos se parecía Rachel a mi imagen de ella. Esto era de esperar, por supuesto, pero al continuar con la fantasía, también había comenzado a caer en la cuenta de que eventualmente vería la imagen destruida. ¿Era eso lo que quería?, me pregunté. ¿O había una parte de mí que necesitaba desesperadamente seguir creyendo en ello? ¿Seguir creyendo en alguien que ya no existía? Alguien que nunca había existido fuera de mi propia imaginación.

Capítulo 16

Eran más de las cinco cuando llegamos a casa. El MG se nos había muerto en Nottinghamshire. El óxido de un desintegrado tanque de combustible había obstruido el cable de alimentación y tuvimos que llamar a la grúa. Ahora, me sentía mal, con dolor de cabeza y, después de abrazar a los niños y escuchar sus locas bromas durante diez minutos, tuve suficiente y subí a acostarme.

Se habían apoderado de mi habitación. Los pocos juguetes que habían traído con ellos estaban esparcidos por el suelo y el lugar estaba lleno de dibujos y coloreados: la loca y desordenada energía de su presencia. Podría haberlo ignorado. A lo largo del largo viaje a casa, ellos habían sido mi único pensamiento, lo único que me había llevado de regreso a la imagen de un hogar que, por otro lado, se estaba desintegrando deprisa. Pero ahora, en mi fatiga, resentía su intrusión en mi santuario y al mismo tiempo me odiaba a mí mismo por tal resentimiento egoísta.

Mi padre entró con una taza de té, pasando con cuidado sobre los juguetes y despejando un espacio en la cama para poder sentarse. Sonreía, algo que rara vez hacía, y tuve la impresión de que se había divertido con ellos. "Invaden un poco, ¿eh?" Me dijo.

"Gracias por cuidar de ellos. Espero que no te hayan causado muchos problemas."

"Soy su abuelo," dijo.

Había un indicio de reprimenda allí y estaba bien fundada. Annie y yo siempre parecíamos encajar en lo que fuese que sus padres estuvieran haciendo: almuerzos los domingos, la boda de fulano, el bautizo de mengano y ooh, tenéis que venir o quedará mal. Así que, de una forma u otra, yo nunca parecía pasar mucho tiempo en Middleton... excepto ahora, por supuesto.

"Bueno," dijo él, "Se portaron bien. Aunque son un par de pequeños bastardos cuando están cansados."

"¿No lo son todos?"

"Bueno, tú eras igual a esa edad. ¿Dijo Ellie algo mientras estuvisteis fuera?"

"Sí. Dijo bastante, de hecho."

"Eso pensé. Así que ahora lo sabes, ¿eh?"

"Ahora lo sé. Ella es muy especial, papá. Quiero decir, pasar por todo eso y seguir siendo una buena persona... o sea, no terminar odiando el mundo."

"Necesita amor, Tom. Pero más que eso, necesita a alguien a quien amar."

Creo que esa fue la primera vez que recuerdo a mi padre pronunciar la palabra «amor», y eso me pilló por sorpresa. Él me amaba, yo lo sabía, y él también amaba a mi madre, pero nunca nos lo había dicho. Eso era algo que habíamos aprendido a asumir aunque solo fuese porque él nunca había dicho nada en contra.

"A ella le va bien ahora," le dije. "A los dos os va bien."

"Pero tú procurarás que ella esté bien, ¿no? Quiero decir, si me pasa algo a mí."

"¿Eh? No te pongas morboso conmigo, papá. No es propio de ti."

"No estoy siendo morboso. Solo realista." El tono sensible comenzó a endurecerse. "Escucha. Soy un viejo pedo, ¿vale? Y las cosas pasan. Asi que, ¿procurarás que ella esté bien? ¿La cuidarás? Esta no es una pregunta ociosa."

Su casi airada persistencia me tranquilizó de inmediato: "Por supuesto que lo haré."

"De acuerdo entonces," dijo, y antes de que me acostumbrara al hecho de que aquel era un asunto serio, quizá el asunto más serio que habíamos compartido, él había cambiado de tema. "¿Encontraste a esta Rachel pues?"

"No exactamente. Se había mudado. ¿Has oído hablar de Botellas Bexley?"

"Southport. Cerraron hace unos cinco años. Alfred Jenks solía trabajar allí. ¿Te acuerdas de Alfred? Vive en la calle Hinkley."

"¿La cerraron? Pero pensé que Alf trabajaba en alguna empresa de molduras. Eran dueños de Stanley Mill en Cross Lane."

"Así es. Bexley se hizo cargo de ellos."

"No me digas," le dije. "Hay un supermercado allí ahora."

"La tienda D.I.Y."

Ese era el final de todo entonces. Casi me sentí aliviado. Ella podría estar en cualquier parte ahora. La fantasía permanecería intacta para siempre.

Él se levantó para irse. "Oh, antes de que me olvide," dijo. "Un pajarito llamó mientras no estabas. Le dije que la llamarías cuando llegaras a casa. Le dije que estabas fuera por negocios."

"¿Un pajarito?"

"Carol. Sonaba bien. Me mantuvo hablando durante años. Encantadora, era ella. Entiendo que puedas estar interesado."

"Todavía estoy casado papá."

"Ya no lo estás. Deberías salir un poco. Cómprale un anillo. Acuéstate con ella. ¡Pasa página!"

"A veces," le dije. "me pregunto cuál de nosotros es el más maduro."

Me sentí mejor después de una taza de té y un descanso y por fin pude regresar al salón y unirme a las payasadas de mis hijos. Los encontré en el sofá, Eleanor intercalada entre ellos, leyéndoles un cuento que ella embellecía con voces bobas y expresiones locas.

Gemmie y Stevie estaban hechizados. Yo me senté enfrente y los observé durante un rato, para quedarme eventualmente tan

hechizado como ellos. Aunque eso me deprimió, sabiendo que ella no podía tener hijos propios. Era cierto, ella no había salido mal, como podría haber hecho muy fácilmente, pero eso me aterrorizaba, ¡qué frágil debía ella de haber sido por dentro!

Pensé en lo que había dicho mi padre, en procurar que ella estuviera bien, y me pregunté qué había querido decir con eso. También me pregunté por primera vez cuánto tiempo tendría él. Supuse que él podía esperar otros diez o quince años. Eleanor tendría cuarenta y cinco años, quizá cincuenta. Yo no tenía idea si estaría bien sola o si se retiraría a su interior. Era impensable que aquella frágil belleza pudiese algún día arrugarse hasta la nada, hasta la más triste de las demencias. Ella me pilló mirando y me mostró una boba sonrisa mientras giraba los ojos. Le devolví la sonrisa y le prometí en silencio que no permitiría que aquello sucediera.

Después, arropé a los niños y los vigilé hasta que quedaron dormidos, luego reuní sus dibujos y los puse sobre la mesa. Eran dibujos brillantes y frenéticos, bastante parecidos a sus vidas, pensé, aunque los de Gemmie se estaban volviendo más controlados, más considerados, con los colores como deberían ser, en lugar de como ella los hubiera preferido en realidad. Levanté la vista y capté la mirada de Rachel desde la fotografía, y de pronto todo se me vino encima, estrellándome contra el pasado, contra el dolor y la esperanza y todo aquel anhelo inútil, y supe que no tenía otra opción: si acaso era posible, tenía que volver a verla.

Capítulo 17

Nunca he sido una persona sociable. Me he desplazado por mi vida tocando las vidas de los demás lo menos posible, lo cual es quizá la única razón por la que mi pasado se ha disuelto tan fácilmente en una sombra impenetrable.

No recordaba la última vez que había visto a Alfred Jenks, aunque recordaba que de niño yo le había llevado una paloma herida para que él la examinara. La había encontrado tirada en el camino, medio mutilada por un gato. Alf siempre había sido un hombre de palomas y me había recibido amablemente. Lo recuerdo diciendo que haría todo lo posible, pero supongo que probablemente estranguló al bicho por piedad en cuanto le di la espalda.

Él no había resistido la vida con tanta gracia como mi padre. No eran para él las camisas de diseño ni el acicalado contemporáneo. Alf, aunque de una edad similar, se vestía y parecía veinte años mayor. La suya era la vejez del cliché, la anciana edad de la expectativa.

Me recibió en la puerta con un brillo en los ojos y un olor a whisky en el aliento. "Ah, Tommy, muchacho. Pasa. ¿Tomarás una copa con un viejo amigo?"

"Claro, Alf. Lo que tú tomes."

Nos acomodamos junto a su anticuada chimenea de cerámica, un fuego a media altura en la chimenea, rugiendo y escupiendo chispas. Su casa era muy parecida a como debía de haber sido cuando se mudó por primera vez allá por los años sesenta. No había video ni equipo de alta fidelidad ni ordenador. De hecho, al mirar alrededor, las cosas más modernas que pude ver eran una televisión en color y un transistor de radio.

No hacía mucho tiempo podías haber entrado en cualquier casa en esta parte de la ciudad y haber encontrado más o menos lo mismo, pero Alf era una raza moribunda con su ropa vieja y sus palomas y su dialecto de Lancashire. En algún lugar de los pasados veinte

años, el mundo había experimentado un cambio profundo y yo apenas estaba comenzando a notarlo.

"¿Todavía en Derby pues?" Me preguntó.

Esa era, pensé yo, una táctica inicial cada vez más anticuada: ¿Dónde trabajas? ¿Qué haces? Como si solo eso pudiera definirte.

"Eso es. Aunque no por mucho más tiempo."

Sacudió la cabeza con simpatía. "He oído que la van a cerrar. Bueno, no pueden cerrar gran cosa de todos modos."

"Cierto. ¿Cuánto tiempo hace que terminaron contigo entonces? En Bexley, ¿verdad?"

Alf se encogió de hombros. "En lo que a mí respecta, todavía era Turner, pero es cierto que Bexley se hizo cargo de nosotros hacia el final. Han pasado cinco años desde que lo cerraron. Casi logré verla hasta mi jubilación, pero eso es raro en estos días. La mayoría de nosotros terminamos en el chatarrero mucho antes."

"Era una empresa de Norwich, ¿no? ¿Bexley? Escuché que transfirieron a algunas personas aquí."

Alf se reclinó y sondeó su memoria. "Así es. Trabajé con uno de ellos en el cuarto de herramientas. Barney. Solíamos llamarlo Barney el Bolas. Maldito inútil que era."

"Creo que una antigua amiga mía de la escuela se mudó con ese lote. Rachel. Ese era su nombre."

Alf consideró esto por un tiempo. "Hubo algunas chicas que vinieron. Bexley se especializaba en botellas, ¿ves? Era un trabajo de gran volumen, no al que estábamos acostumbrados en Turner en realidad. Bexley transfirió algunas máquinas construidas especialmente desde su local de Norwich, y a la gente para operarlas. Pero fue un trabajo sin sentido."

"Dios sabrá dónde estará ella ahora, entonces," dije. "¿Qué está pasando, Alf? Allá donde miras están derribando fábricas y levantando supermercados."

Era la misma vieja canción, una que mi padre debió de haber cantado cuando estaban cerrando las minas. Alf se unió con un suspiro lastimero. "No es un gran misterio, Tommy. A fin de cuentas, hacer cosas se trata de, bueno, de hacer cosas. Y eso significa que cuando se acaba de hablar alguien tiene que arremangarse, cortar metal y armar las cosas. Para eso necesitas un par de estas." Levantó las manos como muestra. Estaban nudosas, manchadas de amarillo nicotina y le faltaba la punta del dedo índice izquierdo. "El precio de un par de manos. De eso se ha tratado siempre."

"Este reloj que llevo se fabricó en Taiwán," dije. "Luego lo enviaron aquí y me lo vendieron por menos de lo que alguien en este país podría hacerlo, y por eso ya no fabricamos relojes. Por eso no haremos jamás un reloj hasta que el precio de un par de manos aquí sea mucho más barato que allá."

"Bah, la mayoría de nosotros pensamos que Bexley sólo nos quería para poder vendernos. Abrieron un nuevo lugar en Skem un año después y trasladaron su línea de botellas allí."

"¿Skelmersdale? ¿Has dicho que abrieron una planta en Skelmersdale?"

"Así es. Alquilaron un cobertizo de hojalata corrugada, una imagen muy moderna. Bexley siempre fue un acto de clase."

Me recosté sintiendo el cálido resplandor del whisky extendiéndose por mis adentros. Así que aún había una oportunidad... solo una oportunidad.

"¿Te tomas otra?" Me preguntó señalando con la cabeza hacia mi vaso medio vacío.

Yo le miré, le miré a los ojos y supe que si yo vivía hasta los cien años, nunca vería el mundo con tanta claridad como él. "Sí, adelante, Alf. ¿Por qué no?"

No fui a Derby a la mañana siguiente. Llamé a Stavros y le conté lo que había sucedido con los niños y él me dijo que me tomara el día libre y me ocupara de ellos. Se podía hacer eso con una gran

empresa. De alguna manera eran más humanos y se permitían tiempo para cosas como el bienestar de su personal.

Dejé a Gemmie en la escuela y luego me quedé sentado en el coche fuera, a las puertas, pensando mucho. Skelmersdale estaba a sólo un cuarto de hora en coche, pero era un lugar extraño, una de las nuevas ciudades originales. Se extendía por varios kilómetros cuadrados de zonas verdes ajardinadas y no era el lugar más fácil de recorrer para un extraño. Necesitaba una dirección y un número de teléfono, pero venía preparado con mi ordenador portátil y mi disco de información. En pocos minutos encontré lo que buscaba.

Sentí una repentina descarga de adrenalina cuando aparecieron los detalles en la pantalla. Incluso conseguí un mapa con una pequeña X para marcar el lugar. Era infantil la esperanza de que ella aún estuviera allí pulsando los botones de su máquina para fabricar botellas después de todo este tiempo, pero mucho de lo que yo había sentido, esperado y soñado toda mi vida con respecto a Rachel también era infantil, y era esa misma esperanza infantil la que me mantenía en rumbo mientras yo conducía hacia allí.

Era posible pasar por Skelmersdale sin saber siquiera que habías estado allí, así de bien escondidos estaban sus habitantes detrás de sus bancos de hierba y sus densas pantallas de follaje. Sabía que Bexley estaba en el sector industrial, así que seguí mi rumbo con cuidado a lo largo de tramos de anodina autovía desierta, y finalmente paré en el estacionamiento frente a su área de recepción.

Era una unidad pequeña, más bien como la había descrito Alf Jenks, la versión de lujo de un granero de hierro corrugado y, según parecía, nuevo. Había un camión articulado que se alejaba de su bahía de despacho. Botellas Bexley Punto Com, rezaba la leyenda en el contenedor. Todo parecía elegante, brillante y dinámico, pero yo dudaba que el lugar empleara a más de cincuenta personas.

Alf me había dicho anoche que había más de seiscientos en Turner, la cual se consideraba una pequeña empresa en los viejos tiempos. Había dos mil en Derby. Ahora apenas podíamos reunir unos cientos. Me pregunté adónde había ido todo el mundo... ¡todas esas personas, todas esas manos!

A través del vidrio ahumado del edificio de la recepción pude ver a una recepcionista rubia con una chaqueta oscura atendiendo llamadas desde un escritorio de falsa caoba. Pero al llegar allí, no estuve seguro de qué hacer a continuación. ¿Me acerco a ella y le pregunto si Rachel Ogilvy trabaja ahí? Incluso podría haber renunciado a su apellido de casada y volver a su apellido de soltera... o haberse casado de nuevo. ¡Pánico! ¿Qué diablos creía yo estar haciendo?

Me tomé un momento para calmarme, luego elegí la opción más tortuosa y llamé al número con el móvil. Vi a la recepcionista levantar el teléfono.

"Hola, Botellas Bexley. Le habla Anne. ¿Puedo ayudar?"

"Ah, hola, Anne. ¿Es posible hablar con Rachel... em… Standish, por favor?"

"¿Puedo preguntar quién llama?"

"John. John... eh... Jenks."

"Un momento, por favor."

Hubo una pausa y pude verla trasteando con su centralita. Ella no había dicho: "¿Quién?" o: "¿Está seguro de que tiene el número correcto?" y después de un momento, ella volvió a la línea. "Lamento haberle hecho esperar."

Empecé a sudar, porque de pronto parecía posible que en solo un par de segundos, Rachel hablara conmigo de verdad. Sentí que el móvil se calentaba, como si fuese a derretirse. Sentía como si la oreja me ardiera contra el plástico y oleadas de pánico me subieran por el pecho.

"Lo siento Sr. Jenks. Me temo que Rachel no está en la oficina hoy. ¿Quiere dejar un mensaje?"

¡La había encontrado!

"¿Señor Jenks?"

"Hola... eh... No. Está bien. ¿Alguna idea de cuándo volverá?"

"Podría intentarlo el lunes."

"Vale. Lunes. Gracias."

Siguiendo al pánico, vino una breve ola de euforia, luego un vacío inexplicable. La había encontrado, pero si ella hubiese estado allí, si hubiese contestado al teléfono hacía un minuto, yo estaba seguro de haber colgado. ¡Lunes! ¡Ella vuelve el lunes! Pero aún después de todo lo que yo había hecho, sabía que no la llamaría porque yo no había cambiado. Yo era el mismo ahora que el que había sido siempre. Yo era débil y era estúpido.

Capítulo 18

Alan estaba esperando cuando traje a Gemmie a casa de la escuela. Mi corazón se hundió al ver su coche llenando la calle frente a la casa de mi padre, pero los ojos de Gemmie brillaban de alegría.

"El abuelo está aquí. El abuelo está aquí," coreó ella.

Ella siempre había sostenido que mi padre no era el abuelo, era solo Jack. Entramos andando y encontramos a Jack y al abuelo de pie en la sala principal, con las manos en los bolsillos, un silencio incómodo entre ellos mientras Eleanor abrochaba el abrigo de Stevie en preparación para su partida.

Por una vez, Alan se sintió aliviado de verme. "Ah. Tom. Bueno. Bien."

"Si. Bien." Dije.

"Os los quitaré de las manos, entonces. Sin duda te alegrarás del descanso."

"No han sido molestia alguna," dijo mi padre.

Alan estaba avergonzado. "No, no... Estoy seguro de que no lo han sido. Bueno. Vamos a ponernos en..."

"¿Annie está bien?" Pregunté, prolongando inadvertidamente su ordalía.

"Oh. Bien. Bueno…"

"Dile que… "

"¿Hmnn?"

Dudé, incapaz de encontrar las palabras. "Nada," dije. "Buen viaje de regreso."

No había nada que decir. Annie ya no existía. Y aunque no podía

deshacerme fácilmente de lo que habíamos compartido—los recuerdos, los niños, el inevitable desorden de nuestra separación—sentí que ella no me perseguiría de la forma en que Rachel aún lo hacía. Yo nunca me secaría ni me volvería rígido e inútil ante el mero pensamiento de Annie.

Los observe irse, siguiéndolos y saludando con la mano hasta el final de la calle. Entonces sentí el azote en ello, el desgarro y la sensación de mi propio egoísmo por haber malgastado dos días en la carretera acechando la sombra de otro pasado, en lugar de estar aquí con mis hijos. Ahora se iban y yo no tenía idea de cuándo volvería a sentir sus brazos alrededor de mi cuello. ¿Y todo para qué? ¡Para nada!

Eleanor me había seguido fuera y cuando di la espalda a mis hijos que se iban, fue para encontrarla observándome con los brazos cruzados, leyéndome.

"Volverán," dijo ella.

Forcé una sonrisa y pasé junto a ella, incapaz de mirarla a los ojos. Entré y encontré a mi padre al teléfono. Él me tomó del brazo cuando pasé y me entregó el auricular.

"Carol," me dijo y me temo que el resto, a pesar de mi determinación en contra, fue una conclusión inevitable.

"Hola, Carol. ¿Esta noche? Genial. Me encantaría."

Eleanor estaba a mi lado ahora, sus cejas levantadas cuando colgué.

"Quiere que vaya a cenar," le expliqué.

Ella apartó la mirada con cierto reproche en la postura. "¿Qué hay de Rachel?"

"Rachel no me mantendrá caliente," dije un poco fuera de lugar, pero anhelando una distracción, cualquier cosa que apartara mi mente de Rachel.

Eleanor pareció herida. "Eso no es propio de ti, Tom."

"Tal vez necesito cambiar."

"Dijiste que no estabas preparado para otra mujer. Dijiste que otra mujer ahora mismo te mataría."

"Bueno, no planeo casarme con ella."

"Pero ¿es Carol la adecuada para ti?"

"¿Importa eso? Solo necesito salir un poco más, acostarme, vivir un poco."

Me agarró del brazo y apretó con fuerza, con una extraña fiereza en sus ojos. "No te atrevas a tocarla a menos que sea ella lo que quieres. Cena, habla de los viejos tiempos, ve una película... lo que sea, pero no te atrevas a tocarla, Thomas Norton, no hasta que este asunto con Rachel haya terminado."

Me sorprendió el rubor rosado en sus usualmente cerúleas mejillas, me sorprendió que de pronto me predicara la moral. Sin embargo, funcionó y me sentí avergonzado. Me soltó del brazo y se alejó andando, subió a su habitación y cerró la puerta, dejándome sentir que la había defraudado. ¿Tan transparente era yo?, me pregunté. Yo había hablado por frustración, por enfado conmigo mismo y un deseo de resarcirme con alguien, pero también en ese momento había querido tomar de Carol lo que fuese que se ofreciera y con un temerario desprecio por las consecuencias.

El viaje hasta el piso de Carol no era muy lejos, diez minutos tal vez, apenas tiempo suficiente para calentar el Midget. Mientras conducía, me relajé en la fantasía, imaginando conversaciones con quien quisiera acompañarme. Este era un hábito que había disfrutado en mi juventud, pero menos últimamente. Como el dibujo y la poesía, era una parte de mí que había muerto y su regreso ahora llegaba como una sorpresa.

El coche se volvía más acogedor a cada minuto, una cápsulita abriéndose paso a través de la penumbra del crepúsculo de Middleton, y yo tenía muchos pasajeros dispuestos: una severa Eleanor e incluso una Annie enfurruñada durante un rato, luego la atractiva joven de las noticias del Canal Cinco que seguía

sondeando mis motivos, preguntándome qué sentía por Carol, cómo nos conocimos y si estaba yo listo para el sexo después de tanto tiempo. Le respondí con largas frases divagantes que probé una y otra vez, cambiando las palabras y el flujo hasta que sonaran bien.

"¿Sexo?" Dije. "Pero es sólo una cena."

"¿Quieres decir que no habías considerado esa posibilidad?"

"¡Cómo!, no."

Era mentira, pero antes de que ella pudiera desafiarme, la chica fue reemplazada una vez más por la severa Eleanor de brazos cruzados, recordándome que no debía tocar a Carol a menos que estuviera seguro.

"Eso no es propio de ti, Tom," decía ella una y otra vez. "¡No es propio de ti!"

Luego, mientras pasaba por delante de Tescos y recorría la larga y frondosa carretera que conducía a los suburbios del norte, me di la vuelta y descubrí que Eleanor había sido reemplazada por otra persona.

Era Rachel.

Era mayor que en la fotografía, unos dieciocho tal vez. El cabello era más largo, creciendo hacia esas ondas de principios de los ochenta. Llevaba un ajustado pantalón negro de pana y una blusa azul con grandes solapas y me pareció imposible haberla visto con tanto detalle en ese periodo.

"¿De dónde demonios has salido tú?"

Rachel sonrió. Era la larga y lenta sonrisa de mi sueño más doloroso, y sus ojos oscuros brillaban. "Me viste una vez, ¿recuerdas?" dijo ella. "Estabas cruzando la calle en la ciudad."

¡Por supuesto, lo recordaba ahora! Habían pasado dos veranos después de dejar la escuela y yo me sentía un hombre importante con mi trabajo y mis perspectivas y mi coche ruinoso.

"Tú estabas cruzando en la otra dirección," le dije asombrado cuando cristalizó el recuerdo. "Era sábado. Caluroso. La ciudad estaba ajetreada."

"Yo alcé la vista," dijo ella. "Nuestros ojos se encontraron."

"Yo te sonreí. Tú miraste a través de mí. Bien podría no haber estado allí."

"No sonreíste. Tú nunca me sonreíste."

"¿No lo hice? Siempre lo intentaba, pero cada vez que estaba cerca de ti, me volvía sonámbulo."

"¿Y puedes culparme por no haberte conocido nunca?"

"Pero mis sentimientos eran muy fuertes, debías de haberlos sentido como... como electricidad."

Era misterioso, la sensación de ella. Incluso había un olor de algo, un perfume fuerte, pero creo que yo había tomado prestado el recuerdo de otra chica que había conocido brevemente por esa época.

"Veo que conseguiste hacer funcionar el coche," dijo.

"Me ha llevado mucho tiempo. ¿Te habría impresionado si lo hubieras visto entonces?"

"Eso nunca lo sabremos, Tom."

Y aunque era una ilusión, escucharla decir mi nombre envió un escalofrío por mi espalda.

"Bueno," dijo ella. "¿Me has estado buscando?" Ella se oscureció. "Pero ahora vas a ver a Carol."

"Ella podría ser mi futuro."

"Pensé que no tenías futuro hasta que hubieras roto conmigo."

"No te he visto en veinticinco años, Rachel. Acabo de separarme de

mi esposa. No pienso con claridad. Me enganché de ti porque vi tu dirección escrita de todos esos años atrás."

"Pensé que querías verme, ver el cambio en mí."

"Yo también lo pensé. Estaba equivocado. Lo siento. Ahora quiero que me dejes en paz."

"Pero me has llevado contigo todos estos años. Dime que no has pensado en mí todos los días. ¿Por qué no rompes conmigo, Tom? Termínalo. Da la vuelta al coche y termina lo que empezaste. Estuviste tan cerca esta mañana. ¡Vuelve conmigo, Tom! Llámame. ¡Descuelga el teléfono y llámame!"

"No puedo recordarte quién soy y luego preguntarte si quieres estar conmigo, ¿no? Me acerqué esta mañana, tan cerca que me mareé al pensar lo cerca que podrías estar. Y eso es lo que me devolvió a mis sentidos. Por eso voy a casa de Carol. Porque estoy listo para ella. Estoy listo para ella *ahora*."

Rachel me lanzó una triste sonrisa y negó con la cabeza soñadoramente. "Solo haces esto porque quieres bañarte en su aroma, respirar profundamente un aire diferente. Pero no será diferente mucho tiempo. Yo aún estaré aquí, esperándote. Siempre que mires a tu alrededor, estaré allí. Cada vez que levantes la mirada, será en estos ojos donde te verás reflejado."

Ahora yo estaba fuera del piso de Carol. "Ella es una amiga," dije. "Ella me llamó. Hubiera sido de mala educación decir que no. Ella quiere compañía y yo también."

"Carol se siente sola. Quizá hambrienta también. Pero recuerda, puedes esconderte con ella por un tiempo, pero no puedes tenerla. No puedes tener a nadie hasta que hayas terminado conmigo. Estas no son mis reglas, son las tuyas y sabes que son ciertas." Sacudió la cabeza una vez más. "Estaré esperando," dijo.

Carol abrió la puerta con un vestido largo y ajustado. Se había arreglado el pelo y sus labios brillaban. Tenía mi edad, pero se había aferrado a su figura juvenil.

"¡Estás genial!" Dije y creí cada palabra.

Ella se sonrojó, lo cual no había sido mi intención. "¿Tienes hambre?" me preguntó ella.

"¿Eh? ¡Oh, la comida huele genial!"

"Está casi lista. Espero que no te moleste haberte llamado. Sé que dijiste que llamarías, pero no te creí."

"Habría llamado. De verdad, lo habría hecho," dije.

Pero eso podría haber sido después de meses de indecisión y el tic-tac del reloj, la cuenta atrás hacia la redundancia y los empalagosos pensamientos interminables sobre Rachel. No, era mejor así, pensé, mejor vivir, tocar gente.

"Em,... he traído una botella."

"Ah... Chianti. ¡Potente! Chico travieso. Venga, deja que cuelgue la chaqueta. Es una camisa preciosa."

Estaba a punto de decirle que era de mi padre, pero me contuve a tiempo, temiendo que eso no hubiera transmitido la impresión correcta, porque de repente parecía que las impresiones eran importantes. Y en medio de todo esto, yo era más consciente de su presencia que la última vez. La última vez yo la había tomado por sorpresa, pero ahora estaba preparada para mí. ¡Para mi!

"Espero que te guste la pasta," dijo.

"Suena genial."

Había puesto una mesa en la cocina, un mantel rojo rubí, porcelana fina y cubiertos de plata: cosas de matrimonios, brillantes esperanzas y largos futuros, ahora desplegadas como accesorios de un escenario en lo que quizá para ambos era una seducción desesperada. Sentándose, ella empezó a sentir algo de mi incomodidad.

"¿Estás bien? Me has parecido un poco abatido por un momento."

"No he hecho nada así en mucho tiempo," dije. "Al salir contigo, antes, me sentí un poco culpable, ¿sabes?, como si estuviera engañando a mi esposa, aún cuando ella habría... aún cuando ya no estemos juntos."

"Lo sé. Yo me sentí un poco así. Me cuestioné al respecto durante un tiempo. Creo que probablemente era más la idea de estar traicionando lo que creíamos que teníamos. Pero la realidad no vale mucho, ¿verdad?" Ella sonrió, luego puso la mano sobre la mía y le dio un reconfortante apretón. "Tom, esto puede ir a cualquier parte o puede no ir a ninguna. Vamos a tomarlo un momento cada vez." Se inclinó hacia adelante y me miró fijamente. "¿Cuándo fue la última vez que estuviste con una mujer?"

"¿Quieres decir con Annie?"

"¿Con cualquiera?"

"Seis meses, tal vez más. No lo recuerdo."

"Annie... ¿perdió el interés?"

"Supongo... al menos lo perdió en mí. Pensé que ella estaba envejeciendo, ¿sabes? Algunas personas se cansan de eso, ¿no? No significa lo mismo para ellas. Ella era amable al respecto... a veces."

"¿Quieres decir que se quedaba tumbaba allí mientras tú seguías con ello?"

"Algo así..." Me sentí incómodo al discutirlo. Eso era parte de la última etapa de mi matrimonio, que no me había hecho sentir bien respecto al sexo ni conmigo mismo.

"Luego ella aparece con este tipo. ¿Cuál dijiste que era su nombre?"

"Alistair."

"Apuesto, ¿verdad?"

"Tipo apuesto, sí."

"¿Y tú aún te culpas a ti mismo?"

La velada no estaba yendo como yo esperaba, toda esta franqueza. Me pregunté cómo era posible que todas las mujeres que conocía parecieran cien veces más inteligentes e intuitivas que yo.

"No estoy exactamente libre de culpa," dije. "Dejamos de hablar. Los niños tomaron el control. Todo lo demás estaba escrito desde el momento en que dejamos de hablar. Algunas parejas sobreviven, otras se desmoronan."

La pasta burbujeaba sobre el fogón, una rica salsa siseaba en la cacerola al lado. "Suena casi listo," dijo ella. "¿Por qué no abrir el vino?"

Saqué el corcho de la botella y lo sostuve momentáneamente hacia mi nariz, aspirando su aroma. Había tierra y había fruta y, al menos en mi mente, había el buqué más íntimo de una mujer. Comimos y poco a poco el vino se fue abriendo camino por mi ansiedad, pero aun así, me sorprendí un par de veces mirando por la ventana. No podía ver la calle, por supuesto, solo la oscuridad, pero sabía que el Midget estaba allí abajo y, dentro, sentí que Ella estaba esperando. ¿Era aquello cierto?, me pregunté. ¿Solo me estaba escondiendo con Carol, todavía evitando el asunto sin resolver de Rachel?

Me fijé en la mesa, la vajilla, los cubiertos, la cristalería. Era de la mejor calidad, pero lo que me llamó la atención también fue la precisión con la que se había dispuesto todo: la cuadratura de los cuchillos y tenedores con los tapetes de la mesa, los patrones precisos en la disposición de los vasos, la sal y la pimienta, las tazas de té...

Me recordó a una época, mucho tiempo atrás, en la que yo trabajaba con un canoso instalador en la sala de ensamblaje de Derby. Habíamos estado desmontando motores para reacondicionarlos y, durante su trabajo, él había insistido en que cada tuerca, cada tornillo que retirábamos se alineara en un patrón sobre el banco y que cada componente debía colocarse de cierta manera.

"Para que puedas ver de un vistazo dónde estás," había dicho él.

Era una filosofía simple, una disciplina mental que ayudaba a

garantizar que todo lo que sacábamos volviera a entrar. El taller de Phil había sido igual, los patrones geométricos actuaban como una fortaleza contra los poderes del caos: cuanto mayor era el riesgo de caos, mayor era la necesidad de disciplina. Y yo veía una gran disciplina aquí.

Después de haber comido, quise ayudarla con los platos, pero ella me echó al salón. Tenía una impresionante colección de música. Su equipo de alta fidelidad estaba compuesto de unidades independientes: Technics, Denon, JVC y un hermoso par de Wharfdales de pie. Como Eleanor, ella se tomaba la música en serio.

"¿Te va mucho Joni Mitchel?" Noté.

"Sí," dijo ella. "Aunque hoy en día es mayormente barroco: Albinoni, Vivaldi. Cualquier cosa alegre."

"¡Y tienes a Górecki!"

Ella pareció sorprendida. "¿Conoces a Górecki?"

"Tiendo a reservarlo para mis estados de ánimo más oscuros."

"Sé lo que quieres decir," dijo.

"¿Albinoni, entonces?"

"No, Górecki está bien. Dame un minuto para terminar. Lo escucharemos juntos."

Y así escuchamos. Nos sentamos en el suelo con las piernas cruzadas porque Carol dijo que sus altavoces estaban ajustados para sonar mejor a esa altura. Escuchamos cada sonido, cada armónico de la 3ª de Górecki, y no hablamos durante una hora completa. Después de veinte minutos, la música me había inspirado la emoción y mis ojos estaban húmedos. Me sentí avergonzado, hasta que noté que ella también estaba llorando. Luego nos abrazamos, tumbados sobre los cojines y, cuando la música murió, nos fuimos a la cama.

Su habitación era fresca y estaba ordenada. El edredón, recién lavado y suave. Y había dos paquetitos de preservativos alineados

en la mesilla de noche. Cuando comenzamos a acariciarnos, quedé impresionado por ella al instante. Era como cambiar una vieja máquina de escribir por un procesador de textos y sorprenderte de cuánto habían avanzado las cosas. Carol se movía cuando yo la tocaba, presionaba todo su cuerpo contra mí mientras cabalgaba enormes y; para mí, bastante intimidantes; olas de pasión. Ella no hacía de su excitación un secreto, de hecho la gritaba, chillaba y la gemía sin cuidado.

Ella también me tocaba, me desnudó, tomó mi sexo entre sus manos y tomó posesión de él. Luego se desnudó para mí, presentándose con la pausada y sensual retirada de cada prenda. Y cuando no pude más, ella me envolvió en su suavidad, por fin para hacer el amor una vez... y luego otra.

Dormí hasta que; en algún momento de la madrugada, cuando me despertó la sensación de tirar del edredón a nuestro alrededor; ella se acurrucó más cerca de mí. Luego, su mano me indujo a estar alerta y desenrolló el contenido de otro paquetito por a mi sexo, lentamente pero con gran precisión.

Desperté cerca del amanecer, aún ebrio por la experiencia. Estaba solo, pero podía oírla en la cocina. Poco después regresó con café, tostadas y huevos duros. Parecía nerviosa, como si se hubiese arrepentido por lo de anoche, pero luego sacó otro paquetito del bolsillo de su bata y arqueó las cejas en interrogación.

Me quedé mirándola, un poco asombrado, un poco asustado. Su apetito era algo con lo que yo había soñado encontrar toda mi vida, pero que de alguna manera siempre me lo perdía. Era solo sexo, pero me hacía sentir estúpidamente masculino. ¡Me hacía sentir ridículamente bien conmigo mismo!

Fue más tarde cuando me lo contó. Nos vestimos, nos duchamos y, todo ordenado de nuevo, mencionó que pronto tendría que tomar una decisión sobre el piso. Había encontrado un trabajo en la oficina del supermercado Freshways, algo relacionado con contabilidad, pero no pagaban lo suficiente para cubrir la hipoteca.

"¿Y qué vas a hacer?" Le pregunté.

"Tendré que dejarlo, supongo," respondió. "Mi madre me ha estado dando la lata para que vuelva con ella, pero prefiero aferrarme a mi independencia si puedo."

"¿Cuándo tienes que decidir?"

"Pronto," dijo.

Podría haber sido mi imaginación, pero para mí, aunque nos acabábamos de conocer, la inferencia era clara: «Mira, Tom», estaba ella diciendo, «eres un buen chico, me gustas, puedo dar buen sexo y buena comida. Aquí hay una oportunidad. Dale un tiempo, luego múdate conmigo». No era el tipo de mujer a la que le gustara andar merodeando y, en cualquier caso, creo que la mayoría de las mujeres tienen más visión de futuro en estos asuntos que los hombres.

Me quedé hasta la tarde y luego me fui después de un largo abrazo en el umbral de la puerta. Yo tenía cuarenta y dos años, mi vida estaba hecha jirones, mis sueños hechos añicos. ¿Cuáles eran las posibilidades de que volviera a encontrar esto? Ella era una puerta que se abría, una última oportunidad de envejecer con alguien.

"¿Te llamo?"

"Mejor será que lo hagas," dijo ella.

Lo haría. La *llamaría*. Estaba seguro de eso, seguro de ella. Si. Había estado bien. Luego me volví hacia el Midget y de pronto todo murió: mi nuevo espíritu encontrado, mi certeza de propósito huyó con solo verlo. ¡Era el coche! ¡Todo el tiempo había sido el maldito coche! Tendría que deshacerme de él.

Me acerqué a él lentamente, imaginando poder ver a alguien sentado en el asiento del pasajero. Por supuesto, no había nadie. Y luego, al conducir hasta casa, traté de invocar a Rachel a la existencia. Quería herirla, contarle los detalles íntimos de mi noche con Carol, pero ella era inconstante y no quiso venir. Podía escuchar sus palabras de despedida ahora, palabras que yo había imaginado, pero que parecían lo bastante reales, y me decían una vez más que aquello no había terminado hasta que yo hubiera

terminado primero con ella.

Capítulo 19

El lunes por la mañana, me sentaba encorvado en el escritorio de mi oficina y contemplaba el teléfono, sin moverme. Ni siquiera para hacer café. Apenas a veinte millas de donde yo estaba sentado, Rachel estaba trabajando. Yo lo sabía con certeza. Tenía el número de teléfono en mi cuaderno de notas, escrito con mi mejor letra. En la misma página se repetía una y otra vez el antiguo mantra de Langholm Avenue. Pero sin importar lo mucho que mirara fijamente el bloc, sin importar las muchas veces que escribiera su nombre, no me atrevía a levantar el auricular y marcar.

Por fin salí de mi trance cuando Stavros me rodeó los hombros con el brazo. "¡Tom!" me dijo. "Tenemos un problema con el circuito de ignición."

"¿Un problema?"

"Los suecos pasaron los datos por el ordenador el fin de semana. Les preocupa que puedan interrumpirse a altas temperaturas." Miró a su alrededor furtivamente, luego me hizo señas para que lo siguiera a su oficina privada.

"¿Es el amplificador?" Pregunté medio desganado. "Hemos tenido problemas con eso antes."

"Claro, eso es todo lo que puede ser," dijo. "Cortamos algunos y hay vacíos en la encapsulación. El proveedor admitió que tenía un problema, pero dice que lo ha resuelto ahora. Tiene un par para que probemos. Solo quiero que alguien revise su proceso y los recoja."

Stavros se dejó caer detrás de su escritorio y puso los pies en alto. "Sé lo que vas a decir, no sabes nada sobre el amplificador, pero para ser honesto, Tom, todo el mundo parece estar desconectando... ya no les importa una mierda, amigo."

Podría haberle dicho que a mí tampoco, pero eso no habría sido estrictamente cierto. En mis momentos más positivos, seguía siendo casi un ingeniero profesional y, de todos modos, me caía bien

Stavros. Había peores personas con las que podría haber sido molestado como capataz y no las hubiera defraudado voluntariamente. Era la sola idea de un largo viaje de negocios lo que mitigaba mi entusiasmo. Estaba deseando volver a ver a Carol, sentir su suavidad, perderme dentro de ella, esta noche si podía, y no quería que un gran bloque de días se interpusiera entre nosotros.

"El en Fernly, ¿no?" Dije tratando de pensar en una excusa. "Eso está en alguna parte de Maidenhead.

"No, cambiamos de proveedor el año pasado. ¿No te acuerdas? Son Wilson y Palmer en Skelmersdale. Son un equipo decente. Buen paisano, ese Palmer."

"Perdón, ¿has dicho Skelmersdale?"

No soy un gran creyente de la sincronicidad, pero a veces los eventos conspiran y me sorprendo a mí mismo haciéndome preguntas. Llegué a Skelmersdale después del almuerzo. La unidad de Wilson y Palmer era casi idéntica a la de Bexley y estaba a menos de un cuarto de milla de esta. El asunto allí tomó alrededor de una hora. Un Sr. Wilson, ansioso pero serio, me recibió y me mostró su pequeña fábrica.

Estaban cogiendo circuitos electrónicos de otro proveedor y sellándolos con plástico para protegerlos del clima. Me mostró el proceso y luego me mostró algunas partes que habían cortado para examinarlas en busca de evidencia de burbujas de aire no deseadas.

"Parecen estar bien, señor Wilson. No hay ningún problema."

"Fue un defecto de procesamiento," explicó él y luego entró en detalles sobre temperaturas y presiones. Aquello tenía sentido y le creí, pero mi mente estaba en otra parte. Stavros tenía razón, pensé, era un tipo agradable, propenso a complacer. Compartimos un café en su oficina y me pidió información sobre cómo iban las cosas en Derby.

"Se cerrará a finales de este año," le dije. "Pero en lo que a usted respecta, señor Wilson, todo sigue igual. En lugar de enviar los amplificadores a Middleton, los enviará a Francia."

"¿Alguna posibilidad de que te lleven a ti allí?"

"Se habla de posiciones para algunos de nosotros. Pero no estoy seguro de si me gustaría ir."

Debía de tener poco más de sesenta y parecía paternal y preocupado. "¿Por qué no?" me dijo. "Parece una oportunidad maravillosa, y tú conoces el negocio. Aunque supongo que es un gran paso si tienes hijos. Quiero decir, también debes considerar sus vidas, y tu esposa."

"No estoy casado," dije, aunque no supe por qué, pues a pesar de todo, aún me sentía casado. No podía evitarlo.

"Entonces no hay nada que te detenga."

¿No lo había?, me pregunté intentando y, aún así, fracasando al razonarlo todo. Aún me quedaban dos meses de trabajo y seguía como si en algún momento alguien fuese a girarse y anunciar que no íbamos a cerrar después de todo, que todo había sido una broma o un error. ¿Era esa la naturaleza humana, me pregunté, aferrarse y esperar lo mejor?

Me mostró la salida y nos dimos la mano en el aparcamiento. "Espero que todo te vaya bien de todos modos, Tom," dijo. "Llámame si hay algo que pueda hacer.

Él era un extraño, pero parecía tan genuinamente preocupado por mí que comencé a preguntarme si sería mejor que no me preocupara más por mí de lo que aparentemente me preocupaba. Cuando se fue, me paré en el aparcamiento y miré a mi alrededor, a las pequeñas unidades industriales esparcidas. En algún momento podría haber sentido curiosidad por saber qué sucedía detrás de esas paredes, curiosidad por explorar la diversidad de su empresa, pero por más que lo intenté, el mundo laboral ya no parecía tan importante.

Miré el reloj. Eran poco más de las cuatro. Para cuando llegara en coche hasta Derby, apenas tendría un cuarto de hora antes del momento de volver a casa. Hoy sería demasiado tarde para hacer algo con los amplificadores. Podría llevarlos mañana por la

mañana... ¡y Botellas Bexley estaba a solo cinco minutos!

Yo estaba atraído como sabía muy bien que estaría. Me había dicho a mí mismo que estaba bien terminarlo. Eso nos abriría el camino a Carol y a mí, tal vez incluso para que nos fuéramos a Francia y nos instaláramos juntos bajo su acogedor edredón en algún romántico apartamento parisino. Pero esa no era la verdadera razón. Pensando en retrospectiva, no había ninguna razón, al menos ninguna aparte de la pura inevitabilidad de ello.

Cuando entré en el área de recepción de Bexley, sentí mi sangre hundirse en mis pies. La chica rubia alzó la vista. Ella era brillante y amigable.

"Hola," dijo. "¿Puedo ayudar?"

"Em..."

¿Qué decir? ¿El nombre quizá?

"Mi nombre es Norton. Em... yo estaba..."

Su expresión cambió, interrumpiendo el tímido fluir de mis palabras. Fue como si algo hubiera hecho clic dentro de su cabeza e, inexplicablemente, ella pareció tomar posesión de mí.

"Señor Morton. Sí. Le estábamos esperando."

"¿Eh? No, es Norton."

"Así es, Sr. Morton."

Luego llegó otra voz desde un lado, suave, especulativa, acogedora. "¿Señor Morton?"

Era una voz que yo no había escuchado en un cuarto de siglo y, sin embargo, la recordé al instante. Lentamente, me giré.

Capítulo 20

Ella era la misma. Misma cara, mismo cabello, misma figura. Incluso se balanceaba sobre los lados de los zapatos como solía hacer cuando era niña, y su visión me perforó con tal fuerza que no pude hablar.

"Pase," dijo. Su mano se extendió, llamándome hacia ella. Sentí que la recepcionista me ponía una placa con mi nombre en la solapa: "James Morton, Visitante," decía.

Bajé la vista hacia la placa como en un sueño. Era un error. Esperaban a otra persona. Pero ¿cómo explicarlo?

Ella me estaba sonriendo, radiante de complacencia, y aquello fue demasiado. Fue como la explosiva llamarada de un horno. Pude sentir ampollarse la piel de mi cara y sentí una opresión en el pecho, de modo que apenas podía respirar.

"No hay necesidad de estar nervioso," estaba diciendo ella. "Somos bastante inofensivos."

Luego estaba con ella… con Ella. La puerta se cerró girando detrás de nosotros y ambos caminamos por un pasillo estrecho, hombro con hombro, bastante cerca y todavía sonriendo. Pensé que tendría que explicarme, pero no allí, no en el pasillo, ella se movía con demasiada rapidez. Se lo diría cuando se detuviera. ¡Un error! Todo saldría y nos reiríamos y yo diría: «¿Puedo llevarte a comer, después del trabajo quizá?»

Entonces sus ojos se alejarían despacio. Habría un lento movimiento negativo de cabeza, un silencio embarazoso.

"Tranquila," le diría. "Fue encantador haberte vuelto a ver."

Luego yo saldría caminando, recogería los pedazos de mi vida y examinaría lo que quedaba para seguir adelante. ¡Llamaría a Carol y le haría el amor hasta el amanecer! Pero en aquel momento, permanecí en silencio, aturdido por las calientes agujas que me

perforaban desde todos los ángulos. Y como antaño, parecía que ella no me conocía ni tenía idea del efecto que estaba produciendo.

"Soy Rachel, por cierto," dijo ella.

"Rachel... sí."

"Es aquí dentro."

Abrió una puerta y entró en una oficina fresca. La seguí y quedé mesmerizado ante la visión de ella desabrochándose la chaqueta. La hizo girar con gracia como una capa antes de dejarla caer sobre el respaldo de una silla. Luego se sentó detrás de un escritorio oscuro y reluciente y levantó la vista hacia mí, fijándome con los ojos—ébano, los mismos abismos oscuros que yo recordaba— y ella sonrió de nuevo.

"Por favor, siéntese, Sr. Morton."

Me senté enfrente, buscando frenéticamente las palabras adecuadas. Al principio veía y sentía solo a ella, pero luego, siguiendo aquellos ojos hacia la habitación, noté que no estábamos solos. Estábamos sentados no a un escritorio, sino a una mesa larga alrededor de la cual estaban sentados tres hombres, camisa de mangas y cierto aspecto fatigado

Había un joven a la cabeza de la mesa y, por alguna razón, noté que su camisa era la mejor de la habitación. Tenía cierto estilo elegante y usaba su fina mata de cabello castaño en una larga coleta. Él era el capataz, pensé yo. Miré a Rachel en busca de una salida, pero sus ojos, como los de todos los demás, ahora estaban fijos en él.

"Sr. Morton," dijo él.

"Em..."

"Seré honesto, Sr. Morton. Ha sido un día largo. Debemos de haber tenido veinte personas pasando por esta sala y no encontramos a nadie adecuado, así que me saltaré el preámbulo si puedo y solo le preguntaré directamente lo que sabe sobre Forma-Sólida?"

Sucedía que yo sabía mucho sobre Forma-Sólida. Era un sistema de

diseño asistido por ordenador y había sido parte de mi vida diaria desde que tenía memoria.

Sin pensarlo, dije: "¿Qué versión?"

Eso lo dejó perplejo y se volvió hacia otro joven que tenía una nariz prominente y llena de granos. "¿Versión?" dijo, obviamente ansioso por complacer a su jefe. "Bueno, la última, supongo. Recibimos la entrega la semana que viene. Versión tres, ¿no es así?"

"La tres todavía está en Beta, hasta donde yo sé," dije saboreando la lengua vernácula. "Yo trabajo con la dos punto nueve. Estoy seguro de que ese es el estándar comercial."

"Está bien," dijo el Coleta. "Independientemente de la versión, ¿cuánta experiencia tiene?"

"Unos siete años."

Pero Narizotas no iba a aceptar eso. Estaba molesto porque yo había podido pillarlo y ahora estaba buscando venganza. "Pensé que solo llevaba dos años en el mercado," dijo.

Despacio, a través de la niebla de aquella broma surrealista y egoísta, la realidad me atrapó: me había metido por error en una entrevista y, sorprendentemente, yo parecía tener todas las respuestas correctas.

"Antes se llamaba Compu-net," expliqué. "Luego Forma-Sólida los absorvió y cambió el nombre, eso es todo."

Coleta estaba hojeando sus papeles. "Lo siento... parece que no tengo sus datos aquí. ¿Puede decirnos a qué se dedica?"

Y así continuó la cosa, profundizando cada vez más. No sé por qué me quedé, aparte del raro placer de la proximidad de Rachel. Simplemente me dejé llevar por el momento. Pero Narizotas no creía que mi experiencia con los motores náuticos fuese de mucha importancia.

"A ver, ¿sabe lo que hacemos aquí?" me preguntó, al parecer tratando de tenderme otra trampa.

"Bueno... botellas. Molduras de plástico, ¿no? Altas tasas de producción, imagino."

Coleta levantó una pequeña botella de medicina e hizo un gesto hacia la estación de trabajo con ordenador a mi lado. "¿Puede modelar una de estas para nosotros?"

"Por supuesto." Fui consciente entonces de la estación de trabajo en mi codo. Le di un codazo al ratón y la pantalla negra se coloreó, presentándome un familiar diseño de menú. Fue fácil. Eran principiantes en el mundo del modelado informático y buscaban que un experto experimentado como yo les iluminara el camino.

Miré a Rachel mientras trabajaba. Ella miraba estudiosamente sus notas, garabateando. Está aburrida, pensé yo. Era una expresión que yo había visto antes innumerables veces en clase y el recuerdo de esto me atormentó. ¿Cómo podía tener aquel aspecto?, me pregunté. ¿Qué derecho tenía ella? ¿Cómo podía ser la misma después de todo este tiempo?

Me tomó cinco minutos crear un modelo informático de la botella. No estaba a escala ni nada, pero todas las características principales estaban allí. Se sombreó maravillosamente y cuando la configuré para que girara, su movimiento era suave.

"Bueno, tiene cierto parecido, al menos." dije. "Esta es una máquina increíble, por cierto. Estoy acostumbrado a algo un poco más lento."

Había un tipo mayor sentado a mi lado. Llevaba una chaqueta con una excelente variedad de bolígrafos en el bolsillo superior: el ingeniero jefe. Estaba mirando por encima de mi hombro. "Brillante," dijo.

Narizotas no podía ver desde su asiento, pero no parecía interesado en moverse para echar un vistazo. "¿Y cuántos años tiene, señor Morton?" me preguntó.

Hubo una casi audible inhalación colectiva. Por desgracia, como yo estaba descubriendo, la discriminación por edad era un hecho de vida, pero no fue muy inteligente por su parte retransmitirlo.

"Tengo cuarenta y dos," le dije.

No hubo respuesta. Yo había tenido una buena racha, pero ahora supuse que las cosas estaban a punto de desmoronarse. Coleta me miró con los ojos de aquel que disfruta viendo a la gente saltar a sus órdenes y noté que mi padre tenía razón. Yo le superaba en años. Yo pensaría en mí mismo, me daría la vuelta y le diría que se fuera a la puta mierda, y él lo sabía. Parpadeó y bajó la vista a sus notas, tratando de ordenar sus pensamientos. Entonces, como si él lo hubiera querido, la puerta se abrió y entró la recepcionista rubia. Con una pequeña mirada de reojo, se acercó a él y le susurró algo al oído. Él estaba tranquilo, simplemente asintió y dijo gracias. Luego me miró de nuevo, esta vez con cierta presunción.

"Lo siento, pero ¿cuál ha dicho que era su nombre?"

"Norton," dije enfatizando la N. "Tom N-orton."

"Es que un señor Morton llamó por teléfono para decir que no puede asistir a la entrevista."

"Bueno, como dije, soy Tom N-orton. Yo llamé para ver si había algún trabajo en marcha. Voy a ser redundante a final del año. Debo admitir que me sorprendió un poco encontrarme en una entrevista tan pronto."

El Coleta sonrió, una especie de sonrisa de cocodrilo. Narizotas parecía presumido y el ingeniero se rió. Rachel se sonrojó y me miró con ojos muy abiertos. Entonces Coleta la miró, con los ojos fijos en el costado de su cabeza y los labios fruncidos por la frustración.

"Sra. Standish," dijo. "¿Qué está pasando?"

Es extraño cómo los eventos pueden desencadenar de repente recuerdos de otros eventos, recuerdos que no somos conscientes de haber guardado. Hubo un tiempo en la escuela cuando otro hombre la miró así. Era sin duda el profesor de matemáticas más feroz que he conocido, uno que recibía cualquier falta de comprensión con total intolerancia y brutal sarcasmo.

Recuerdo que Rachel estaba sentada a unas filas de mí; y el profesor, un tipo grande y peludo con bigotes de chuleta de cordero; le había lanzado una pregunta. Ella no sabía la respuesta y yo sentí su silencio entonces como lo sentía ahora. Yo había intentado meter las palabras en su mente para que pudiera escapar de su ira, pero no había funcionado.

"Señorita Standish," había dicho el profesor, con la boca curvada en un fingido desprecio. "Es usted una joven tonta e irresponsable." Enfoqué mis ojos en él entonces, como los enfocaba en Coleta ahora, y le hice un agujero en la cabeza. Sentí lo mismo, exactamente... la misma rabia ardiente, y todo en nombre de alguien que no me conocía. Era asombroso y aterrador saber que aún podía sentirme así por algo.

"Esto es culpa mía," dije. "Lo siento."

"Menuda coincidencia," dijo el ingeniero. "Pero, de todos modos, yo no veo el problema." Se volvió hacia la pantalla del ordenador y la tocó con uno de sus bolígrafos. "¿En cuánto tiempo podrías crear una herramienta de molde a partir de eso, entonces?"

"Oh, unos diez minutos," dije. "Podría enviarlo por correo electrónico a vuestro fabricante de herramientas en cualquier parte del mundo en una hora y estar cortando metal por la mañana."

"¡Venga ya!"

Pero los demás ya no estaban escuchando. Coleta hacía clic constantemente con su bolígrafo. "Hay un cierto protocolo que debemos seguir," explicó, "Si desea enviar un CV, estoy seguro de que estaremos encantados de..."

"Los cojones," dijo el ingeniero, quien inmediatamente se disculpó con Rachel. "Mira, este es el primer paisano que hemos tenido aquí hoy que puede hacer algo más que encender el ordenador, ¡el único que ha tenido una idea de lo que hacemos!"

Pero Coleta no estaba impresionado. "Tenemos una obligación con los solicitantes *bona fide*," dijo.

"No es necesario redactar un formulario de solicitud," dijo el ingeniero. "Podemos hacerlo ahora mismo. Conseguiré uno en recepción."

Me puse en pie. "No, mire. He cometido un error. Seguiré mi camino, si no les importa."

"Tonterías, siéntate, muchacho. Tómate una taza de té. Resolvemos esto pronto."

Pero Coleta prefirió la primera opción. "Sra. Standish, si escolta al Sr. N-orton fuera de las instalaciones, por favor."

Rachel se puso de pie y se dirigió a la puerta. Me sentí miserable. No tanto por mi propia vergüenza, que crecía a cada segundo, sino más bien porque sentí que por mis acciones había rebajado la reputación de Rachel ante los indignos ojos de aquellas personas. Antes de irme, con un clic del ratón, destruí el modelo informático de la botella. Era infantil, pero de ningún modo iban a quedárselo.

"Lamento haberles hecho perder el tiempo, caballeros."

Ella estaba esperando en el pasillo. Parecía acalorada y nerviosa. "Lo siento mucho," dijo. "Debe de pensar que soy una idiota."

"¡No, Rachel! Dios, no. Fue completamente culpa mía. Debería haberte detenido antes. Es que pensé... bueno, no sé. Fue una estupidez por mi parte."

Ella hizo una pausa en recepción y sacó algunos papeles de detrás del escritorio.

"Si desea completar uno y dejarlo en..."

Era un formulario de solicitud. "En realidad no creo que me moleste," le dije.

"¡Pero debe! A eso vino."

"¿Síi? Quiero decir... ya te he causado bastantes problemas."

Ella me tendió enérgicamente el formulario, así que lo tomé y lo

doblé con cuidado, un lento doblado de precisión que me dio tiempo, tiempo que usé para mirarla una vez más, quizá, pensé, por última vez. Luego, ella frunció el ceño y pareció recordar algo de una vida anterior, una vida diferente a la de Botellas Bexley y a la de las tierras pantanosas de Cambridgeshire.

"¿Te conozco?" me preguntó.

De inmediato sentí que el suelo se volvía inestable, como si la alfombra hubiera sido puesta sobre el agua. "Íbamos al mismo curso en la escuela," le respondí. Luego le tendí la mano. "Voy a seguir mi camino, Rachel. Ha sido... encantador verte de nuevo después de todo este tiempo. No has cambiado en absoluto. Eres exactamente como te recuerdo."

Me temblaba la mano, mi corazón latía con tanta fuerza que estuve seguro de que ella podía oírlo. Entonces, lentamente, ella extendió la mano y selló sus dedos alrededor de los míos, presionando suavemente y mirándome con atención mientras buscaba en su memoria. Por primera vez, sentí su carne. Era fresca y firme. Y su tacto me cambió.

"¿Tom? ¿Tom Norton? Sí, ahora lo recuerdo. Por supuesto. Hace tanto tiempo. ¿Cómo estás?"

"Oh... bien."

Yo estaba eufórico. ¡Ella se acordaba de mí! Recordaba mi nombre. ¿O solo estaba siendo educada? Yo estaba flaqueando, cada palabra suya socavaba inocentemente mi fuerza restante. No estaba seguro de cuánto más podría soportar sin sentarme.

"¿Y tú?" Pregunté débilmente.

Ella hizo una pausa. "Bien," dijo.

Imaginé sentir que me desmayaba. "Quizá... podríamos ponernos al día en algún momento," sugerí con tanta facilidad que no podía creer que lo hubiera dicho.

Luego la estudié, escruté cada movimiento, cada batir de sus párpados, cada contracción de su boca. Y efectivamente, los ojos se

apartaron lentamente. Hubo un pequeño movimiento lateral de su cabeza, no del todo una negación, pero lo suficiente para destriparme. El golpe no fue menos doloroso por haberlo visto venir, ni tampoco por haberlo anticipado durante gran parte de veinticinco años.

Fue un momento extrañamente cargado, devastador y, sin embargo, supe que también era un triunfo, un rayo de sol calentando los bordes de las nubes oscuras. Yo estaría bien, pensé, superaría esto y estaría entero de nuevo, salvo por que ella estaba sonriendo ahora.

"En verdad, eso sería maravilloso," dijo. Luego me entregó una tarjeta con su nombre y su número de móvil:

«Sra. Rachel Standish, supervisora de producción, Botellas Bexley.»

"Llámame," dijo.

Capítulo 21

No fui directamente a casa, sino que vagué sin rumbo fijo durante un tiempo, y finalmente me dirigí a través de la llanura de Lancashire. El crepúsculo caía mientras se formaban mantos de niebla sobre la inmensidad de sus prados sin vallas. Siempre había pensado que la llanura era un lugar lúgubre, incluso bajo el cielo estival más idílico, pero como medida adicional, el otoño había traído barro y niebla a las carreteras que cruzaban su desolada desnudez. Y sus caminos son estrechos, una desarticulada malla de carreteras que forman una miríada de cruces en los que yo parecía escoger mi camino sin mayor cuidado que al lanzar una moneda.

Finalmente, terminé en la costa, por el Paseo Marítimo de Southport, donde me detuve en el desierto estacionamiento del paseo. Aquí, el viento chillaba enviando diablos de arena por la lúgubre extensión de una playa fangosa. Increíblemente, en medio de aquel *maelstrom,* vi a una chica paseando a su perro. Era rubia y de piernas largas. La registré de cierta manera, como lo hacía con todas las mujeres: primero su trasero, el contorno, la forma en que se movía, luego su circunferencia y finalmente su rostro. Era atractiva. En una escala del uno al diez, quizá un seis o un siete (damas, perdónenme).

Esta distracción no carecía de relevancia, pues me hizo darme cuenta de lo diferente que había visto a Rachel, no solo ese día, sino siempre. Con esta chica de pelo rubio y piernas largas me impulsaba el reflejo masculino simplista, una curiosidad que, se podía decir en términos más crudos, era la anticipación de lo agradable que podría ser hundirme dentro de un recipiente de tal contorno y con esa dinámica particular.

El rostro, los ojos, la ventana a su alma, su carácter, su ser esencial, eran de importancia secundaria para su sexo incorpóreo. Pero con Rachel, siempre habían sido los ojos lo primero.

La había conocido casi al mismo tiempo en que yo había despertado a las nociones hormonales de los senos y los oscuros misterios que

supuestamente yacían tras el burlón dobladillo de la falda de una chica. Había otras chicas en aquellos días, otros recipientes agradables que se colaban en mi mente por la noche para desnudar —al menos como fantasía— sus atributos femeninos y acompañar los nuevos placeres encontrados de la autoestimulación.

Pero Rachel nunca había venido a mí de esa manera. Ella había despertado en mí una sensación de anhelo como ninguna otra, cegadora en su calor y en cierta manera mucho más potente por su ausencia de deseo carnal. Por muy infantil que parezca, yo solo había querido estar con ella.

La chica rubia de piernas largas luchaba contra el viento y yo especulé con qué facilidad podría haber bajado la ventanilla y llamarla. Si ella hubiera venido, si yo hubiera tenido veinte años menos y ella hubiera sido una chica un tanto atrevida e imprudente, podría haber aceptado una invitación para compartir un café, el primer paso en una cadena de eventos que conducirían al hundimiento de mi sexo en el suyo. Pero desde el punto de vista imparcial de mi fantasía, veía lo frío y bastante desesperado que habría sido. No muy diferente, tal vez, a mi velada con Carol ni diferente a ninguna de mis fantasías adolescentes sin sentido, aunque por supuesto, infinitamente más arriesgado.

Pasó un tiempo antes de que me diera cuenta de que mi teléfono estaba sonando. Era Eleanor. Ya eran más de las siete y ella quería saber si todo iba bien.

"La he visto," fue todo lo que pude decir.

Entonces hubo una pausa, y finalmente: "Ven a casa. Hablaremos de ello."

Así que conduje, pero al llegar a casa me metí dentro y me retiré al silencio de mi habitación sin decir una palabra. Allí, me senté con las piernas cruzadas en el suelo y traté de meditar como hacía Eleanor. Traté de pensar con calma en todo lo que había sucedido. Habría ayudado si ella hubiese engordado o se hubiese vuelto gris y arrugada, porque entonces podría haber dicho que la Rachel que conocía ya no existía, pero en realidad parecía la misma, tal vez con algunos pliegues alrededor de los ojos y tal vez la piel no era tan

suave, como la de una chica, pero era *Ella* y el efecto resultaba impresionante.

¡Lo único que podía ver y pensar era su cara!

Después de una hora más o menos, Eleanor se impacientó y entró en mi habitación con el pretexto de traer café. Para entonces el lugar se había convertido en un refugio de quietud, un santuario de mi obsesión por la diosa Raquel, su imagen era un icono iluminado por la bombilla de una lámpara en mi mesita de noche.

Eleanor dejó el café y sonrió con incertidumbre. "¿Todo bien?"

"No puedo decirlo con certeza," respondí.

"¿Hablaste con ella?"

"Sugerí que nos reuniéramos alguna vez para ponernos al día."

"Eso es bueno, ¿no? ¿Qué dijo ella?"

"Me dijo que la llamara."

"¡Ah!"

Se unió a mí en el suelo, metiendo los pies debajo, dándose forma expertamente, como una mujer de goma, en el loto. Luego, notando mi propia postura menos elegante, dijo: "A ver, así. Se trata de poner tu orificio más sagrado en contacto con el suelo y erguirte... así."

"¿Mi orificio más sagrado? Ah... vale." Hice un esfuerzo por copiarla. "Es un poco incómodo."

"Te acostumbrarás. Ahora respira. No. Solo estás usando la puntita de los pulmones." Ella puso la mano debajo de mis costillas y presionó suavemente. "Desde aquí," dijo. "Respira desde aquí. Déjame sentirlo. Sí, así está mejor. Ahora imagínate hundiéndote hasta este punto, aquí." Clavó su dedo en mi barriga justo debajo del ombligo. Me dijo que pensara en una flor, que me concentrara en ella, que tratara de imaginarla cada vez con mayor detalle, y que si me costaba o perdía la paciencia, que pensara rápidamente en

otra flor de diferente forma, de diferente color.

Intenté todo esto durante un tiempo, pero el concepto me pareció ridículo y me rendí. "No quiero pensar en flores," dije. "Quiero pensar en la mejor manera de superar esta locura."

"Y lo harás," me tranquilizó. "La respuesta llegará a través de tu subconsciente, pero sólo si tu mente está quieta."

Lo intenté de nuevo, pensando esta vez no en flores, sino en rostros de mujeres: en Rachel, inevitablemente, y en Carol y, para redondear los números, también en Eleanor y la chica rubia a medio vislumbrar desde la playa. Las imaginé ante mí, una a la vez, sus rasgos flotaban dentro y fuera de foco, pero no pude aferrarme a ninguno de ellos por mucho tiempo, excepto en el de Eleanor, cuya imagen yo parecía capaz de resolver incluso hasta el más mínimo detalle, hasta las pestañas y la textura misma de su piel.

"¿Cuándo vas a llamarla entonces?"

"No lo sé,"

"Tienes miedo. Puedo entenderlo. Pero sabes que tienes que llamarla."

Sí, tenía miedo, miedo de lo que había descubierto, miedo de lo que había dentro de mí que me había llevado tan lejos. Y sí, sabía que tenía que llamarla, pero no ahora, no de inmediato.

Mis vigilias nocturnas continuaron en soledad durante días. La técnica de Eleanor finalmente me recompensó con una medida de quietud, una especie de melancólica calma, salvo por haber rechazado su rostro en favor del de la bonita chica de las noticias del Canal Cinco. La lucidez de Eleanor parecía no coincidir con la de los demás y eso demostraba ser perturbador en cierto modo..

Eventualmente me volví más racional y, por fin, el viernes por la noche levanté el teléfono y marqué su número. Casi había esperado escuchar la voz impersonal de un servicio de contestador, pero me quedé en silencio cuando ella respondió de inmediato, su voz tan clara, tan potente, a solo un código de once dígitos de distancia de

la soledad de la habitación de mi infancia.

"¿Hola?"

¡Habla, por piedad de Dios! ¡Di algo! "Em... ¿Hola, Rachel? Soy Tom Norton."

"¡Tom! Pensé que te habías olvidado de mí."

"Eso no es probable," dije. "Me preguntaba si te apetecía que quedáramos. Pensé que podríamos ir a comer o algo. Estaría bien, como dijimos, ponernos al día. ¿Qué tal este fin de semana?"

"Estoy fuera este fin de semana."

Me quedé sin aliento. En mi estado de hipersensibilidad, imaginé que incluso aquello podría ser un rechazo. ¿Estaba enfadada porque no la había llamado antes? Si pudiera llevar esto un poco más lejos, pensé, ¡quizá aún podría conseguir mi rechazo! Pero no, en cambio comencé una retirada apresurada.

"No te preocupes, entonces. Quizá en otro momento. ¿Vas a algún lugar agradable?"

"Malham," respondió ella.

"¿Ah, sí? Yo iba mucho allí con mi padre. Íbamos a pasear."

"¿En serio? ¿Conoces el Dunnet Arms?"

"Claro, me he alojado allí un par de veces. Bonito lugar. Buen restaurante."

Hubo una pausa. "Bueno, si estás libre, ¿por qué no vienes?"

"¿Eh? Pero no me gustaría entrometerme, quiero decir..."

"No estarías entrometiéndote. No estoy con nadie, si eso es lo que quieres decir. Me gustaría que pudieras venir. De hecho, creo que me gustaría mucho."

Sentí que me invadía un entumecimiento. A ella le gustaría. ¡Le

gustaría mucho que pudiera venir! ¿De verdad había dicho eso, me pregunté, o mi mente estaba jugándome una mala pasada? ¿Se había cruzado aquí la realidad con la fantasía?

"¿Tom?"

"Eso suena genial. ¿Te veo allí, digamos el sábado por la noche?"

"Lo estoy deseando."

"Yo también. Adiós."

Rompí la conexión, luego apoyé la frente en la alfombra y exhalé lentamente. Todavía estaba entumecido y reacio a hacer movimientos bruscos por si eso rompía el momento, o peor: me despertaba con una contorsión de agonía cuando notara que lo había soñado todo. Me preocupó porque era como si todavía la quisiera, incluso después de todo este tiempo. Era como si todavía anhelara escucharla decir las palabras de aquel sueño anterior, las palabras que me habían perseguido toda mi vida: que quería estar conmigo.

Extendí la mano y toqué el teléfono. Pasé las yemas de los dedos por los diminutos agujerillos por los que había salido su voz, como si aún pudiese haber un rastro de ella. Luego cerré los ojos cuando una sensación de embriaguez se apoderó de mí. Luego debí de haberme quedado dormido, así agachado, porque lo siguiente que supe fue que Eleanor me apretaba el hombro y me sacudía suavemente.

"¡Tom! ¡Tom!"

Me desperté sobresaltado, con las articulaciones bloqueadas, los músculos rígidos. El teléfono seguía allí sobre la alfombra. Era más de medianoche y Eleanor iba vestida para ir a la cama, solo con una camiseta, sus largas piernas blancas se elevaban por encima de mí.

"Tom. ¿Qué es todo esto?" Me ayudó a subir a la cama. "Vas a conseguir ponerte enfermo."

Ella tenía razón. Hasta ahora mi cuerpo me había servido bien durante el ascenso emocional hacia la edad adulta, el maratón del

matrimonio, la rutina de la paternidad y el trabajo, y últimamente estaba seguro de que se había estado preparando a sí mismo para la larga costa hacia los valles más suaves del resto de mi vida. Pero, como para fastidiarme por la pérdida de todo por lo que había trabajado, de pronto yo había inyectado en mi alma el brebaje más potente conocido por el hombre: la delirante agonía del amor no correspondido de un adolescente.

Capítulo 22

Revisé el Midget para estar listo el sábado por la mañana. A pesar del frío, lo lavé y le di un pulido, con cuidado de no reventar ninguna de las burbujas de óxido en las alas y las puertas. Luego llevé cera para muebles al interior en un intento de que oliera a nuevo, en lugar de a alfombra vieja después de una inundación.

Mi padre miraba desde la puerta. "¿Por qué no te llevas el mío?" Me dijo. "No lo necesito este fin de semana y siempre puedo usar el tuyo si es necesario."

"No, gracias, papá. Tiene que ser el Midget."

Él se apoyó en el marco de la puerta con los brazos cruzados. "Supongo que sí," dijo. "¿Sabes?, cuando yo era adolescente tenía algo por una chica llamada Gracia. Era muy guapa, pero creo que fue el nombre lo que me atrajo primero. ¿Sabes? Graciosidad y todo eso. Pensé que era encantadora y pura como la nieve."

"Me llevó un año reunir el valor para invitarla a salir." Sonrió al recordarlo. "Ella me dijo que me perdiera, así sin más: «Piérdete, Jack», así lo dijo, pero acompañó una mirada al decirlo, una especie de fríaldad. Fue como ser apuñalado en el pecho con un carámbano."

"¿Qué pasó con ella?"

El se encogió de hombros. "No tengo ni idea, pero descubrí años después que era la mayor puta de Middleton. Fue Alf Jenks quien me lo dijo, pero dijo que no había tenido el corazón para decirlo en aquel momento por si hería mis sentimientos. Parecen que los paisanos piensan que todos deberíamos aprender de nuestros propios errores, ¿no? De todos modos, conocí a tu madre poco después y todo salió bien."

"¿Y la moraleja de esta historia?"

Él sonrió. "No hay moraleja, muchacho. Solo ve con calma."

"¿Nada de «acostarse» y «vivir un poco»?"

"No soy tan mastuerzo. Sé que esto no trata de acostarse con ella."

Me despidió saludando desde la puerta con sus pantuflas de felpa. Él nunca había hecho esto antes, ni una sola vez me había despedido ni saludado con más emoción de la que había sido evidente en la inclinación de su cabeza a modo de bienvenida. Mantuve su imagen en el espejo todo el tiempo que pude y noté una extraña tensión en mi pecho, una niebla de emoción, ambigua en su objetivo. Podría haber sido por Rachel, por él, o simplemente por autocompasión.

A las cuatro y media, iba despacio hacia el Este por la A59. Estaba lleno de camiones y tráfico de la hora del té, un camino lento y agitado que hizo que mi espíritu se hundiera. En Gisburn, tomé la carretera de Settle, el viejo Midget ronroneaba y se aferraba con destreza a los giros y curvas. Aquello era más parecido a una especie de campo y comencé a disfrutar del viaje, anticipándome a las curvas, bajando las largas colinas, juzgando las marchas. Cosas que, de alguna manera, parecerían pintorescas e innecesarias con un automóvil moderno.

A medida que penetraba más profundamente en el interior rural de Lancashire y Yorkshire, el cielo se volvía espeso con nubes teñidas de oro, iluminadas desde abajo por un sol que se deslizaba ahora detrás de las bajas colinas. Aunque hacía frío, bajé las ventanillas y dejé que el aire llenara el coche. Podía oler los páramos e imaginé poder oler también la llegada de la lluvia a medida que las nubes profundizaban, borrando eventualmente la pálida luz y acelerando el inicio de la oscuridad.

Lentamente, el odómetro marcaba la distancia con un clic y me di cuenta de lo remoto que estaba Malham, un viaje largo sin nada a ambos lados de la estrecha carretera, salvo por prados ondulados y páramos abiertos. Malham, una elección extraña para una mujer, y no el obvio refugio de una puta superficial y sin corazón. Parecía solitario, introspectivo, aislado, acurrucado en medio de un protector anillo de páramos.

El Dunnet estaba un poco alejado del pueblo. Era un hotelito

victoriano construido originalmente para absorber a los turistas que habían venido allí pisándole los talones a Turner, en busca del romance de la gran cueva y la enorme sima de Goredale. Yo me había alojado allí varias veces en mi juventud y lo recordaba como un lugar acogedor y respetable, dramático por su entorno al filo de la naturaleza.

El aparcamiento estaba lleno, solo el espacio suficiente para encajar el Widget. Había traído una bolsa conmigo pensando en reservar una habitación, pero deliberadamente no había arreglado nada por adelantado, albergando aún la sospecha de que me lo había imaginado todo y que, después de todo, ella no estaría allí en realidad. Decidí dejar que los acontecimientos me llevaran, sin prepararme para nada, sin prejuzgar nada.

Eran un poco más de las cinco y media cuando entré. Un tipo amistoso me recibió en la recepción y de inmediato me descubrí preguntándole si tenía una habitación... parecía que estaba destinado a quedarme.

"De hecho, tenemos," respondió. "¿A qué nombre, señor?"

"Em... Norton."

"¿Sería Tom Norton?"

Le miré sorprendido. ¡Estaba claro que no me había recordado de mi última visita! "Eso es," dije.

"Ya tenemos reserva para el Sr. Norton. ¿Se unirá a la Sra. Standish para cenar, creo?"

"¿Ella ya está aquí?" Sentí un torrente de sangre en mi cabeza y miré a mi alrededor como si esperara verla de pie detrás de mí.

"No creo que se haya registrado todavía, señor."

"¿Y la Sra. Standish reservó la habitación?"

"Así es. Anoche, según recuerdo."

Había pasado mi juventud adorando a Rachel a distancia, sin poder

siquiera aclararme la garganta en su presencia por temor a su rechazo, pero ahora, después de una llamada telefónica y unas pocas palabras, estábamos cenando en un hotel romántico y ella me había reservando una habitación, ya fuese una habitación individual, bastante pequeña pero cómoda.

Me lavé, me afeité y me cambié de camisa. Luego me puse una corbata antes de quitármela de un tirón. Me peiné el pelo en una dirección, luego en la otra para ver cuál cubría mejor mi debilitada coronilla. Luego me maldije por mi vanidad y por no haberme cortado el pelo cuando Eleanor me lo sugirió. Me unté un poco de loción para después del afeitado, luego me la lavé con agua y terminé, aún con una hora por delante. Medité en la alfombra, respirando profundamente y trabajando en mi lenta presentación de diapositivas de rostros.

Estaba más tranquilo cuando por fin bajé a cenar. La localicé enseguida, en una de las mejores mesas. La mesa estaba alejada de la presión y el parloteo del resto de comensales, medio recluída en la bahía de una ventana. La sola visión de Rachel me hizo temblar por dentro. Ella estaba mirando hacia la oscuridad, pendientes de plata brillante, cabello oscuro, ojos profundos y oscuros. Girándose lentamente, reconoció mi acercamiento con solo una leve ampliación de sus ojos. Luego hizo un gesto propio de una reina, con la palma hacia arriba para que me sentara.

No podía creer que después de toda mi vida y mis años más productivos, la rueda pudiera haber dado un giro completo hacia Ella. Que después de todo, Ella estaría esperando en esta mesa con un vestido azul de hombros descubiertos, saludando mi llegada con no mayor asombro que como la cosa más natural del mundo.

Yo no podía hablar. Retiré mi silla y me senté sin apartar los ojos de ella ni una sola vez. Ella no dejó mi mirada al principio, tranquila, firme, luego se interrumpió, sus labios se tensaron en una leve sonrisa.

"Has venido," dijo ella.

"Por supuesto."

"No estaba segura de si lo harías. Pensándolo bien, me preocupaba que pensaras que soy un poco... bueno... directa."

"De ningún modo."

Esperé a que ella volviese a hablar, ganando tiempo mientras mis sentidos se ponían al día con la realidad: que yo estaba sentado a una mesa a solo una danzante vela de distancia de Rachel Standish.

"Bueno," dijo ella. "¿Qué has estado haciendo estos últimos veinticinco años?"

Me escuché reír nerviosamente. "Suena a mucho tiempo, ¿no?"

"*Es* mucho tiempo."

"A veces no parece tanto."

La sensación de calma me estaba abandonando. Me temblaban las manos de repente, las puntas de mis dedos vibraban como el comienzo de una enfermedad, y mi corazón batía con fuerza, estrellándose contra mis costillas con cada obstinado latido. En un esfuerzo por recomponerme una poco, por sujetarme a algo firme, saqué la fotografía de la escuela y la deslicé sobre la mesa. Ella sonrió hacia esta, una especie de sonrisa triste, pensé.

"Me veía tan joven," dijo ella.

"Pero si no has cambiado," protesté. "Ni una pizca." Luego me preocupó haber sonado demasiado ansioso, colmándola de elogios como perfume barato.

"Eres muy amable, pero he cambiado. Y las cosas han cambiado mucho. Es extraño, ¿sabes? Nunca he tenido el hábito de pensar en el pasado, pero desde que te vi he estado pensando mucho en él. El mundo es tan diferente ahora."

"¡No tan diferente, seguro!"

"Piensa en ello," dijo. "Cuando tú y yo íbamos a la escuela, acababan de inventar las calculadoras de bolsillo."

Aquello no era lo que yo había imaginado, una discusión sobre el tema de las calculadoras de bolsillo, pero parecía razonable seguir su guía, y cualquier tema era mejor que un silencio incómodo.

"Supongo que tienes razón. Recuerdo haber estudiado física en el cuarto año con una regla de cálculo. Aún faltaban años para los ordenadores domésticos."

Ella se animó de pronto y por primera vez sentí que, como yo, también estaba nerviosa. Metió la mano en su bolso y sacó su teléfono móvil. Era del tamaño de una caja de cerillas, una hermosa carcasa plateada. Lo dejó sobre la mesa y junto a ella colocó su ordenador de bolsillo, que era del tamaño de un bolso.

"Míranos ahora," dijo ella.

Metí la mano en el interior de mi chaqueta y saqué mi propio teléfono y mi propio ordenador de bolsillo. "Plas," dije.

Su ordenador tenía un puerto de comunicaciones por infrarrojos, al igual que el mío. De un vistazo, supe que los dos dispositivos podían intercambiar mensajes y me imaginé pulsando un botón en el mío para enviar una corriente de conciencia al suyo. ¿Qué podría haber dicho? ¿Te quiero, apenas ha pasado un día sin que no haya pensado en ti?

Lo sentí entonces, al bajar la vista hacia nuestros chismes... la distancia entre aquel tiempo y ahora. "La vida parecía tan segura, ¿no?" Dije. "Las cosas cambiaban lentamente, tal vez sea porque éramos niños, no sé. Pero ahora la vida parece consistir en hacer frente al cambio en sí mismo. Ya no hay nada seguro, nada cierto a lo que aferrarse, y a veces parece que tenemos que correr incluso para quedarnos quietos."

Ella sonrió, quizá avergonzada por mi repentina tristeza. Luego vio mis manos. "¿Estás casado?"

Había sido una cuestión de hecho, no una acusación. Miré el anillo. La sensación se había vuelto tan natural a lo largo de los años, que había olvidado que estaba allí, tal vez del mismo modo que a veces había olvidado que Annie estaba allí. Lo giré lentamente en mi dedo

y lo aparté dos tercios del camino antes de deslizarlo hacia atrás en respuesta al escalofrío que sentí subiendo por mi brazo.

"Separado," dije. "¿Y tú?"

"Divorciada. Hace mucho tiempo." Empujó la foto hacia mí. "¿Te has mantenido en contacto con alguno de los demás?"

"No. Me encontré con Carol Conner hace un tiempo."

Rachel parpadeó y retrocedió una fracción. "Recuerdo a Carol," dijo. "No creo que yo le cayera muy bien. Recuerdo unas vacaciones de esquí, una vez. Fuimos con la escuela. ¿Estuviste tú allí? ¿Te acuerdas?" Ella suspiró, luego se controló. "Bueno, fue hace mucho tiempo."

"Yo no fui," dije, preguntándome si quizá Rachel no había sido tan escandalosamente lasciva como Carol había tratado de dar a entender. ¿Había adivinado Carol la verdad, que era yo quien estaba enamorado de Rachel y no mi amigo ficticio? ¿Se había propuesto desilusionarme deliberadamente?

"Bueno," dije. "Me sorprende que me reconozcas. Tenía un poco más de pelo en aquellos días."

"¿Te incomoda?" ella preguntó. "¿El pelo?"

Me sorprendió su franqueza y sonreí en defensa. "Supongo que sí, si te soy honesto, no es que trate de disfrazarlo ni nada. Es solo una señal de que algo más está cambiando. Que el cuerpo que llevo está envejeciendo, cuando por dentro siento lo mismo, lo mismo que cuando íbamos juntos a la escuela."

"Bueno," dijo ella. "Yo no me preocuparía por el pelo. Hay cosas peores que le pueden pasar a un hombre. Y a mí me pareces en buena forma." Ella dio un suspiro. "He estado pensando en ti, Tom, desde que nos encontramos. Ahora recuerdo tu cara con bastante claridad. Siempre estabas muy callado, eras muy reservado. Sé que compartíamos algunas clases, ¿no?"

El hecho de que recordara tan poco significaba, por supuesto, que era cierto lo que yo siempre había sabido, que ella no me había

anhelado en secreto como yo la había anhelado a ella. Pero no había sensación de alivio en saberlo, no ahora. Tenía que presionar más. Más fuerte.

"Compartíamos Física y Química," dije. "Eras buena en Física y estuviste en mi grupo el último año."

"¿Lo estuve?"

Ella sonrió entonces, haciendo que sus mejillas formaran hoyuelos. Y los hoyuelos de esas mejillas desencadenaron más recuerdos de miradas robadas desde el otro lado del aula. Yo había arrancado la superficie de escoria de las décadas intermedias y estaba experimentando de nuevo cada sutil emoción que ella había provocado tan inocentemente en mí.

Ella se sonrojó de repente. "Debes de pensar que soy muy descarada. Nos encontramos así y luego te invito aquí."

"No te recuerdo del tipo descarada."

"Me sorprende que te acuerdes de mí."

"Nunca podría haberte olvidado," le dije.

Por supuesto, eso la intrigó. "¿Y eso?"

Yo no quise decírselo y me di cuenta de inmediato de que me había arrinconado yo solo. Solo había una salida. Reuní un largo y lento pulmón lleno de aire, luego exhalé con los labios fruncidos mientras reunía mis nervios.

"En realidad, estaba un poco enamorado de ti."

¡Hala! Ya estaba fuera. ¡Sencillo! Incluso me había pillado a mí mismo por sorpresa.

Ella se quedó muy quieta, con los ojos muy abiertos, pero ilegibles. "¿Lo estabas?"

Me dolió quitarle importancia, pero no quería asustarla. "Sólo éramos niños. Fue hace mucho tiempo."

Ella se mordió los labios y se giró por un momento como si no pudiera encontrar mi mirada. "Tom, lo siento mucho," dijo y su verdadera angustia fue alarmante de ver.

"No," dije. "Debería haberte pedido de salir."

"¿Por qué no lo hiciste?"

"Timidez, supongo. Como dijiste, yo era callado. Y siempre he sido un inútil con las chicas."

Ella tensó el rostro con la más suave de las sonrisas mientras yo ardía con una mezcla de vergüenza y arrepentimiento, y me alegré cuando por fin la camarera se acercó con su libreta.

Pedimos la cena. Rachel eligió el vino, una elección cara e informada que me puso un poco nervioso, porque siempre he sido un despistado en cuestiones de gusto y moda. Y más tarde, mientras comíamos, un agradable silencio se instaló entre nosotros, dándome tiempo para respirar, tiempo para pensar con antelación.

Ella había madurado en una mujer muy hermosa, en el florecimiento más pleno de su ser. La chica que yo había conocido tanto tiempo atrás no había sido más que el primer brote, el primer indicio de la magnificencia que había seguido después. Parecía que yo podría hablar con ella y, de hecho, la verdadera Rachel era sin duda encantadora y triunfadora y todas esas cosas que los hombres buenos desean en una mujer, pero la antigua diosa permanecía sobre su hombro, observando cada uno de mis movimientos. Ni una pizca de Su poder había disminuido con el tiempo.

Eventualmente, el silencio se disolvió en una dócil conversación. Me contó cómo se había abierto camino desde la línea de botellas en Bexley para convertirse en supervisora de producción. Estaba bien pagado y, al hablar de ello, parecía que ella se echaba encima el trabajo como un abrigo y se volvió, durante un rato, la voz de Botellas Bexley.

"¿Lo has considerado ya?" me preguntó. "Me refiero al empleo. Hablo en serio. ¿Por qué no lo solicitas? No puedo saberlo seguro, por supuesto, pero creo que es tuyo si lo quieres."

"Esa no fue la impresión con la que salí."

"Oh, no debes preocuparte por eso. Jefferson, el gerente general, el de la coleta, ¿te acuerdas? Bueno, en realidad es buen tipo. Es un poco joven, eso es todo. Frank y yo, Frank es el ingeniero jefe, hablamos con él cuando te fuiste. ¿Más café? Bueno, entonces me di cuenta de que no tenía tu número ni nada, no había forma de ponerme en contacto contigo, así que puedes imaginar mi alivio cuando llamaste."

Y entonces, lentamente, un poco de la verdad comenzó a amanecer. No solo me habían cegado mis sentimientos por ella, sino también el hecho de que ella era una mujer. Si ella hubiese sido un hombre, entonces yo habría reconocido aquello—la habitación, la comida—por lo que era: una especie de seducción. Yo no estaba sentado allí con Rachel Standish. Era la supervisora de producción de Botellas Bexley quien me estaba invitando a cenar. Todo correría a cargo de la empresa. Me estaban cazando.

Sentí un escalofrío cuando todo esto se me ocurrió. Sentí que el romance se volvía rígido y quebradizo y que por fin caía en afilados pedacitos a mis pies. La miré mientras mis entrañas colapsaban por la decepción. Me pregunté si se acordaba de mí de verdad o no había sido más que un truco inteligente, porque Bexley estaba desesperado por un par de manos seguras para guiarlos con una tecnología de la que no sabían nada.

Ella estaba lo bastante cerca como para que yo extendiera la mano y le acariciara la mejilla. Habíamos compartido una comida, habíamos hablado de los viejos tiempos, incluso le había dicho que una vez la había amado, porque enamorarse es solo otra palabra para el amor, y aún así ella no podía verme. La diosa sobre su hombro se estaba riendo a carcajadas.

"Bueno, Tom. ¿Qué dices?"

Casi la odié entonces y sentí una gran oscuridad consumiéndome. La diosa se había tornado fea y fría, y yo escarbé en la oscuridad, entre los fragmentos del romance destruido, en busca del arma más afilada que pudiese encontrar. Y luego se la lancé sin importarme.

"Rachel, todo esto es muy agradable, muy halagador. Pero no creo."

Ella bajó la vista, apagada por un momento. "No es necesario tomar una decisión de inmediato. Pero, por favor, debes pensar en ello."

Yo ya había pensado en ello. Todos los días había fantaseado con colarme en ese empleo para poder volver a verla como la había visto una vez. Y a este paso, no habría tardado mucho en restaurarse nuestros antiguos roles: yo el silencioso adorador y ella el amor que yo nunca podría tener. Pero eso habría sido un regreso al pasado y no un gran ajuste de cuentas.

Sabía ahora que incluso si me quedaba sin empleo durante el resto de mi vida y con Bexley aporreando mi puerta todos los días, ofreciéndome mi peso en oro, nunca podría haberme hundido nuevamente en la indolente proximidad de Rachel.

"Vale, lo pensaré," dije.

"Bien. ¿Te gustan los gorros para dormir?"

Yo estaba cansado, la decepción pesaba sobre mí y lo que de verdad quería era volver a casa, buscar consuelo en la melancolía de un viaje nocturno, pero acepté. Me sentiría mejor por la mañana y quizá aún hubiera una posibilidad de volver a poner las cosas en una base más personal, una posibilidad de alimentar un rechazo significativo.

Rachel llamó a la camarera con poco más de un parpadeo. Y luego se volvió hacia mí de nuevo. "Bueno," dijo ella. "¿Has pensado en lo que harás mañana?"

"¿Podríamos compartir el desayuno?" Pregunté, tentando tal rechazo.

Ella sonrió con leve sorpresa. "Bueno, naturalmente."

"¿Y el almuerzo? ¿Puedo invitarte a almorzar?"

"Está bien. Estaba pensando que podríamos dar un paseo para ver la Cicatriz de Goredale. ¿Qué te parece?"

Esto no estaba funcionando. Se suponía que debía volverse evasiva, pero seguía atrayéndome más cerca, seguía atrayéndome, aunque ella era tan fáctica al respecto que no había indicio alguno de que lo dijera de otra manera que no fuera amistosamente, sin romance, sin reconocimiento de lo que yo había sentido una vez por ella, salvo por que...

De pronto la pillé mirándome. Era una mirada particular, una dilatación obvia, aunque involuntaria, de sus pupilas y un leve endurecimiento de las líneas alrededor de los ojos. Tuvo el efecto de provocar en mí una imagen de ella tumbada sobre una cama. Increíblemente desnuda, sus piernas abiertas para mí y muy hermosa. Vi sus senos, vi su pubis elevándose en invitación. Pero no era simplemente un interludio lascivo, no era el tosco desvestido con los ojos de una mujer. De hecho, su desnudez; por sorprendente que pareciera, al menos en mi mente; me llenó de un pavor repentino y bastante terrible. Al principio quedé confundido y luego noté lo que era: no podía pensar en penetrarla. No podía pensar en pasar mis manos por ella ni saborear el calor y el sabor imaginarios de su cuerpo. Para eso ella tendría que convertirse meramente en una mujer. ¡Meramente humana!

"¿Tom?"

"Lo siento. Acabo de recordar algo. No es importante." Entonces decidí que todo era inútil, a menos que yo pudiera dejarle claro que la penetración, por así decirlo, era exactamente lo que yo quería, solo para que ella pudiera dejarme sin dudas sobre dónde me encontraba.

"¿Pedimos ese gorro de dormir?"

"Por supuesto. Vamos al salón."

Ella se movía bien, pensé. Y encajaba perfectamente dentro de su vestido, una adorable forma avanzando delante, su aura me atravesaba en largas y lujosas olas. El salón estaba desierto, todo el mundo había sido absorbido por el bar. Ella eligió un rincón tranquilo y pedimos whiskies al camarero.

"De veras es genial verte," le dije. "Sé que ambos hemos pasado por

mucho. Todo por lo que he trabajado parece haber sido dejado de lado de repente. No me importa decírtelo, me sentía un poco perdido, sin saber qué hacer, incapaz de simplemente déjalo ir y empezar de nuevo. Pero ahora, reunirme contigo así es como una especie de línea divisoria."

"Tienes que seguir adelante," dijo. "Ven y trabaja conmigo. Es perfecto. ¿No crees en el destino? Apareces así sin más cuando estábamos entrevistando, buscando a alguien que haga lo que tú llevas haciendo durante años."

"¿El destino? No. Ya no estoy seguro de creer en el destino."

"Bueno, una afortunada coincidencia entonces."

Engullí un sentimiento de culpa. ¿Cómo se habría sentido si hubiera sabido la verdad, que la había estado persiguiendo durante semanas?

"No sé," dije.

"Mira, Tom, lo entiendo. Llevas en Derby desde que dejaste la escuela y es difícil pensar en que las cosas cambian. Pero lo hacen. Y los buenos trabajos son difíciles de conseguir, especialmente cuando se llega a... bueno, a nuestra edad. Tu única alternativa sería un empleo infrapagado abasteciendo estantes en un supermercado o algo así, y eso sería una gran pérdida de experiencia."

"Pero todo me dice que las viejas costumbres desaparecen, que mi experiencia es irrelevante ahora. ¿Cuánto tiempo va a pasar antes de que Bexley cambie la producción de botellas a Taiwán? Entonces todo lo que tendréis es una elegante oficina central en Norwich y otro cobertizo abandonado en el Norte, un montón de gerentes y vendedores correteando y un montón de ingenieros y operadores redundantes."

Ella pareció sorprendida. "Siempre hemos conseguido permanecer competitivos," dijo.

"Lo siento. Estaba pensando en voz alta. Estoy seguro de que os irá

bien." Pero nos estábamos alejando del tema más cercano a mi corazón, así que respiré hondo y me sumergí en él. "Me estaba preguntando," dije. "Por favor, no pienses que soy grosero, pero ¿estás saliendo con alguien en este momento?"

Ella sonrió defensivamente, desequilibrada y más que un poco aturdida por mi franqueza.

"No es de mi incumbencia, lo sé."

"No estoy saliendo con nadie," dijo y luego, quizás de manera más significativa. "Pero no salgo mucho. No es lo mío estos días."

Mi corazón, ya bastante errático, saltó de anticipación. ¡Esto estaba bien, pensé! No tenía citas. No era lo suyo. "Ah, entiendo."

De nuevo la sonrisa y una misteriosa inclinación de cabeza. "¿Y tú?"

"Em... bueno, en realidad no. No he pensado mucho en ello." Y parecía que no estaba mintiendo, porque en el resplandor de su presencia, me había olvidado de Carol, algo de lo que no estaba orgulloso. "Todavía me estoy acostumbrando a la idea de estar separado. Pero me preguntaba, ¿considerarías...?"

Lo había dicho precipitadamente, balbuceando como en las divagaciones de un borracho, pero ella no se inmutó. Estaba demasiado tranquila, quizá demasiado experimentada. ¿Cuántos hombres debían de haberle preguntado esto? Se tomó un momento para asimilar mis palabras, mientras yo me retorcía de vergüenza.

"¿El qué, Tom?"

Retrocedí como si me hubieran escaldado. "Está bien," dije. "Lo siento. No sé en lo que estaba pensando."

"¿Quieres que subamos arriba o algo así?"

Sentí un calor blanco quemarme la cara. Fue tan intenso que estaba seguro de que me chamuscaría las cejas. "¿Qué? ¡Dios, no, Rachel! ¡Nada de eso!"

Había demasiado para hacerle creer que yo solo quería sexo.

Ella estaba perpleja. "¿Entonces, que?"

"Solo… bueno… me preguntaba si saldrías conmigo."

Me miró como si hubiera hablado en un idioma extranjero. "¿Salir *por ahí* contigo?"

"Si."

"¿Te refieres a ir al cine y paseos por la playa tomados de la mano y ese tipo de cosas?"

"Lo siento." Levanté las manos en señal de derrota, pero las bajé de nuevo cuando me di cuenta de lo mucho que aún estaban temblando. "Se supone que debes decirme que soy un buen tipo, pero que no puedes pensar en mí de esa manera, que no tienes citas."

"Bueno, creo que *sí eres* un buen tipo, Tom."

"Gracias. Me lo merezco."

Así que ahí estaba. De hecho, sentí que la tierra se movía como si una gran ola lenta hubiera pasado debajo de nosotros. ¿Y como fue para mi? Me sentía estúpido. Ella todavía me miraba y fingí que la mirada que me estaba lanzando ya no importaba, que yo era libre, que podía respirar de nuevo, que la había presionado a rechazarme, la había empujado a liberarme de un vínculo enteramente de mi propia creación. Pero a medida que la habitación se estabilizaba, noté que nada significativo había cambiado y que todo lo que realmente había aprendido después de veinticinco años, después del paso de una generación, era que el menor gesto de su cabeza, de sus manos, todavía me conmovía. Ella podía flexionar los dedos y a mí me dolía el corazón. Ella podía sonreír y yo sentía que se me retorcían las entrañas.

"Pero en realidad," continuó ella. "Lo que he dicho es que no salgo mucho. Eso es todo."

"Em..."

"Y ya estamos teniendo una especie de cita, ¿no?"

"Pero esto es diferente."

"¿Qué tal mañana, entonces?"

"¿Mañana?"

"¿No es eso una cita?"

"Supongo que sí."

Se inclinó más cerca y tintineó su vaso contra el mío. "¿Cómo puedo telegrafiarlo? Sí, Tom. Creo que estaría bien salir contigo. ¿Películas? ¿Tomarse de la mano en la playa? Suena encantador."

Yo había estado tenso toda la noche, encorvando los hombros, disminuyendo el suministro de sangre en la cabeza. Ahora, eso pareció detenerse por completo y tuve la impresión de perder mi visión periférica, siendo consciente solo de su rostro. Aquello era más que un truco de mi mente y de pronto sentí que había un peligro muy real de perder el conocimiento... de que me iba a desmayar.

"¿Me disculparías un momento?"

Encontré la salida con un nivel razonable de dignidad, pero las paredes estaban brillantes con luces intermitentes y se estaban acercando a medida que mi visión se volvía más errática y mi cerebro se apagaba en estado de conmoción. Salí al exterior, donde una feroz ráfaga de aire de los páramos hizo un breve intento de revivirme. Luego me senté en el escalón y coloqué la cabeza entre las rodillas. Creo que de hecho me desmayé un rato, o en el mejor de los casos, aguanté por poco, sin atreverme a moverme mientras me daba vueltas la cabeza y mi visión se nublaba por completo. Cuando recobré el sentido, estaba sudando y temblando de frío.

Entonces pensé en Carol, en algo que ella había dicho sobre los adolescentes y no estar preparado a una edad tan tierna para los rigores de la edad adulta. Pero lo contrario también era cierto. El recipiente en el que nos convertimos de adultos tiene un revestimiento demasiado débil para soportar el ácido puro de la emoción adolescente. No hay nada sofisticado en crecer, en

convertirse en adulto. El truco del adulto es simplemente que aprendemos a sobrellevar la situación cerrando las partes de nosotros más sensibles al daño. Pero esa noche, mientras temblaba en una fina capa de sudor fuera del Dunnet Arms, era imposible ignorar el calor abrasador que había reventado las paredes de su prisión dentro de mí y ahora inundaba cada fibra de mi ser.

Ella me había inmovilizado en un momento de mi vida en el que yo no había tenido intención de quedarme por mucho tiempo, y al hacerlo me había percatado de lo que debería haber sido obvio todos los días de aquellos últimos veinticinco años: que el chico que una vez fui había amado a Rachel Standish con todo su corazón y con toda su alma, pero más que eso, que no había habido ningún proceso de curación en absoluto.

Que yo nunca había dejado de amarla.

Capítulo 23

Ella no me invitó a su habitación y me alegré. Nos dimos las buenas noches y nos despedimos en el rellano a eso de las once con poco más que una sonrisa y un saludo. Parecíamos en buenos términos y, si yo no hubiera estado abrumado por tantos presentimientos, podría haber acariciado la idea del día siguiente, el día que pasaría con Rachel Standish. Pero mientras yacía solo, a un millón de kilómetros del sueño, no podía ver cómo iba a funcionar algo de esto. Ella no sabía nada de mis sentimientos. No me conocía más que en los días en que mi única realidad había sido mirarle la nuca mientras estudiábamos la herencia de Newton y Galileo en los laboratorios de madera oscura y entre el olor de los mecheros Bunsen. ¿Y cómo podía ella esperar conocerme? La persona que yo había sido, el joven, se había ido y solo en mis más locos sueños éramos ella y yo los mismos.

Busqué el desayuno con vista nublada. Habíamos acordado encontrarnos en el salón a las ocho y media, pero ella no estaba allí.

"Un mensaje de la Sra. Standish, señor," dijo una voz. Era el caballero que me había recibido la noche anterior.

"¿Oh?"

"Le pide disculpas, pero tuvo que irse temprano. Le dejó esta nota."

"¿Nota?"

Me senté a desayunar y abrí el sobre. Dentro había una hoja de papel de notas del Dunnet Arms y un breve mensaje. Lo primero que noté fue su letra y me sorprendió haberla reconocido. Recordé ahora miradas furtivas a sus notas en aquellos laboratorios de madera oscura, los recuerdos que volvían a mí en destellos, como siempre, eran sorprendentes en su claridad, en sus detalles... más de lo que era normal seguramente. Había personas con las que yo había trabajado todos los días durante veinte años, personas que se habían ido de mí ahora, que habían muerto o se habían retirado a sus cobertizos y cuyos nombres yo ya no podía recordar. Así que me

parecía imposible que pudiera reconocer el pequeño y delicadamente ordenado fluir de la mano de una chica a través de un vacío tan inmenso.

Tom,

Lo siento. Tuve que irme. Mi localizador sonó anoche. Se ha convocado una reunión en Bexley para las ocho y media de esta mañana. La cuenta está liquidada, así que no te preocupes. Te llamaré. Te debo un paseo por la playa en alguna parte... y muy pronto. Te lo prometo.

Rachel.

¡Rachel! Una palabra bastante simple. Dos sílabas, seis letras, comenzando con R, pero una palabra que había sido la espada de un asesino en mi pecho durante la mayor parte de mi vida, una espada empujada hacia adentro una fracción a cada mención, un recordatorio persistente de los desesperados sueños a los que todos somos propensos.

Rachel... ¡puñalada!

Rachel, Rachel... ¡puñalada, puñalada!

¿Era cierto, me preguntaba? ¿Me llamaría? ¿O había quedado yo en ridículo y ahora ella me estaba evitando? Quizá me había rechazado, pero como todo lo relacionado con este loco asunto, yo no podía estar seguro. Entonces la camarera se acercó y me preguntó si me gustaría huevos revueltos o fritos.

"Revueltos," respondí. "Completamente revueltos."

Soplaba un viento frío desde las colinas, una presión constante e implacable de aire helado. Había algo de invierno en ella, pero al menos estaba seco y el Midget se encendió con entusiasmo. Ella no había visto el coche, no había podido juzgar la sustancia de mi espíritu a partir de él. También estaba bien, pensé, porque a la fría luz del día, el pobrecillo parecía cada vez más frágil y miserable. Mi padre tenía razón. Debería haber conservado el Rover con su buen andar, su encendido electrónico y su aire acondicionado: una voz contemporánea. El Midget sólo hablaba de viejos sueños, de

juventud, de días en los que la ambición de mi vida no era más que enamorarme y que ese amor regresara.

Conduje el coche por el estrecho carril sobre la colina, hacia Goredale, y mientras conducía, sentí un cambio dentro de mí. Fue como un enfoque lento de la emoción y el pensamiento, y con él vino la consciencia de que quizá estaba llegando al final de mi viaje. Había viajado en el tiempo y estaba mirando el mundo desde el traicionero paisaje de mi adolescencia.

Entonces se me ocurrió que no había elegido el rumbo de mi vida. No me había parado en una encrucijada, como había imaginado, y tomado una decisión consciente de dirección. Más bien, había ido a la deriva mientras aún estaba ebrio pensando en Ella y, mientras las corrientes me llevaban, había imaginado que todos mis movimientos se realizaban como en una escena de una película con la leyenda: ¿qué estaría pensando Ella si pudiera verme ahora? ¿Estaría más inclinada a amarme?

Lentamente, fui absorbido por el mundo laboral, un mundo que giraba en torno al de Derby, mi vida había cambiado de forma en grados imperceptibles hasta que Ella se había convertido en la única pieza de la base sobre la que se construía todo lo demás. Yo no había dejado de pensar en ella, pero mi mundo se había llenado de los traseros curvilíneos de las regias secretarias y la sucia charla de las chicas en la línea de montaje. De hecho, de repente había una fila entera de chicas a coro, mostrando sus lácteos pechos y gritando: "Mírame, Tom. ¡Mírame!"

¿Habría yo hecho otra cosa si ella me hubiera amado? ¿Me habría llevado eso a una órbita diferente? Yo no podía ver cómo. Mis talentos ya estaban establecidos cuando la conocí: mi habilidad con un lápiz de punta cincelada, mi habilidad para crear una forma tridimensional en mi mente a partir de un revoltijo de vistas planas. El cañón de Derby ya estaba preparado y apuntado en mi dirección. En ese sentido, Ella era completamente inocente.

Así, me pregunté, ¿ahora qué?

Pocos de nosotros podemos enfrentar el futuro y conocer con certeza el camino a seguir, y en ausencia de certeza, se necesita

valor para elegir un rumbo entre un puñado de opciones, todas de igual apariencia. Hay quienes dirán que uno debe elegir el camino que sienta correcto, independientemente de la lógica, pero me parece que eso es solo otra forma de hacer lo que la mayoría de nosotros hacemos de todos modos y que es ir con la corriente.

Supuse que eso era todo lo que podía hacer. Simplemente tenía que empujarme hacia la corriente y ver adónde me llevaba. Pero mi viaje hasta ahora había sido una experiencia tan profundamente conmovedora que esperaba una revelación igualmente profunda al final, como si mis esfuerzos fuesen recompensados con una comprensión más profunda de mi vida. Cualquier otra cosa parecía un ridículo anticlímax.

Aparqué al lado de la carretera y seguí un senderito a lo largo de un valle que se abría paso en el campo abierto. La escena era desoladora, el viento frío se agitaba mientras me dirigía hacia el desfiladero cada vez más estrecho. Finalmente, giré bruscamente a la derecha en un pilar de desgastada piedra caliza para encontrarme repentina y dramáticamente atrapado en la cicatriz.

Era estupendo, como salir de la realidad mundana y entrar en el extraño paisaje de una imaginación febril. Goredale es un vasto abismo, los acantilados de piedra caliza se elevan decenas de metros y sobresalen goteando agua sobre el suelo sembrado de rocas de desfiladero. Y frente a mí había una pared de roca llena de agua blanca, con energía, la tierra y el aire vibraban con un rugido intimidante.

Me acerqué tímidamente y miré hacia la pared derrumbada sobre la que estallaba el agua. Hay un ascenso, en medio de la caída, a una cámara más alta, donde hay más agua enloquecida y rugiente. Yo lo había recorrido una vez con mi padre años atrás. Ahora, la cámara superior parecía llamarme, pero lo único que pude hacer fue quedarme paralizado por el rugido del agua que brotaba de cada rincón de la roca. No veía camino de subida. Entonces vi a un hombre abriéndose camino con cuidado sobre las últimas rocas cerca de la cima. Hizo una pausa y miró hacia abajo.

Sentí un momento de confusión. "¿Papá?" Pero era solo un viejo cascarrabias que había salido a caminar. Saludé y él respondió con

una inclinación de cabeza antes de desaparecer en el ruido y el vapor de la cámara superior.

Sin embargo, llega un punto en el que tu cerebro se cansa de dar sentido a las cosas, un punto en el que dice: «por amor de Dios». Sentí eso entonces y me reprendí a mí mismo. Me dije que debía controlar las cosas y ordenar mi vida. ¡Control ¿Cuántas veces mi madre le había dicho eso a mi padre en lo más profundo de su desesperación? *Por amor de Dios, Jack. Contrólate, ¿quieres?* Pero había sido inútil y ahora entendía que ciertas formas de locura deben seguir su curso, que ninguna interferencia de nuestras mentes conscientes ni la camisa de fuerza de la medicina prescrita supone una gran diferencia. Hay un ciclo, una solución lenta para estas cosas.

Conduje a casa despacio, sintiéndome agotado y decepcionado. Tendría que dormir pronto o seguramente Eleanor tendría razón y enfermaría. Pensé en los niños, en lo que debería regalarles por Navidad. Me pregunté un momento si podía comprarles algo o si ese era el lugar de Alistair ahora. Era una estupidez, pero de verdad no lo sabía, tan lejos de la realidad me habían empujado.

Entonces pensé en Annie y me pregunté si me odiaba tanto o si simplemente se había vuelto fría. Y me horrorizó notar que durante todos los años que habíamos estado juntos nunca la había amado, nunca había conocido un momento de amor. ¿Y Carol? Parecía haber una cierta desesperación pragmática en nuestro asunto: dos románticos de mediana edad cerrando las escotillas y preparándose para soportar una tormenta en la comodidad de los brazos de un extraño, aunque solo fuese porque es un poco mejor, imagino, ahogarse en el abrazo de otro que ahogarse solo.

Metáforas, metáforas. Las vi por todas partes ese día hasta que comencé a preguntarme si ese era el último recurso de un alma al borde de la rendición, buscar significado en el lavado aerodinámico de los carros salpicados de barro y leer el significado en las espontáneas oleadas de peatones solitarios en las cimas de los puentes de las autopistas. Pensé que estaba exagerando cuando finalmente llegué a casa y encontré un coche bloqueando mi plaza habitual fuera de la casa de mi padre. Bloqueando, obstruyendo, obstaculizando,… ¡un extraño! Pero no, no era extraño, al menos no

del todo. Era mi tío Eric.

¿Eric? Yo no lo había visto en años.

Estaba de pie en la entrada cuando me acerqué, un tipo alto y de aspecto adusto, de unos setenta y cinco años, con el pelo lleno de nieve. La última vez que nos vimos había sido el día del matrimonio de mi padre con Eleanor. Yo había ido a su casa para persuadirlo de que viniera, sabiendo que eso habría significado mucho para mi padre. Pero sus últimas palabras para mí fueron que pensaba que mi padre, su hermano, estaba loco y no quería tener nada que ver con ello. Yo aún ardía de resentimiento cada vez que pensaba en aquel día. Lo mismo sucedió con el resto de mi familia: mis tías, mis tíos, las alegres almas que me hacían botar sobre sus rodillas cuando era niño y sacaban sus monedas brillantes para helados... todos ellos de repente envejecieron y se enfriaron y se enojaron porque mi padre se había atrevido a hacer algo poco convencional, porque había osado complacerse a sí mismo.

Ambos habían mantenido la distancia desde la boda, tal vez avergonzados, tal vez todavía rencorosos, por lo que su visita de hoy fue aún más desconcertante hasta que lo leí en sus ojos... lo leí antes de que él abriera la boca, lo leí en la quietud que parecía flotar sobre la casa, la calle, el pueblo.

"Er... hola tío."

Se veía solemne e incómodo y todavía había una mirada vacía de profunda conmoción en sus ojos. Puso la mano sobre mi hombro.

"Es tu papá" Susurró.

Capítulo 24

Solo intercambiamos algunas palabras y mi recuerdo de ellas es vago. Mi padre había sufrido un derrame cerebral en las primeras horas de esa mañana. Estaba en el hospital. Eleanor estaba con él. Era grave. Recuerdo particularmente a Eric diciendo esas cosas mientras conducíamos hacia el hospital y que él pensaba que debería prepararme para lo peor.

Encontramos a Eleanor por casualidad, vagando por los estériles corredores. Parecía casi transparente, arrastrando los pies lentamente como sonámbula.

"¿Eleanor?"

Ella alzó la mirada como aturdida ante el sonido de mi voz, luego se dirigió hacia mí, arrastrando los pies en mi dirección, lenta pero segura, como un zombi. Después me rodeó el cuello con los brazos y supe que era demasiado tarde.

"Se ha ido," me dijo. Luego, tras un momento: "Dicen que puedes ir a verle. Te llevaré."

Yo no quise.

"Podría ser lo mejor," dijo ella. "Deberías verle, Tom."

"No. No… ¡no podría soportarlo!"

Mi tío agració a Eleanor con solo una mirada superficial y se fue solo. Nosostros dos nos sentamos juntos y nos quedamos un rato mirando al suelo.

"¿Que pasó?"

"Fue esta mañana," dijo ella. "Yo pensé que estaba tumbado. Debe de haber sucedido mientras dormía."

"¿Dijo algo?"

"No. Él nunca volvió en sí." Por un momento, su aturdimiento pareció cristalizar en algo más tangible y terrible. Ella miró hacia adelante, con los ojos muy abiertos y se llevó las manos a la cara. "Oh, Dios, Tom. ¡Oh Dios!"

Estaba conmocionada y parecía incluso más pálida de lo habitual, si eso era posible. Sus manos temblaban, vi cómo tenía que mantenerlas juntas y recuerdo temer que esto fuese algo que pudiese romperla, y yo necesitaba que ella fuese fuerte, fuerte por los dos, porque solo Eleanor podía ayudarme a superarlo. Solo Eleanor podía poner un puente sobre el vacío que se había abierto de repente.

No era la primera vez que uno de los dos había pasado por este camino, pero eso no disminuía la sensación de tener todos los pedazos de nuestras vidas de repente esparcidos a nuestros pies. Y había tantos pedazos que la tarea de recogerlos uno a uno parecía demasiado grande incluso para contemplarla. Al principio, y durante mucho tiempo, me negué a creer que él se había ido. Debía haber seguido el consejo de Eleanor y haberlo visto en lugar de quedarme sentado allí, aturdido por la conmoción, temeroso de admitir por un segundo siquiera que algo de esto podía ser cierto. Sabía que los pedazos nunca volverían a encajar como antes. Sí, volverían de alguna manera eventualmente, pero en un orden diferente porque gran parte de quienes somos depende de las personas en nuestras vidas: mi madre, mi padre, mis hijos, Annie, Eleanor, Rachel... todos ellos, un elixir extraño, la esencia de mi vida. Algunos los podía tocar, otros solo eran recuerdos. Y si uno los sacaba de la vida para transferirlos a la memoria, todos los demás tenían que cambiar de rumbo para compensar la diferencia.

Eleanor había ido al baño de mujeres para mojarse la cara con agua. Yo estaba solo, mirando los moteados diseños de las baldosas del suelo, cuando de pronto, invadiendo mi ensoñación, aparecieron un par de zapatos: brogues marrones, un poco embarrados y carentes de lustre. Miré hacia arriba para ver a Eric inclinado sobre mí. Se aclaró la garganta.

"¿Por qué no vienes a quedarte con nosotros, Tom? Quiero decir, hasta que, bueno, ya sabes, las cosas se arreglen."

"Gracias, tío, pero estoy bien. Es Eleanor quien me preocupa. Necesitará a alguien."

"¿No tiene un hermano o algo así?"

"Claro," dije. "Phil. Será mejor que le llame, que le haga saber."

"Sí. Eso sería lo mejor. Si ella se fuera. Quiero decir, si se quedara con su hermano."

"Bueno, yo no estaba pensando en eso."

"No, pero sería lo mejor, ¿no? Quiero decir, como..."

¿Lo mejor? ¿Mejor? Él estaba yendo a alguna parte, siempre con una intención y, a su manera pomposa, siempre hacía un desastre. ¿Estaba nervioso porque Eleanor y yo nos quedáramos en la misma casa, solos, juntos? ¿Perturbaba eso su sentido del decoro? Si eso hubiera sido todo, simplemente me habría reído y le habría dicho que no se preocupara, pero sentí que había más.

"¿Qué pasa, tío?"

Vimos a Eleanor acercándose a nosotros de nuevo y Eric me dio un apretón de despedida en el hombro. "No importa. Hablaremos más tarde, Tom."

"Claro. Pero estaremos bien. Gracias."

Enterramos a mi padre porque Eleanor pensó que él podría querer estar con mi madre en la misma tumba. Yo no estaba tan seguro, pero al final no vi qué importaba eso. Después de todo, dondequiera que estuviera, adonde fuéramos cuando moríamos, no era para quedarnos en un hoyo del suelo.

Me gustaba más pensar que él estaba escalando la Cicatriz de Goredale o arrojando trozos de carbón a las porras que empuñaban los bobbies [8], y luego escribiendo sobre ello en sus memorias. Pero en ninguna de esas actividades lo veía de la mano de mi madre, quien siempre se había sentido más a gusto con su tejido y su calle Coronation, bromeando ante las excentricidades de Jack. Él estaba solo, siempre solo en sus hechos y en sus pensamientos,

como supuse que al final yo también lo estaría.

Todos se presentaron para el funeral, un grupo de venenosos trajes y vestidos negros y grises, reunidos alrededor de aquel penoso agujero, en medio de un revoltijo de lápidas ridículas y lamentables. Yo no había vuelto a la iglesia parroquial de Middleton desde la muerte de mi madre, veinte años atrás. Y mientras estábamos allí, recordé haber venido de niño, sentarme en la escuela dominical durante los servicios en la ornamentada iglesia victoriana; creyendo, en mi inocencia que, dado que era la casa de Dios, Él debía de haber atravesado la puerta detrás de la sillería del coro, y si lo hacía, ¿por qué nunca salía a asumir el servicio?

A pesar de todo aquel adoctrinamiento inicial, se me dejó sin la certeza de que mi madre o mi padre hubieran pasado de verdad a otro lugar. De hecho, me quedé simplemente vacío al saber que los había perdido, tan seguramente como se podría perder una parte esencial de uno, como un brazo o una pierna.

El vicario estaba llegando a su fin cuando todo el mundo saltó fuera de sus pieles ante el paso atronador de un tren expreso, conspicuo con su librea roja: la vía discurría por un terraplén a apenas cincuenta metros de donde estábamos. Supongo que habría sido demasiado pedir que lo hubieran pintado de negro para la ocasión o que hubiera pasado más despacio. El vicario siguió adelante con valentía, pero sus palabras se perdieron en el terrible estruendo.

La vida sigue, pensé.

Miré al tren mientras este traqueteaba a toda velocidad y me pregunté qué pensarían los pasajeros de ojos perezosos al ver desde sus asientos nuestra pequeña reunión, nuestro pequeño drama perdido en el clamor de su mundo. Eleanor estaba colgando de mi brazo, cerca, como si temiera que los demás la bloquearan si osaba soltarse.

"Qué horrible," susurró ella. "No deberíamos haberle traído aquí. Debe haber mejores lugares que este."

Yo podía sentir el suelo temblando, como en la cascada de Goredale, una terrible ola de energía pasando bajo nosotros.

"Eso evitará que se quede dormido por la tarde, eso seguro," le dije, lo que le hizo soltar una carcajada, un gesto rápido que sacó dagas de los demás.

"No supone ninguna diferencia," le dije. "No está aquí. No sé dónde está y tal vez lo único que quede de él es lo que llevamos en la cabeza. Pero él no está aquí, Eleanor."

Pasamos el rato juntos en el camino de regreso, durante el largo y lento viaje en el taxi negro. Eric y la tía Hilda, una mujer menuda y arrugada, estaban sentados delante, ambos mudos, pero yo leía incomodidad en sus ojos. Ellos no habían aceptado a Eleanor como otra cosa que, como había dicho Eleanor una vez, la prostituta de un anciano. No se habían tomado el tiempo para comprender las cosas con mayor profundidad, pensando que, con sus prejuicios, de alguna manera le estaban protegiendo. Sabían poco del insulto y el dolor que habían causado en los últimos años, los últimos años de la vida de mi padre, y descubrí que no podía perdonar a ninguno de ellos por ello.

Fue una pequeña reunión igualmente triste en la sala de actos del Dun Bull: salmón fresco y pepino en tortitas de té, el sabor de la muerte, de la muerte de alguien. Y toda la sala estaba cubierta por una mata de horrible humo de cigarrillo. Fue idea de la tía Hilda. Mi padre nunca había estado en el Dun Bull en su vida, pero ella dijo que era lo correcto—énfasis en la palabra correcto con una mirada a Eleanor. Pero Eleanor había estado vacía por la conmoción e insensible a tan sutiles desaires.

En algún momento del proceso, me di la vuelta, descubrí que ella no estaba allí y sentí frío sin ella. Se había adentrado en la desierta taberna al aire libre, una zona de césped descuidado y azotada por el viento, habitado por un árbol de plástico gigante que mostraba una sonrisa espantosa. Allí la encontré, impulsándose lentamente hacia adelante y atrás en un columpio para niños, sus labios presionados contra la cadena, su ropa negra parecía cada vez más sorprendente ante el rojo y amarillo chillón del asiento y el marco.

"Le vi, ¿sabes?" Le dije.

Al principio no ella alzó la vista, sino que siguió meciéndose como

en busca de consuelo. "¿Le viste?"

"Fue en los Dales."

Ella se iluminó un poco. "Le encantaban los Dales."

"Se dirigía Goredale arriba. Tenía esa mirada en sus ojos. ¿Sabes?"

"No esperaba que nos dejara tan pronto, Tom."

"Yo tampoco. Hubiera dado muchas probabilidades de que sobreviviría a la mayoría de esos amargados bastardos de ahí dentro."

"¡Tom!"

"Bueno, me ponen enfermo."

"Siguen siendo tu familia."

"Vamos. Te llevaré a casa."

"Pero, los demás."

"No nos han dicho una palabra genuina en toda la mañana. No nos echarán de menos ahora."

"Eso es por mí. Ya sabes lo que sienten por mí. Vuelve a entrar. Estarán bien cuando me haya ido. Caminaré. No está lejos."

Sentí que ella quería irse, irse sola, así que la dejé y la observé caminar por la acera con su abrigo oscuro llenándose con la brisa. Mi padre había visto en ella a alguien especial, alguien que había sufrido más de lo que yo podía imaginar. Yo no pretendía entender todo lo que había pasado entre ellos, pero sentía que él le había dado más estabilidad, más normalidad de la que ella jamás había conocido, le había dado un lugar para ser quienquiera que ella era.

Fue más tarde, habiendo finalmente dicho adiós a todos y al regresar al coche, que Eric me alcanzó. Yo había estado evitando su mirada todo el día, con miedo de él, de lo que pudiera haber en su mente.

"Tom," dijo presionando una tarjeta en mi mano. "Vas a necesitar un buen abogado. Dale un toque a este tipo."

"Gracias. Pero eso está más o menos arreglado ahora... Annie y yo..."

"No para tu divorcio, Tom."

"¿Entonces que?"

"La propiedad de tu padre."

"¿Su propiedad?" Me divirtió. Aquello sonaba tan grandioso, cuando lo único que significaba era una vieja casa adosada y un viejo motor de cinco años.

"El tipo no está tan mal, ¿sabes?"

"Claro, lo sé. Pero, bueno, para ser honesto, Eleanor ha usado a un tipo llamado Hawksworth antes. Él resolvió mis asuntos del divorcio. Parece ser bueno... probablemente hablemos con él."

"No te conviene involucrar a Eleanor," me dijo rápidamente.

Poco a poco, empecé a entender y deseé con todo mi corazón que no dijera más, que se fuera y me dejara en paz.

Él siguió adelante. "¿Tenía Jack un testamento?"

"En realidad no lo sé. Eso no importa. Eleanor es su esposa. Todo es de ella ahora, naturalmente."

Él desvió la mirada. "¿Estás seguro de que eso es lo que él habría querido?"

"Por supuesto."

"¿Pero qué hay de ti? Necesitas algún respaldo ahora mismo. ¿Cuánto tiempo pasará antes de que te quedes sin trabajo? ¿Dónde vas a vivir? ¿Qué vas a hacer, Tom?"

"Mira, sugiero que dejemos esto."

"Tienes que pensar en ti."

"Yo estaré bien. Probablemente termine trabajando en Francia."

"¿Es eso cierto?"

Para ser honesto, era la primera vez que lo mencionaba, pero ahora me parecía una buena idea, aunque solo fuese para desviar su atención. "Más o menos. Si es que quiero."

Él no estaba convencido. "Prométeme que llamarás a este tipo."

Sacudí la cabeza, un poco aturdido y profundamente entristecido de que estuviésemos discutiendo aquello siquiera. No había nada egoísta en sus motivos. No buscaba una parte ni nada por el estilo. Él estaba pensando en mí, en la familia y le ofendía la idea de que el dinero de la familia fuese a parar a alguien a quien nunca querría aceptar como familia ni en un millón de años.

Le ofrecí la mano tratando de forzar la despedida. "Saludos, tío. Pero estaré bien. Hay un comprador interesado en la casa de Annie y mía. Una vez que eso pase, estaré bien en cuestión de dinero."

"Eso es todo deuda," dijo. "Tendrás suerte si alguno de los dos saca algo de eso."

"Mira, te llamaré. ¿Vale?"

Aunque él tenía razón. Durante toda nuestra vida de casados, Annie y yo habíamos pagado los intereses de una hipoteca, pagado todo tipo de facturas, comprado dos coches cada cuatro o cinco años y, en general, inyectado al sistema tanto dinero como habíamos ganado. Haciendo un balance de mis activos ahora, ascendían a sorprendentemente poco y no pude evitar sentir que la vida que habíamos llevado no había sido nada más que una complicada estafa. Uno tenía que sobrevivir, llegar a los niveles más altos del juego, permanecer casado, continuar el tiempo suficiente para pagar la casa. Lo veía ahora, lo entendía por fin, pero ya era demasiado tarde para nosotros. Financieramente hablando, yo estaba harto.

Llegué enfadado a la calle Arkwright, enfadado conmigo por no haber manejado mejor mi vida, enfadado con mi pomposo tío por

recordarme que, a pesar de todos mis años de aplicación seria, tenía muy poco para demostrarla. Y creo que gracias a él, me pareció extraño llamar a la puerta de la casa de mi padre para que Eleanor respondiera y me dejara entrar.

"¿No tienes tu llave?" me preguntó ella.

La tenía, pero no quería usarla. Esta era su casa ahora, su espacio, y aunque cada habitación había tronado alguna vez con el sonido de mis pasos de bebé, sentía como si ya no fuese un lugar al que yo podía regresar casualmente.

"La he dejado arriba," dije.

La casa parecía muy silenciosa. Eché un vistazo a la mesa del vestíbulo, como lo había hecho un millón de veces antes durante toda mi vida, buscando un mensaje, una carta, algo que me guiaría hacia la siguiente etapa. No sé qué esperaba ahora. Eleanor se apoyó pesadamente en la mesita y se sonó la nariz. Había estado llorando, los anillos rojos alrededor de sus ojos destacaban ante sus mejillas blancas.

"¿Cómo estaban?" me preguntó.

"Bien."

"¿Tom?"

"No, en serio. Estaban bien."

Ella suspiró. "Acabo de hacer café. ¿No ha llamado Rachel todavía?"

¡Rachel! Había pasado más de una semana desde que la había visto, pero parecía tanto tiempo que fácilmente podría haberlo soñado todo. "En realidad no esperaba que lo hiciera," le dije. "Creo que solo estaba quitándome de encima. Debería estar contento. Eso era lo que yo quería."

"Pensé que la habían llamado a una reunión."

"Eso es lo que ella dijo, pero no lo sé; de todos modos, ahora no es el momento de pensar en ello."

"¿Entonces es una mentirosa además de una fulana?"

"Ya sabes a lo que me refiero. Debo de haber dado la impresión de ser un poco idiota, ¿sabes? Un poco intenso, yo habría hecho lo mismo."

"No, no lo habrías hecho. Eres demasiado educado."

"Pero eso es lo que hace la gente educada, Eleanor. No dicen «ni en tus sueños» o «piérdete, perdedor». Dicen «tal vez», luego inventan una excusa y desaparecen. Yo lo hago todo el tiempo."

Forzó una sonrisa: "Tendré que recordar eso," dijo. "Bueno, ¿crees que el camino a seguir está despejado para ti, ahora? ¿Está todo resuelto?"

"Tal vez."

Ella pareció sorprendida. "Nunca has dicho nada. ¿Cuál es tu plan?"

"Voy a poner mi nombre para una entrevista con la oficina de París. Stavros cree que tengo una buena oportunidad."

No pareció tan complacida como yo había pensado. "¿París? Es un poco repentino, ¿no? ¿Cuándo decidiste todo esto?"

"En realidad, ahora mismo, pero parece el mejor camino. Y conociéndome, si lo pienso demasiado, probablemente nunca lo haga." Lo dije de nuevo, como para convencerme: "Sí, definitivamente es lo mejor."

Ella dio la vuelta y se dirigió a la cocina, luciendo preocupada. Yo la seguí y ambos nos hundimos a la mesa.

"¿Cuándo vas a ir?" me preguntó.

"Van a entrevistar la semana que viene. El trabajo comenzará en Año Nuevo, si es que lo consigo."

"¿Vas a vender la casa? Yo esperaba quedarme un tiempo."

"No... espera... Eleanor, esta casa es tuya. Todo lo que era de mi

padre es tuyo."

Ella pareció confundida. "¿Lo es?" Entonces se levantó y me dio la espalda.

"Sabes que lo es."

"Pero... puede que yo no quiera vivir aquí."

"Vale. Puedo entender eso. Pero yo espería un tiempo, sólo hasta que superes el impacto. Luego véndela y múdate a otro lugar si quieres."

Abrió el grifo y empezó a hacer ruido con las ollas en el fregadero. "¿Y tú?" Dijo con una rapidez inusual. "¿Y tú? Ya no sé si está bien que estés aquí. Quiero decir, ¿y si quiero casarme de nuevo? Todavía soy joven. Podría, ¿sabes? ¿Y qué va a pensar *él* contigo pasándote por aquí a todas horas?"

"¿Quién?"

"Mi novio."

"¿Tienes un novio?"

Se volvió con impaciencia y había fuego en sus ojos, pero al mismo tiempo estaban desenfocados, delatando una desesperada confusión.

"No, idiota. Solo estaba suponiendo."

Todo esto era una locura. Ella no quería quedarse, yo de repente quería dejar el país, era el impacto. No era el momento adecuado para pensar en nada. Yo sabía todo esto, pero aun así su impaciencia dolía, y pasó un momento antes de poder recuperarme.

"Yo estaré en Francia," dije. "Así que no importará. Que yo esté aquí sería solo temporal de todos modos. Compraré una casa allí."

"¡Maldición!" maldijo ella.

"¿Qué?"

"No nos queda pan. Será mejor que consiga un poco."

"¿Eh? No. Olvida el pan. Siéntate. Ya iré yo a por un poco más tarde."

Ella me miró fijamente, con los ojos desorbitados y furiosos, clavándome en la silla con su mirada. "¡HE DICHO QUE IRÉ YO!"

Ella no había querido decir nada de esto. Estaba molesta, gritándome, despotricando contra la injusticia de todo, pero yo sentí que me anudaba por dentro. No podía soportar que Eleanor me gritara. En un momento, ella había desaparecido. Oí el chirrido de la puerta y el portazo. Pero ella se había dejado el abrigo y el bolso y supe que no había ido a por una barra de pan.

La nuestra era una relación... peculiar en el mejor de los casos, pero aún más ahora, y había cosas que necesitábamos entender, cosas que era necesario afirmar en aras de la claridad. Creo que eso es a lo que ella había estado apuntando, pero yo era demasiado tonto para verlo en aquel momento.

Regresó una hora después. Para entonces estaba lloviendo y ella estaba empapada, su largo cabello colgaba como colas de rata, y su rímel negro se había corrido para formar una máscara de Halloween, un extraño retrato, la mancha de las lágrimas de su vida. Me miró por un momento, el tiempo suficiente para decir en voz baja que lo sentía. Luego corrió escaleras arriba para prepararse un baño. Estaba avergonzada, pero tranquila y no pude saber si eso era bueno o no.

Capítulo 25

Eleanor bajó del baño vestida con un albornoz blanco. Se había quitado su pintura negra habitual y resultaba impactante verla así, no tan gótica, más bien como una pálida modelo de un anuncio de champú de la tele.

"Te ves mucho mejor," le dije.

"Me siento fatal. Siento haber gritado. No era contigo con quien estaba enfadada."

"Lo sé. Las cosas son difíciles. Pero nosotros estamos bien, ¿no? Eres mi mejor amiga, Eleanor."

Me apretó la mano y se sentó junto al fuego. "No le deseo a nadie una amiga como yo," dijo.

"Eres demasiado dura contigo misma."

"¿Eric llegó a decir lo que pensaba cuando yo no estaba allí?"

"¿Tú sabías algo de eso?"

"Lo lleva usando como una camisa reflectante toda la semana."

"Bueno, mencionó algunas cosas sobre la casa y cosas así. Creo que deberíamos ver a tu abogado de inmediato."

"¿Tan mal está la cosa?"

"No hay nada de lo que debas preocuparte."

Ella esbozó una media sonrisa y comenzó a peinarse. "Quizá sea mejor que me mude," dijo. "Ya sabes, mudarme fuera de la ciudad. Sé lo que Eric y el resto están pensando. ¿Quién se queda con la casa, el coche, el dinero? Pueden causar muchos problemas, muchas molestias y yo no quiero eso. Simplemente no vale la pena, Tom."

"Eleanor, la única persona que puede ganar algo aquí soy yo. Y yo

no voy a ir en contra de lo que papá hubiera querido. Veremos a Hawksworth juntos."

"Preferiría desaparecer discretamente, si no te importa."

"Pero yo no quiero que te desvanezcas. No puedes."

"Dame una razón por la que no debería."

"Eres... familia."

"No. Solo soy una triste criatura que tu padre trajo de la lluvia y con la que se casó por compasión."

"Eso son tonterías y lo sabes. Él era un desastre antes de que tú llegaras. La casa se estaba cayendo a pedazos. Tú le mantuviste entero."

"Él solo necesitaba a alguien," dijo. "Por supuesto que ayudó que yo pudiera cocinar y coser... él era un inútil con todo eso."

"Como yo, entonces."

"Oh, a ti no se te da tan mal, al menos sabes dónde está la cocina. Parece como si él se hubiese llevado la mejor parte del trato, ¿no? Quiero decir, ¿qué obtuve yo? ¿Un techo, una cama? Pero créeme, Tom, él me dio más de lo que yo había tenido jamás. Me dio espacio para vivir, espacio para simplemente ser."

"Entonces, ¿por qué tirar todo lo que has construido aquí? Él no habría querido eso. Y yo tampoco lo quiero."

"¿Te supone a ti alguna diferencia lo que yo haga o adónde vaya? Estarás en Francia. Nunca nos veríamos."

"Podríamos escribirnos."

Ella lo pensó durante un momento, sus cejas se juntaron con la intensa contemplación de algo desagradable. "¿De verdad estás decidido a ir? No creo que debas ir, Tom. De verdad que no. Parece equivocado."

"¿Estás pensando que no puedo sobrevivir allí?"

"Me preocupa que no haya nadie cuidando de ti."

"Encontraré una buena dama francesa."

Pero ¿quién cuidaría de Eleanor?, pensé. Siempre estaba Phil, pero lo último que habíamos oído de él era que estaba en el sur de Irlanda con su camioneta, algo relacionado con diésel barato. Solo sería cuestión de tiempo que las autoridades lo pillaran, y difícilmente podría cuidar de Eleanor detrás de las rejas de la celda de una prisión.

Lo cual me dejaba a mí.

"Todavía necesitamos pan," le recordé. "Y algunas otras cosas, al parecer. Será mejor que conduzca hasta Tescos y abastezca para la semana."

"Déjame secarme el pelo," dijo. "Voy contigo."

Cogimos el Rover de mi padre. Tenía más espacio que el Midget para la compra de una semana y, mientras conducía, tuve la extraña sensación de ser un hombre casado una vez más, haciendo las cosas que hacen las personas casadas. Eleanor se había vestido a su estilo familiar. Se había pintado los labios y delineado los ojos con precisas pinceladas de carbón y, por supuesto, bajo el vestido habría ropa interior del negro más negro. Tantas capas de luto, capa tras capa, hasta llegar a un corazón que ella mantenía caliente en beneficio de aquellos que la amaban, pero por lo demás, ella parecía apenas capaz de mantenerse con vida.

La gente nos miraba mientras atravesábamos las puertas del supermercado, yo con el carrito, Eleanor a mi lado, demacrada y con un fino pañuelo. Incluso la adecuada sonrisa benigna de la recepcionista se hundió ante el paso de Eleanor. Yo estaba acostumbrado a que la gente mirara a Annie, al menos los hombres, desamparados por su cabello rubio y su buen aspecto. Eleanor también era hermosa, pero había un aire trágico en ella, como una rosa destrozada. Eso era lo que te llamaba la atención, el conflicto de una belleza arruinada. Este podía provocar simpatía o podía ser

repulsivo.

Estábamos perdidos en el laberinto de pasillos, increíblemente atrapados entre una multitud de personas y carritos traqueteando, cuando de repente se escuchó una voz que me llamaba por mi nombre. Luego, empujaron un carrito frente al mío, lo cual me detuvo bruscamente.

"Tom. ¡Hola!"

Por un momento miré a la extraña que tenía ante mí, a aquella mujer de aspecto burbujeante, a su apariencia, a su voz familiar de otro lugar. Sí, me había acostado con esta mujer. Le había hecho el amor, una mujer cuyo cabello yo había despeinado y en cuyo suave cuello había dejado los mordiscos de una pasión inesperadamente urgente. ¿Su nombre? Sí. ¿Su nombre? Que Dios me perdone.

"Carol. Hola."

Llevaba una falda corta que mostraba sus bronceadas piernas. Tenía una chaqueta de cuero cara y su cabello estaba recién peinado, colgando en rizos. Parecía exótica... impresionante.

"¿Qué has estado haciendo?" estaba diciendo ella, pero su tono traducía esto como: *¿por qué no me has llamado?*

Fue por la medida del desapego de Eleanor que Carol tardó un momento en registrar que estábamos juntos. Se sintió avergonzada y luego horrorizada cuando llegó a la conclusión equivocada.

"¿Es... Annie?"

"No, no. Es Eleanor," dije apresurándome a tranquilizarla.

Carol repitió el nombre, sus ojos aún buscaban aclaraciones. "¿Eleanor?"

"Sí. Eleanor es mi... em..."

"Madre," intervino Eleanor. "Lo siento," dijo tendiéndole la mano. "No estoy muy espabiladada hoy. Hemos hablado por teléfono."

"Por supuesto, Eleanor. Pero imaginé que eras… un poco mayor."

Eleanor sonrió y tomó el mando del carrito. "Es una larga historia," dijo. "¿Por qué no vais los dos a tomar un café? Nos vemos más tarde, Tom."

Ella se apoderó del carrito, se alejó y dobló una esquina, lanzándome una breve mirada antes de desaparecer. Había algo extraño en ella. Algo que no entendí.

"Está un poco deprimida," dije. "Todos lo estamos... mi padre ha muerto."

"Oh, Tom... lo siento mucho. ¿Estás bien?"

¿Lo estaba? Sí... supongo que sí. "Mira, lamento no haber estado en contacto."

Sospeché que esto podría no ser cierto, porque ahora estaba receloso de perseguir cosas y nervioso por su compañía, por si ella me invitaba a algo—aunque ella se veía tan dulce y encantadora que yo sabía que podía hacerme sentir bien. No estoy seguro de lo que pasaba por la mente de Carol, si podía leerme o no.

Ella sonrió. "Entiendo," dijo. "Mira, será mejor que me vaya, todas mis congelados se están derritiendo, pero llámame. ¿De acuerdo?"

"Lo haré... y..."

"¿Hmn?"

"No sé... yo es que..." Me sentí indigno, incapaz de dejarla marchar, pero incapaz de dar ninguna pista sobre que quería estar con ella.

"Llámame," dijo.

"Lo haré... pronto."

Lo siguiente que recuerdo es estar sentado en el restaurante con Eleanor, compartiendo el café que podría haber estado compartiendo con Carol. Eleanor se quedó en silencio un rato, perdida en los remolinos de su taza mientras removía la cuchara

lentamente.

"Carol es muy... sensual," concluyó finalmente. "Guapa. Cara bonita... no hermosa pero muy... sensual. Algunas mujeres son así, ¿no? Está en la forma en que se mueven, en la forma en que se comportan, más que en su apariencia física. Puedes ver a una mujer que es físicamente muy atractiva, pero completamente asexual." Ella sonrió. "Puedo entender por qué estabas interesado en ella. ¿Y dices que tiene tu edad? Ha llevado una vida limpia, seguro. Puedo veros juntos... ella sería buena para ti."

"¿Eso crees?"

"Sí,... siempre suponiendo que quieras estar con alguien."

"No estoy seguro... de querer estar con alguien. Quiero decir, ni siquiera debería estar pensando en ello. y no lo estaba pensando. Esta cosa con Carol fue solo..."

"¿Un polvo rápido?"

"¡Eleanor! Por favor... no, fue más que eso. Hemos hablado, escuchado música. Hubo una conexión, pero no sé si fue algo más que solo soledad y aflicción."

"Pues, continúa. ¡Cuéntamelo!"

"¿La música?"

"No, el sexo. Eso suena mucho más interesante."

Me retorcí de vergüenza. "¡Eleanor, por favor!"

"No seas tímido. Los dos somos adultos."

Ella estaba bromeando, así que me tiré un farol, pensando en apartarla, en cerrarle el pico. "Está bien, ella fue muy… confiada," dije. "Nunca he estado con alguien así. Annie y yo... bueno, como creo que te dije antes, ella siempre parecía verlo como una tarea, solo otra exigencia, en la misma escala que los niños berreando por juguetes en Woolworths todos los sábados."

Ella suspiró. "¿Sabes?, no puedo imaginarme a Annie siendo así alguna vez. Ella siempre se ve tan... sexy. ¡Y yo que pensaba que las rubias se llevaban toda la diversión!"

"Creo que se aburrió, es difícil mantener las cosas picantes con la misma persona, año tras año. Y vale, ya que estamos en el tema, me siento avergonzado. Me advertiste que me mantuviera alejado de Carol a menos que estuviera seguro. No lo estaba, pero lo hice de todos modos. Quería un poco de emoción."

"Salvaje y duro, Tom."

"¿Perdón?"

"Lo querías salvaje y duro." Se dio la vuelta y eligió a una hermosa chica de cabello oscuro que estaba sentada en una mesa cercana. "¿Qué hay de ella? Es preciosa, ¿no te parece?"

"Supongo que sí," dije sin saber adónde estaba llevando aquello.

"Mira sus pechos. Daría cualquier cosa por unos pechos como esos. Apuesto a que no apuntan instantáneamente al suelo cuando se quita el sujetador, como lo hacen los míos."

"¡Eleanor!"

"Shh. Mira cómo se mueven. Imaginalos rozándote. Y mira que trasero. ¿No es lindo? ¿Esas piernas? Imagina tenerlas alrededor de ti. ¿Te imaginas dándoselo todo? Yo sí. Yo puedo imaginar la frialdad de esas pequeñas nalgas regordetas en mis palmas y el olor de ella mientras la acaricio por dentro de las bragas."

"Eleanor, por amor de Dios..."

"¿Te estoy escandalizando? Pero tú eres un hombre de mundo, Tom. Aunque bonita fantasía, ¿eh?"

"Pintas una imagen muy vívida, pero ¿adónde quieres llegar exactamente?"

"Cualquiera puede darte el salvaje y duro, Tom. Es lo otro lo que no es tan fácil, el cálido y tierno, el deseo de estar con alguien, de

tomarle de la mano, de simplemente querer estar con ellos por quienes son. Tú sabes todo esto. No debería tener que explicártelo."

Entonces me acordé del sueño, de las palabras de Rachel, que en realidad eran mis palabras. «Quiero estar contigo,» había dicho ella. No «te amo» ni «te quiero» ni «dámelo Grandullón», sino el más simple y más profundo: «quiero estar contigo».

Miré a la chica. Parecía bondadosa, de sonrisa rápida y reservada con sus gestos. "Se ve bien. Estoy seguro de que podría ser muy cálida y tierna. Carol también podría ser cálida."

"Me pareció dura a mí, Tom. Dura como las uñas."

"Dijiste que parecía sensual. Y de todos modos, no se puede saber eso de un vistazo."

"Oh, las chicas tenemos una forma de mirarnos y hacer juicios instantáneos. No siempre son precisos, lo admito, pero son las mismas impresiones que resisten toda una vida de discusiones sobre lo contrario. Ya viste la forma en que ella me miró. Quiero decir, ¿qué otra cosa crees que la molestó?"

"¿Estaba molesta? No sé a qué te refieres."

"Nos miró como si pensara que éramos amantes."

"No, es que ella ha pasado por mucho."

"Y tú también. Pero eso no te ha impedido ser el mismo Tom de siempre. El mismo buen Tom de siempre."

Me encogi. "¡Por favor! No me llames así.«Eres un buen tipo, Tom, ¡pero!» Siempre hay un pero."

Ella se rió y me apretó la mano. "Sin peros. Y no hay nada de malo con ser buen tipo. Lo único que digo es que tengas cuidado. El salvaje y duro está bien a veces, pero se quema demasiado rápido. Simplemente terminas cansado y cubierto de moretones. Pero si Carol significaba tanto para ti, ¿por qué estás sentado aquí conmigo, con la triste y vieja Eleanor?"

"Pensé que era mejor si lo dejaba un tiempo. La llamaré pronto. De todos modos, si tú pensabas que era dura, ¿qué pensaba ella de ti? ¿Qué leyó en ti?"

Eleanor sonrió. "Simple. Una palabra de cuatro letras que comienza con T y rima con corazón [9]. Lo siento, pero creo que Carol es de las celosas y tendrás que dar algunas explicaciones sobre quién y qué soy exactamente... tampoco es que ella vaya a creerte nunca. "

"Eleanor, dejé perfectamente claro que eras mi madrastra."

"Tom, mírame: *¿parezco* la madrastra de un hombre de cuarenta?"

Cuando nos levantábamos para irnos, la chica de cabello oscuro alzó la vista y miró brevemente a Eleanor. Fue una mirada de sorpresa y curiosidad moderadas, tal vez incluso de atracción. Al salir, le pregunté qué había querido decir al imaginarse capaz de tener sexo con la chica.

"¿Eso te sorprendió?"

"Bueno, es que me llevaste a creer que hoy en día no te importaba lo más mínimo en un sentido que en el otro."

Ella se encogió de hombros. "Eso es mayormente cierto, pero a veces... solo a veces, ¿sabes?"

"Claro," dije, "lo sé." Me preocupaba este lado de ella.

Una fulana. Eleanor era una fulana. Al menos eso era lo que ella me había hecho creer que pensaba Carol, quien sospechaba que había algo entre Eleanor y yo. No parecía razonable, pero al final no la llamé y eso, como probablemente habría dicho Eleanor, era bueno.

Doblé a Carol pulcramente, como un pañuelo, y la deslicé en mi bolsillo en caso de que la necesitara más adelante, y me avergoncé de la facilidad con que lo hice. Me pregunté en qué clase de hombre me estaba convirtiendo. Pero la simple verdad era que yo no la había amado. Yo estaba muerto de cuello para arriba, incapaz de sentir, de amar a nadie. A nadie excepto a Rachel.

Esa noche, realicé el ritual de revisar mi teléfono en busca de

mensajes, pero no había ninguno. Tenía la esperanza de que ella me hubiera llamado como me había prometido y finalmente me retiré decepcionado a la cama sintiéndome vacío y solo. Allí, miré su foto mientras giraba el dial de mi radio a unos 208 metros en busca de Radio Luxemburgo y los sueños de la adolescencia. Por supuesto, no había nada. La gran L se había ido y Bob Stewart ya no contaba en los Cuarenta Principales. En su lugar, de la estática cercana surgieron estaciones de habla francesa que proporcionaban una música suave y seductora que me atrajo hasta instalarme en un sueño intermitente. Y entonces me pareció que Paris me llamaba de verdad.

Capítulo 26

Conduje hasta el aeropuerto a la luz gris de un amanecer húmedo. La autopista estaba lenta, el tráfico se reducía a un paso inevitable a medida que me acercaba a la salida. Los aviones de pasajeros entraban en un rumbo paralelo al mío, sus fuselajes parecían increíblemente largos y delgados y parecía imposible que no se partieran en dos. Todo este movimiento, pensé: ¡tanta gente que no hace nada más que moverse de un lugar a otro!

Todos los aeropuertos por los que había pasado eran muy parecidos, con sus extensiones de vidrio y hormigón opaco. Me ponían nervioso con sus carteles y su interminable elección de dirección y destino. Sin embargo, la gente fluía con tanta seguridad como las botellas en la línea de producción de Bexley, aparentemente imperturbable por un sistema que para mí siempre era desconcertante.

París estaba a una hora y media de distancia. Apenas podía conducir hasta Birmingham en ese tiempo y, sin embargo, era otro mundo totalmente desconocido. Sentado en la sala de embarque de Manchester, fingiendo relajarme detrás de mi periódico, comencé a preguntarme qué creía yo que estaba haciendo. Este era yo después de todo, indiscutiblemente de mediana edad, mi ropa claramente cortada y confeccionada, como el traje que llevaba, al estilo de mil novecientos ochenta y cinco. Y yo era un chico de pueblo, escupido del centro County High de Middleton en los últimos días de los setenta, cambiando el azul reglamentario por una corbata de arenque y una camisa moteada de Bambi, para ser entrenado como forraje industrial para una profesión que ya comenzaba su terminal disminución. Los chicos de un pueblecito no volaban a lugares como París para seguir sus carreras, pensé. Los chicos de un pueblecito no tenían carreras: tenían empleos.

Mi vuelo apareció en el tablero de salidas y comenzó a moverse lentamente hacia la parte superior de la pila. Luego el salón comenzó a llenarse de trajes más tranquilos que el mío. Había maletines y teléfonos móviles que parecían accesorios de moda.

Me pregunté acerca de esta gente. Podrían haber sido estrellas de cine de lo bien arregladas que parecían, su cabello increíblemente bajo control, piel bronceada, perneras sin arrugas. ¿Eran también chicas y chicos de pueblecitos o la élite de los distritos comerciales de Manchester? Estos no eran forraje industrial, pensé, y me impresionó el resplandor brillante de su juventud. Sus manos nunca habían tocado un torno, ni habían modelado un marco biselado con un lápiz, ni se habían confundido con una proyección ortográfica. No, pensé no del todo sin cinismo, una proyección para estas personas significaría algo completamente diferente.

Quizás habían hecho bien en tirar los tableros de dibujo en County High, en concentrarse en el cartón y las perchas en lugar de motores de automóvil. En intelectualizar la tecnología en una trivialidad sin sentido, en lugar de practicarla con deleite. Todos esos adultos completos llenarían los salones de los aeropuertos de todo el mundo con sus trajes y sus maletines y su impresionante movilidad de clase mundial, porque ahora me parecía que el mundo moderno se basaba en el cambio, en el movimiento. Ahora había muchas formas de vivir muchas vidas en una vida y, a la inversa, menos opciones para un solo chico de pueblo como yo.

Antes de la hora del almuerzo yo ya estaba allí. París era otro aeropuerto de cemento y vidrio y un viaje frenético en un taxi descuidado entre más cemento y vidrio. Hubo destellos del Sena y largas casas flotantes, un indicio del legendario romance de esta ciudad, que para mí podría haber sido Londres o Frankfurt, solo polvo, suciedad y graffitis. Y al final de este caos estaba Phillipe, hasta ahora una voz en el teléfono, materializándose al pie de un bloque gris de oficinas.

Era un joven corpulento, con gafas y el pelo suelto y me recibió con un perfecto inglés, riéndose cortésmente de mi respuesta en un francés de paloma.

"Te gustará estar aquí, pienso yo," dijo.

"¿No tengo que pasar primero por una entrevista?"

Él se rió, de nuevo afablemente. "Creo que encontrarás que eso es simplemente una formalidad."

"Ya veo."

Cuando entré en la sala de entrevistas, experimenté un momento de *déjà vu*. Había tres hombres en mangas de camisa y una bonita mujer con cabello corto y oscuro. Las preguntas eran fáciles, el aire informal. Era la mujer, Claudette, quien lideraba el paso, y los demás respondían alguna pregunta de vez en cuando. Pero no preguntaron nada que me hiciera sudar y después de diez minutos tuve la impresión de que tendría que haber sido un poco burro para no pasar.

Había trabajado como ingeniero en motores náuticos diésel durante la mayor parte de mi vida. Sabía la diferencia entre un tornillo y un remache. Estaba calificado. Estaba dentro. Todo el asunto requirió una media hora, luego Claudette se reclinó en su asiento y sonrió.

"Muy bien, Thomas. ¿Hay algo que te gustaría preguntarnos?"

"Em... ¿puedo ver vuestros... talleres?"

Eso levantó una sonrisa. "Por supuesto. Phillipe te los mostrará. ¿Hay algo más?"

"¿Cuándo sabré lo del trabajo?"

Hubo un intercambio de miradas y luego Claudette dijo que el trabajo era mío si lo quería. "Piénselo. Hágale saber a su oficial de personal lo que decide."

"Eso es genial," le dije sin estar seguro de si era genial o no. "¿Puedo preguntar sobre el subsidio de reubicación?"

"No tenemos los detalles. Su oficial de personal hablará con usted, pero creo que encontrará que es muy generoso."

"Estoy seguro de que lo es," dije.

De hecho, ya sabía que lo era. Simplemente estaba buscando un revestimiento oscuro para lo que de pronto se estaba convirtiendo en una alarmante nube plateada. Me encontrarían un piso decente en los suburbios, o una casa fuera de la ciudad y lo pagarían durante los primeros dos años, momento en el que yo estaría en pie.

Afuera, Phillipe me estrechó la mano en señal de felicitación. "Una formalidad, ¿sí? Verás, necesitamos al menos que vengáis diez de vosotros. Necesitamos vuestro conocimiento detallado si vamos a retomar vuestro trabajo. Hasta ahora, sólo cuatro de tus colegas parecen interesados."

"Supongo que todos estamos un poco instalados en nuestros caminos."

"El cambio es difícil," dijo encogiéndose de hombros. "A nosotros no nos gustaría que esto ocurriese en la otra dirección."

"Pues yo te daría un trabajo cualquier día, Phillipe."

El se sonrojó. "Y me complacería aceptarlo," dijo. "Pero, lamentablemente, creo que a mi esposa no le agradaría que me fuese, ni a mis hijos."

Y entonces me di cuenta. Annie ni siquiera sabía que yo estaba allí. Solo Eleanor sabía dónde estaba yo en el mundo. Solo Eleanor estaba pensando en mí aquí.

Los talleres eran lugares luminosos y llenos de máquinas nuevas y suelos limpios, a diferencia de las cavernas en descomposición, lúgubres e impregnadas de aceite, de Derby. Al recorrerlos con Phillipe, supe que si mi trabajo fuese lo más importante en mi vida, sería un idiota si no venía. Pero si el trabajo hubiera sido alguna vez tan importante, habría estado mucho más arriba en la escalera a los cuarenta y dos de lo que estaba. Ya no estaría operando una estación de trabajo, clasificando el meollo del diseño, la geometría, las dimensiones, los métodos de fabricación.

Más tarde, al conducir de regreso al hotel, sentí que la inmensidad de la ciudad se extendía y me tragaba en sus entrañas de cemento. Su ruido y su olor me hicieron anhelar mi hogar y lo único en que podía pensar mientras el taxi se agitaba y zarandeaba bruscamente hacia el centro era cómo diablos podía yo esperar instalarme en un lugar como aquel.

El hotel era un establecimiento pequeño pero respetable, favorecido por otros ingenieros y ejecutivos de Derby que visitaban París con

más frecuencia que yo. Tenía algunas estrellas más de lo que yo habría elegido normalmente si lo hubiera estado pagando yo mismo, pero no lo estaba, así que me di un capricho cenando temprano y, de forma imprudente, a la carta. Luego me retiré a mi habitación para tomar mi elección del mini-bar, mezclándome un gran gin tonic en cuya seductora compañía me retiré al baño.

Allí, con la cabeza nadando en una mezcla de fatiga y alcohol, me sumergí en un baño caliente con los ojos cerrados, tratando de relajar mi cuerpo, para darme una oportunidad de dormir. Sin embargo, mi mente estaba divagando, saltando aquí y allá, sin decidirse por nada. Un minuto conducía un Midget completamente restaurado a través de Yorkshire Dales con mi padre a mi lado, y al siguiente estaba bebiendo té, un expatriado inglés solitario en una bonita ciudad de provincias francesa, leyendo cartas de su hogar, de Eleanor. Y luego sentí que se abría la puerta del baño.

No era real, ¿comprendes?, solo una idea en mi cabeza, como lo era el rico perfume que llenaba el diminuto y humeante espacio. Mis ojos permanecieron cerrados, pero en mi mente alcé la vista y vi a Rachel de pie en la puerta. Ya no era la colegiala ni la adolescente de mi lejano recuerdo, sino la mujer del vestido azul, la mujer del comedor del hotel Dunnet Arms.

Lentamente, se arrodilló junto a la bañera y se apoyó perezosamente en su borde.

"Me estaba preguntando adónde habías ido," le dije.

"Lo siento," respondió ella un poco triste. "Tengo intención de llamarte por teléfono, de verdad."

"¿Por qué no lo haces?"

Suspiró y deslizó los dedos por el agua. "Tal vez lo haga… pronto. Oye, ¿qué estás haciendo aquí? Nosotros aún no hemos terminado."

"Pensé que me habías rechazado."

"No exactamente."

"Ojalá lo hubieras hecho."

"Pero ¿por qué?"

"¡Tú sabes por qué! Necesito que me rechaces y así poder sacarte de mi sistema y seguir adelante."

"Entonces es culpa tuya," respondió. "No me dijiste correctamente que me amabas, que querías estar conmigo. ¿Cómo puedes esperar claridad de mí si eres demasiado tímido para ser claro y honesto tú mismo?"

"No quería asustarte."

"Pero eso implicaría que albergas alguna esperanza. ¿Implicaría eso que de verdad quieres estar conmigo?"

"¿Eso dije? No lo sé. No puedo imaginarme estar contigo, Rachel. Solo dolido por estar sin ti."

"Pero eso es bueno, ¿no? Es bueno que te sientas así por mí."

"Lo sería, supongo, normalmente, pero no siento las otras cosas normales que debería sentir cuando pienso en ti. No puedo imaginarme haciéndote el amor, ni siquiera puedo imaginar tu cuerpo desnudo."

"Pero te enamoraste de mí cuando esas cosas te eran desconocidas e inimaginables."

Entonces se levantó y se quitó los tirantes del vestido. En esta fantasía, ella no llevaba ropa interior y el vestido cayó para revelar una desnudez divina, una forma que yo había reconstruido como un *collage* de partes de los cuerpos de Annie, Carol y todas las otras mujeres que había conocido.

"Listo," dijo pasando sus palmas a lo largo de sus muslos. "Ahora me ves."

"Pero no eres tú de verdad."

"Se acerca bastante," dijo y, con cautela, sumergió el dedo del pie en el agua de la bañera como si estuviera a punto de meterse conmigo. Entonces empezó a sonar mi teléfono móvil y ella había

desaparecido.

Me envolví en una toalla, caminé hasta el dormitorio y saqué el infernal chisme del bolsillo de la chaqueta.

"Hola, Tom. Soy Rachel. Lamento haberte dejado tan de repente."

"¿Rachel? Justo estaba pensando en ti."

"¿Lo estabas? Me gusta cómo suena eso."

"Pensé que te había asustado."

"No, tonto. Dije que llamaría."

"Lo sé."

"¿Pensaste que había salido huyendo de ti esa mañana?"

"No estaba seguro. Tampoco te hubiera culpado."

"Te prometo que no fue así. Me quedé despierta casi toda la noche pensando en ti. Con ganas de pasar el día contigo, pero luego tuve que irme y estaba muy decepcionada. De todos modos, escucha. Ha habido grandes cambios en el trabajo desde la última vez que te vi. Jefferson se ha mudado de regreso a Norwich y me han ofrecido el puesto de Gerente General. Ahora dirijo yo el lugar. ¿Puedes creerlo?"

Yo estaba atónito, pero también orgulloso de ella. A pesar de todos sus problemas, había seguido adelante. Había utilizado la inteligencia implícita en aquellos ocho niveles-O y nadado astutamente contra corriente, cuando la mayoría simplemente se habría ahogado.

"Eso es genial, Rachel."

"Lo sé. Vino un poco de sorpresa. Estaba segura de que se lo habrían dado a algún chico prometedor de la oficina central, no es que me esté quejando. Pero no es por eso que te he llamado. Mira, Tom, he estado pensando en lo que dijiste. Sobre que salgamos juntos."

"Bueno, yo estaba un poco liado."

"Ahora no lo estropees. De verdad me gustaría verte de nuevo. ¿Qué tal esta noche? Te recogeré. ¿Dónde estás?"

"En París," dije. De pronto me sentí como un gran viajero, aunque era la primera vez que salía de Middleton en años.

"¡Paris! Bueno, no será esta noche entonces. ¿Cuándo vuelves a casa?"

"Mañana por la tarde."

"¿Cuál es tu número de vuelo?"

"BA 1607, creo."

"Te esperaré entonces."

"¿Dónde?"

"En el aeropuerto, tonto. ¿Tienes planes para el fin de semana?"

"Bueno, no había pensado tan lejos todavía."

"Bien. ¿Qué tal ese paseo por la playa que nos prometimos?"

"Suena bien."

"Nos vemos mañana entonces. Adiós."

Colgó, pero yo me quedé un buen rato, todavía goteando de mi baño y con el teléfono pegado al oído hasta que la toalla, por sí sola, se desenrolló de mi cintura para dejarme desnudo y completamente asombrado. ¡Seguramente, pensé, esto significaba algo! Rachel iba a esperarme mañana y de alguna manera yo tenía que decirle que la amaba.

Capítulo 27

El avión tocó tierra en una húmeda y nublada hora del té de Manchester. Permanecí en mi asiento un tiempo, dejando que la multitud de pasajeros desembarcara, sin ni siquiera atreverme a esperar que ella pudiera estar allí, porque todavía me parecía increíble la sola idea de que Rachel Standish me estuviera esperando tras mi vuelo.

La cabina estaba vacía antes de que yo hiciera mi movimiento, sumergiéndome en la desconcertante complejidad del aeropuerto, para finalmente salir aturdido y parpadeando como un topo en el vestíbulo de llegadas. Ella estaba allí. La vi antes de que ella me viera a mí, lo cual me dio la oportunidad de observarla cándidamente durante un rato mientras la marea de gente me arrastraba hacia ella. Llevaba un top ajustado y una falda floral envolvente, como si acabara de salir de la playa. Se veía deslumbrante por la mezcla de su extrañeza y, sin embargo, también por su familiaridad intemporal.

Más bien parecía que yo podía pasar inadvertido mientras ella miraba a la multitud, buscando a otra persona, buscando al joven brillante que una vez había sido John Ogilvy. Pero por algún proceso misterioso, algún extraño desenlace del destino, aunque solo fuese por hoy, era a mí a quien ella estaba buscando.

"Hola," dije desconcertado por el bonito maletín en el suelo detrás de ella.

Ella se sobresaltó, luego se rió. "Tom. Estás aquí."

Ella me besó, o al menos sentí su mejilla rozar la mía. Fue un gesto inocente, pero para mí fue más significativo por ser lo más cerca que habíamos estado juntos. Sentí la textura de su piel contra mi sombra de las cinco en punto y capté el aroma del jabón. Sentí un calor, y por un momento, por la forma de su porte, una impresión de una parte más profunda de ella.

"Vamos," dijo. "Nuestro avión sale a las siete."

"¿Eh?"

"Mallorca."

"¡Te estás quedando conmigo!"

"No. Era una oferta especial en las agencias de viajes de esta mañana. Con poca antelación, fin de semana para dos en Mallorca. ¿Y bien? ¿Qué dices?" Ella leyó mal mi vacilación. "Está bien, ¿no? Quiero decir, dijiste que no tenías planes ni nada. Pensé que sería divertido."

Me sentí atontado después de mi viaje. También me sentí desaliñado y gris junto a su brillo y su energía. "Está bien. Es... increíble. Es que cuando dijiste una playa, pensé que querías decir, no sé, Formby Point o algún lugar así."

"Bueno, no hay nada de malo en Formby Point, por supuesto, salvo por que hará mucho frío. He estado antes en este lugar, estará muy tranquilo en esta época del año. Y sé que tendremos la playa para nosotros solos. Te va a encantar."

"Estoy seguro de que sí."

Recordé la visión de ella anoche y su reproche por no haber sido honesto y abierto con ella. Era una fantasía, las palabras habían sido mías y, sin embargo, habían sido espontáneas de una manera completamente misteriosa para mí, y también profética.

"Rachel, hay algo que debería decirte."

"Lo siento, estás cansado. Búsquemos un lugar donde podamos sentarnos. ¿Quieres un café?"

"Rachel, por favor, antes de continuar, hay algo que *de verdad* tengo que decirte."

"Te ves tan serio. ¿Qué pasa?"

Bajé la cabeza y respiré hondo. "Rachel, te amo."

Ella me miró con expresión de desconcierto. "¿Qué?"

"Te amo."

"Eso es lo que pensé que habías dicho."

"Te he amado desde que tenía catorce años. No ha pasado un día en el que no haya pensado en ti ni me haya preguntado qué estarías haciendo. Siempre te he amado y serás parte de mí hasta que muera."

Hubo una pausa comprensible y significativa mientras ella asimilaba esto. "¿Hablas en serio?"

Traté de suavizar el impacto con una sonrisa. "Sí," dije. "Ahora, si todavía quieres arriesgarte a pasar un fin de semana a solas con un tipo que te acaba de decir eso, pues adelante."

Ella negó con la cabeza como para aclararla. Luego, lentamente, me devolvió la sonrisa, se apoderó de los restos flácidos de mi corbata y me guió entre la multitud. "Vamos al embarque."

La seguí. Me entregué a ella por completo y la seguí, ignorando las señales y las direcciones, dejando que ella me mostrara el camino. Media hora después, estábamos en la sala de embarque bebiendo un capuchino y ella me miraba.

"Hay algo que es mejor que haga," dije sacando el teléfono. "Será mejor que llame a Eleanor."

"Claro."

"Eleanor es la mujer con la que estoy viviendo."

Ella giró la cabeza un poco, levantando una ceja ligeramente, pero no dijo nada.

"La hermosa joven," agregué. "Con quien estoy viviendo."

"Ya lo has dicho. Salvo por la parte hermosa y joven. Supongo que es tu hermana."

"No."

"¿Tu hija entonces?"

"No."

"¿Amante?"

"No. Mi madrastra."

"Supongo que hay una historia sobre eso. ¿Me la vas a contar?"

"Sí," dije. "Creo que sería lo mejor."

Le expuse los plenos hechos que me habían llevado a vivir con Eleanor. Mientras hablaba con ella, sabía que este era un intercambio crucial entre nosotros, pero no porque yo no pudiera soportar la idea de perderla alguna vez, más que si ella iba a irse, tenía que ser por razones enteramente entre nosotros dos y no causado por la interferencia, por inocente que fuese, de otra mujer.

Rachel esperó hasta que yo terminé. "Lamento lo de tu padre. El mío falleció el año pasado. Las relaciones son extrañas, ¿no? Eleanor suena agradable, obviamente os lleváis bien."

"Ella es mi mejor amiga, mi única amiga."

Rachel sonrió. "Tu única amiga no, Tom. Ya no. Pero de todos modos, ¿cuál es el problema?"

"No lo sé. A veces se malinterpreta... si hay algo que quieras saber, solo pregúntalo. No tengo secretos."

"No soy celosa," dijo y luego se inclinó hacia adelante con atención. "Pero solo hay una cosa: ¿de verdad lo dijiste en serio? Lo que dijiste antes, sobre lo de que me amas. Solo hay algunas cosas sobre las que nunca debes bromear y sabes que esa es una de ellas."

"No es broma. Lo dije en serio, de verdad. Nunca creí que algún día estaría sentado tan cerca de ti, que alguna vez reuniría el valor para decírtelo tan directamente."

Ella apartó la mirada, sus ojos se movieron nerviosamente. Yo la había inquietado. "Sé que insinuaste algo la última vez, sobre estar

enamorado de mí. No tenía idea de que había sido tan serio."

"Por favor, no te preocupes. No era para que lo supieras."

"No puedo creerlo. Todos esos años en la escuela y nunca dijiste nada. Ojalá lo hubieras hecho. Yo estaba desesperada por que alguien me invitara a salir por aquel entonces. Pero nadie lo hizo."

"Tenía miedo."

"¿Cómo podías estar tan seguro de que diría que no?"

"A veces es más fácil tener esperanza que arriesgarse a que todo se arruine por el rechazo, la filosofía de un cobarde, pero ese soy yo."

"¿Soy un viejo fantasma entonces?"

Me aguijoneó su percepción. Claro, yo había comenzado en Langholm Avenue meses atrás, pensando que eso era exactamente lo que ella era, un viejo fantasma venido para perseguirme, pero sentado allí cerca de ella una vez más, se me antojó de nuevo como lo había hecho esa noche en el Dunnet, la sensación de certeza de que todo lo que había logrado hacer a lo largo de los años había sido sellarla detrás de las membranas más delgadas, solo para que emergiera ahora luciendo exactamente como siempre lo había hecho, provocando en mí las mismas emociones, el mismo calor, la misma inquietud. Ella encarnaba la clave vital de todo el sentimiento, toda la emoción que mi vida ya no contenía.

"Si eso fuese cierto, no debería sentirme como me siento por ti, no ahora, no después de todo este tiempo. He estado confundido por la forma en que ha resultado mi vida, y pensé que tal vez después de verte, las cosas serían más claras, como tocar el pasado, supongo. Me preguntaba cómo sentiría simplemente estar sentado contigo, cómo me sentiría por dentro. Imaginé que sería agradable, quizá un poco nostálgico."

"¿Y qué se siente?"

"Impactante."

"¿Impactante?"

"Mirando a través de estos ojos, Rachel, no creerías lo poco que has cambiado y lo mucho que todavía te amo. Los últimos veinticinco años, toda mi vida adulta, podría no haber existido nunca por el efecto que ha tenido borrar los recuerdos sobre ti. "

Ella respiró profundamente, su pecho se elevó lentamente y luego cayó de repente mientras exhalaba deliberadamente. "Y yo pensando que te iba a sorprender a *ti*," dijo.

"Lo has hecho, créeme. No estoy seguro de si esto es real o si todavía estoy soñando en mi bañera en París."

"¿Has soñado… conmigo?"

"Hemos tenido muchas conversaciones tú y yo a lo largo de los años. Conversaciones no muy diferentes a esta. Excepto que esta vez, tus palabras son tuyas y no de mi mente inconsciente."

Se apartó lentamente, sacudiendo la cabeza y sonriendo con una mezcla de incredulidad y aprensión. "Tom... eres..."

"¿Un chiflado?"

"Muy abierto. De hecho, tu sinceridad es abrasadora."

"Normalmente no soy así," le aseguré. "Pero claro, tú no eres cualquiera, eres Rachel. Rachel Standish."

"Y yo diría que estás tratando de llevarme a la cama."

"Oh, no. Un hombre no se propone seducir a una diosa."

"¿Por temor a que se convierta en meramente humana?"

"Por temor a estallar en llamas al primer toque."

Ella se rió, no con crueldad, y se giró apartando la mirada. "Tom, no sé qué decir, qué hacer."

"Llévame a Mallorca," le dije. "Búscanos esa playa y demos un paseo."

Ella asintió, luego puso la mano sobre la mesa y la selló alrededor de la mía. De los breves períodos que había pasado en su compañía y de los fragmentos de la historia de su vida que yo había recopilado hasta el momento, había reunido una imagen de una mujer segura y enérgica, no del todo indemne por su pasado. Había habido aventuras, tal vez muchas, pero ninguna la había conducido a la felicidad y ahora parecía haber llegado a un punto de su vida en el que había aceptado estar sola. Pero si eso era cierto, yo debería haber tenido menos posibilidades de estar con ella que en cualquier otro momento de su vida, salvo por quizá los mejores años de su matrimonio con John. Sin embargo, ella me miraba ahora con ojos abiertos y hambrientos que me hicieron preguntarme si era a mí a quien veía.

Capítulo 28

Era medianoche en Mallorca. Había cemento y vidrio y un aire limpio y agradable, como la primavera en Inglaterra, y había un viaje en taxi por carreteras cada vez más estrechas hasta llegar a un hotel aislado con fachada blanca y resplandeciente a la luz de la luna. Salimos a la carretera y vi desaparecer el taxi, luego sentí que la noche se cerraba a nuestro alrededor, Rachel y yo, solos en medio de una exótica nada, la puerta entreabierta del hotel invitándonos a entrar para descansar, para resguardarnos hacia un destino inimaginable.

A partir de aquí mi vida o bien estallaría en una alegría inconmensurable o se marchitaría en una agonía insoportable. No podía ver un camino intermedio, y por eso vacilé.

"Aquí estamos," dijo Rachel, pero su voz delataba su propio nerviosismo.

"Puedo oír el mar."

Ella tomó una larga y lenta respiración y lo saboreó. "Sí. ¿Lo hueles?"

"Eso creo."

Y podríamos habernos quedado allí hasta la mañana contemplando los sonidos del mar, pero una figura apareció en la puerta y nos indicó que pasáramos. Yo no sabía qué había preparado ella para nuestra estancia. Tal vez suene ridículo, pero me pareció poco delicado preguntar durante el vuelo. Hubiera sido rozar peligrosamente un tema que ella parecía estar decidido a evitar. El gerente del hotel, un corpulento y jovial español, nos condujo al último piso de su modesta morada, finalmente abrió una puerta en el piso superior y luego se hizo a un lado para que Rachel entrara. Me contuve un momento, pensando que él tomaría la iniciativa y me llevaría a otra habitación, pero con una sonrisa e inclinando la cabeza, me indicó que entrara. Era pequeña, dijo en tono de genuina disculpa, pero explicó que tenía un balcón con vista a la

bahía y, por tanto, era una de las mejores habitaciones que tenía.

La bahía era invisible en la oscuridad, pero los sonidos del mar eran ahora más fuertes, llenando la habitación con su ritmo y su olor, de modo que estuve seguro de que podría estar a tiro de piedra.

Nos deseó buenas noches a los dos y se fue.

"Solo hay una cama," observé.

"Lo sé. Lo siento, no había otra opción. No pensé que te importaría. Ninguno de los dos somos niños, Tom."

"¿Y yo duermo en el sofá?"

"No hay sofá, tonto." Hizo un gesto hacia la cama. "Dormirás aquí, conmigo."

Bajó la cama y fue al baño. "Saldré en un minuto."

Me daba vueltas la cabeza de repente, el suelo se movía como la cubierta de un barco en una tormenta. No quería lo que ahora entendía que podría llegar y no esperaba enfrentarlo tan pronto. No quería hundirme, tan manchado por la edad adulta, dentro de Ella. Ella, tan firmemente arraigada en la inocencia de mi juventud. No quería que Ella se volviera real, que se convirtiera simplemente en ella.

Si hubiéramos sido adolescentes, nuestra cita habría sido diferente, tal vez un sábado por la mañana en el parque Middleton, el quiosco de música a las diez, luego un paseo, una charla y un helado en un banco con vistas al lago. Habría sido una seducción, por supuesto, aunque la consumación habría sido el sellado de su mano en la mía, la sensación de su piel y, en las próximas semanas, tal vez un beso, mis instintos guiados por sus ojos, su tono, su toque, su olor. ¡Qué inocencia tan vertiginosa! Nos movíamos tan rápido hoy en día, siempre eligiendo el sexo antes que el helado, y pasábamos por alto tanto.

Esperé en el balcón, aspirando grandes pulmonadas de ese aire exótico y, cuando me di la vuelta, ella se estaba metiendo en la cama. Capté el resplandor de un muslo bajo un trozo de satén

turquesa y sentí el pánico crecer en mi pecho: no importaba que no quisiera, estaba tan quebrado ahora, ¿y si no podía?

Ella palmeó el espacio a su lado. "Vamos," dijo. "Debes de estar cansado."

Hay muchos sutiles matices del lenguaje que generalmente se desperdician conmigo. Palabras que, cuando se combinan con ciertas situaciones, pueden significar otra cosa que lo que simplemente se dice. Pero yo había estado casado durante mucho tiempo y entendía la palabra "cansado" en este contexto particular. Me estaba diciendo que aquello no ocurriría esa noche.

"Claro," dije. "Ha sido un día largo. No he salido de Middleton en décadas, y de repente estoy viajando por toda Europa."

"Pues vamos a dormir."

"¿Dormir contigo?"

"Si, conmigo."

Ella apagó la luz, permitiéndome algo de privacidad mientras me desnudaba hasta quedarme en pantalones cortos. Luego me escabullí al baño, tratando de orinar sin hacer ruido, porque seguramente ella lo oiría en una habitación tan pequeña. ¡Y esta era Rachel! ¡Rachel Standish! Me duché durante años, recostándome bajo un chorrito tibio, tratando de enjuagar los olores acumulados de un día largo y agitado. Estaba a punto de acostarme con ella y de repente me había vuelto paranoico con mi cuerpo. No era perfecto, ni musculoso ni firme, pero no podía hacer nada al respecto; aún así, al menos podía asegurarme de que, fuera lo que fuese, no oliera.

Por fin me acomodé a su lado, hundiendo la cabeza en la almohada junto a la suya, con el cuerpo rígido y sintiéndome frágil de alguna manera, como un palo viejo y seco. Aun así, ella no me veía, no me conocía, aún cuando se incorporó sobre un codo por un momento y apoyó la cabeza en mi cuello.

"Ojalá me hubieras dicho antes que me amabas," dijo.

Me pregunté entonces, como me había preguntado muchas veces en los últimos meses, cuán diferentes habrían sido nuestras vidas ahora si se lo hubiera dicho. Quizá si ella me hubiera dicho sí tantos años atrás, habríamos seguido nuestro curso como hacen muchos romances adolescentes. Quizá ella se habría cansado de mí y me habría dejado con el corazón roto, pero limpio de mi amor por ella.

"No creo que haya tenido la intención de decírtelo," dije. "No estaba destinado a ser, no en aquel entonces."

"¿Y ahora?"

"Mañana," dije. "Demos un paseo por la arena. Quizá entonces lo sabremos."

Podía sentirla, el calor total de su suavidad presionando contra la longitud de mi cuerpo, desde la caricia de su cabello hasta el agradable roce de los dedos de sus pies en los míos. Podía oír el mar y podía olerlo mientras el aire entraba, haciendo que las cortinas flotaran.

Sellé mi palma alrededor de la frialdad de su brazo y cerré los ojos. Ella no se movió, salvo por sus pestañas que sentí rozando suavemente mi mejilla, parpadeando lentamente, abiertas, cerradas, abiertas, cerradas y gradualmente, sentí que me relajaba en ella.

En la vida, hay pocos momentos preciados de los que somos conscientes a medida que se desarrollan. El resto lo disfrutamos en retrospectiva, y son pálidos en comparación. Acostado allí esa noche con Rachel, mientras me hundía en las aguas poco profundas, suficiente para dormir en esos días, sentí que siempre sería el momento más preciado, el más precioso de mi vida.

Por la mañana desperté y la encontré todavía durmiendo, todavía presionada contra mí, los dos pegados por nuestro calor. Me alejé un poco, pero con cuidado de no despertarla, luego la miré con una creciente sensación de maravilla.

Tenía los hombros pecosos, como la nariz y las mejillas, cosas recordadas de hacía mucho tiempo y familiares para mí. Pero entonces su tirante se deslizó hacia abajo y un pliegue de satén

turquesa se despegó, permitiéndome vislumbrar la voluptuosa curva de su pecho y un pezón del más puro y suave rosa. Rara vez había pensado en ella con senos, tan pequeños y tan discretos que habían sido de joven, y aunque pueda sonar ridículo para ti, ahora hacía falta algo así para recordarme que Rachel era una mujer madura y experimentada. Una mujer de unos cuarenta años con la mitad de su vida a sus espaldas.

Poco a poco, mi sentido del asombro se fue erosionando por la ansiedad. No quería arriesgarme a que se despertara mientras estábamos tan cerca. Mi sexo se estaba moviendo, pero yo no estaba preparado para eso. Me deslicé de la cama y me vestí tranquilamente. Cuando finalmente se despertó, yo estaba en el balcón contemplando un mar azul con olas blancas rompiendo suavemente a lo largo de una vasta e idílica media luna de arena blanca.

Entonces vino adormilada hacia mí y apoyó la cabeza en mi hombro. "¿Todavía me amas esta mañana?"

"Yo siempre te amaré, Rachel."

"Creo que eso me asusta."

"No hay necesidad. Si hoy es todo lo que tenemos, es más de lo que jamás soñé. Y estoy agradecido por ello."

Me besó en la mejilla, su cálido aliento se enroscó alrededor de mi cuello. "Estoy segura de que tendremos más que solo hoy, Tom," susurró. "La playa está perfecta. Bajemos ahora antes que nadie. Quiero que la tengamos para nosotros."

Llevaba una falda cruzada sobre un traje de baño rojo brillante. Ella tomó mi mano mientras caminábamos y cada dos pasos revelaba una pierna larga y hermosa. Nos quitamos los zapatos y pisamos la arena fresca, luego nos dirigimos lentamente hacia el mar, casi contando cada paso. Y cuando el agua empezó a lamer nuestros dedos de los pies, salimos en paralelo a la orilla, sin pensar mucho por cuánto tiempo deberíamos seguir.

Era el ritmo lo que recuerdo, los pasos lentos, el roce de las olas,

nuestra respiración, el balanceo de sus caderas, su pierna bailando dentro y fuera de vista, y por encima de todo la sensación de que nunca quería que terminara, que cada paso era como un grano cayendo por un reloj de arena. Quería que siguiéramos caminando para siempre, en el aire reluciente, hasta que cayéramos libres de la tierra y solo pudiéramos aferrarnos el uno al otro a través de la eternidad.

Pero Rachel era más pragmática. Ella se volvió hacia mí de repente. "Más allá de esas rocas," dijo. "Vamos a hacerlo."

Miré a mi alrededor con sorpresa. "Em... ¿hacer qué?"

"¡Hacer el amor, tonto! Nadie nos verá. ¡Di que lo harás!"

"Em... no creo que..."

"No pienses, solo di sí."

Había una urgencia y un hambre en su voz que me dio miedo. Pero era lo que ella quería más que nada en ese momento y parecer reacio podría haber terminado el sueño para ella allí mismo.

"Ya veremos," respondí con la esperanza de que más allá de las rocas hubiera una fila de fornidos pescadores y eso pospusiera así su hambre. Pero, en cambio, descubrimos una bahía aún más recluída, respaldada por acantilados y oculta a la vista. El aire era frío y eléctrico y había una energía asombrosa en el ritmo de las olas que rompían en la playa.

Era perfecto.

Y aterrador.

Ella se desabrochó la falda y la dejó sobre la arena, luego señaló mis pantalones. "Date prisa, antes de que venga alguien."

Me sentí incómodo, desenredando lo que de pronto descubrí que era una erección muy dura, muy urgente desde mis pantalones cortos, y luego me sentí estúpido con ello erecto al aire libre. Ella se arrodilló de inmediato, tomó mis caderas, luego me atrajo hacia ella y me arrastró hasta las profundidades de su garganta.

Sentí el ritmo de su boca y su lengua, trazando mi forma, acariciándome, devorándome. Sentí el calor aumentar casi de inmediato, luego una agudeza lista para desgarrar y me tensé de anticipación, pero ella sintió mi llegada y me devolvió al aire libre, húmedo y refrescante, mientras me sonreía desde abajo con los labios aún húmedos y brillantes. Fue una mirada de la más pura y profunda satisfacción y sentí que me encendía el deseo.

Con una mirada furtiva a un lado y otro de la playa, se desabrochó los broches de la entrepierna de su atuendo para dejar al descubierto un mechón de cabello negro a través del cual sobresalían labios rosados, ya separados y resbaladizos por su preparación. Extendió las rodillas, dibujando dos arcos perfectos en la arena suave y se reclinó, palmeándose los muslos en suave invitación. "Ven a mí," dijo.

Sentí la suavidad de malvavisco de su carne y el roce de la arena bajo nosotros. Saboreé sal y sexo en sus labios y cuando me tomó dentro de ella, sentí un fuego ardiendo sobre mi dureza. Pero había una extraña debajo de mí, la piel de una extraña reaccionando contra la mía, retorciéndome, probándome, rodándome e hinchándome con una deliciosa agonía.

"Dime," dijo mientras me envolvía fuertemente con sus brazos y sus piernas. "¡Dime que me amas!"

Así que le dije que la amaba.

Que la amaba.

¡Que la amaba!

Nos quedamos sentados en la playa, el sol calentaba nuestros cuerpos mientras el mar brillaba y las olas llenaban el aire con su energía. Me sentí tan liviano que podría haber estado flotando quince centímetros por encima de la arena. Ahora estábamos tranquilos, gastados por las secuelas de nuestro delicioso acto de amor. Había sido breve, un primer emparejamiento, urgente y apasionado, aunque ella no había llegado. No lo había necesitado, había dicho, pues le bastaba con haberme llevado a mí allí así, haberme visto perdido en mis emociones y mis pasiones mientras

estaba entre sus brazos, mientras estaba dentro de su cuerpo. Al ver el destello de mi estúpida decepción, me tomó la mano y la apretó.

"Tenemos todo el fin de semana," dijo.

A pesar de toda mi reluctancia anterior, sentí una mella en mi orgullo por no haber sido capaz de satisfacerla antes de quedar atónito hasta la inutilidad por mi propia excitación. Me sorprendió esa sensación, pero mientras pensaba en ello, noté que era mucho más profundo, que ya había comenzado a temer que había una parte de Rachel que yo no podía alcanzar. Poco después retomanos el camino de regreso y, salvo por la arena en su falda, fue como si nada hubiera pasado. Caminamos con el mismo ritmo lento y, al despejar las rocas, vimos la bahía abriéndose ante nosotros.

"¿No es hermoso?" ella dijo. "Nunca olvidaré esto, Tom. Este lugar... este día."

"Yo tampoco."

Creo que ambos lo decíamos en serio, pero mientras hablaba, mis ojos siguieron la curva de la bahía y vi la larga línea de nuestras pisadas, la única evidencia de nuestro paso, y que pronto serían borradas por la marea entrante. Habíamos paseado de la mano, habíamos hecho el amor con una repentina y notable urgencia, pero nuestras huellas permanecían separadas a un brazo de distancia. Eran pistas paralelas que se dirigían, por ahora, en la misma dirección, pero nunca fusionándose, nunca combinando, excepto por un momento frenético, allá atrás.

"Estuviste genial," dijo.

"Tú también."

"Hace tanto tiempo que no estoy con un hombre, Tom."

"¿Puedo preguntarte por qué? Te ves tan bien, debes de recibir mucha atención."

"No estoy en mal estado para una mujer de cuarenta y tantos años, supongo, y sí llamo la atención. Es halagador... pero siempre desconfío. Tengo una vida que he construido a lo largo de los años,

un trabajo que disfruto tanto que no lo veo como trabajo. Realmente no necesito un hombre para nada más que placer y compañía. A los hombres les gusta mi apariencia, pero no mi independencia, no por mucho tiempo al menos. siempre terminan viendo sus propias vidas, sus propios trabajos como más importantes que los míos."

"¿Qué te hace pensar que yo soy diferente?"

"No sé si lo eres," dijo. "Aún no."

"Entonces, ¿por qué? ¿Por qué me dices sí a mí cuando has dicho no a tantos otros?"

"Por muchas razones. La forma en que eres cuando estás cerca de mí, me hace sentir joven. Supongo que fue por haberte conocido en la escuela. Has estado acumulando todo tipo de recuerdos desde hace mucho tiempo, desde un tiempo remoto, un tiempo de dulzura e inocencia que yo había olvidado que había existido en mi vida. Hay recuerdos que ni siquiera era consciente de haber guardado."

"Lo sé. Recuerdos así me han perseguido durante meses, pero lo único que hacen es hacerme sentir viejo."

"No deberían. Lo estás llevando bien, Tom. Pero hay una razón de peso por la que yo debía salir contigo."

"¿Y es?"

"Porque estás enamorado de mí, tonto."

En el hotel, nos duchamos y ella se puso una camiseta. Luego se sacudió la arena de la falda y dijo que serviría para el día. Sin embargo, antes de que saliéramos de la habitación, se paró junto a la puerta y separó los pliegues de su falda para que pudiera ver que no llevaba bragas. Luego tomó mi mano y la colocó sobre el calor de su pubis.

"Piensa en mí todo el día así," dijo. "Y al final del día, esto te estará esperando."

Con cualquier otra mujer, esto habría sido un sueño hecho realidad,

una fantasía tan asombrosa que nadie a quien en los próximos años pudiera contársela jamás la creería. Sin embargo, ahí estaba. Mi boca se secó y comencé a endurecerme de inmediato. Ella se dio cuenta rápidamente y deslizó su mano hábilmente en mi bolsillo para saborear mi reacción. Pero incluso a través de la dulce agonía de esos dedos burlones, vi claramente que había sucedido lo inevitable. No había estallado en llamas, pero la diosa se estaba volviendo humana. Ella estaba entusiasmada por mi amor por ella, excitada por la pasión y decidida a entregarse a mí, su cuerpo, un recipiente de una cierta forma dentro del cual yo podría hundirme.

Muchos pensamientos me vinieron en ese momento, capa sobre capa de ellos superpuestos y transparentes como vidrieras, así que tuve la impresión de verlos todos al mismo tiempo. Había pensamientos felices, algunos temerosos, otros de culpa y, detrás de ellos, de repente, se encontraba una esperanza en la posibilidad de que un día, como en el sueño, ella alzara sus ojos hacia los míos sin que se lo impidiera la voz urgente y seductora del sexo para decir simplemente que quería estar conmigo. Si iba a haber una felicidad duradera, ese momento tendría que llegar, pensé, y así, muy sutilmente, fui seducido a abandonar mi búsqueda de liberame de ella a cambio de la perspectiva de pasar el resto de mi vida esperando oírla decir esas palabras.

No había otra salvo Rachel y, al buscar un camino de regreso a Ella, yo había estado buscando la fuente del amor. Había estado volviendo a la época de mi vida en la que estar enamorado era razón suficiente para vivir. Ahora la había encontrado. Había tocado la fuente. Yo se lo había confesado, le había hecho el amor. Me había despojado de mi caparazón de la edad adulta y sentido una vez más el lado espinoso del amor bajo la piel y, al hacerlo, había aprendido la terrible verdad sobre mi vida: que durante toda mi vida había sido incapaz de amar a nadie más que a ella.

Capítulo 29

Si Eleanor se alegró de verme cuando regresé a Middleton a última hora de la noche del domingo, lo ocultó bien. Abrió la puerta una rendija, bajó los ojos y dio media vuelta. Yo dejé mis maletas en el pasillo y la seguí hasta la sala del frente, donde me derrumbé fatigado en el sillón de mi padre. Había sido el viaje de mi vida, pero ahora estaba contento de estar en casa, contento por el tiempo y el espacio para pensar en lo que todo podría significar.

Eleanor se sentó sobre la alfombra abrazada a las rodillas y durante un rato no intercambiamos palabras. Parecía aturdida e introspectiva. Ella había estado así durante semanas, dándome la impresión de estar siendo testigo del lento hundimiento de su ánimo. Ella echaba de menos a mi padre, pero con el pasar de cada día, las cosas se volvían para mí un poco más fáciles, un poco más claras, los recuerdos eran más fáciles de recordar sin sentimientos de desesperación. Aunque Eleanor parecía no haber progresado en absoluto y, viviendo bajo el mismo techo a solas con ella, yo había comenzado a sentir el peso de su estado de ánimo. Así habría sido para Phil, pensé y ahora comprendía lo indefenso que él se había sentido. Ella se estaba desmoronando y parecía que yo podía hacer poco.

"¿Va todo bien?" Pregunté.

"Claro. ¿Tú?"

"Oh, bien."

"¿Como fue tu viaje?"

"¿París? París fue bien."

"¿Y Mallorca?" me preguntó.

"Mallorca..." Hice una pausa, preguntándome cómo podía empezar a describir dos de los días más felices de mi vida a alguien que aún estaba en las garras de una depresión tan negra y empalagosa. "No

fue lo que esperaba"

"¿Te refieres a Rachel?"

"Sí. Es extraño. Es que pensé que podría haber sido un poco más reservada, ¿sabes? Pensé que me habría mantenido a distancia un tiempo hasta que estuviera segura de mí."

"¿Le dijiste por casualidad que la amabas?"

"Era lo que me había propuesto hacer."

"¿Y se lo dijiste entonces?"

"Sí. Pero seguramente esto lleva tiempo antes de que algo así se asimile. Si alguien se me acerca de la nada y me dice que me ama, puede que me sienta halagado, pero dudo que les crea, no de inmediato. Tendrían que demostrarlo, con el tiempo. Rachel... bueno, Rachel más o menos se me lanzó encima."

"Entonces, tal vez solo estás siendo cínico," dijo Eleanor. "No puedo saber con certeza, si yo fuera ella, que no me habría excedido un poco. Tú apareciste en mi vida de esa manera, diciéndome que siempre has portado una llama por mí."

Ella miró abajo y su largo cabello se cerró sobre sus ojos como cortinas siendo echadas. Yo no podía ver lo que estaba sintiendo, no podía adivinar lo que estaba pensando.

"Eleanor, ¿qué pasa?"

"Me voy," dijo.

"No puedes. ¿Adónde vas a ir?"

Ella no respondió. Fue entonces cuando alcé la vista y vi la carta sobre la repisa. Era entrega registrada, aspecto oficial, dirigida a Eleanor.

"¿Ha pasado algo?"

"Es una carta de un abogado," dijo siguiendo mi mirada. "Eric quiere

que la herencia de tu padre sea aprobada o algo así. Ni siquiera sé lo que eso significa, salvo que no suena bien."

"¡Eric! ¿Por qué no puede dejar las cosas en paz? Tendré que hablar con él."

"Déjalo estar, Tom."

"Pero está detrás de un tribunal que lo dividirá todo, probablemente entre tú y yo al menos. Y lo primero que yo haré será devolvértelo todo, salvo que para entonces un montón de abogados se habrán llevado su parte. ¡Es un sinsentido!"

Ella solo escuchaba a medias. "Tu tío solo quiere lo mejor para ti."

"No debes irte. Esta casa es tuya. Papá habría querido eso más que nada. Me hizo prometer que me aseguraría de que estuvieras bien si a él le pasaba algo. Y lo siento, pero voy a hacer bien exactamente eso mientras ambos vivamos, ¿de acuerdo?"

Ella me permitió vislumbrar una sonrisa. "¿De verdad Jack te dijo que cuidaras de mí?"

Me sentí avergonzado ahora. "Fue durante uno de sus raros y morbosos momentos."

"Eso es encantador. Pero estaré bien, Tom. Tengo un poco de dinero propio."

"Pero ¿con quién vas a estar?"

"¿Tengo que estar con alguien? Sería bueno ser mi propia persona por un tiempo. Te escribiría. Por cierto, deberías irte a la cama ahora o mañana te parecerá un día largo."

"Está bien. Supongo que debería irme. Rachel me recogerá después del trabajo."

"¿Sí? ¿Viene aquí?" Eleanor parecíó inquieta.

"Si no te importa."

"Bueno, por supuesto que no me importa. ¿Por qué iba a importarme? ¿Vais a salir a alguna parte?"

"Me llevará a su casa. Vive en Highmoor."

"Estás de broma, eso está a unos minutos en coche de donde solías vivir."

"Lo sé, ¿no es irónico? Después de perseguirla por todo el país, lleva viviendo a poca distancia de Parbold casi diez años."

"Será mejor que yo no aparezca cuando ella llegue."

"Preferiría que os conocierais."

"No quisiera que ella pensara que hay algo raro entre nosotros. Eso solo estropearía las cosas."

"Escucha, cualquiera con quien me involucre, ahora o en el futuro, tiene que aceptar que tú eres parte de mi vida o no puedo estar con ellos, ¿de acuerdo? Ya le hablé de ti. Ella ni parpadeó, eso tiene que ser bueno ¿no?"

Entonces sentí un impulso abrumador de abrazarla, de poner mi brazo alrededor de ella, pero me contuve, no estaba seguro de si era apropiado y al final, simplemente le apreté el hombro al pasar. Ella pareció saltar ante el repentino contacto, pero luego, como para no alarmarme, puso la mano sobre la mía y nuestros dedos se rozaron mientras yo me alejaba lentamente.

"Buenas noches, Tom."

"Buenas noches, Eleanor."

Encontré mi habitación más ordenada y limpia de lo que recordaba haberla dejado. La alfombra estaba recién aspirada, mi ropa interior y mis camisas, desechadas descuidadamente, habían sido recogidas y llevadas escaleras abajo hasta la cesta de la colada. Yo no había pedido ni esperado que Eleanor hiciera estas cosas. Yo no era exactamente irresponsable en mis formas, más bien olvidadizo, y su disciplina doméstica me llenaba de culpa por lo caótica que mi vida parecía haberse convertido.

La fotografía de Rachel relucía en su marco. Olía a Mr. Brillo y se veía tan fresca que podría haber sido una imagen capturada ayer, no un cuarto de siglo atrás. No podía imaginar por qué Eleanor querría complacerme de esta manera. Parecía tener un don poco común para cuidar, nutrir y calentar con su excentricidad y su amor los corazones de quienes la rodeaban. Yo encontraba reconfortante su presencia y no quería que se fuera.

Me quedé quieto en la cama, cansado más allá de la descripción, pero mi mente aún estaba demasiado llena de viajes como para dormir. Entonces oí venir a Eleanor, el delicado golpeteo de sus pies en la escalera. Escuché la ducha, y el tintineo de todas las botellitas que ella guardaba en el estante. Más tarde la oí caminar por el pasillo hacia su habitación. Luego escuché, esperando el familiar chasquido de su puerta mientras raspaba la alfombra, esperé durante mucho tiempo, y finalmente caí en una especie de sueño superficial por la impaciencia, solo para abrir los ojos un tiempo después y verla enmarcada en la puerta, su larga silueta respaldada por el suave ámbar de la luz del rellano. Pareció quedarse allí durante un largo rato, como si pensara. Luego, con un clic, la luz del rellano se apagó y ella entró silenciosamente, el peso y el calor de ella se deslizaron debajo del edredón y me presionaron suavemente contra la pared.

"¿Eleanor?"

Ella no dijo nada, pero se acurrucó contra mí y apoyó la cabeza en mi hombro. Su rostro estaba mojado. Lo sentí empapando mi camiseta, pero ella estaba callada, su cuerpo perfectamente quieto, la emoción parecía brotar desde silenciosas profundidades.

"Deja que me quede un rato," dijo.

Me volví e intenté rodearla con el brazo para consolarla, pero sentí que me ponía erecto. Fue algo automático y molesto, provocado por su cercanía y la impresionante suavidad de sus piernas contra las mías. Podría haber estado bien, excepto que mi sexo le dio un toque en el muslo y yo me giré bruscamente, mortificado, solo para sentirla deslizarse cada vez más cerca de mi espalda, ocupando cada contorno hasta que no quedó nada entre nosotros que no se tocara.

"No te vayas," dije, consciente de inmediato de la ambigüedad de mis palabras. Yo había querido decir que no saliera de esta casa, que no desapareciera de mi vida, no de mi cama, pero entonces habría estropeado el momento al tartamudear una explicación, así que me quedé quieto, atrapado contra la pared con su firmeza contra mi espalda. Luego, lentamente, envolvió sus brazos alrededor de mi cintura y apretó sus manos frías sobre mi pecho. Esperé a que ella hablara, pero no dijo nada.

Su presencia era una extraña anestesia, como si su quietud y su melancolía fuese algo contagioso. Terminé entrando y saliendo de la conciencia para encontrarla siempre ahí, su cálida presión, el frío y suave rizo de su aliento sobre mi hombro, el aroma de su champú y crema facial. Luego amaneció y esta vez me desperté con su sonido caminando por el pasillo. Entonces, lentamente, comenzamos nuestros días separados y no volvimos a hablar de ello.

Capítulo 30

Esa noche, apenas tuve tiempo de ducharme y cambiarme de ropa antes de que Rachel llamara a mi puerta.

Eleanor se levantó. "Yo atiendo, ¿de acuerdo?"

Asentí demorándone deliberadamente. Quería que ella abriera la puerta. Quería estar a su lado y leer su expresión cuando viera a Rachel por primera vez.

Rachel había conducido directamente desde la oficina. Se veía elegante, fresca y formal con un traje azul oscuro y una falda corta. Eleanor se había puesto un vestido largo, negro como de costumbre, pero uno que yo no había visto antes. Se había repasado el lápiz de labios y su cabello brillaba como agua profunda. Rachel sonrió, sus ojos se abrieron un poco con la sorpresa habitual que la mayoría de la gente experimentaba al ver a Eleanor por primera vez.

"Hola," dijo Rachel.

Por el contrario, los ojos de Eleanor se entornaron, una expresión que yo podría haber leído como sospecha, si no hubiera sido por la sonrisa que la acompañaba: era asombro. "¿Rachel?"

"Sí. Tú debes de ser la mamá de Tom."

"En una forma de hablar."

"¿Puede salir él a jugar?"

"Solo si prometes traerlo a casa antes de la hora de dormir."

Vi un toque de color extendiéndose por las mejillas de Eleanor cuando ella notó el posible doble sentido de su broma, pero Rachel se rió. Cuando pasé junto a ella, sentí que me sonrojaba también. Eleanor me agarró del brazo y apretó, luego me miró a los ojos, una mirada larga, bebiéndome como si fuera la última vez.

Rachel conducía un BMW grande y casi nuevo. Al principio me

sentí sometido a su lado, los dos encerrados en su tranquilo interior mientras atravesábamos el centro de la ciudad. Parecía un mundo aparte de la mujer con la que había hecho el amor el fin de semana. Esta era una mujer ambiciosa y dinámica, una mujer de carrera, una mujer que había empezado en un supermercado y había ido ascendiendo hasta convertirse en directora de una empresa de ingeniería.

No se había quedado quieta ni un momento desde nuestros días de escuela. Comparado con ella, yo era como si me hubiera acomodado a la velocidad baja a los veinte y no hubiese progresado más en mi amplitud de miras. Aún seguía muy estrecho de foco, mi corazón y mi mente apenas vagaban más allá de las calles de Middleton o las viejas y diáfanas oficinas de Derby. Y seguramente, ya era demasiado tarde para cambiar todo eso. No era para mí el BMW ni los pasillos del poder en el lejano París. Esas eran cosas que yo no quería, cosas que en realidad no valoraba.

Su casa era una cabaña renovada de doble fachada en Highmoor Lane, una carretera rural que atravesaba el último tramo de tierra alta antes de la inmensidad de la llanura. Era un tramo tranquilo, con quizá solo media docena de propiedades repartidas a lo largo de una milla de carretera. En su mayoría eran lugares antiguos, impresionantes por su perspectiva y su aislamiento.

Sin darme cuenta, yo había pasado por su casa innumerables veces: en coche, a pie, paseando en bici... y volvía la cabeza cada vez para admirar el entorno de esa casa, el romance en ella, encaramada en la cima de una colina con vistas a la llanura. Estaba construida en piedra, revestida de blanco con postigos azules falsos y rodeada de jardines bien cuidados. Yo recordaba los jardines en particular. Incluso al final de la temporada, estos siempre habían prestado un rico foco de color y un aroma exótico en medio de la suavidad agrícola de los prados circundantes.

Cuando me condujo a través de la puerta había colores suaves, luces tenues y una sensación de profunda comodidad acolchada, pero una completa falta de ornamentación minuciosa: ni una sola pieza de porcelana, ni un jarrón, ni un recuerdo en ninguna parte. Tal sencillez encajaba conmigo, pero yo era un hombre. No sé lo que yo había esperado, pero algo... y escontré su ausencia inquietante.

La joya de la corona de la casa era su invernadero, en donde ella me instaló. Había cierto cliché suburbano, con su estilo eduardiano simulado y sus muebles de caña reglamentarios, pero allí, en Highmoor, era una inspiración, una impresionante cápsula de vidrio desde la que ver el jardín y el campo que se extendía debajo. Estaba oscuro ahora y la llanura aparecía como una red de luces ámbar dispuestas en líneas a lo largo de su extensión. Y había luces reunidas en racimos vivientes, como un coral luminoso, marcando las docenas de aldeas rurales que se extendían entre nosotros y el mar.

"Magnífica vista," dije. "Tú también tienes un hermoso jardín. Debe de requerir algo de mantenimiento."

"No tengo tiempo para el jardín, para ser honestos," dijo. "Pago a alguien para que lo cuide. Deberías ver la vista al anochecer. Desde aquí se consiguen las puestas de sol más maravillosas."

"Lo sé. Solía subir mucho. Me pasé una tarde, cuando vivía en Parbold."

"¿Lo hiciste?"

"Por lo general en verano después del trabajo, cuando teníamos a los niños en la cama. Yo subía a tomar un poco de aire y a por un poco de paz."

"¿Ves mucho a tus hijos ahora?"

"No mucho."

"¿Y tu casa? ¿Ya la has vendido?"

"Lo último que supe fue que teníamos un comprador. Supongo que se necesitarán algunos meses para que todo se lleve a cabo."

Arrojó las llaves del coche sobre el cristal de la mesita de café y el ruido repentino hizo que mi corazón saltara.

"Debe de ser doloroso," dijo. "Estar tan cerca y aún así no verlos."

"Sólo cuando bajo la guardia."

"Cuando dejé a mi esposo, simplemente corrí. Teníamos una casa antigua y agradable, una granja, pero yo nunca miré atrás. Ni una sola vez. Supongo que no habría sido tan fácil si hubiera tenido hijos, algo que atarme siempre a la fuente del dolor. Debería estar agradecida por las pequeñas misericordias, supongo."

"¿Nunca has querido tener hijos?"

Ella negó con la cabeza y supe que lo decía en serio.

"Aún así, estoy seguro de que no fue tan fácil para ti, Rachel."

Estaba a punto de preguntarle qué había sucedido, pero eso habría sido para engañarla deliberadamente y hacerle pensar que yo no sabía nada. En cambio, traté de interrogarla con mi silencio, que era el engaño menor.

"Tienes razón," dijo. "No fue fácil. Hay cosas sobre mí, cosas de mi pasado que pueden sorprenderte." Ella me lanzó una sonrisa encubierta. "¿Eso te preocupa?"

Su tono parecía juguetón, así que le devolví la sonrisa. "No lo sé, ¿debería?"

Pero la había malinterpretado. Ella hablaba en serio y pareció quedarse muy quieta de repente. "¿Cómo van las cosas entre Annie y tú?"

"¿Annie y yo?"

"¿Soy una distracción temporal, Tom? ¿Seis meses después vas a terminar volviendo con ella, por el bien de tus hijos? Lo entendería si lo hicieras. Muchas parejas se apartan del borde porque temen por sus hijos. Arreglan las cosas lo mejor que pueden. Preferiría saber ahora si esa es una posibilidad."

"No puedo imaginarme a mí mismo volviendo alguna vez con Annie."

"¿Cómo puedes estar tan seguro? Han pasado solo unos meses desde que te separaste."

"Tres meses," dije. "Lo que bien podría ser toda una vida en lo que a mí respecta. Y perderla no dolió tanto como pensaba, lo cual me hizo darme cuenta de que nos habíamos perdido hace mucho tiempo. Sé cómo va a funcionar con los niños. Naturalmente, nunca terminará entre ellos y yo, pero definitivamente se terminó entre Annie y yo."

Ella se suavizó un poco y bajó la mirada. "Es que he perdido muchos años con hombres que no hablaban en serio. No me malinterpretes, yo sabía lo que estaba haciendo y me convenía porque yo tampoco hablaba en serio. Pero soy diferente ahora. Ya no tengo tiempo para esa clase de cosas."

"Lo sé. Mira, desde que rompí con Annie... bueno, lo último que tenía en mente era involucrarme con otra persona. Pero ha sucedido."

"Y ahora que ha sucedido, ¿qué es lo que quieres? ¿Buscas una aventura rápida? ¿O algo más? Perdona mi franqueza, pero soy demasiado mayor para todos esos juegos adolescentes de adivinanzas."

"No sé lo que significa nuestra unión, Rachel ni adónde nos llevará, pero tú te remontas mucho tiempo atrás para mí, más que Annie, más que nadie que haya conocido."

"¿Y?"

"Supongo que lo que estoy tratando de decir es que no podría insultarte a ti ni al recuerdo de lo que siempre has significado para mí con una... bueno, una aventura rápida."

Tragó saliva lentamente y negó con la cabeza. "Te creo. Todo sobre ti me dice que es verdad. Es tan difícil de aceptar. Yo no sabía nada, no sentía nada. Todos esos años. Pensarías que habría sentido algo cuando estabas cerca."

"No estaba destinado a ser así. No en aquel entonces."

"¿Y ahora? ¿Por qué ahora?"

"No lo sé."

Se produjo un silencio entre nosotros, suavizado por el repentino golpeteo de la lluvia sobre el cristal. No quise hablar más. Las palabras parecían triviales ahora. Solo quería mirarla, sentir su presencia y recordar todas esas veces que había anhelado un momento como aquel.

Eventualmente, nos mudamos a la cocina donde ella preparó una comida sencilla de pizza y pan de ajo. La observé mientras ella revoloteaba por el lugar, juntando utensilios y platos, y me sorprendió que nada parecía planeado ni premeditado.

Había cuchillos y tenedores y tazas y platos, ninguno de los cuales a juego. Tampoco había mantelería ni delicados servilleteros, nada con la marca de un cajón inferior, y comencé a comprender que con Rachel, lo que veías era lo que obtenías. No había cajón inferior. Ella vivía en la superficie de su ser.

"Eleanor parece encantadora," dijo. "Y ese era un vestido precioso el que llevaba. Louis Armande, ¿no?"

"No sabría decirte. ¿Louis Armande es bueno?"

"¡Tom, en serio!"

"Honestamente, no tengo ni idea de esas cosas."

"Bueno, no estaba fuera de lugar."

"¿No lo estaba? No pensé que Eleanor estuviera a la moda. De hecho, estoy seguro de que no lo está. Más o menos sigue su propio camino."

"Pude ver eso. Muy gótica. Por cierto, no dije que fuese moda, solo calidad." Hubo una pausa significativa y luego: "¿Crees que los dos os quedaréis juntos?"

"No lo sé. Se ha tomado la muerte de mi padre con bastante dureza y tengo miedo de pensar en ella sola."

¿Era esa la respuesta correcta? Y entonces, ¿cómo me habría sentido si Rachel hubiera estado viviendo con un joven oscuro y guapo que por capricho del destino era su padrastro? Yo tendría

curiosidad. Me gustaría saber de qué hablaban cuando yo no estaba. Me gustaría oír el tono de sus voces y me preguntaría si alguna vez habían compartido la cama, aunque fuese inocentemente, si su piel había tocado la de ella por la noche mientras yacían juntos.

Ella sonrió para tranquilizarme, para dar la impresión de que no hablaba en serio cuando me preguntó: "¿Estás seguro de que no hay nada picante en marcha?"

¿Habíamos sido picantes? ¿Habría significado nuestro dormir juntos una confusión de los límites de nuestra ya singular relación? En realidad, no lo sabía. Yo lo encontraba cálido y reconfortante pero completamente asexual. Sus manos no se habían desviado ni yo había querido que lo hicieran. Había sentido sus pechos contra mi espalda y su pubis contra mi trasero, pero no había pensado en maniobrar para sacar ventaja. Había sido maravilloso. Habíamos estado como dos niños.

"No," dije, "Olvidas que hasta hace un mes, ella era la esposa de mi padre. Sé que las cosas pueden parecer un poco raras, pero eso solo es porque ella es muy joven. Si hubiera tenido la edad de mi padre, ni siquiera pensarías en preguntar."

Pero entonces, si ella hubiera tenido la edad de mi padre, ¿me habría sometido tan voluntariamente a la dicha de su presencia en mi cama? La idea repentina me detuvo en seco. ¡No, habría sido horrible!

Rachel me lanzó una blanda mirada: "Había algo, Tom. Lo sentí cuando abrió la puerta."

"¿A qué te refieres?"

"Fue sólo una mirada, algo en sus ojos, en su tono."

"Ah, ¿te refieres a esa forma que tienen las chicas de sopesarse unas a otras de un vistazo?"

"No me malinterpretes, pensé que era encantadora, pero también tengo la sensación de que será mejor que no te haga daño… o si no."

"Es complicado. Eleanor y yo... ella es frágil y yo me preocupo por ella. Pero no pensamos el uno en el otro... bueno, ya sabes... de esa manera."

Eso sonaba un poco tonto y busqué algo firme para tranquilizarla. Podría haber dicho que Eleanor no estaba interesada en los hombres, que era lesbiana, pero Rachel habría querido saber por qué, si eso era cierto, se había casado ella con mi padre, y yo no estaba preparada para una larga explicación sobre la impenetrable psique de Eleanor. "Es que… es complicado," dije de nuevo.

"Lo sé. Y tú pareces inquieto por ello."

"Supongo que sí."

"Bueno, yo no me preocuparía. ¿Recuerdas los años ochenta? Los extraños compartían casas e hipotecas simplemente porque no podían pagar una casa de otra manera. O bien estaban especulando con el aumento de los precios de las casas, lo que les daría una fortuna como sociedad empresarial. Nadie se inmutaba siquiera."

"Bueno, no estoy seguro de que esto sea lo mismo."

"Si funciona, ¿por qué no hacerlo? ¿Qué hay de tu trabajo? ¿Cómo te va?"

"Me han ofrecido algo en Francia."

Estaba a punto de continuar y expresar mis dudas en caso de que pensara que mi plan era dejarla antes de que apenas empezáramos a conocernos, pero ella pareció encantada.

"¡Tom! Eso es maravilloso. ¿Cuándo empiezas?"

"Bueno, aún no lo he aceptado."

"¿Por qué no?"

¿No podía ella ver por qué? "Aún lo estoy pensando," murmuré. "Es un gran paso."

"Pero tienes que aprovecharlo. Es una oportunidad brillante. ¿Qué

te detiene?"

Si hubiera ido a París, habría vuelto a estar en pie, pero también muy lejos de ella y de Eleanor y de los niños. "Bueno... nosotros," dije pensando en deletrearlo. "Nunca te vería."

"Oh, Tom, eso es bonito, pero no tiene por qué cambiar nada. París está a solo unas horas de distancia. Y podemos mantenernos en contacto entre horas. Hay cosas como el teléfono y el correo electrónico, ¿sabes? ¡Piensa en todas esas cartas de amor! "

Pero a pesar de la sofisticación del mundo, de la facilidad con la que podíamos lanzar nuestras palabras incorpóreas por todo el mundo, para mí el objetivo del amor era más que cuidar a alguien y estar interesado en ella: era realmente estar *con* ella. En el amor, el tiempo de separación era solo un tiempo de dolor, anhelo y soledad.

Miré por la casa, a la falta de ornamentación y noté que, por toda su suavidad y feminidad, todo el contenido podría haberse empaquetado en una hora. No había nada que le diera un aire de permanencia. Podría haberme resistido a la perspectiva de vivir y trabajar en el extranjero, pero Rachel no lo habría pensado dos veces. Ella podría haberse marchado en cualquier momento.

"¿Pasarás la noche?" Preguntó.

"Por supuesto," respondí, y por un momento deseé haber viajado en el tiempo, transportado al asiento del pasajero junto a aquel adolescente enamorado mientras conducía su viejo Midget destrozado por Langholm Avenue.

"Está bien," le habría dicho. "Todo sale bien. Dentro de veinticinco años tendrás tu oportunidad. Estarás con Rachel y ella te pedirá que te quedes a pasar la noche."

Debería haberme sentido flotando. Debería haber tenido ganas de grabar nuestros nombres en la corteza de un árbol, pero el adolescente que era yo se volvió hacia el tipo de mediana edad a su lado, que también era yo, y negó con la cabeza, porque ahora creo que él veía el mundo con más claridad que yo… y en sus ojos se reflejaba un rastro de piedad.

Capítulo 31

Regresé a casa a la noche siguiente. Al entrar y encontrarme con Eleanor, una flor de loto negra en el suelo del salón, su vestido se había subido descuidadamente por sus muslos para revelar el encaje negro en V de sus braguitas.

"Tom, ¿qué hora es? No te esperaba."

Sacudió la cabeza, como si despertara de un sueño profundo, luego, acordándose de sí misma, juntó las rodillas y se alisó el vestido sobre ellas. Estaba de espaldas a la pared escuchando música, con un rastro de lágrimas bajando por las mejillas, pero ella se recuperó rápidamente, secándose los ojos con el dorso de las manos. Había una apariencia extraña en ella, pensé yo, de alguna manera colocada y arrugada como si se hubiese dejado caer allí anoche después de irme y hubiese estado allí desde entonces.

"Eleanor, ¿estás bien?"

"Elgar," dijo con una sonrisa torcida. "Solo Elgar."

"¿Estás segura?"

"Por supuesto." Luego vino la sonrisa, la máscara que llevaba. "Rachel parece simpática."

"Sí. Ella pensó lo mismo de ti."

"Entonces, ¿a qué viene esa cara larga?"

"Oh... no sé. Es que algo... Da igual, no importa. Creo que tenemos que hablar."

Sus ojos parpadearon alarmados, tan agudamente como si yo hubiera blandido un cuchillo. "Más tarde," dijo ella y luego, evasivamente: "¿Has comido? Ojalá hubieras llamado por teléfono. Podría haber tenido algo listo."

"Estoy bien. Escucha, esto es importante." Me senté frente a ella,

metiendo mis rígidas piernas debajo de mí y frotándome las sienes, tratando de ordenar mis pensamientos… pensamientos que venían corriendo y traqueteando uno tras otro. "Si me voy a París, ¿vendrás tú?"

Pareció como si creyera no haber oído bien. "Repite eso."

"El apartamento es bastante grande... dos dormitorios grandes, me han dicho, y hombres y mujeres comparten casa a todas horas, ¿no es así? ¿Recuerdas los años ochenta?"

Ella cerró los ojos… los apretó con fuerza como para aislarme fuera. "Tom, piensa en lo que estás diciendo."

"No va a haber problema. Me estarías haciendo un favor, porque de lo contrario la compañía trataría de hacerme compartir casa con Stavros o con uno de los otros tipos... y no puedo imaginar nada peor que eso. "

"Sabes que no puedo, Tom."

"Pero ¿por qué no? Explícamelo."

"Nuestra vida aquí es una cosa, irnos juntos es otra muy distinta."

"No veo cómo."

"Solo circunstancias, eso es todo."

"¿Circunstancias?"

"Ninguno de los dos planeó esto. En cierto modo, eso hace que esté bien, pero si voy contigo, entonces habremos tomado una decisión. Habremos tomado la decisión de estar juntos. ¿Entiendes eso?"

"Pero si me quedo aquí es lo mismo, ¿no?"

Ella se cubrió la cara. "Por eso tengo que irme. Es lo que no paro de decirte y no quieres escuchar. Tengo que irme, Tom. Yo... tengo... que... irme."

Yo había estado ansioso por arreglar las cosas, pero ahora, después

de solo unas pocas palabras, parecía haber presionado las cosas hasta el punto de acabar roto permanentemente. La miré con incredulidad, como si contemplara un frágil jarrón que había dejado escapar descuidadamente entre mis dedos. Ella yacía en pedazos sobre el suelo y el jarrón era todo lo que ella significaba para mí.

"No puedes. ¿A dónde irías?"

"¿Importa acaso?"

"Por favor, Eleanor, no hagas nada apresurado."

Ella se encerró en sí misma, luego se recuperó, volviendo a mí con una estocada acusadora: "Así que, ¿te vas a París?"

"Eh... no lo sé."

"Pero sonabas tan seguro. ¿Se lo has dicho a Rachel?"

"Ella cree que debería ir."

Eleanor se sorprendió. "¿Irá ella contigo? Las cosas se están poniendo serias. ¡No tenía ni idea! Oh, Tom, deberías ir con calma. Sé que sientes que la conoces toda tu vida, pero piénsalo desde su ángulo: un chico que acaba de conocer. La cosa se está volviendo muy fuerte, como si estuviese ebria con la idea de que la hayas amado todo este tiempo. ¿Cuánto tiempo durará? Tal vez deberías esperar un poco, todavía estás en estado de shock, Me refiero a Annie y todo eso. Y a tu papá."

"Espera, estás saltando un poco hacia adelante. Ella no va a venir conmigo. Al menos... bueno, supongo que no quiere venir. No sé, no le he preguntado. Todo parece estar sucediendo en el momento equivocado para nosotros. ¿Estás diciendo que estoy haciendo el ridículo, que no durará?"

"No lo sé. Solo digo que lo tomes con calma."

"Y lo haré, pero tú y yo somos amigos." Eso sonó poco convincente, pero yo no sabía qué otra cosa decir para reforzarlo. Vale, éramos amigos, ¿y qué? ¿Deberíamos permanecer juntos? Aunque los amigos eran los primeros en despegarse cuando las vidas

cambiaban, cuando el mundo hacía pasar página a todo el mundo y solo los amantes se aferraban firmemente de las manos, solo los amantes se mantenían firmes.

Ella extendió la mano y me tomó el brazo, pero no fue un gesto tierno. Apretó con fuerza, como una advertencia. "No soy como otras mujeres, Tom. Lo sabes. Sería peligroso para ti, para los dos, si nos fuéramos juntos."

"¿Más peligroso que estar juntos ahora? No lo entiendo, Eleanor, de verdad que no lo entiendo."

Ella extendió la mano y hundió sus dedos en mis hombros, los hundió profundamente, sus uñas negras presionaron casi hasta el punto del dolor. No dijo nada, simplemente me miró desde debajo de sus oscuras cejas, sin pestañear, con la decisión tomada.

"Eleanor, ven a París conmigo. Será divertido."

Ella negó con la cabeza y traté de pensar en otra táctica, pero pude sentir que me atascaba sin remedio. Parecía que con cada palabra solo empeoraba las cosas. "¿Podemos terminar esta conversación en otro momento? Mejor aún, ¿podemos olvidar todo lo que hemos dicho y empezar de nuevo?"

"Tienes que comer algo," dijo. "Queda un poco de pollo asado de ayer."

Y pensé, vale: pollo asado, espacio para respirar. Es hora de dar marcha atrás, de refrescarse. "Primero me daré una ducha. Perdona si te he molestado."

"Está bien. Tienes buenas intenciones. Pero hay muchas cosas que no sabes."

"Pues explícalas."

"No."

"Pero… "

Ella levantó la mano para detenerme. "Por favor, Tom, déjame en

paz, ¿vale? No estás siendo justo."

Sentí su voz flotando sobre el precipicio de la ira. Sentí su mordisco, sentí que arrancaba pequeñas tiras de mi carne. La confusión, el dolor, era como una lanza y yo estaba atravesado en esta, incapaz de moverme sin agravar el amargo dolor. Era exactamente como recordaba la vida con Annie: la sensación de que debería haber sido más inteligente, que la defraudaría para siempre en formas que ella nunca querría explicar. Pero eso no era culpa mía y de pronto me enojé por haber sido colocado una vez más en una situación tan imposible, en una trampa emocional con su pie en la puerta y sin otra vía de escape. Me retiré en silencio, apartando la mirada, incapaz de mirarla, no quería que ella viera mi ira. Luego, lentamente y en silencio, llevé mi dolor al piso de arriba para darme una ducha y perderme en su vapor.

Ha sido sólo una pelea, pensé mientras me calmaba. Estaríamos bien. Le daría una hora, luego prepararía un té y diría que lo sentía. Ella sonreiría y me daría un golpe juguetón en el brazo, luego yo sugeriría un paseo divertido por los páramos con la capota bajada, tal vez una copa en el Black Horse. Seguro que todo estaría bien.

Estuve en la ducha diez minutos. Luego salí y busqué a tientas una toalla, pero la barandilla estaba vacía. Esto era extraño porque yo había colocado una allí preparada antes de abrir la ducha. Desconcertado, me giré, entornando la vista con los ojos irritados por el jabón, para ver a Eleanor sentada en el borde de la bañera, con una larga bata negra, sosteniendo la toalla contra su mejilla. Aquello no era una fantasía, no era una ficción que venía a explicarse a través de los canales de mi imaginación. Era Eleanor en carne y hueso, mirándome de manera extraña. Tampoco era un accidente, un error inocente que se descarta con risas y sonrojos. Ella había estado sentada allí esperando, tal vez para continuar nuestra conversación, pensé yo.

"Voy a buscar una toalla, está bien." Retrocedí buscando la puerta, pero ella levantó la llave para que la viera. La había cerrado con llave, me había encerrado con ella, obviamente no para proteger nuestra privacidad sino para evitar que yo escapara.

"No tengas miedo," dijo, pero el hecho de que hubiera dicho tal cosa

me dio mucho miedo de repente.

"Eleanor, estás molesta. ¿Por qué no salimos a comer o algo así? No has salido en mucho tiempo. Tienes que salir de esta casa."

Sus ojos se iluminaron, ofreciendo un rayo de esperanza, hasta que vi el brillo maníaco en ellos. Este era el lado peligroso: su lado oscuro.

"¿Una comida?" se burló ella. "¿A la luz de las velas, tal vez? ¡Qué lindo! Pero no, no creo. La gente podría tener una idea equivocada. Y además, tengo algo que mostrarte."

Se levantó y se quitó la bata para revelar su cuerpo pálido, todavía en sujetador negro y braguitas. Giró lentamente y vi un delgado hilo negro entre las bien formadas nalgas, una delicada mancha en el hoyuelo de su muslo.

Volviéndose hacia mí una vez más, me lanzó un guiño descarado, luego deslizó la llave por la parte delantera de sus braguitas y deslizó los tirantes para que sus pechos se derramaran de sus copas: senos pendulares y momentáneamente mesmerizantes.

"Dame las manos," dijo.

"Definitivamente no."

"Tus manos, Tom. No te cubras así. Quiero verte."

Ella no esperó, tomó mis manos entre las suyas y las separó con una determinación que yo no podía resistir sin una demostración deliberada de mi propia fuerza, y no podía hacer eso, no podía reaccionar con Eleanor con nada parecido a la fuerza o la violencia.

"Quiero ver si mi figura te excita," dijo. "Ah..." Ella fingió un placer burlón. "¡Ya veo que lo hace, y muy rápido! Tom, ¿en serio? ¡Deberías estar avergonzado! Y conmigo, tu madrastra. ¡Eres un chico muy travieso!"

Efectivamente, fui traicionado por una erección creciente. Pero no era por ella, me dije, era sólo por su forma, su indudablemente excitante forma y el estúpido reflejo masculino que no sabía

discernir entre el bien y el mal. Pensé que ella ya había terminado, que ya había demostrado su mensaje, cualquiera que fuese ese mensaje, pero luego miré en silencio atónito cómo se bajaba las braguitas. La llave que se soltó de sus minúsculos pliegues cayó al suelo con un ominoso tintineo.

"Mira, Eleanor, esto está mal. No pienso en ti de esta manera."

"Puede que no lo pienses," dijo. "Pero obviamente podrías hacerlo."

"¿Es eso de lo que tienes miedo? ¿Que yo podría esperar esto si nos fuésemos juntos? Pero yo nunca lo haría, sé que tú no puedes... y de todos modos, aunque pudieras, sé que prefieres a las chicas."

Ella se incorporó hasta su altura máxima y se acercó para que yo pudiera sentir el calor manando de ella. Yo quedé atrapado con fuerza contra la puerta del baño, sin lugar dónde girar, sin lugar dónde correr, sin lugar adónde ir salvo a través de Eleanor. Estaba horrorizado. No podía soportar verla así.

"¡Yo no dije eso! Tú sabes que no dije eso. ¿Es eso lo que has estado pensando? ¿Que soy lesbiana?"

"¿Qué otra cosa se suponía que debía pensar? Has estado con chicas… lo dijiste tú."

"Eso no me convierte en lesbiana, Tom."

"Sea lo que sea en lo que te convierte, esto sigue sin significar nada. No entiendes a los hombres. ¡Nosotros somos capaces de tener sexo con cualquier mujer, cualquier mujer! Es la forma en que estamos hechos. No siempre significa que queramos hacerlo. Y yo nunca podría... contigo no. Ahora, por favor, cúbrete. No arruines lo que hay entre nosotros."

Me agarró entonces, deslizó sus dedos debajo de mi sexo y curvó el pulgar alrededor de él, sujetándome firmemente en su puño. "¿De verdad estás diciendo que nunca querrías hacerlo?"

Mis pulmones convulsionaron. "¡Para! No puedo soportar esto. No puedo soportarlo. No puedo soportarlo."

"Respóndeme."

"Por piedad de Dios. No siempre necesitas tener sexo para estar cerca. Hemos dormido juntos. Abrazados el uno al otro toda la noche. ¿No es eso estar cerca?"

"No sucedió," dijo. "Era imposible."

"Sucedió. Fue inocente. Fue bueno."

"Quizá, pero no lo suficiente para ti. Lo que necesitas es una amante heterosexual y sensata." Mientras hablaba, empezó a poner su mano sobre mí peligrosamente. "Todo el mundo necesita un amante." Me mostró una leve sonrisa, una sonrisa siniestra, una imagen más cercana a su lado oscuro, y este era repulsivo, pero su mano me trabajaba expertamente de una manera que me hizo avergonzarme de admitir el peligroso placer en ello. "No estarías a salvo conmigo. No sé qué crees que me hicieron allí, pero todo sigue funcionando. ¿Por qué no te deslizas dentro y te lo muestro? Podría ser bueno... una vez, dos veces, tal vez tres, pero no tengo la constancia de ser la amante de nadie por mucho tiempo. Muy pronto, y sin ningún motivo, te congelaré, te dejaré frío y preguntándote qué has hecho para disgustarme. Yo... te... volvería... loco. Te... volvería... loco... Te... volvería... loco."

No era intención suya: el ritmo de su mano era meramente incidental a sus palabras, su estado de ánimo y mi disparador fue mecánico, no emocional. Cerré los ojos, tragué saliva y me corrí copiosamente, casi dolorosamente. La oí jadear, vi el rastro de mi semilla en su muñeca, su pierna y me derrumbé en estado de conmoción y vergüenza.

Ella pareció encoger y su estado de ánimo cambió. De hecho, pareció súbitamente bastante sobria.

"¡Tom! No quise que esto sucediera."

Se cubrió y se dio la vuelta, luego se arrodilló y buscó la llave, sosteniéndola con una mano temblorosa para que yo la tomara. Solo vi miedo y horror en sus ojos, donde momentos antes había habido un fuego tan siniestro.

Miré la llave mientras ella la agitaba con urgencia ante mí. No. Yo no era capaz de tocarla, así de cargada parecía con su calor, y yo temía que me quemara. Me las arreglé para negar con la cabeza. ¿Qué estaba queriendo decir? ¿Que no era frígida? ¿No era lesbiana? ¿Que estaba caliente y húmeda?, me pregunté. ¿O estaba fría y seca? ¿Podría ella haber sido estimulada por el ritmo de una gentil mano persuasiva?

¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿Qué acaba de pasar?

Mientras me arrodillaba ante ella, vi el cabello oscuro de su pubis y sentí un hormigueo involuntario en mi palma, como si esta anticipara su textura. Aparté los ojos, los cerré, los apreté con fuerza. La noche que habíamos pasado juntos había sido una maravilla por su inocencia, una inocencia que solo era posible por el hecho de que yo siempre había imaginado que faltaba una parte de ella. Ahora nunca podría volver a mirarla y sentir lo mismo después de esto. Ahora nunca podríamos ser como niños. Ella era una mujer, como cualquier otra.

Sentí un calor terrible en mi cara y noté que yo estaba llorando.

"Tom. Lo siento mucho."

"No es nada... solo Elgar."

Ella envolvió la toalla alrededor de mi cintura, luego lanzó los brazos alrededor, me abrazó, acunándome, pero mi ciega erección se abalanzó sobre ella, un instrumento contundente y estúpido que le impedía acercarse tanto como yo necesitaba.

"¿Lo ves?" dijo. "¿Ves ahora lo que puedo ser?"

"No es culpa tuya."

"¿Cómo puedes decir eso? ¿Cómo puedes ser tan perdonador?"

"Yo no quería nada de ti."

Y con esas palabras, el abismo de mi comprensión se abrió de par en par entre nosotros. Ella me soltó, casi me dejó caer y se puso la bata. Luego abrió la puerta y se dispuso a irse, pero se volvió

brevemente, enojada una vez más.

"¿Que hay de mí?" me dijo. "¿Qué pasa con lo que quería?" Luego corrió por el pasillo hasta su habitación y dio un portazo tras ella.

Eran poco más de las siete, aún temprano, pero me hundí en la cama llevando la vergüenza de mis pensamientos como una cicatriz. Ella había tratado de asustarme y lo había logrado en buena medida, pero al hacerlo había destruido lo que había entre nosotros y que yo valoraba más que nada. Me había parecido bien pensar en ella como asexual, frígida o lesbiana, porque eso me había permitido acercarme a ella sin la inevitable distracción del deseo. Pero ahora, ¡con qué facilidad podía imaginar el calor de su sexo en mi palma! Con qué facilidad podía imaginarme masajeando su frigidez y curando todos sus males de esa manera peculiarmente masculina, haciendo que sintiera la medida de mí dentro de ella, liberando su dulzura, haciendo que gimiera y gritara y llorara, hasta que yo sacara un aplastante y sudoroso orgasmo de ella.

De Eleanor.

Capítulo 32

Estaba mal preparado para la mañana siguiente, que comenzó antes de lo esperado y con una sensación de miseria en las entrañas que era algo así como una resaca. Por lo general, yo era el primero en levantarme en una mañana de trabajo, ya que estaba en la carretera a las siete y media, mucho antes de que Eleanor se hubiera movido. Pero esa mañana me desperté con el sonido de la ducha y sus pasos caminando suavemente por el pasillo.

Pensando que me había quedado dormido, agarré el reloj. Solo eran las seis. Normalmente, habría pasado una hora antes de que yo necesitara moverme, pero me iba a quedar con Rachel de nuevo esa noche y tenía que ordenar una bolsa, tal vez planchar un par de camisas. Me estaba vistiendo cuando entró Eleanor con café. Tuvo cuidado de evitar mi mirada y, después de dejar la taza, levantó las manos y retrocedió.

"Ofrenda de paz," dijo.

"Gratamente aceptada. Gracias."

"Lo de anoche fue horrible. Lo siento Tom. No he dormido pensando en eso."

"Yo tampoco."

"Debes de odiarme."

"No. Te amo. Sin condiciones, tan cierto como amo a mis hijos."

Sus ojos destellaron y creí ver en ellos un momento de confusión, de alarma. "Ya sabes lo que quiero decir," dije rápidamente. "Ahora olvidemos lo que pasó anoche." Fue una estupidez decirlo, porque no era probable que ninguno de los dos lo olvidara.

Ella notó que yo había girado la imagen de Rachel sobre la mesita e hizo ademán de volver colocarla.

"Déjala," dije.

Me miró y, lentamente, la mirada sin fondo de Eleanor se volvió tierna con largos y lentos movimientos de sus pestañas. "Pero es una foto tan hermosa," dijo.

"Un poco anticuada ahora, creo."

"Ella no ha cambiado tanto."

Entonces vino hacia mí, se colgó de mis hombros y me abrazó. Me aferré a ella con la esperanza de que eso nos pusiera de nuevo en el camino hacia donde habíamos estado antes, pero era demasiado tarde, porque incluso mientras nos abrazábamos, yo era consciente de la corrupción en la presión de sus senos y en la curva de su cadera bajo mis palmas.

"No pienses en mí, demasiado," dijo. "Lo mejor que ambos podemos ser es supervivientes, ambos aferrándonos a la misma balsa salvavidas. Y esa no es forma de vivir. Sé feliz, Tom. Esta chica puede hacerte feliz."

"Esta chica no va a venir conmigo."

"Pues quédate. Acércate a ella. No te vayas a Francia."

"El trabajo en Francia es lo que sé hacer. No podría ganar una cuarta parte de lo que gano ahora haciendo otra cosa. Rachel tiene razón, estaría loco si ignorara la oportunidad."

"¿Desde cuándo el dinero significa algo para ti?"

"No es sólo el dinero. Es lo que sé."

"Así que, parece que ya te has decidido."

"Iría seguro si tú vinieras conmigo.

Ella se impulsó y se apartó. "¡Eso no es justo!"

"Quiero ser siempre capaz de asegurarme de que estás bien. Sé que puedes ser... frágil."

"Me haces parecer un trozo de porcelana antigua. ¿Tienes miedo de que me rompa en pedazos?"

"No quisiera que eso sucediera. Me moriría si lo hicieras y yo no hiciera nada para prevenirlo."

"Tom, no lo entiendes, ¿verdad? Si sucede, sucede y no habrá diferencia si estoy sola o rodeada de amigos. A veces tengo los estados de ánimo más oscuros y me asustan, no solo por mí, sino porque sé cómo es para los que me rodean, para quienes tienen que lidiar conmigo."

"No has sido así en años."

"Lo sé y han sido buenos años, pero no durará. Nunca lo hará. Una mañana, alguien me encontrará con las muñecas cortadas o el cuello en una soga y no quiero que seas tú."

"¡No bromees sobre eso siquiera! Quiero cuidar de ti. Pero tienes que ayudarme a ayudarte. Y puedes hacerlo si vienes conmigo."

"¿Qué pensaría Rachel? ¿Estás ciego, Tom?"

"Rachel estaría bien. Ella lo entiende."

"Puede que te diga eso ahora, pero no lo dice en serio. ¿Y qué sería yo? ¿Tu ama de llaves? ¿Tu madre? ¿Tu amante frígida? ¿Con la que te acuestas cuando Rachel no está cerca?"

"¿A quién le importa buscar la etiqueta correcta? Tú serías Eleanor. Si fueras un hombre, no sería un problema. ¿Por qué tiene que ser un problema?"

"No seas tan ingenuo. Las cosas no son tan simples entre nosotros." Ella bajó la cabeza y comenzó a alejarse andando. "Si quieres saber la verdad," dijo. "Ya no puedo seguir siendo tu amiga."

Sentí como si ella me hubiera cortado las piernas. "Pero ¿qué he hecho yo?"

"Nada. No has hecho nada. ¡No seas tan... infantil, Tom!"

"¿Infantil? Pero ¿de qué otro modo esperas que me lo tome? Tiene que haber algo."

"No tiene nada que ver contigo. Soy yo. Soy toda yo."

Ella salió andando entonces, encerrándose en su habitación mientras yo me preparaba para el trabajo. Me sentí desdichado. ¿Qué había querido decir? ¿Qué había hecho yo? Tuve miedo de que nos separáramos en malos términos, así que, antes de irme traté de llamar a su puerta.

"Eleanor, por favor. No lo dejemos así."

No hubo respuesta y di la vuelta con mi corazón dolorido por la tensión de un rechazo tan repentino y terrible. Luego, cuando me iba, al sacar el coche del bordillo, ella apareció y llamó a la ventanilla. La bajé y ella se inclinó para besarme en la mejilla, luego la acarició con el dorso de la mano. Yo la miré pensando que ella diría algo pero, sin una palabra, simplemente se dio la vuelta y volvió adentro caminando lentamente.

Cuando llegué a la oficina, busqué mi escritorio en silencio, con los ojos cuidadosamente apartados para evitar el contacto con mis colegas, quienes estaban sumidos en una profunda conspiración, discutiendo nuestra inminente desaparición, adornando los rumores ya escandalosos: Derby iba a ser demolido para dar paso a un nuevo supermercado. Derby iba a ser absorbido por una antigua corporación estadounidense en la que el *Palizas* tenía cierto interés, despojado de sus activos y luego demolido para construir viviendas. No, el diputado local había armado un escándalo. Derby estaba a salvo. Y lo único cierto de todo ello era que nada de ello era cierto.

Fred Arbuckle se acercó a mí y puso una tarjeta amarilla en mi mano.

"¿Qué es esto, Fred?"

Él me guiñó un ojo. "Boleto para un baile."

La miré. La tarjeta solo tenía una palabra con guiónes: "Re-dun-danza."

Para entonces eso se estaba convirtiendo en una broma bastante gastada. Yo no estaba de ánimo para humor negro ni para ociosas especulaciones sobre acontecimientos en los que no tenía poder para influir. Todo el asunto de la demolición ya se había prolongado demasiado tiempo. Deseaba que las excavadoras barrieran el maldito lugar y nos dejaran a todos en paz. Lo único en lo que yo podía pensar era en Eleanor y en la forma en que me había mirado esa mañana. Aún podía sentir el frío de su mano en mi mejilla y el peso espantoso de las palabras que no había dicho. Me calmé con un café, luego me senté a pensar un rato antes de levantar el teléfono.

"¿Eleanor?"

"¿Si?"

"Soy Tom."

"Lo sé. ¿Qué pasa?"

"Nada. ¿Estás bien?"

"Claro. ¿Me estás comprobando?"

"Supongo que sí."

"No hay necesidad."

"Lo sé, pero… "

"Pero ¿qué?"

"Las cosas... son diferentes. De pronto se interpone una distancia entre nosotros y eso duele."

"Lo sé. A mí también. Pero no hay vuelta atrás."

"¿Qué tal hacia adelante? ¿Cómo arreglamos esto? ¡Tenemos que arreglar esto, Eleanor!"

"Sólo hay un modo de hacer eso," dijo.

"Eleanor, por favor no te vayas. Prométeme que hablaremos. Mañana por la noche. Regresaré mañana por la noche."

"¿A qué hora?"

"Justo después del trabajo, a eso de las cinco."

"¿Te apetece un guiso para el té?"

"Claro. Traeré una botella de vino. Tenemos que resolver algo."

"Dile hola a Rachel de mi parte. Adiós, Tom."

Colgó. Las cosas sonaban mejor y me sentí un poco más tranquilo sabiendo que al menos ella estaría allí. Lo único que tenía que hacer ahora era pensar en algo que decir que la hiciera cambiar de opinión y quedarse.

Más tarde, yo estaba de pie en el salón de actos mirando a un par de instaladores mientras daban los toques finales al último de nuestros motores diésel. Me impresionó, como siempre, el cuidado que tenían, pero al mirarlos, mis ojos estaban meramente posados, mesmerizados por sus movimientos mientras mi mente reproducía los eventos de las últimas veinticuatro horas.

Aún podía sentir el impacto de la desnudez de Eleanor, su potente forma, su calor, su olor… e inevitablemente el toque de su mano mientras me acariciaba. Debe de ser parte de la naturaleza humana resistir el cambio incluso hasta el último minuto cuando una revolución es inevitable e inminente y cuando las advertencias están a tu alrededor. En realidad yo había querido vivir el resto de mi vida en la casa de mi padre con el sonido de Eleanor caminando por el pasillo cada mañana. Quería estar en su fácil compañía y, al mismo tiempo, explorar todo lo extraordinario de Rachel. Quería ganarme la vida en las tranquilas aguas de la destartalada fábrica de Derby, excepto que ahora, incluso aquí en el salón de actos, los presagios del cambio eran inevitables.

Hubo un silencio inquietante donde había habido antes un rugido infernal. Ahora el tintineo de una llave resonó fuerte en el vacío, y las luces se apagaron por todas partes. En seis meses, este motor y

su compañero impulsarían un ferry en el Báltico. Tendría que funcionar durante décadas sin quejas, mucho después de que nosotros, quienes lo habíamos creado, hubiéramos pasado al olvido. Para entonces, este cobertizo estaría abandonado. Las tazas se habrían apiñado alrededor de las polvorientas teteras y los dibujos que recordaban la milagrosa complejidad de aquella bestia se habrían disuelto en los aceitosos charcos del suelo.

Se acercaba el cambio. Yo no conseguía pensar en Eleanor sin pensar en su tacto, sin ver los pesados pechos de oscuras cumbres, el blanco lácteo de su piel y la larga cascada de cabello negro. Ya no podía vivir con ella y tener esos pensamientos. No podíamos cenar juntos a la luz de las velas, ni beber vino y reír sin que mis ojos se posaran en las voluptuosas curvas bajo la negra tela de su vestido. Y yo quería volver a verla como la había visto anoche. Tenía que persuadirla para que se quedara, para que permaneciera a salvo en la casa de mi padre a la que ella pertenecía, pero también tenía que irme y el único lugar que me quedaba era París.

Capítulo 33

A media tarde yo ya estaba mirando el reloj, con los ojos inexorablemente atraídos por la esfera gigante del reloj Smith suspendido en el otro extremo de la oficina. Este había mostrado la hora allí desde que yo tenía memoria, desde los buenos años, los años de bonanza, y ahora parecía decidido a prolongar nuestro declive como para castigarnos por nuestra incompetencia. No era una buena señal y el día parecía interminable. Sonó el teléfono entonces.

"To... sé que... traba... ando... pero de verdad ne... sito... que vengas. ¿Puedes reunirte conmigo?"

La línea estaba mal, un montón de cortes y desvanecimientos, un móvil próximo a una zona sin cobertura. Yo arriesgué una suposición.

"¿Eleanor?"

Hubo una pausa. Un aclarado en la línea. "No... soy Annie."

"Annie, si esto es sobre la casa..."

"¡La casa! ¡Que se joda la casa! ¡Es Stevie! Ha ten... do... un... accidente. Estoy en un... el... p.pi.. tal. Urg... cias."

¡Stevie! ¡Un accidente! ¡Hospital! Mente concentrada, llaves del coche en mano. "Estoy allí ya mismo," dije.

No fue nada serio. Había chocado con su bicicleta contra una pared y se había hecho un corte en la cabeza. Yo podría haber hecho lo mismo a su edad y mi padre no habría movido ni un pelo, simplemente me habría puesto una tirita y me habría enviado a acostarme un rato. Ellos estaban saliendo de urgencias cuando yo llegaba, sin aliento y mareado por la ansiedad.

"Mira, papá. ¡Puntos!"

"Ah... muy bonitos. Gemmie va a querer unos cuantos cuando los vea."

Yo no había escuchado su voz en semanas. Me arrodillé para abrazarlo y de inmediato surgió la amenaza de las lágrimas, las mías, no las de él, pero fueron exprimidas y tragadas con todas mis fuerzas antes de encarar a Annie.

Ella se veía genial. "Lo siento," dijo ella. "Pensé que íbamos a estar años. Quería que te quedaras con él mientras yo recogía a Gemmie de la escuela." Ella comenzó a alejarse de mí andando. "Vamos, Stevie."

Yo no lo entendía. "¿Ya está entonces?"

"¿Qué?" Ella miró su reloj. "Mira, tengo que estar en las puertas de la escuela en veinte minutos. Pensé que no ibas a llegar nunca."

"Vine lo más rápido que pude. ¿Por qué no me lo dijiste? Podría haber ido directamente a la escuela a por ella."

"No me gusta que conduzcas con Gemmie en ese viejo trasto, no es seguro."

"¿Qué? Pero esto es absurdo. ¿Qué estoy haciendo aquí entonces?"

"Creí que te necesitaba."

"¿Y ahora ya no lo crees? Acabo de salir del trabajo sin decir una palabra a nadie, pensé que estabas... desesperada."

Ella lo pensó un momento, pensó quizá en decirme que ya no me necesitaba. Lo pensó dos veces por alguna razón y se suavizó un poco. "¿Por qué no te pasas por la casa? Espérame. ¿Todavía tienes tu llave?"

Yo no había hablado con ella en meses y ahora su tono parecía casual, enérgico y profesional. Fue como si nada hubiera pasado. "¿Es eso... conveniente?" Le pregunté. "Quiero decir, no quiero toparme con Alistair ni nada."

"Alistair no estará allí."

Ella siguió caminando, arrastrando a Stevie detrás. "Tú decides."

Tómalo o déjalo, estaba diciendo. Así que fui, pero solo para pasar una hora con los niños. Y mientras conducía, ya podía sentir mi corazón tensarse en anticipación de nuestra despedida.

Fue extraño entrar en la casa, como redescubrir una parte de mí que había olvidado, o como toparme con una antigua novia años después y sin sentir esa emoción anterior. El papel con textura amarilla en el vestíbulo, la alfombra verde botella a treinta libras el metro cuadrado (más IVA), todo eso evocaba recuerdos de un yo anterior y aunque solo hacía seis meses, era un yo que ya no reconocía ni me importaba.

Yo había estado viviendo en un vacío y, si no hubiera sido por la infidelidad de Annie, habría pasado el resto de mi vida adorando este santuario vacío, estas cosas sin valor, esta maldita y triste casa, esta vida sin amor. Pensé que las cosas estaban tan bien como podrían estarlo, y eso me asustaba ahora, la facilidad con la que podemos engañarnos a nosotros mismos. Esto, por encima de todo, era el legado de Annie.

Yo estaba intrigado. ¿Había algo que ella no me había dicho? ¿Y por qué, de repente, estaba tan relajada sobre que yo estuviera allí solo? ¿No temía ella que yo saliera corriendo con la televisión y el sofá? Me hundí en ese sofá, me hundí en sus lujosos cojines y miré el reloj. Pasara lo que pasara, me dije, se dijera lo que se dijera, saldría de allí a las seis y estaría con Rachel a las seis y cuarto.

"Estás muy elegante," dijo Annie, cuando por fin llegó. "¿Es un traje nuevo? ¿Desde cuándo llevas traje al trabajo? ¿Te han ascendido?"

"Bueno, yo..."

"Papi papi papi. ¡Mírame! ¡Mírame!"

"Sí, Stevie. No te toques los puntos, ¿de acuerdo? Buen chico."

"Bueno, Tom, ¿cómo has estado?"

"Mami mami mami. ¡Stevie se ha hecho caca!"

"Oh, Stevie ¿Lo has hecho?"

"He hecho caca. He hecho caca."

"Tom, encárgate tú, ¿quieres?"

"¿Qué?"

"Yo tengo que empezar el té de los niños."

"Está bien, vamos entonces, Stevie."

Esa era otra cosa que yo había olvidado, el ritmo de vida con los niños pequeños, la interminable demanda de atención, las interminables y discordantes interrupciones que hacían imposible la comunicación entre nosotros a un nivel significativo. Lo único que podía recordar de Annie en esos momentos era lo cansada que parecía. Y cuando por fin los niños estuvieron listos para ir a la cama y tuvimos la oportunidad de hablar, pareció que ninguno de los dos podía tomarse la molestia. Uno no tenía más elección en aquellas circunstancias que confiar en que el otro estaba bien, solo que en alguna parte del camino, yo la había perdido.

A las cinco y media, me encontré solo con ella en la cocina, los niños se acomodaron frente a la televisión. Incluso la rara aparición de un padre separado ocupaba un segundo lugar tras el reproductor de video y el ritual de interminables dibujos animados hasta la hora de dormir. Me sentía incómodo con Annie y no podía dejar de pensar en lo íntimos que habíamos sido una vez, en las cosas que habíamos dicho, hecho y compartido. Todo desaparecido ahora, cosas que tal vez nunca habrían sucedido. El cuenco volcado, los recuerdos pisoteados en la tierra.

"¿Tu papá está bien?" Le pregunte a ella.

"Bien."

"¿Tu hermana?"

"Está bien. Está esperando de nuevo."

Y ese fue el nivel de ello. Ella se veía bien, pensé, se veía mejor de

lo que yo recordaba en mucho tiempo. Su piel parecía más suave y había más vida, más brillo en su cabello. Alistair le había dado lo que yo no podía, pensé: una razón *para* brillar y eso me hizo sentir inútil. Volví a mirar el reloj. Hora de partir, pensé.

"¿Cuándo llega él a casa entonces?"

Ella se encogió de hombros descuidadamente, pero no respondió.

"Intentaré ser maduro al respecto," continué, inútilmente. "Quiero decir, tengo que aceptarlo, ¿no? Supongo que no seremos compañeros exactamente, pero al menos podemos ser civilizados. Es lo mejor, ¿no? De lo contrario, hará las cosas más difíciles." A falta de un lugar donde descansar mis ojos, miré el reloj de nuevo. Seis menos cuarto. "Será mejor que me vaya. Gracias por dejarme ver a los niños, Annie. Cuídate mucho."

"Ya no estoy con Alistair," dijo.

Me miró con bastante frialdad, con los brazos cruzados y apoyada en el marco de la puerta, pareciendo impedirme escapar, desafiando una respuesta. "Nos hemos separado. ¿Estás contento?"

"No lo sé. Estoy un poco sorprendido." Pero no lo estaba. Eleanor lo había predicho, solo que yo no lo esperaba tan pronto. "¿Que ha pasado?" Pero no me importaba. No habría tiempo para desentrañarlo. Seguí adelante, alivié la sensibilidad, cerré las áreas más dañadas.

"Él no podía hacer frente a los niños," dijo.

"Comprensible, supongo. ¿Tiene alguno propio?"

"No. No estaba tan interesado en los niños, cuando se trataba de ellos."

"Son un impacto para el sistema si no estás acostumbrado."

Ella rió. "¿Verdad que son así?"

Parecía bastante simple entonces: hombre llamado Alistair, culo ancho, BMW serie tres descolorido, se enamora de la rubia de

piernas largas, la rubia echa a su marido, pero los niños se interponen en el camino de la pasión desenfrenada. Alistair pasa página, busca la siguiente rubia de piernas largas, esta vez sin equipaje de adulto. ¡Bastardo!

Y aquí estaba yo, poniendo excusas para él.

Comencé a preguntarme entonces por la forma en que ella me había invitado a entrar, la forma en que me había deslizado sin problemas hacia el caos, apaciguando a los niños, cambiando pañales, encontrando el video correcto, el que ambos estaban felices de ver, animándolos. El marido se escabulle a casa… ¿dispuesto a perdonar y olvidar?

"Ey, espera un minuto, Annie."

Ella leyó mi mente y se rió un poco más. "No quiero que vuelvas," dijo. "¿Es eso lo que estabas pensando?"

Yo me quejé. "¿Volver? ¿Qué quieres decir con volver? Fuiste tú quien me dejó, ¿recuerdas? O más bien me echaste para poder estar con él."

Tomé una respiración profunda. No, este no era el momento de tener la pelea que debería haber tenido con ella hacía seis meses. Faltaban cinco minutos para las seis. "De verdad que tengo que irme," dije.

"Quiero la casa."

Ahora estábamos llegando a alguna parte. "Pensé que todo estaba arreglado. Pensé que el contrato se estaba cumpliendo. Cincuenta cincuenta, dijimos."

"Se han echado atrás."

"¿Desde cuando?"

"Desde que la saqué del mercado la semana pasada. Necesito la casa. Es para los niños. Es la casa de la familia y ya estoy viviendo aquí. Mi abogado dice que tengo muchas posibilidades de que llegue a los tribunales, cosa que hará si no estás de acuerdo."

"No puedo hablar de esto ahora mismo, Annie. Te llamaré mañana. O mejor aún, qué diablos: está bien, tienes razón. Es tuya."

"No te hagas el listo conmigo."

"¿Qué quieres decir con listo? Soy un idiota. No podría ser inteligente ni aunque lo intentara. Tú resuélvelo como quieras. No me importa."

Ella pareció aturdida.

"¿Qué?" Dije. "¿Qué pasa?"

¿No podía ella verlo? Yo quería cerrar el problema. Quería salir, y la forma más fácil era simplemente estar de acuerdo. Ella no entendía lo cansado que yo estaba, lo mezquino que parecía todo, y comenzaba a buscar motivos lógicos en lugares donde la lógica no entraba en absoluto. Entonces vi que sus ojos destellaban al percartarse de algo. Claramente una revelación para ella.

"Sé a lo que estás jugando," dijo.

"Annie, no tengo tiempo para esto ahora. De verdad que tengo que irme."

"¡Te estás follando a Eleanor!"

Surgió de la nada, un cuchillo caliente me cortó la cara. Palabra fea: follar. Trivializante, despectiva... ¡y falsa! También era un tema delicado por razones que Annie nunca podría haber adivinado ni en un millón de años.

"No digas..." dije.

Ella dio un escalofrío simulado. "Siempre pensé que había algo extraño en ti y en ella. Siempre fuisteis demasiado amigables para mi gusto. La forma en que ella te mira, toda ojos grandes y hambrientos, solía ponerme enferma."

"¿Por qué estás haciendo esto?"

"Me pregunto qué pensarían de ti y de ella en el tribunal. Quiero

decir, que vives con otra mujer. No te muestra de una manera muy compasiva, ¿verdad? ¿Cuánto tiempo lleva sucediendo? No me sorprende que yo me haya descubierto buscando a otro paisano."

"Eso es todo basura."

"Aún así, la responsabilidad siempre recae en el hombre para demostrar que es inocente."

¿Inocente? No, no era inocente. Yo tenía una amante… solo que no era Eleanor. "Tú empezaste esto, Annie. No puedes darle la vuelta y lanzármelo en la cara ahora. No tienes nada que ganar arrastrando a Eleanor en esto, inventando una historia sobre nosotros. Tienes la casa, tienes la custodia de los niños. Tienes todo lo que tenías antes, pero sin mi irritante presencia. ¿Qué más podrías querer? Ahora, por favor, deja a Eleanor en paz. Ya sabes cómo es, ella es... frágil."

"Rara, querrás decir."

"Y no quiero que se vea arrastrada en eso. No es justo. Ha sido una buena amiga estos últimos meses, pero eso es todo. Le molestaría oírte decir estas cosas. No se lo merece."

"¿Nunca te has preguntado qué piensa la gente? Tú no lo ves, pero yo sí. Ahora que tu padre se ha ido, ella estará buscando su próximo ticket restaurante. ¡Despierta, Tom!"

Cerré los ojos, sin osar a hablar hasta que la ira se calmara. Eleanor estaba libre de culpa. ¿Qué tenía ella, me pregunté, que la convertía en un blanco tan fácil?

"Si la gente chismorrea, depende de ellos," dije. "Pero ellos no sabrían la verdad ni aunque les golpeara en la cara. Por si quieres saberlo, me quedaré con ella hasta algún momento del Año Nuevo. Luego me iré. Sabré mi nueva dirección cuando me haya instalado."

"¿Oh?" Trató de sonar casual pero mis palabras la habían sacado de su venenoso camino y ahora tenía curiosidad. "¿Te vas?"

"Derby está cerrando, ¿ves?"

"¿Lo cierran?" Ella estaba sorprendida.

"¿No lo has oído?"

"¡No! ¡Tom, llevas allí años!" Se dio la vuelta y tamborileó lentamente con los dedos sobre la encimera, pensando, evitando decir que lo sentía, que lo sentía por Derby, lo sentía por la forma en que había hablado, que lo sentía por haber dormido con Alistair.

"Me han ofrecido algo en Francia."

"¿En Francia? ¿A ti?" No sonaba convencida.

"¿Por qué no? Parece la mejor opción."

"Supongo que sí. Pero los niños..."

"Lo sé. Los voy a echar de menos…" No era nada, me dije. Me las arreglaría. Ellos también. La gente lo hacía todo el tiempo. "Habrá vacaciones... podrías traerlos."

Pero yo sabía cómo serían las cosas: los dos siempre estábamos demasiado ocupados y si yo los veía más de media docena de veces en los próximos diez años, tendría suerte. En poco tiempo, Gemmie tendría dieciséis años y tomaría la píldora… y yo no la reconocería. Incluso una semana era como toda una vida para un niño en crecimiento y los rostros no suelen desaparecer pronto.

Justo entonces entró Gemmie arrastrando los pies lentamente, sondeando la atmósfera entre nosotros. Me lanzó una suave mirada, apoyó la cabeza en mi regazo y de inmediato comencé a derretirme.

"Cuéntame un cuento, papi."

Su cabello era suave en mi mano. Yo había olvidado su tacto, como si me rozaran plumas suaves. "No puedo, Gemmie. Tengo que irme, cariño."

"Ooh, por favor." Se acurrucó más cerca, ocultando el rostro.

"Puedes quedarte un rato si quieres," dijo Annie y, mientras hablaba, me lanzó una sonrisa. Era tibia, pero tendía hacia la simpatía. Una sonrisa extraña, pensé, y me hizo preguntarme si, a pesar de todas sus palabras, de todo su veneno irracional, me estaba

diciendo que eventualmente podríamos arreglar las cosas si yo jugaba bien mis cartas.

Pasó por mi mente un destello de luz, una imagen de cómo podrían ser las cosas. Podríamos hacer los ruidos correctos, decir las cosas adecuadas, quizá no ahora, sino en los próximos meses. Y si me esforzaba tanto como lo había hecho para encontrar a Rachel, entonces tenía que haber una buena posibilidad de que volviéramos a la normalidad. La alfombra a treinta libras el metro cuadrado podría volver a ser mía, mis pies quedar cómodos como antaño bajo la mesa de Annie, el único daño sería dos grandes facturas de abogado.

Salvo que, por supuesto, yo no podía.

No se trataba de perdonarla, porque por mucho que lo intentase, yo nunca había sido capaz de culparla en primer lugar. Desde el principio, yo había compartido la culpa. Siempre había tenido la sensación de haber jugado mi parte, de haber elegido dormir en un momento en el que debería haber estado más alerta. Había vivido un sueño y ahora el sueño estaba roto. No la culpaba, pero ya no podía confiar en ella con la ciega e incondicional confianza del amor. No habría vuelta atrás para nosotros. Volví a mirar el reloj. Las seis y cinco. Si quemaba caucho, aún podía llegar a tiempo. Diez minutos hasta Rachel y Highmoor y amplios horizontes de sexo hasta el amanecer, de playas mediterráneas y amor a distancia, y emociones despertadas por la más mínima mirada o el posado de una mano.

"La próxima vez," dije apartando suavemente la cabeza de Gemmie de mi regazo. "Te leeré un cuento la próxima vez."

Aunque yo no tenía idea de cuándo sería la próxima vez. Aquello era un débil subterfugio y Gemmie lo detectó, lanzándome una malhumorada mirada y un labio saliente. Dolía porque era mi hija y yo no quería que estuviera triste. "El sábado por la noche, entonces" prometí. "Puedes quedarte conmigo y con Brujita, si le parece bien a mami."

Hubo un destello de interés, los labios se separaron con anticipación. "¿De verdad?"

Pero vi el destello en los ojos de Annie y supe que estaba lejos de estar bien. O tal vez podría haberlo estado si no la hubiera puesto a ella en un aprieto de esa manera, si no hubiera encendido el foco emocional encima de ella. Gemmie estaba de puntillas, tirando de mi brazo, exigiendo confirmación. "¿Lo prometes, papi? ¿Lo prometes?"

Miré a Annie en busca de ayuda, pero ella se encogió de hombros y se alejó con una cruel sonrisa en los labios. Ella no lo iba a poner fácil, no quiso decir: «Por supuesto que está bien,» sino que eligió el silencio y la mezquina venganza de mi malestar.

"Tengo que irme ahora, cariño. Te llamaré."

Me liberé y salí dejando una rabieta llorosa a mi paso. Eso me despellejó la piel de la espalda: una promesa rota mientras Annie se apoderaba del terreno emocional, la simpatía, el abrazo reconfortante, un complejo juego desplegándose. Annie y yo, con los niños en medio. No hay ganadores, solo perdedores.

Me hundí en el cutre santuario del Midget, derramando lágrimas por segunda vez en veinticuatro horas. En busca de distracción pesqué el teléfono del bolsillo y lo encendí. Escaneé lentamente en busca de conexión, luego emitió un pitido de acusación, no estabas aquí cuando te necesitaban: mensaje de Rachel.

"Hola, Tom. Espero que lo recibas a tiempo. No vayas a casa. Llego tarde. ¿Puedes reunirte conmigo en la fábrica? Ha ocurrido algo. Nos vemos."

No hacía falta apresurarse entonces. Podría haber vuelto dentro, arreglar las cosas con Gemmie, leerle el maldito cuento y luego conducir a Skelmersdale con la conciencia tranquila. Pero esto era algo que no iba a resolver en un día con algunas palabras conciliadoras. Este era el trabajo de toda una vida aún por comenzar, y lo mejor que podía esperar era que ninguno de mis hijos creciera odiándome.

Capítulo 34

La puerta de la oficina de Rachel aún tenía el nombre del Coleta, pero cuando entré pude ver que ella se había instalado como en casa. Traje oscuro, se veía cómoda detrás del escritorio, con la cabeza apoyada en la silla de cuero profundo mientras estudiaba un puñado de papeles. No todo el mundo estaba hecho para ser un administrador de personas, pensé. A pesar de todas las supuestas recompensas, las demandas eran pesadas y siempre me había alegrado de que otros probaran su suerte en lugar de mí. Pero esto era lo que ella quería y sentí que sería buena en eso, imparcial y comprensiva con los sentimientos de la gente, pero firme y directa cuando surgiera la necesidad.

"Gracias por venir," dijo. "¿Va todo bien? Parece que has tenido un susto."

Supuse que mi cabello debía estar erizado, así que lo alisé y me hundí en la silla giratoria frente a ella. "Acabo de venir de casa de Annie, eso es todo."

"¿Problemas?"

"En realidad no. Al menos no tiene por qué haberlos. El tipo con el que estaba la ha dejado."

Rachel suspiró y desvió la mirada. "Y ahora ella quiere que vuelvas."

"No. Ella sólo quiere la casa. Le dije que podía quedársela."

Rachel fue cautelosa. "¿Fue eso… sabio?"

"No lo sé. A Hawksworth probablemente le dará un ataque, pero estoy más que feliz de saber que ella estará allí, que los niños no quedarán desarraigados."

"Siempre suponiendo que ella pueda permitirse la hipoteca por su cuenta."

"Supongo que su padre pagará lo que se debe. Ella estará bien."

Ella me lanzó una mirada mordaz y yo alcé las manos en señal de rendición. "Lo sé. Luego ella la venderá, se quedará con las ganancias que haya y se mudará con sus padres. Yo andaré corto de bolsillo por unas cien mil. Lo sé, estoy cansado de la confrontación. Quiero pasar página."

Ella sonrió, tal vez sin comprenderlo, pero al menos sin criticarlo. "¿Alguna noticia sobre Francia?" me preguntó.

"Todavía estoy pensando en ello. Pero tienes razón, probablemente sea lo mejor."

Dejó los papeles sobre el escritorio y se acercó rodeando la mesa, luego se reclinó con los brazos cruzados y me estudió. "No suenas muy seguro."

Yo bajé la vista hacia sus zapatos, zapatos azules, zapatos escolares, balanceándose sobre los lados de sus pies. Recordé calcetines blancos hasta la pantorrilla y hebillas plateadas. Olí pasillos polvorientos y cera para suelos, escuché el trueno de pies en los huecos de las escaleras.

"Prefiero estar más cerca de casa, si te soy honesto."

"¿Pero qué es lo que hay tan importante aquí? Quiero decir, sin tu padre y tu divorcio en proceso..."

"Es sólo por... los niños."

"Ah... me había olvidado de los niños. Pero seguro que los niños crecen y nos dejan algún día. Necesitamos algo más en nuestras vidas, Tom, y no tendrás nada más que ellos si te quedas."

"Estaba pensando en que te tendría a ti. Parece una lástima irme cuando te acabo de conocer."

"No deberías preocuparte por eso. Nosotros estaremos bien. Aún nos veremos el uno al otro... quiero decir, pase lo que pase, ¿no?"

Podría haberme sentido consolado por esas palabras. Pase lo que

pase, nos veríamos. Tom y Rachel, veinticinco años después. ¡Quizá debería haber encontrado ese árbol y grabado nuestros nombres después de todo! Pero había algo en su tono que llegó como un disparo de advertencia, un cartucho al rojo vivo gritando a través de mis arcos.

Alcé la mirada hacia ella, traté de mirarla a los ojos, pero ella los bajó, fuera de alcance. Últimas noticias. No son buenas.

"¿Ha pasado algo?"

"Quería tanto este trabajo," dijo. "Estaba demasiado ciega para detenerme y pensar por qué Jefferson me lo estaba ofreciendo."

"¿Y?"

"Tenías razón. Están transfiriendo la producción al lejano oriente, a Corea. Este lugar está cerrando."

"¡No!"

"Jefferson debe de haber sabido que lo único que quedaba por hacer aquí era despedir a todo el mundo. Por eso sigo dando vueltas, esperando un fax de él para confirmar los detalles. Mi trabajo es decirle a todo el mundo por la mañana que les entrego sus avisos de despido." Ella miró por la ventana hacia la oscuridad. "Planean establecer una oficina en Seúl y querían saber si yo estaría interesada en administrarla. Les dije que sí, pero no estoy segura."

"Suena a una oportunidad brillante," dije mientras pensaba al mismo tiempo que sonaba más como al final de todo: yo en Francia, ella en Corea. No era un desastre para ella, como lo era para mí. Para Rachel, era una oportunidad, una vía abierta, una que estaba destinada a aprovechar.

"No lo sé," respondió ella. "Lo único que digo es que podría irme."

Por supuesto, me había resultado fácil pensar en alterar el rumbo de mi vida para estar con ella porque, en mi mente, ella era alguien a quien había conocido toda mi vida. Recordé lo que había dicho Eleanor y noté que tenía razón: para Rachel, yo solo era un tipo que había conocido recientemente, alguien que le gustaba, pero que aún

no era lo bastante importante como para figurar en sus planes. Esa clase de mutua gravedad requería tiempo o una química asombrosa, pero ¿se había acabado nuestro tiempo en cuanto a química? Vi nuestras huellas en la arena, las vi correr paralelas por un tiempo,y ahora, en mi imaginación, las vi separarse. No había ningún catalizador, ninguna emoción, nada que se alimentara de sí mismo.

Quizá sintiendo mi melancolía, ella se inclinó y me abrazó. Sentí la tela de su traje. Era suave y tersa. Capté su aroma y sentí la encantadora y firme sensación de ella.

"Estaremos bien," dijo ella.

"Imaginé estar contigo más," murmuré, presionando mi boca en su hombro.

"Lo sé, pero nada es seguro. Puede que no vaya. Solo digo que *podría* ocurrir. Pero imagínate: nunca nos cansaremos el uno del otro. Siempre habrá emoción e impaciencia."

"Eso es cierto." Traté de sonar convincente, pero no funcionó y ella comenzó a buscar un cambio de tema, una distracción. Ella había retirado la alfombra de debajo de mis pies, pero no quería que eso estropeara la velada.

Se decidió por una visita guiada al taller de máquinas, pero cuando me mostró los alrededores, parecía rígida y ansiosa, señalando esta máquina y aquella sin estar segura de algo, de sí misma quizá, de cuánto podría estar dispuesta a compartir su yo… su vida.

Caminamos despacio, hombro con hombro, nuestros pasos sonando huecos bajo el techo de chapa y, mientras tanto, yo podía sentir un dolor sordo en el estómago, una sensación de incompletitud. Estábamos juntos, éramos amantes, pero ella aún no me conocía. Aún así, en mi corazón yo trataba de hacer girar su cabeza, todavía gritando como un niño: ¡mírame, mírame! Todavía anhelaba escucharla decir esas palabras: quiero estar contigo.

Las máquinas estaban silenciosas, sus contornos duros y mecánicos suavizados por la parafernalia de sus cuidadores: plantas en macetas, abrigos colgados sobre los respaldos de las sillas, una

plétora de calendarios que celebraban a las chicas tetonas y descaradas, todas haciendo pucheros estúpidamente. Era un lugar feo y aceitoso y compartía el mismo olor acre de los talleres mecánicos de todo el mundo, pero durante el día habría risas y bromas afables de gente que se unían para un propósito común, un propósito ahora mostrado redundante por el dios ciego de la economía global.

"Todo trata sobre la gente." suspiró ella. "Eso es lo que dicen, ¿no? Solo que de alguna manera no parece así en este momento."

"Nunca se ha tratado sobre la gente Rachel. Solo sobre las manos... y el dinero."

"Suenas amargado. Puedo entender eso."

"No, amargado no. Pragmático. Hemos terminado con la fabricación de cosas. Nuestras manos son demasiado caras. Tenemos que afrontarlo, tengo que afrontarlo. Tengo que seguir adelante."

"Tú eres más que un par de manos, Tom. Lo miras del modo equivocado. Vale, las fábricas están cerrando. El mundo está cambiando y tal vez no podamos hacer más cosas aquí, pero siempre habrá lugar para aquellos que están dispuestos a aceptar que tenemos que seguir adelante. Tu lugar está en Francia ahora, al menos por el momento. Díselo mañana, como dijiste. ¿Lo prometes?

Irme a Francia, pensé. Dejar todo lo que ha significado algo para mí. Luego, seguro como todo, en un par de años la producción de botellas cambiaría de Corea a otro lugar, y Derby se mudaría de París a Milán o a Madrid o adonde los trajeados decidieran, o más probablemente les obligaran por fuerzas fuera de su control. Así que, parecía tener poco sentido acomodar mi vida en torno a un empleo, parecía mejor ubicarme donde me gustaba y aceptar el trabajo que fuese.

No había nada de malo en Middleton, Skelmersdale o Parbold. A medida que avanzaban, los lugares eran muy parecidos a los que probablemente encontraría en cualquier parte del mundo: algunos lugares agradables, otros feos: una casa en la que descansar, una tienda de la esquina, un supermercado a las afueras de la ciudad,

lugares más lejos los fines de semana, una hora al aeropuerto para un cambio exótico de vez en cuando. Sí, Middleton era un lugar tan bueno como cualquier otro que llamar hogar.

"¿Enviarán estas máquinas a Corea, entonces?"

"Lo dudo. La mayor parte de este lote salió del Arca. Mira, en Norwich yo solía trabajar en esa máquina hace años. Hoy en día todo esto pasa más tiempo en reparación que haciendo botellas."

La imaginé allí de pie con un mono, pulsando los botones, expulsando las herramientas, las botellitas amontonadas, el ritmo de la máquina llenando su vida diaria durante décadas. Pero le había ido bien por sí misma, mejor que a mí considerando el hecho de que habíamos salido más o menos del mismo lugar. Ella había pasado de un mono de operaria a un traje, y ahora el traje estaba abriendo puertas al otro lado del mundo. Aunque yo no la envidiaba, porque en alguna parte del proceso ella parecía haber perdido la necesidad de apego, de pertenencia. Estaba flotando a la deriva, contenta de ir con la marea.

El fax estaba esperando cuando regresamos, un discreto montón de papel barato y rizado, pero marcaba el final de Bexley. Rachel se puso unas gafas y examinó las hojas una por una.

"Vale," dijo. "Eso es todo. Dame diez minutos. Luego necesito que me distraigas." Me miró por encima de las gafas, las comisuras de los ojos se arrugaron un poco, transmitiendo una cálida intensidad. "¿Has traído una bolsa?"

"Así es, sí."

Pero yo estaba distraído, pensando en ella teniendo que enfrentarse a los dueños de esas macetas y abrigos por la mañana. Algunos podrían entenderlo, podrían tomárselo bien, pero también habría lágrimas y rabia y, aunque los sensatos dirían que no era culpa suya, su rostro, el rostro que me había perseguido toda la vida, sería el que ellos siempre recordarían.

"Decírselo a esta gente," dije. "Probablemente sea lo más difícil que vas a tener que hacer jamás."

"No me va a divertir, eso seguro. Pero créeme, Tom, no será lo más difícil que haya tenido que hacer."

Salimos a las siete dejando el BMW de Rachel al cuidado del vigilante nocturno de Bexley. Luego cruzamos el aparcamiento hasta el Midget. Pensé que este se veía bastante triste y descuidado, solo un automóvil viejo que muestra la edad en lugar de un proyecto de restauración, lleno de promesas optimistas. Pero cuando ella lo vio, sus ojos se abrieron como platos.

"Me encanta," dijo.

"No hace falta que seas educada, es un cacharro."

"¡Lo digo en serio! Mi esposo tenía uno cuando lo conocí. Era rojo, nuevecito. Su padre lo compró cuando él cumplió los diecisiete. ¡Imagínate! Él conducía por Langholm Avenue, en Middleton, donde yo vivía en aquel tiempo. Yo vi el coche primero, luego le vi a él y eso fue todo. Tonto, ¿verdad?, las cosas que impresionan a una chica joven."

No podía creer lo que estaba escuchando y tal vez fuese perverso por mi parte, pero es que no pude resistir la ironía. "¿Te apetece una vuelta por Langholm Avenue entonces? ¿Por los viejos tiempos y todo eso?"

"Oh, pero eso está a kilómetros de nuestro camino."

"No tan lejos. Venga, un poco de nostalgia nunca hace daño a nadie."

"Vale, ¿por qué no? ¿Conoces Langholm Avenue?"

"Si. Lo conozco."

No dolía tanto el hecho de que su coche fuese nuevo, mientras que el mío era viejo y estaba destrozado. Fue más el darme cuenta de que quizá las cosas no habían sido tan desesperadas como yo las había supuesto en aquel entonces. Ella no se había fijado en él mientras estábamos en la escuela, fue solo más tarde, después de que él hubiese conducido su coche por su calle, el día en que yo no lo había hecho, y girado la cabeza de la manera que yo había

planeado, pero que había descartado como un sueño imposible.

Vi la luz del sol, de arriba abajo, la pintura roja brillante. ¡Podría haber sido yo! Y podría haber sido yo mil veces si hubiese hablado con ella una sola vez en todos aquellos miserables años escolares. Me maldije. ¿Por qué no lo había hecho? ¿Qué podía perder aparte de romper la fantasía de que ella me amaba? Aunque, por supuesto, la fantasía lo había sido todo, un engaño agridulce que debía conservarse a toda costa.

Mientras conducíamos, me sentí abrumado por el olor y cercanía de Rachel. No sé por qué lo había sugerido. No había razón lógica, solo fantasía otra vez: ella y yo juntos en este coche de hacía veinticinco años, conduciendo por Langholm Avenue. Estacionaría frente a su casa como quizá lo había hecho John. Ella se inclinaría y me besaría: su sabor, la frescura de nuestra juventud.

"Gracias," diría ella. "¿Puedo volverte a ver?"

"Por supuesto, ¿qué tal mañana?"

"¡Eso seria estupendo!"

"Te recogeré. A la misma hora."

Y luego me miraría, sus ojos se quedarían muy quietos. "Quiero estar contigo," diría.

Todavía me estaba aferrando a ello, aún sin afrontar la verdad sobre Rachel y yo. A pesar de que, a estas alturas, estaba tan claro como el día. Pero todo eso estaba cambiando, cambiando minuto a minuto a medida que conducíamos.

Las cortinas de Langholm Avenue estaban echadas contra la fría oscuridad de noviembre cuando llegamos. "Aquí," dijo. "Esa era nuestra casa. ¿Sabes?, no he vuelto en veinte años."

"¿No tienes conexión aquí entonces?"

"No. Mamá y papá fueron a Knutsford después de casarme. De allí soy originalmente. Papá vino a trabajar en Motors, pero cuando cerró no había nada que les retuviera aquí."

Miró hacia una de las ventanas, quizá su antiguo dormitorio. "Mi matrimonio fue un desastre," continuó. "Oh, fue maravilloso al principio, pero se convirtió en una pesadilla. Y después tuve miedo de arriesgarme de nuevo durante mucho tiempo."

Luego salió de ella, una confesión que le costó las primeras lágrimas que yo la había visto derramar. Brotaron inesperadamente y se derramaron, pintando líneas plateadas por sus mejillas.

"Le abandoné."

"¿A tu marido?"

"Sí, no es un hecho agradable, ¿verdad?"

"Estoy seguro de que hay más de lo que me estás contando."

"Tuvo un accidente. Su cerebro estaba dañado. Eso le cambió. Se convirtió en una persona diferente a con la que me había casado. Cuando le conocí era muy gentil y reservado. Pero después se volvió agresivo... impredecible, violento."

"Solía,... ¿qué? ¿Pegarte?"

"A veces."

"Dios, Rachel, lo siento, ¡pero hiciste bien en dejarle! Hiciste lo que tenías que hacer."

"No lo entiendes. No era culpa suya. Era como si una parte de él aún estuviera allí, pero atrapada dentro de la piel de un extraño y la única forma en que pudiera comunicarse era a través de esa terrible rabia. Yo no podía lidiar con eso. Era débil. Me consolé con otros hombres por un tiempo, pero en la primera oportunidad que tuve, subí hasta aquí, fuera del camino."

"No te culpo. Hiciste lo correcto."

"Pero si le hubiera amado, debería haberme quedado con él, ¿no?"

Su rostro estaba apenas iluminado por la farola bajo la que habíamos estacionado. Pude ver su mejilla arrugada por la

amargura del recuerdo. Ella siempre me había parecido tan fuerte, tan segura, que pensé que sus heridas ya se habían curado, pero, por supuesto, algunas heridas son tan profundas que se vuelven parte de lo que somos.

"Lo siento," dije. "No deberíamos haber venido." La abracé y le ofrecí mi pañuelo.

"Está bien," respondió ella secándose las lágrimas. "Tonto de verdad. No he pensado en él en años."

Yo no la creí. John Ogilvy era para ella lo que ella era para mí, un fantasma esperando acechar cualquier momento de tranquilidad que pudiéramos tener. Nuestro viaje por Langholm Avenue resultó ser inesperadamente evocador. Este me había permitido vislumbrar la profundidad del abotonado sentimiento dentro de ella, y su amor por John. Ahora comprendía su pérdida de aquel hombre, o más bien del hombre que él había sido una vez, que era el factor definitorio en todo lo que había seguido después.

Ella aún era infeliz, porque cualquiera que pudiera considerar renunciar a la joya de casa que ella poseía y cambiarla por un piso de empresa en una ciudad extranjera, no podía ser feliz. Ella seguía huyendo de la Granja Marsh, de todo lo que había sucedido. El patrón de su vida estaba establecido. Ella estaría siempre en movimiento de huída, sin esperanza de movimiento hacia adelante.

Tomé su mano. "Quédate conmigo, Rachel."

Sorprendida, se giró y sonrió. "Por supuesto, vamos a divertirnos un poco."

"No, me refería..."

"Deberíamos irnos," interrumpió ella y luego, mientras nos alejábamos, me preguntó: "¿Cómo es que conoces Langholm Avenue?"

"Conozco todas las calles de Middleton."

"¿Eso es todo lo que hay en ello?"

"No, tienes razón. Hay más. Siempre supe dónde vivías. Solía venir después de la escuela en mi bicicleta con la esperanza de verte. Y más tarde, cuando dejé la escuela y estaba dando vueltas por todas partes en mi motocicleta, seguía pasando por allí, o más tarde, pasaba por ahí solo por la remota posibilidad de que pudiera verte, aunque para entonces ya había supuesto que probablemente ya no vivías aquí. Y cada vez que me dolía el corazón, solo pensaba en ti y en esos días, ahora tan lejanos."

"No me malinterpretes, no he hecho esto desde hace años... veinte años, tal vez más, pero recientemente, cuando me separé de Annie, me remonté hacia atrás, en busca de los viejos tiempos, se podría decir, y me asombró lo intensa que era la emoción, la sensación de algo perdido. Quiero decir, después de todo lo que me ha pasado desde que estábamos en la escuela: novias, matrimonio, hijos. Y luego te encontré."

Ella estaba callada, de alguna manera perdida en la oscuridad, así que me sentí solo a pesar de que nuestros hombros se estaban tocando.

"Estabas enamorado," dijo ella, como si finalmente se hubiera convencido a sí misma de que era verdad. "Tom, eres un…."

"¿Buen tipo?" Le ofrecí.

"Un muy buen tipo. Sí."

Deslizó la mano y la dejó reposar en mi regazo. Sin embargo, no había ningún consuelo en ello porque obviamente había omitido la palabra "pero," la había dejado suspendida entre nosotros, mientras el Midget gimoteaba en su camino de regreso a Highmoor.

Había un viento frío que chillaba desde la llanura cuando llegamos, sus ráfagas bruscas y repentinas sacudían el pequeño automóvil mientras viajábamos la última media milla hasta su puerta. Después de avanzar hasta delante de su casa, ella no se movió durante largo tiempo, sino que permaneció pensativa, con la mirada fija, los ojos sin ver sobre el camino de delante.

"Pero," dijo ella al fin.

"Ah... pero."

"¿Es a mí a quien realmente ama?" Ella no se dirigió a mí directamente, sino que más bien se lo preguntaba a sí misma. "O," prosiguió. "¿Es a la chica que era antes de que creciera? Peor que eso, ¿es a la chica que él pensaba que era?"

"Sé que no eres la misma," le dije. "Sé que puede que ni siquiera seas la chica que pensé que eras. Mucho de ello era fantasía. Yo tenía miedo de que nuestro tiempo en Mallorca rompiera esos sueños y te hiciera real... que te hiciera real en el momento en que hiciéramos el amor."

"¿Y me volví real?"

"Por supuesto que sí."

"¿Y me amas ahora, Tom? No a la idea de mí, no a la persona que crees que soy, sino a mí. ¿Me amas?"

"Sí. Lo hago."

Era cierto: yo siempre la amaría, porque no amamos en la superficie de nuestro ser. Es un acoplamiento mucho más fundamental de lo que sabemos. Las personas cambian, envejecen, sus vidas las cambian, a veces de manera dramática, transforman a los patitos feos en cisnes, o a los hermosos y articulados en monstruos repulsivos. Pero el amor nos une a través de los cambios. Incluso si no podemos vivir con la persona que amamos, eso no nos impide amarla. Yo lo sabía porque, al otro lado del abismo de veinticinco años, Rachel estaba enamorada de John Ogilvy. Ella lo amaba como siempre lo había hecho, como yo siempre la había amado a ella, aunque en realidad ninguno de los dos existía como los recordábamos. Pero él seguía siendo la clave para comprender su vida, así como ella era la clave para comprender la mía.

Ella nunca me había amado, nunca me había anhelado en secreto y yo siempre lo había sabido. También sabía que ella no me amaba ahora, ni lo haría nunca, sin importar con cuánto cariño hubiera llegado a mirarme. Lo supe cuando se inclinó y me besó, mordiéndome el labio con la sensual agudeza de sus dientes. Lo

supe cuando presionó mi mano sobre las lujosas medias en su muslo. Y luego en su cama, donde me hundí en su delicia. Supe que un día me dejaría. Pero saberlo era menos doloroso de lo que podría haber sido, aunque solo fuese porque yo ya había pasado la mejor parte de mi vida superándolo.

Capítulo 35

Me levanté temprano y me vestí mientras Rachel yacía dormida. La oscuridad de su habitación se había vuelto suavemente transparente por el tenue resplandor de una farola distante y ella parecía resplandeciente en su desnudez, tendida lujosamente, boca abajo sobre la cama. La acaricié, incapaz de resistir la textura y el calor de su piel. Con las yemas de los dedos tracé sus contornos hasta el profundo hueco de su espalda, luego sobre la fría curva de su trasero. Ella se agitó y sonrió con placer inconsciente ante mi tacto, pero no se despertó. Yo temía que nunca volviéramos a hacer el amor, así que me senté un rato absorbiendo la impresión de su belleza, y el placer que sentí estaba teñido de tristeza porque la belleza del momento se intensificaba solo por la sensación de su impermanencia.

Finalmente, la tapé y bajé las escaleras a por café. Aún no había amanecido y, de camino a la cocina, fui atraído al invernadero por la vista de la pradera iluminada muy abajo. Era una parte del mundo que conocía bien y, sin embargo, parecía extraña esa mañana. Aquellos caminos, tan familiares a la luz del día, quedaban transformados por la oscuridad en misteriosas pistas, como cadenas de perlas fosforescentes que conducían a lugares que yo no podía imaginar.

Pensé en Eleanor, pensé en ella durmiendo allí en algún lugar de esa hirviente masa de coral luminoso, acurrucada y sola. Pensé en mí mismo dentro de seis meses, durmiendo en algún suburbio de París con el zumbido de la ciudad a mi alrededor, y pensé en Rachel en el calor de Corea, sus ojos oscuros observando mientras filas de manos enguantadas de blanco apretaban botones de rugiente maquinaria.

Parecía haber pocas dudas de que así iba a ser, pues el amanecer estaba rompiendo ahora, los caminos se revelaban desde la penumbra de la noche, llevándonos a cada uno de nosotros a la siguiente etapa de nuestros enteramente separados viajes. Sí, no parecía haber ninguna duda, pero eso no significaba que yo sintiera

que nada de eso estuviera bien.

Rachel apareció un tiempo después envuelta en un vestido de satén. Me saludó con una sonrisa, pero por lo demás parecía reservada, dudando en tocar y abrazar, su rostro en una profunda sombra, la incomodidad del día siguiente comenzaba a devorarla. Compartimos el desayuno en el invernadero mientras manteníamos un agradable silencio, y desde allí vimos el amanecer sobre la llanura: nubes azul grisáceas que se revelaban extendiéndose bajas en el cielo del Oeste y desgarrándose lentamente en tiras de bermellón.

"La Advertencia del Pastor," dijo ella en voz baja.

"¿Hmn?"

"Se acerca tormenta."

Seguí su mirada. El cielo parecía demasiado lento y somnoliento para una tormenta, pero sentí un cambio. Condujimos hasta Skelmersdale con una luz gris apagada, las carreteras eran lentas por el tráfico; los árboles al borde del camino, desolados y negros; los setos cubiertos de maleza todavía lloraban con el peso de la lluvia nocturna.

"Eres un buen amante, Tom."

"Eres muy amable, pero se necesitan dos."

"Podríamos continuar, ¿no? Siendo amantes."

"Espero que lo hagamos."

"¿No te arrepientes entonces?"

"Solo de no haberte preguntado nunca... quiero decir, en aquel entonces. Ojalá te hubiera conocido todo este tiempo, hubiera estado casado contigo todo este tiempo."

"No te has perdido gran cosa."

"Creo que sí. Creo que me he perdido algo extraordinario."

"Deberíamos estar con los que nos aman, Tom, ¿no crees?"

"Por supuesto."

"Y dejar a un lado a los que no lo hacen, sin importar lo que sintamos por ellos."

El aparcamiento de Bexley ya estaba medio lleno cuando llegamos y la gente caminaba resueltamente para ocupar sus puestos en sus oficinas y junto a su maquinaria. Los observamos marchar sabiendo su destino y, durante mucho tiempo, Rachel pareció reluctante a moverse.

"Buena suerte," dije.

Mi voz pareció sacarla de un sueño. "No sé cuánto tiempo llevará esto. Probablemente tendré que ir a Norwich esta noche. Hay reuniones todo el fin de semana."

"No te preocupes. Hay algunas cosas que necesito resolver también. Tienes mi número. Llámame cuando puedas."

"Lo siento si te he herido, Tom."

"No me has herido."

Ella sonrió y sacudió la cabeza. "Yo creo que sí."

Me apretó la mano, luego salió del coche, me dejó solo con el espacio que ella había ocupado y, de repente, el aire pareció frío. La vi alejarse hacia la puerta abierta de la oficina, vi la puerta girar y cerrarse tras ella, y algo se removió dentro de mí: *deberíamos estar con los que nos aman y dejar a un lado a los que no*. Pensé que ella había querido decir que debería estar conmigo, pues sabía que yo la amaba, pero al verla irse, supe que estaba diciendo que era yo quien debía dejarla a ella a un lado, que debía estar con alguien que me amara. Y así, sin siquiera saberlo, Rachel y yo nos habíamos dicho nuestro último adiós.

Llegué una hora tarde al trabajo, pero de alguna manera ese tipo de cosas ya no importaban. Stavros captó mi mirada, pero no dijo nada y yo no le ofrecí ninguna explicación. Me instalé bajo una cortina

de humo de espuria actividad para pasar el tiempo hasta la hora de salida.

Traté de no pensar en Rachel porque me sentía bastante tranquilo y temía que la emoción dentro de mí fuese de la variedad retardada, que si la tentaba, me abrumaría de pronto y Stavros me encontraría lloriqueando en los baños. Pero ella vino, una repentina retrospectiva: un día de junio de 1977, el sol entraba oblicuamente a través de las ventanas del aula donde yo estaba completando un examen. Matemáticas. Mi último examen, mi último día, de hecho, mis últimos minutos en el County High de Middleton.

De hecho, había terminado el trabajo hacía mucho tiempo y estaba pasando el tiempo, fingiendo comprobar las respuestas de las que ya estaba seguro. Ella estaba en el edificio en alguna parte, otro examen, otra aula. Yo era muy consciente de su presencia y sentí que haberme marchado, haberme ido a casa, habría sido cerrar finalmente la puerta al sueño. Habría sido decir adiós.

Por supuesto, había llegado el momento en que no podía demorarme más y me había ido, pero lentamente, deambulando por pasillos vacíos, un camino tortuoso hasta donde había dejado mi bicicleta. Y todo el tiempo esperaba en cualquier momento escuchar las puertas abrirse detrás de mí, escuchar sus pasos apresurados, escucharla gritar como si estuviera en un final muy cargado, que me amaba, que quería estar conmigo.

Ese día me dolió el corazón, como a menudo me duele cuando pienso en ella. Ella cambió mi vida, pero no me amaba. Ella cambió mi vida, pero ni siquiera sabía que yo estaba allí. Algo se rompió dentro de mí entonces y supe que todo había terminado. También supe que nunca volvería a medir el amor por lo que una vez había sentido por ella.

En el transcurso de ese breve día de invierno, el sol salió y se puso detrás del ruinoso cobertizo de la antigua gloria de Derby y luego, lentamente, mientras el reloj Smith marcaba los últimos minutos, mis pensamientos se volvieron por fin hacia Eleanor. Habíamos acordado hablar esa noche, sentarnos cara a cara y discutir nuestras vidas. Las luces de neón ardían débilmente mientras la oscuridad pintaba las ventanas, y cuanto más pensaba yo en las cosas, más

sencillas parecían volverse ahora. Ella tenía que quedarse en la casa y yo tenía que irme a Francia. De alguna manera tenía que reinventarme, llevar el idioma y la cultura a mi corazón, encontrarme una buena dama francesa, mantenerme en contacto con Eleanor, escribirle largas cartas, tal vez verla de vez en cuando.

Lunes.

Se lo diría a Stavros el lunes.

Por fin, agarré mi chaqueta como un hombre en una misión, pero Stavros apareció a mi lado, ¡exasperado hasta el final! Había tenido todo el día para hablar conmigo, pero había elegido este momento, cuando yo estaba saliendo.

"¿Te has decidido entonces, Tom?"

Sentí pánico, buscando a mi alrededor algún medio de escape, algún medio de demorarlo. "¿Eh? ¿Sobre qué?"

"¡Francia, cabeza de chorlito! La fecha límite es el lunes. Pensé que sería mejor recordártelo. No has sido tú mismo últimamente."

"Lo sé. Lo siento. Sí. Te lo haré saber el lunes."

"Asegúrate de hacerlo. ¿Cómo van las cosas, por cierto? ¿Te apetece un trago? Estoy a punto de salir. Si esperas un segundo. Voy a buscar mi chaqueta."

"Lo siento Stav. Tengo que apurarme. Tengo que estar en el dentista en cinco minutos."

¡Mentiras! ¡Evasivas! Empecé a sudar, confundido por mis sentimientos. Si estaba tan seguro de Francia, ¿por qué no podría simplemente habérselo dicho entonces? Era desconcertante, enloquecedor... pero para cuando llegué al coche y me instalé en su húmedo interior, lo supe, a pesar de la aparente inevitabilidad de ello. Yo no iba a ir.

Conduje hasta el más cercano "sin licencia" y elegí un par de botellas de Chianti para mi velada con Eleanor. Tenía la intención de emborracharnos a los dos. Tenía que haber un lenguaje sencillo,

sin barreras, sin defensas, y esperaba que el vino nos sirviera bien, pero cuando llegué a casa de mi padre, la encontré vacía y supe que Eleanor ya se había ido. Hubo un presentimiento de ello en el sonido de mi llave en la cerradura y, cuando entré, lo hubo en el silencio sepulcral del lugar, como si sin ella yo no pudiera vivir. La llamé por su nombre, la llamé con pasión, pero las paredes sonaban huecas por el vacío.

Irrumpí en su habitación, listo para retroceder en caso de que ella estuviese tumbada en la cama, su pálido cuerpo cubierto descuidadamente, manchas oscuras en la ropa de cama cerca de sus muñecas. Ella no estaba allí, pero el aire traía consigo el fantasma de su olor y su quietud. Los cajones abiertos, ligeros al tacto. Estaban vacíos, al igual que su guardarropa, y la visión de aquella desnudez dolía, no solo porque ella se había ido, sino porque sabía que yo le había fallado.

Encontré una nota en la mesa de la cocina. Estaba escrita en una hermosa caligrafía, la mejor y más tranquila mano de Eleanor, algo en desacuerdo con la turbulencia subyacente en su vida:

La única forma para nosotros de seguir adelante.

Con Amor Eleanor.

¿La única forma de seguir adelante? ¿Irse? ¿Huír? Entonces el temporizador del horno empezó a sonar. ¡Demasiadas contradicciones! Parecía que se había ido para siempre, ¡pero había pensado en dejar un guiso para el té!

Llamé a Phil para preguntarle si sabía dónde estaba. Me dijo que no me tenía que preocupar, que había venido ayer con su camioneta y había cargado todas sus cosas, pero que él no iría tan lejos como para decirme adónde había ido ella en realidad.

"¿Cómo se las arreglará, Phil? Necesita una casa. Necesita dinero."

"Ella estará bien," me aseguró.

"¿Está ella contigo?"

"No me preguntes, Tom. Pero créeme: ella está bien."

"¿Dijo algo sobre por qué se fue?"

"No mucho. Sé que has sido un buen amigo para ella y te lo agradezco, pero no debes preocuparte. Has hecho todo lo posible. Ahora depende de ella."

Sus palabras me avergonzaron porque yo no había hecho nada. Había sido Eleanor quien me había ayudado a sortear el desorden de mi propia vida, mientras yo permanecía aturdido e indefenso.

"Dile que lamento que haya sentido que tenía que irse. Dile que si hay algo que yo pueda hacer, ella sabe dónde estoy."

"Claro," respondió. "Se lo diré."

Pero cuando colgué el teléfono, tuve la sensación de que ya no escucharía nada de él, la sensación de una puerta cerrándose y las grietas llenándose por todos lados, de modo que si una vez apartaba mis ojos de esta, aunque solo fuese por un segundo, nunca volvería a encontrar la apertura. Lo que fuese que nos habría pasado, ya fuese viviendo juntos o separados, yo siempre me lo había imaginado estando en contacto con Eleanor, hablando con ella o escribiéndole desde cualquier lugar del mundo en el que terminara. Pero ahora, estando tan repentinamente sin ella y, peor aún, tan inexplicablemente rechazado, me sentía más solo de lo que jamás había imaginado que fuese posible sentir.

Me encontré vagando por la casa en busca de algo de ella, algo personal que pudiese haber dejado atrás. Esto no era como las veces en que una amante me había rechazado y yo quería purgarla de mi sistema deshaciéndome de cada recuerdo. Con Eleanor, sentía la necesidad de algo que pudiera sostener en mis manos y, al sostenerlo, tratar de entender lo que había sucedido. Pero no había nada. Era como si ella nunca hubiese existido.

Recuerdo más tarde ver las brasas y escuchar los sonidos familiares de la casa, los pequeños crujidos del lugar enfriándose por la noche. Debería haberme sentido reconfortado allí, pero en cambio, su familiaridad se burlaba de mí y gradualmente quedé abrumado ante la idea de que todos los años que yo había pasado fuera de aquel lugar habían sido horriblemente desperdiciados. Había vivido y

trabajado durante un cuarto de siglo para construir una vida lejos de la calle Arkwright y ahora parecía la mayor humillación encontrarme arrastrado de nuevo a su vera sin nada, y con aquellos a quienes amaba o bien muertos, desaparecidos o alejándose lentamente como la bruma.

Capítulo 36

Por la mañana conduje sin invitación hasta la casa de Phil. Quizá no era lo más sensato, pero era el único lugar en el que podía pensar que ella podría haber ido con tan poca antelación. Los páramos parecían fríos y lúgubres rodeando la pequeña granja en su campo embarrado y pensé para mí mientras me acercaba que ella se volvería loca en un lugar como ese, tan solitario y dominado por un desperdicio de tierra tan poco atractivo.

Era el amanecer, una luz de color amarillo pálido recortaba las colinas con un color caqui, una fina llovizna era impulsada por un viento amargo con olor a turba. Phil llegó a la puerta en bata, piernas peludas completamente blancas bajo el dobladillo, un oso desaliñado, apenas capaz de mantener los ojos abiertos.

"¡Tom!"

"¿Está ella aquí, Phil?"

Me miró, sus pesados párpados se abrieron lentamente un poco más. Olí cerveza y leí una resaca en su arrugado rostro, en su pelo desgreñado. "Ya te lo dije, no fue culpa tuya. Hiciste lo mejor que pudiste."

"No sé si lo hice."

"Escucha, amigo. Tú tienes tu propia vida. Ella no es problema tuyo." Entonces se le escapó una sonrisa y se encogió de hombros con simpatía. "Mujeres, ¿eh? Mira, ella estuvo aquí, pero se fue en mi camioneta anoche y aún no ha regresado." Extendió su brazo, invitándome a entrar. "Vamos a tomar una cerveza, hace un maldito frío aquí. Estará en casa cuando esté lista."

Tomamos té en la cocina. El lugar olía a repollo hervido y estiércol de vaca, a pesar de que la granja probablemente no había visto ninguno de ambos en años. Había colada sucia apilada en las encimeras, ollas limpias mezcladas con otras sucias, el fregadero lleno de cacerolas y restos de varios packs de seis cervezas,

relucientes y aplastados, esparcidos por los suelos de piedra.

"Vinieron algunos muchachos anoche," explicó. "Por eso se fue, supongo, le gusta el silencio a nuestra Ellie. Lo había olvidado. No es un buen comienzo. Así que, bueno, ¿qué pasó? ¿Tuvisteis una pelea? Ella no dijo nada. Puedo entenderlo si la tuvisteis. Ella puede ser difícil, cerrada, no deja que nadie se acerque, y luego te grita solo por intentarlo."

"No fue una pelea exactamente, pero algo se ha estado gestando desde que murió mi padre. Quería que ella se fuera a Francia conmigo, pensé que ambos podríamos comenzar de nuevo."

Eso levantó una ceja: "¿Qué, quieres decir como juntos?"

"Bueno, más o menos, pero no exactamente, ¿sabes? Solo como compartiendo el lugar. Como amigos, o algo."

"¿Y ella no cedió? Bueno, no suena como el tipo de cosas para Ellie. Francia, quiero decir. Rara vez sale de Middleton. Incluso este lugar es como un país extranjero para ella. Es una lástima que ella no quiera ir. Le habría hecho bien."

"Bueno, pensé que lo mínimo que podía hacer ahora era asegurarme de que está bien de dinero. Necesita algo que la respalde. Ahí está la casa de mi padre. Es de ella por derecho. Solo tenemos que sentarnos y arreglarlo todo correctamente."

"Yo no me preocuparía por la casa, Tom. Tú necesitas una casa ahora mismo. Ellie lo sabe y, además, tiene un poco de dinero propio."

"Necesitará más de un poco."

Hubo una pausa mientras él se miraba los pies y consideraba algo. "¿Así que no sabes lo del dinero?"

"¿El dinero?"

Él exhaló una larga bocanada de aire. "Parece que las cosas están llegando a un punto crítico, Tom. Mira, tienes que prometer que no le vas a decir lo que sabes. Y si alguna vez te lo dice ella misma,

tienes que actuar sorprendido, ¿de acuerdo?"

Continuó explicando que él se encontró una vez con un problema con la Hacienda Pública. Hawksworth le había representado y, durante sus reuniones, Phil también había mencionado las desgracias de su hermana.

"Hawksworth calculó que podría ayudar a Eleanor a ganar una compensación. Fue una clínica privada donde la masacraron, ¿verdad? Bueno, Hawksworth presentó un caso contra ellos por negligencia. Un par de semanas antes de que llegara a los tribunales, lo resolvieron tranquilamente, como él dijo. Él también se habría enfrentado al gobierno por encerrarla en primer lugar, quiero decir, la policía y los legales que la enviaron deberían haber sido colgados. Nunca hubo ninguna evidencia en su contra, no hay antecedentes de violencia. Sólo su confesión."

"¿Ella confesó?"

"Dijo que asfixió al pequeño ácaro con una manta. Pero ella misma era solo una niña, Tom. Veinticuatro horas la acosaron, sin abogado, sin padres, sin amigos, sin dormir. Claro, solo firma esto, amor y te dejaremos marchar. Probablemente lo habría firmado yo mismo. Luego se abrieron las trampillas de la burocracia y ella cayó en su peor pesadilla."

Parecía que cada vez que escuchaba un fragmento de la historia de Eleanor, empeoraba. Gruñí. "Maldita sea, Phil."

"Hawksworth dijo que tenía muchas posibilidades de demostrar que había sido una condena insegura, pero que probablemente habría tenido que prolongarse durante años y Ellie, bueno, no puedes imaginar cómo era antes de que la conocieras. No estaba a la altura, amigo. Ella solo quería olvidar todo el asunto. Todavía tiene los doscientos mil de la clínica. Quién sabe lo que eso vale ahora. No creo que haya tocado nada del capital. Está todo invertido y administrado correctamente. Hawksworth lo arregló. Ella solo obtiene un poco de ingresos de ello y no tiene exactamente un estilo de vida extravagante. Como ves, el dinero nunca ha sido un problema para nuestra Ellie."

"No tenía ni idea."

"No es algo de lo que ella hable mucho. Incluso me dijo una vez que prefería no haberlo tenido nunca porque era un recordatorio, que la ataba a un punto de su vida que antes hubiera olvidado. Como si el dinero estuviese envenenado y vivir de él fuese malo para ella. También estaba el estigma, por supuesto, lo que la gente pensaría si lo supiera. Mejor simplemente olvidarlo, si es que puedes olvidar algo así alguna vez."

De modo que la casa no importaba, ni la cuenta bancaria relativamente escasa de mi padre, y si ella necesitaba un lugar para vivir, podía salir y comprar uno. No pude evitarlo: me reí.

"Todos esos años. ¡Phil! Mi miserable familia: Eric y Agnes y el resto de ellos pensando que ella estaba sangrando a mi padre, ¡cuando todo el tiempo ella tenía diez veces más! Si lo hubieran sabido, ¡la habrían estado invitando a diario para el té! "

"Exactamente. Y esa era otra razón por la que ella solía quedarse callada, porque la gente te ve diferente cuando piensan que estás forrado, ¿no es así? Ven el dinero, no te ven a ti."

Esperé una hora, pero ella no vino. Hablamos de automóviles y motocicletas y de días pasados, de tornos de torreta y fresadoras y el trueno del metal caliente mientras se apaga en aceite. Pero al final, me puse nervioso.

"Quizás sea mejor que me vaya, Phil."

"Le diré que llamaste entonces."

"Quizá no deberías. No quiero molestarla. No quiero que piense que la estoy agobiando ni nada."

"Tú mismo. ¿Pero por qué el dinero debería cambiar algo?"

"El dinero no cambia nada."

Me lanzó una mueca y una mirada de reojo, su estado de ánimo se desintegró, su resaca se instaló. "Por supuesto que sí. Nunca debería habértelo dicho."

"Me alegro por lo del dinero."

"Entonces, ¿cómo es que en un minuto estás golpeando la puerta con ganas de verla por algo tan urgente que ni siquiera puede esperar hasta después del desayuno y al siguiente te escapas sin querer que ella sepa que has estado?"

"De acuerdo, tal vez vine aquí pensando que había algo que yo pudiera hacer por ella, pero por lo que has dicho, ella no necesita nada. Será mejor que la deje en paz, obviamente eso es lo que ella quiere."

"Los cojones," dijo. "¿Nunca has pensado que tal vez lo que ella quiere de ti, ella sabe que nunca podrá tener?"

"¿Y qué se supone que significa eso? Yo haría cualquier cosa. Simplemente no me deja. No me deja acercarme a ella."

Se cruzó de brazos y miró hacia otro lado, cerrándose. "No voy a decir nada más. Ya estoy en suficientes problemas si alguna vez se entera. Pero tú *sí* tienes que hablar con ella, y si ella estuviese aquí ahora mismo, créeme, ¡os golpearía la cabeza uno contra el otro! "

Capítulo 37

Phil tenía razón; era el dinero. Me hizo pensar que ella no era la persona que yo había imaginado. Me tomó un tiempo calmarme, recordar, por supuesto, que ella era la misma. El dinero simplemente le había dado algo de protección, algo de independencia del mundo y de mí. Parecía que yo quería que ella estuviese a salvo, pero solo si su vida estaba ligada a la mía. No quería que ella pudiese arreglárselas sola.

Sobre el tema de Eleanor, el mundo estaba dividido en dos campos. Uno habitado por aquellos que usaban su debilidad como una excusa para hacerle daño. El otro por aquellos que lo veían como un medio para controlarla. Y yo era tan malo como el resto, controlándola, molestándola en este o en otro plan, cuando lo único que ella quería era que la dejaran en paz, hacer su propio camino tranquilo, simplemente ser.

Conduje de regreso a la calle Arkwright bajo una especie de nube, luego entré en la casa y cerré la puerta, apoyándome pesadamente en ella, cerrándola de golpe, golpeando a los demonios. Durante meses había estado enviando pequeñas ondas a un océano inexplorado: preguntas, señales insondables de cada pregunta que había hecho. Y ahora, de repente, todo había cambiado, reflejado desde una parte más profunda de mí, acumulando fuerza y elevándose como un maremoto aplastante. Y en su estela estaba la respuesta, alta, seca e inequívoca. El conocimiento de que, al dejar este lugar, estaría preservando solo las partes de mí que menos valoraba, mientras abandonaba todo lo que más amaba.

No podría reinventarme en otro lugar, como tampoco podía hacerlo allí. No importaba que mi vida me hubiera llevado dando un círculo completo. No habría importado si me hubiera pasado toda la vida viviendo en la calle Arkwright, levantándome cada mañana de mis cuarenta y dos años desde ese mismo cuartito o si, por algún capricho del destino, hubiera terminado como primer ministro. No era lo que había hecho, ni donde había estado: era quien era. Y yo era a quien yo amaba.

Lentamente, me di cuenta de una presencia en la casa y miré hacia arriba con un sobresalto para encontrar a Eleanor estudiándome a través de la puerta de la cocina.

"¿Estás bien?" preguntó, frunciendo el ceño con preocupación.

No estaba seguro. Verla así había sido un impacto: su larga figura enmarcada en la puerta, un retrato pálido, pre-rafaelita, muy quieto, pero como siempre y de alguna manera, portentoso.

"Pensé que te habías ido."

"Solo vine a buscar algunas cosas y a... darte tu llave."

Anoche yo había registrado la casa en busca de algo a lo que aferrarme, un pendiente olvidado, un pañuelo, cualquier cosa, pero ella había borrado todo rastro de sí misma, se había fregado de las paredes. No había nada, ni siquiera el más mínimo rastro de ella. En cuanto a la llave, podría haberla metido por el buzón. Ella estaba mintiendo.

Dije: "Pensé que habíamos acordado hablar."

Ella me lanzó una mirada de advertencia. "No empieces con eso de nuevo. Temía que si no lo cortaba huyendo, me ganarías de alguna manera."

Ojalá pudiera haber sido yo tan persuasivo, pensé. "Espero que podamos mantenernos en contacto, eso es todo. Esto parece tan definitivo, pero creo que lo entiendo. Necesitas espacio, necesitas espacio para ser quien eres, sin que un idiota te agobie."

"¿Qué? ¿Qué se supone que significa eso? ¿Has estado leyendo trillados libros de autoayuda o algo así? ¿Y desde cuándo has entendido tú algo?"

Sarcasmo, pensé, no es el estilo de Eleanor. Yo no quería que se fuese, así que me encontré caminando de puntillas a su alrededor, hablando en voz baja, como un gato tímido. "Tu nota. «La única forma de seguir adelante». Eso es lo que dijiste. Y está bien pero, por favor, mantente en contacto."

Se miró las manos entrelazadas y las abrió lentamente para revelar los restos retorcidos de la nota. "¿La has leído entonces?"

"Por supuesto que la he leído." Estaba perplejo y mi andar de puntillas terminó abruptamente. "No se trata de la llave, ¿verdad? Ni de tus cosas. Solo has vuelto a por la nota."

Se mordió el labio y se sonrojó.

"No lo pillo, Eleanor."

Se dio la vuelta y cruzó los brazos sobre el estómago, su cuerpo se dobló levemente como si le doliera, luego me miró incrédula, desconcertada. "¿La leíste y todavía no lo entiendes?"

"¿Esto es por la otra noche?"

"¿Qué?"

"Sabes a lo que me refiero, en el baño. ¿No podemos olvidarlo? No es importante."

Ella negó con la cabeza, ahora exasperada. "No tiene nada que ver con eso."

"Pero ¿qué más hay?"

Abrió los labios para hablar, luego cambió de opinión y, en cambio, hizo una bola con la nota y me la tiró. "¿Es realmente tan improbable para ti que no puedas verlo, incluso cuando está deletreado?"

Ella hizo ademán de irse. Pillé la nota cuando ella pasó, capté su aroma y el suave látigo de su cabello en mi cara. Extendí la mano para tomarla suavemente por el codo, pero al menor toque ella se dio la vuelta violentamente para encararme. Tenía los ojos desorbitados y la nariz inflamada por la ira.

"Eleanor, ¿qué pasa?"

"Déjalo. Suéltame." Sonaba enérgica, desdeñosa.

"¿De verdad puede ser tan malo para ponerte así?"

"¡Que pares!"

"¿Qué?"

"Lo estás haciendo de nuevo, siendo amable y razonable, y tranquilo. Y no funcionará."

"Quiero ayudar. Tú has hecho mucho por mí. Ahora es mi turno."

"Esto está más allá de ayuda. No hay nada que puedas hacer."

Un pensamiento me asaltó y me quedé helado, mi cuerpo se apoderó de un repentino espasmo de terror. "No estarás, ¿verdad? ¡Eleanor, por favor! No me excluyas, quiero saberlo."

Finalmente, cerró los ojos y respiró hondo, sonriendo para sí misma. "No," dijo ella. "Enferma no." Luego me miró, una pizca de ternura apagó el fuego. "Estoy enamorada de ti, eso es todo."

Me dio de lleno entre los ojos y me bajé a la mesa vacilante, mis manos no sentían la madera a pesar de que estaban presionadas contra ella. Luego me encontré desenrollando la nota, alisándola.

"La única forma en que podemos seguir adelante. Con Amor Eleanor." ¡Sin coma entre la palabra Amor y la palabra Eleanor! [10] Era una cosa tan pequeña, pero cambiaba el significado por completo. La única forma de seguir adelante no era que ella se fuese, sino que yo la amara. Pero yo no lo hacía, y sabiendo eso, derrotada por la desesperanza de la situación, como lo había estado yo con Rachel hacía tanto tiempo, ella se había ido.

Era cierto. Ella estaba enamorada de mí. Esa era la razón por la que no podíamos seguir estando juntos como amigos, por cómo podía ella haberse hundido ante mi descuidada proximidad sintiendo lo que sentía mientras yo perseguía sueños de amor en otra parte. Ahora lo entendía todo perfectamente y me sentía enfermo del estómago por mi estupidez. ¡Todo ese tiempo! ¡Toda la emoción morbosa de mi juventud! Yo la había bañado en ella, empapado en ella, pero peor era la idea de que la había arrastrado conmigo por todo el país en busca de un amor no correspondido por otra

persona, cuando todo el tiempo, todo lo que yo había sentido por Rachel, Eleanor lo había estado sintiendo por mí.

Mientras yo estaba sentado allí, absorbiendo esto, Eleanor se quitó el abrigo y comenzó a preparar una taza de té, su emoción oculta en el ritual familiar. Esta había salido a la luz ahora, toda ella llenando el aire entre nosotros, un caos enredado y difícil de manejar. Pero era algo. Salí de mi aturdimiento, para verla vertiendo agua en la olla.

"¿Cuánto tiempo?" Le pregunté.

Dejó la tetera suavemente, sin hacer ruido. "Siempre," dijo. "¿No es así con estas cosas, todo o nada y ambos equivalen bastante a lo mismo al final?"

"Podrías haber dicho algo."

"¿Cómo podía? No. Yo *nunca* habría dicho nada, no mientras estuvieras con Annie, y no mientras Jack estuviera vivo. Nunca. Jamás."

"Vale, lo creo. Pero después..."

Se apoyó pesadamente contra la encimera y se sacudió el cabello para que le cayera por la cintura. Había perdido su brillo, su energía fluida, su planitud reflejaba la tristeza en sus ojos.

"Dime cuándo hubiese sido el momento adecuado." ella dijo. "¿Cuántos días después de enterrar a tu padre habría sido adecuado? ¿Una semana? ¿Un mes? ¿Un año? Dime cuándo cualquier cosa que te hubiese dicho no te habría sonado indecente. Por eso volví a por la nota. Al principio pensé que debería decírtelo, de la misma manera que sentías que tú debías decírselo a Rachel... pero luego, anoche me puse a pensar que esto no podía hacernos ningún bien a ninguno de los dos, que era injusto por mi parte porque, de todos modos, era demasiado tarde."

"¿Demasiado tarde?"

"Tú tienes a Rachel. Tu sueño se ha hecho realidad. Yo no quería que nada de esto saliera a la luz. Saber cómo me siento solo podría

hacerte sentir mal. ¿Y bien, no ha sido así? No parece que esto te haya hecho sentir genial precisamente."

Yo estaba entumecido, no tenía el control total de mis palabras. "Rachel y yo. Estaba destinado a pasar."

"¿Qué? ¿Estás diciendo que ya se ha acabado?"

"No sé, siento que no durará. No puede durar. La vida de Rachel es su trabajo. Ha sido así desde Norwich. Yo nunca voy a encajar en todo eso."

"No estaba destinado a pasar en absoluto, ella no podía tener suficiente de ti. ¡La estás dejando ir! ¿Cómo puedes? ¡Es algo con lo que has soñado toda tu vida! ¡No puedes dejarla ir!"

"Como dijiste, soy un tipo que ella acaba de conocer. Tal vez con el tiempo pueda amarme, pero nunca tendremos ese tiempo. Ya está hablando de mudarse a Corea con su trabajo."

"Pues vete con ella. ¡Encontraréis un modo si es lo que realmente queréis!"

"Pero ¿lo encontraremos? Lo he pensado y, tal como lo veo, después de todo este tiempo, lo mejor que podemos esperar es ser amantes de vez en cuando, y eso es sólo la mitad de una relación, ¿no? Y si todo lo que yo quería era tener una amante, podría haberme quedado con Carol. No es suficiente, Eleanor. Ella nunca querrá estar simplemente conmigo, ¿verdad?

"Pues déjala marchar." Ella suspiró impaciente, confundida.

Lo único que pude hacer fue mirarla, asombrado y sintiéndome absurdamente cálido por dentro. Tenía cuarenta y dos años y era la primera vez que una mujer me decía que me amaba, que estaba y simple y profundamente enamorada de *mí*.

"Eleanor. Eleanor."

"No lo hagas, Tom. No me mires así. Ninguno de los dos somos adolescentes. Ambos sabemos que no puede haber un final feliz en esto."

"¿Por qué no? Eleanor, quédate conmigo un tiempo. Está claro que no pretendes vivir con Phil. ¡Esa casa suya te volverá loca!"

Ella llevó las tazas a la mesa y se sentó. "Estás olvidando que ya estoy loca, y todavía no sabes lo que me estás pidiendo, Tom."

"Solo por un tiempo."

"Ni siquiera por un minuto. Me está matando estar cerca de ti. Tú, de entre todas las personas, deberías saber lo que se siente."

"Pero no tiene por qué ser así. Las cosas pueden ser diferentes entre nosotros."

"Tom, lamento que no haya funcionado con Rachel, pero en realidad no hay diferencia. Somos lo mismo, tú y yo, ambos estamos enamorados durante demasiado tiempo. Y si Rachel no puede estar contigo ni siquiera sabiendo lo mucho que la amas, ¿cómo se supone que voy a creer que alguna vez puedes querer tú estar conmigo? Es lo mismo y no hay futuro en ninguno de ambos casos."

"No es lo mismo en absoluto. Te conozco desde hace años."

"No como amante."

"Mejor que eso. He estado más cerca de ti que de cualquier mujer."

"Lo sé. Y eso empeora las cosas. Sé que me amas mucho. Pero Tom, no estás *enamorado* de mí."

Apretó los brazos contra su cuerpo y se levantó, evitando mi mirada, sacudiendo la cabeza, negándose, rechazando, aislándome fuera. Luego recogió su abrigo y se dispuso a marcharse.

"Por favor, no te vayas. Dame tiempo, dame una oportunidad, una oportunidad de estar enamorado de ti. Podemos seguir adelante desde esto, sé que podemos."

Se inclinó y besó la parte superior de la cabeza, como si hubiera besado a un niño al despedirse. "Adiós, Tom," dijo y salió andando.

"No puede terminar así," le grité. "Y tampoco tú puedes querer que

termine así o no habrías escrito esa nota."

Pero ella se había ido, y sólo se oyó el sonido de la puerta cerrándose, muy frío, muy controlado y, una vez más, volví a sentir el vacío de la casa.

Recordé a una chica que rompió conmigo una vez. Era pequeña y bonita, con el pelo largo y castaño rojizo y un cuerpo suave y redondo. Quería sexo y compañía, con un final de matrimonio e hijos. Quería sexo y diversión, sexo y diversión. Diferencias incompatibles, una ruptura inevitable. Llegué a casa, fresco de sus palabras de despedida, con las lágrimas todavía empapando mi cuello, y me dispuse a deshacerme de los recordatorios habituales: las viejas tarjetas de cumpleaños, el suéter, las fotografías, luego me fui a la cama a mitad del día y traté de dormir el dolor como si no fuese más que una resaca.

Recuerdo que la melancolía se apoderó de mí entonces, como se apoderaba de mí ahora. Había consuelo en ello, la anestesia de la naturaleza para un corazón desgarrado súbitamente. Desde el principio había estado buscando la resolución de cosas fuera de mi control y, en lugar de resolver algo, parecía haber sido testigo de la desintegración de todo lo que había construido, hasta los cimientos mismos de mi vida. Y ahora llegaba el aguijón adicional, el conocimiento de que también había arrastrado la miseria por la vida de alguien cuya tranquila presencia yo siempre había tenido en la más alta estima.

Puse a Joni Mitchel en el reproductor y escuché un rato, luego subí a mi habitación, eché las cortinas y me deslicé bajo las mantas completamente vestido. Escuché las últimas y lastimeras pistas que venían de la planta baja antes de quedarme dormido gradualmente. Y mientras iba a la deriva, soñé una presencia. Un cuerpo cálido se acurrucaba a mi espalda... la quietud del mismo, la caricia del cabello contra mi cuello… y no me atreví a moverme por temor a apresurar su partida.

Debería haber telefoneado a Rachel a estas alturas, pensé, preguntarle cómo habían ido las cosas, preguntar dónde estaba y cuándo podía esperar volver a verla. Podría haber agregado que la amaba, que siempre la amaría, pero el teléfono estaba en el bolsillo

de mi chaqueta, apagado, la batería se estaba agotando. Era mejor dejarlo estar. Imaginé brazos ágiles alrededor de mi cintura ahora, manos suaves cruzando mi pecho, tomándome y alejándome suavemente. Sentí un aliento caliente rodeándome el cuello y luego una voz salió de la oscuridad.

"Ámame," decía. "Ama a Eleanor."

Capítulo 38

Era un viernes por la noche hacia finales de año cuando salí por última vez por las puertas de Derby. Y mientras caminaba por la calle Bridgeman, la silueta voluminosa de la fábrica parecía fundirse en la oscuridad, haciendo imposible imaginar que las excavadoras ya la habían barrido.

La idea no me preocupaba tanto como antes había creído, y podía aceptar más fácilmente que el Derby que yo llevaba en la cabeza, como mi matrimonio, había dejado de existir hacía mucho tiempo. Es que hay algo en mí que siempre me hace querer aguantar, algo que me hace querer creer que las cosas saldrán bien al final. Yo estaba equivocado. Solo en nuestra cabeza las cosas siguen igual. Todas las cosas deben cambiar. Seguimos adelante. Sobrevivimos. Y luego las cosas que creemos que son correctas para nosotros podrían en realidad estar reteniéndonos, cuando es en realidad el descubrimiento de nuestros peores temores lo que puede abrir las puertas que nos guiarán a continuar.

No fui directamente a casa, sino que me descubrí tomando un desvío por Langholm Avenue, el Midget me llevó una vez más a la casa donde Rachel había vivido en mi memoria toda mi vida. Esa noche, las cortinas estaban abiertas, las luces estaban encendidas y dentro vi a un tipo de mediana edad sosteniendo un bebé. Lo mecía suavemente arriba y abajo y el niño se estaba quedando dormido. Parecían extraños, encapsulados por la luz e interfiriendo con tanta rudeza en mi pasado, pero, por supuesto, una generación había ido y venido desde que yo había pasado por ese camino, y era yo quien ya no tenía nada que hacer allí.

En toda mi vida no ha habido otro lugar como Langholm Avenue, pero esa noche lo vi como lo que era: simplemente otra calle en una ciudad de provincias, decayendo: aceras con cicatrices y casas viejas que gritaban las idiosincrásicas mejoras del último cuarto de siglo: ventanas de plástico, antenas parabólicas, caminos pavimentados en bloques e invernaderos abultados. No me detuve, sino que avancé lentamente absorbiendo esta misteriosa transformación y la

disolución final de todos mis sueños hacia la realidad.

Me detuve en el cruce para dejar que el tráfico se despejara y, mientras esperaba, di un toque a los diales. Eran diales antiguos, plata sobre negro, que me contaban una historia anticuada de voltios y presión de aceite. Había sido un camino largo, el camino desde Langholm Avenue, pero después de todo había descubierto que la presión, el pulso de mi vida, era ahora más fuerte que cuando mi viaje había comenzado.

Miré atrás en el espejo hacia las luces de Langholm Avenue. Estaban temblando de vibración, toda la escena parecía desvanecerse y desaparecer mientras yo tocaba el acelerador. No había arrepentimientos, no había sensación de haber perdido el tiempo revolcándose en la inutilidad de la nostalgia. Por el contrario, a veces, es importante que miremos atrás, que hagamos una pausa y nos concentremos verdaderamente en nuestro pasado, porque es solo entonces cuando vemos nuestras vidas con algún tipo de contexto. Solo entonces podemos discernir el panorama emocional que nos ha formado.

Y somos moldeados por aquellos a quienes amamos, aunque bastante indefensos en nuestras elecciones. Indefensos también si aquellos a quienes amamos deciden no amarnos a cambio. He conocido el poder de un amor así, me quedé paralizado mientras este borraba toda razón, y he experimentado sus frescos ecos de una época en que todo lo demás había sido olvidado. Una vez fui moldeado por él, pero me moldeé de nuevo al aprender a dejarlo marchar al final.

Lentamente, di la vuelta atravesando la ciudad en dirección a la calle Arkwright y a casa. Me sentía bien, extrañamente reconfortado por el melancólico gruñido del motor. ¿O era esperanza? Rachel se había ido, yo lo sabía, y Carol estaba buscando más de lo que yo podía dar. Pero Eleanor aún tenía que devolver su llave y uno de estos días yo estaría esperando. Podrías pensar que me equivocaba por tener esperanza, pero a veces, en la vida como en el amor, lo máximo que tenemos para seguir adelante...

... es una sensación.

FIN

Extras

Sobre el Autor

Michael Graeme nació en el noroeste de Inglaterra. Escribe ficción literaria, romántica, mística y especulativa.

La siguiente entrevista fue publicada originalmente en inglés el 29 de noviembre de 2019 en Smashwords.

Se presenta aquí en castellano con permiso de **Michael Graeme**.

___oOo___

¿Cuándo empezaste a escribir?

Descubrí el poder interno de la escritura creativa cuando estaba en la escuela secundaria (así lo llamábamos a finales de los setenta). Empecé a escribir mis primeras novelas desesperadamente ingenuas y de amor abandonado a la edad de 17 o así.

¿Dónde creciste y cómo influyó esto en tu escritura?

Crecí en el noroeste de Inglaterra. Me baso en mi propia experiencia cuando escribo, aunque no en un sentido autobiográfico, solo utilizo aquellos escenarios que me son familiares, por lo que las ciudades y el campo en mis novelas son la Inglaterra que conozco.

¿Cómo ha contribuido Smashwords a tu éxito?

Si hablamos materialmente de fama y fortuna y todo eso, no lo ha hecho y no lo hará. Dicho esto, Smashwords es una plataforma brillante que nos permite exponer nuestro trabajo y encontrar lectores. Estirpa el inexpugnable laberinto bizantino destructor del alma de los editores y agentes. En ese sentido, Smashwords me ha salvado la vida, manteniéndome en marcha como escritor. Si te complace llamar éxito a eso, y yo lo hago, entonces ha contribuido enormemente.

¿Qué te motivó a convertirte en autor independiente?

Necesidad. Tuve un pequeño éxito colocando ficción más corta en revistas, pero intentar atraer a un editor (y por lo tanto a los lectores) para mis novelas fue imposible, y lo intenté durante veinte años. Fue asfixiante. Convertirse en autor independiente y descubrir lectores en línea fue como respirar aire fresco de nuevo.

¿Cuál es la historia detrás de tu último libro?

Explorar una librería benéfica en una antigua ciudad del mercado inglés, un lugar que se ha convertido en una desastre desde el colapso de 2008. Todos somos un poco pobres, desanimados, vestidos de manera barata, los más afortunados simplemente se las arreglan, el resto duerme a la intemperie y mendiga de puerta en puerta. Te giras y vislumbras a una hermosa joven, finamente vestida, elegante, la aparición de una belleza extraña. Todo eso es un hecho, lo que sucede después lo puedes leer en mi novela "Saving Grace", que por supuesto es ficción.

¿Cuál es la mayor alegría de escribir para ti?

No saber nunca adónde va. Comienzo con una escena de apertura y algunos personajes, quizá también un plan aproximado para el camino a seguir, pero en cuanto esos personajes comienzan a hablar, terminan dirigiendo ellos la historia a su manera. A partir de entonces yo solo tomo notas. Y su camino siempre es más interesante. Escribo principalmente para mí, para mi propio placer. Si otros pueden disfrutarlo también, mucho mejor.

¿Quiénes son tus autores favoritos?

Del pasado diría que Hardy, Orwell, Conrad y Mary Webb son los que he devorado en su totalidad. Del presente, Niall Williams, John LeCarre, Sebastian Faulks, Sebastian Barry, Louis De Bernieres, Partic Harpur, JG Ballard, Kurt Vonnegut y una docena de otros a los que aún no he conocido.

¿Cuál es tu lector electrónico preferido?

Mi *smartphone* Android con la aplicación Moonreader. Si estoy en casa, uso el iPad por la pantalla más grande, pero el *smartphone* siempre está conmigo, donde quiera que vaya, lo que significa que también lo está mi biblioteca. La gente dice que el ordenador está matando la lectura, pero yo ahora leo más que nunca.

Describe tu escritorio.

No tengo. Compartir casa con la familia requiere cierta flexibilidad, por lo que uso un ordenador portátil y trabajo de manera itinerante, instalándome con el ordenador allá donde puedo.

¿Cómo abordas el diseño de la portada?

Juego con ideas para un gráfico a medida que avanza la historia, luego pruebo cosas en Paintshop. Prefiero hacer mis propias portadas, esto está relacionado con mi amor por el dibujo y la pintura, y se suma a la experiencia creativa de mis historias.

¿En qué estás trabajando a continuación?

Se llama "Inn at the Edge of Light" (Posada en el Borde de la Luz). Dije que me iba a tomar un año libre de escribir ficción después de "Saving Grace" (Salvar a Grace), pero aquí estoy ya con el primer borrador clavado y rodeado de un elenco de personajes fascinantes. Se está mostrando una vista previa en Wattpad en este momento, pero como siempre, el trabajo final pulido irá a Smashwords.

¿Cómo es tu proceso de escritura?

Empiezo con una escena de apertura, un puñado de personajes y una sensación sobre hacia dónde quiero que vaya la historia. Más allá de eso, no tengo ningún plan. Luego empiezo a escribir y la historia comienza a desarrollarse por sí sola: el diálogo y las situaciones se desarrollan por sí mismos. Redacto un par de capítulos así, luego vuelvo y reescribo el borrador. Esto cobra impulso para llevar la historia un poco más lejos y volver a reescribirla después. Reescribir. Reescribir.

¿Qué técnicas de marketing de libros te han resultado más

eficaces?

No hago anuncios, más allá de publicar enlaces a mis cosas en mi blog. Intenté *twittear* y publicar en mi página de Facebook, pero descubrí que eso no es efectivo en realidad, probablemente porque no tengo muchos seguidores y la vida es demasiado corta para perseguirlos. Aún así, los lectores encuentran mis libros y, a veces, me envían correos electrónicos para decírmelo. No pretendo ser un autor de renombre con esto. Solo me gusta escribir.

¿Qué lees por placer?

Tengo mucha ficción en movimiento en todo momento. Leo cualquier cosa, alta o baja. Busco en las tiendas de caridad donde los libros son baratos y los agrego a mi "pila de libros para leer" semanalmente.

¿Qué te inspira a levantarte de la cama todos los días?

El grato recuerdo de la voz de mi madre diciendo: "Levántate, Michael, uno se muere en la cama". Ella tenía razón.

¿Cómo descubres los libros electrónicos que lees?

Debo confesar que no leo muchos libros electrónicos originales. En su mayoría son basura autoindulgente. ;) Más a menudo busco un título oscuro del siglo XIX y descubro que lo tienen en Internet Archive como un epub o algo así.

¿Recuerdas la primera historia que leíste y el impacto que tuvo en ti?

Sí. "Ivanhoe" de Sir Walter Scott. Lo gané como premio de la Escuela Dominical cuando tenía diez años (¿en qué estaban pensando?). Logré acabar algunas páginas, pero me aburrió hasta la muerte y todavía no lo he terminado medio siglo después. Lo siento, pero algunos libros tienen ese efecto en mí.

___oOo___

Puedes saber más sobre Michael y su obra en su blog: michaelgraeme.wordpress.com y twitter: @michael_graeme

Otras Obras del Autor

Todas estas obras son gratuitas y puedes descargarlas en idioma inglés, y en varios formatos, desde el perfil de **Michael** en Smashwords

___oOo___

- Love is a Perfect Place, 1999
- Lively Custard, 2004
- The Choices, 2006
- The Free Indie Reader #1, 2006
- The Road From Langholm Avenue, 2007 (traducida en Artifacs Libros)
- The Singing Loch, 2007
- The Lavender and the Rose, 2007
- The Man Who Could Not Forget, 2008
- Push Hands, 2008
- Walking on the Sunny Side of Strange, 2010
- The Last Guests of La Maison du Lac, 2011
- In Durleston Wood, 2013 (traducida en Artifacs Libros)
- Between the Tides, 2013
- The Price of Being With Sunita, 2015
- Saving Grace, 2018
- Men's Mental Health, 2018
- The Inn at the Edge of Light, 2018
- A Moth On The Moon
- The Price of Being With Sunita
- The Sea View Cafe
- The Sea View Cafe - An unusual love
- By Fall of Night

___oOo___

Notas de esta Versión

Fuentes: Wikipedia, WordReference y Diccionario Oxford.

Capítulo 1

[1] **Midget**: El MG Midget es un pequeño automóvil deportivo de dos plazas producido por MG desde 1961 hasta 1979.

No es casualidad que el coche de la portada sea un MG Midget verde. ;)

[2] **ITV**: en España, siglas de Inspección Técnica de Vehículos.

Capítulo 4

[3] **libros de Biggles**: se refiere la serie de libros de aventuras joven-adulto escritos por W. E. Johns. La serie toma el nombre del personaje principal, James Bigglesworth, piloto de avión y aventurero. Hay unos 100 libros de Biggles en total. El primer libro de Biggles (The Camels are Coming), fue publicado en 1932.

Capítulo 6

[4] **niveles-O**: se refiere al Certificado General de Educación (CGE) de nivel ordinario. Era una titulación académica del Reino Unido basada en exámenes para cada asignatura al terminar la escuela secundaria. Introducido en 1951 como reemplazo para el certificado de estudios (SC) de +16., El nivel-O era previo al nivel-A, Nivel Avanzado, en Inglaterra, Gales y el norte de Irlanda. Actualmente se sigue otorgado en ciertas localidades una calificación de gado nivel-O por la *Cambridge International Examinations*.

Capítulo 11

[5] **Un Peu. Très Peu**: (francés) "Un poco. Muy poco."

Capítulo 12

[6] **serie de CSEs**: se refiere al Certificado de Educación Secundaria (CSE, por sus siglas en inglés) Fue una familia de calificaciones específicas de una asignatura, otorgada tanto en campos académicos como vocacionales, en Inglaterra, Gales e Irlanda del Norte. Los exámenes de CSE se establecieron en los años 1965 a 1987, ambos inclusive.

[7] **HMG**: siglas de "El Gobierno de su Majestad" (Her Majesty Goverment).

Capítulo 24

[8] **bobbies**: policías ingleses con el tradicional uniforme con bombín.

Capítulo 25

[9] **Una palabra de cuatro letras que comienza con T y rima con corazón**: la palabra en inglés es TART, que en este contexto he traducido como FULANA (prostituta).

Capítulo 36

[10] **Con Amor Eleanor**: perdido en la traducción. En inglés la carta termina con dos palabras: *"Love Eleanor"* (sin coma antes del nombre Eleanor) lo cual significa «Ama a Eleanor», pero en el capítulo 34, Tom cree leer *"Love, Eleanor"* (con coma antes del nombre) y lo he traducido así en ese capítulo por motivos narrativos.